

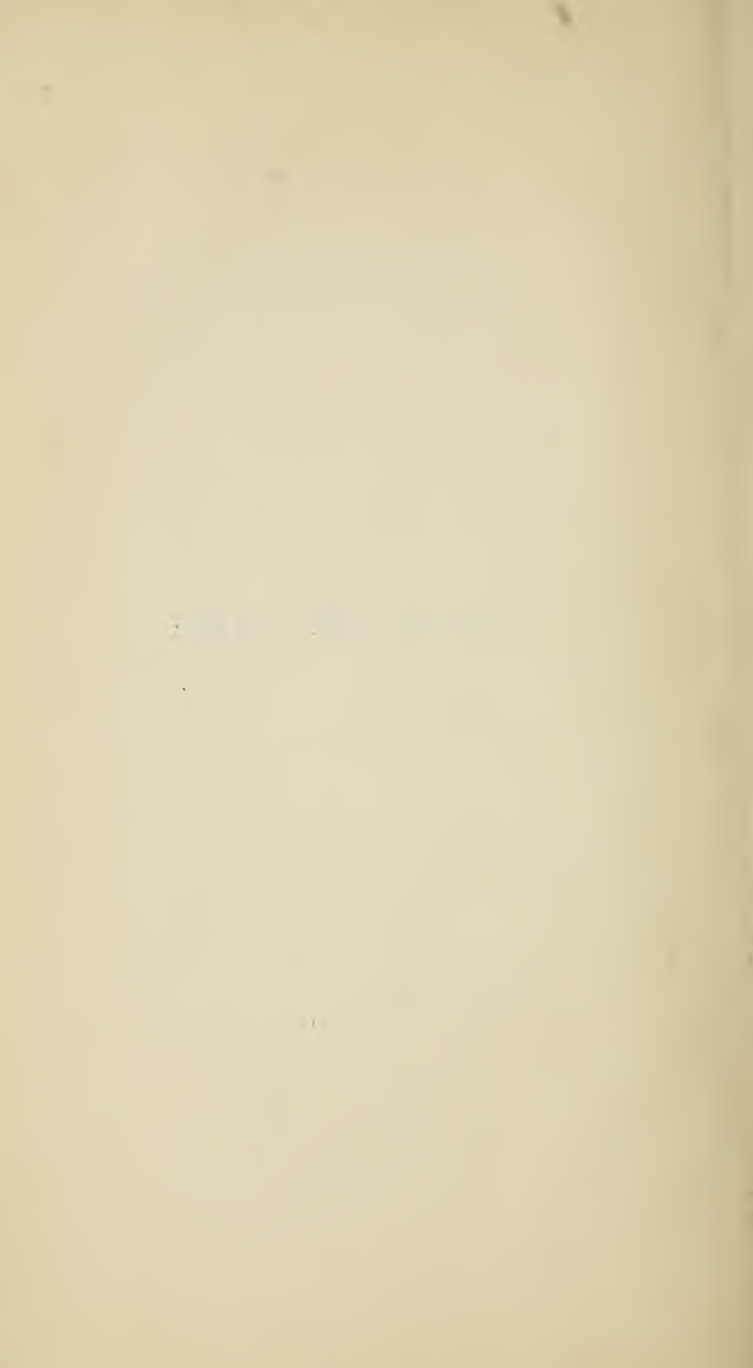
nia



THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
LOS ANGELES



Notas de viaje



NOTAS DE VIAJE

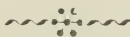
SOBRE

VENEZUELA Y COLOMBIA

POR

MIGUEL CANÉ

Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en
dichos países durante el año de 1882



BOGOTA

IMPRENTA DE "LA LUZ"

CARRERA 7ª, NÚMERO 590

1907



PQ
7797
C164 N8



VEINTICINCO años van corridos desde que apareció la obra titulada *NOTAS DE VIAJE* del escritor argentino D. Miguel Cané, Ministro Plenipotenciario de las Provincias Unidas del Río de la Plata cerca del Gobierno de Colombia, allá por los años de 1882. Durante ese lapso de tiempo, como era natural, los prohombres de la generación que al comienzo de aquel período había alcanzado no sólo pleno florecimiento sino completa madurez, han ido cayendo, con muy contadas excepciones, segados por la muerte. Y no solamente ellos, si que también gran número de los jóvenes que correspondían á la que pudiera reputarse como generación subsiguiente, duermen asimismo el sueño de la tumba.

Otra generación y los renuevos de la que presto habrá de sucederla han venido á reemplazar á las que yá rindieron la jornada; de manera que, sin pecar de exagerados, podemos afirmar que el referi-

534091
SPANISH

do libro, dadas las circunstancias apuntadas y el carácter de la edición que de él hizo su autor, es casi desconocido entre nosotros, á pesar de tener como asunto primordial el estudio de la tierra colombiana. Trabajo, y no escaso, cuesta el descubrir algún ejemplar de los pocos que vinieron de regalo, enviados por el Sr. Cané á algunos de los amigos que habia dejado en esta meseta superandina, cuyo aire enrarecido puso á prueba los pulmones de aquel habitador de las pampas, y cuyo manso y perezoso Funza, despenándose en el pavoroso Salto de Tequendama, produjo en el viajero argentino una de las sublimes y duraderas emociones que pueden agitar y estremecer el alma humana. Ese eterno clamor, ese ronco redoblar del Tequendama, años después, allá en París, á través del tiempo y la distancia, le ensordecía los oídos y le sobrecogía el espíritu, á pesar de lo cual pudo hallar acentos sonoros, grandilocuentes, no obstante el estilo un tanto desaliñado de la obra, para pintar aquella octava maravilla del orbe y acreditarse de poeta de corazón sensible y cultivada inteligencia.

El deseo de que las NOTAS DE VIAJE, como muy bien lo merecen, sean conocidas de la actual generación en Colombia, nos ha llevado á acometer la presente reimpresión, si bien es cierto,—y por ello pedimos perdón á los manes del Sr. Cané—que nos hemos limitado á reproducir la porción de la obra en que éste narra sus recuerdos y consigna sus impre-

siones desde que entró en el mar de las Antillas hasta que dijo adiós á las playas del istmo interoceánico, después de haber presentado sus credenciales de ministro diplomático en Caracas y Bogotá, y de haber residido algún tiempo en ambas capitales.

La razón que hemos tomado en cuenta para ofrecer á los lectores colombianos esta parte de la obra solamente, no será desechada por éstos, según nos atrevemos á creerlo. Narraciones de viaje por los países europeos y por la patria de los yanquis no hacen falta en nuestra literatura nacional; de manera que, dada aquella idiosincrasia que á semejanza de la individual suele descubrirse en las naciones, es sin duda alguna más fácil para nosotros penetrar en el fondo del alma de aquellos pueblos al través de las impresiones de autores conterráneos con nosotros, cuyo criterio se atempera más al nuestro, que no por el intermedio de las narraciones de escritores extranjeros, dispares las más de las veces en ideas y sentimientos.

Cosa muy diferente ocurre en lo que atañe á nuestra personalidad colectiva, y que debe de guardar estrecha analogía con lo que acontece con la reproducción de nuestra imagen física.

Muchos serán, sin duda, los que han podido comprobar aquel hecho de que hemos oído hablar por ahí, y es que á pesar de hallarnos habituados á contemplar nuestra imagen reflejada en el espejo, el día que un pintor hábil nos la muestra copiada fiel-

mente en un lienzo, ese día nos invade una impresión rara, indefinible, en que predomina la sorpresa, al descubrir en el retrato ciertos rasgos y facciones que hasta entonces habían pasado inadvertidos para nosotros y que el ojo experimentado de un artista y de un extraño logra sorprender y reproducir para dejar estampada nuestra fisonomía con el aire que le es propio y peculiar.

Y se nos figura que aquella impresión subiría de punto, si en vez de presentarnos un retrato nos ofrecieran una efigie de bulto, con sus colores naturales, por el estilo de las que exhibe el museo londinense de Madame Tussaud. Muy probable es que aquella duplicación de nuestra terrena envoltura despertara en nosotros un sentimiento rayano en espanto, y tal vez después de dar vueltas en torno de aquel sosia nuestro inanimado, acabáramos por juzgarlo un curioso aunque extraño ejemplar de la especie humana, tanta así es la diferencia que ofrecen á nuestra vista las figuras sólidas, con sus medidas exactas y su verdadero tamaño, cuando antes no las habíamos conocido sino por la engañosa perspectiva que nos presentan las figuras planas.

Algo semejante sucede con los retratos que hacen los escritores de la indole y costumbres de los pueblos que visitan. En ellos pueden hallar los retratados motivos de sorpresa y aun de espanto, razones para enorgullecerse ó para avergonzarse, como que allí aparecerán virtudes no sospechadas siquiera por

ellos, y muchos vicios de que no se daban cuenta, en fuerza del hábito inveterado.

La pintura que de Colombia hace el Sr. Cané tiene indiscutibles ventajas sobre las que nos han ofrecido los autores de ultramar; y es que siendo el autor de una misma lengua y raza con nosotros, y de un país de costumbres semejantes á las nuéstras, pudo apreciar mejor nuestro carácter, sin trazar grotescas y ofensivas caricaturas, á veces involuntarias, pero más frecuentemente deliberadas, como las del conde de Gabriac y demás autores de su laya, todos los cuales en cuanto á describir costumbres y apreciar países extranjeros nos hacen el efecto de aquellos hidalgos fachendosos y tronados, que por bien servidos se darían si lograran sustentarse de medrugos en su propia casa, y sin embargo, salen á proferir demuestras y groserías en las ajenas, á donde ellos mismos se han convidado, porque no les sirven las golosinas y primores que sólo podrían aderezar las manos de un Vatel, y sería apenas capaz de saborear el paladar de un Brillat-Savarin.

Mucho se nos enrostró en el pasado siglo nuestro carácter salvaje y sanguinario, que llegó á convertir en osarios nuestros campos laborables, y se nos afeó nuestra desvergonzada corrupción política, que hizo del sufragio popular una sangrienta burla. Y se olvidaban los que tal hacían de que Inglaterra, en el primer tercio del pasado siglo, y Suiza, á mediados del mismo,— que en la vida de los pueblos es como

decir ayer,— ofrecían á Europa, la primera, el escándalo de sus burgos podridos, y la segunda, durante las guerras religiosas del Sonderbund, el suplicio del empalamiento, aplicado á los prisioneros con una corrección y destreza que hubiera despertado la envidia de los esbirros del Sultán de Turquía. Y sin embargo, Inglaterra y Suiza son hoy en el mundo, la una como república federal, y la otra como imperio constitucional, los prototipos de la libertad civil y política, de la cultura y de la humanidad, y donde el estallido de las bombas anarquistas no atruena los oídos de los ciudadanos pacíficos, porque casi son los únicos países en donde se guardan al sér humano los miramientos y el respeto que como á imagen y remedo de su Creador le corresponden. Bien es cierto que los ojos de ingleses y de helvéticos nunca se apartaron de la meta llamada Libertad, ni la sangre de Guillermo Tell y de Hampden ha degenerado en sus venas.

¿Pero qué mucho que así nos trataran en el pasado siglo, si hoy todavía prestamos las columnas de nuestros periódicos á aventureros de otras tierras, para que ultrajen y vilipendien á la patria colombiana, al referirse á tiempos que ellos no conocen, y que en todo caso difieren de los de la ley de Lynch, del water cure en Filipinas, y del giro de cheques en las antesalas de las augustas cámaras legislativas?

Por creer que hay un verdadero placer en repasar retratos viejos, muy alejado de la pueril vanidad de

los Narcisos, como que no está exento de tristeza, hemos acometido, pues, la presente reimpresión. ¿Quién, al revolver polvorosos archivos de familia, no se ha puesto á contemplar con íntima ternura, si tropieza con él, aquel pedazo de cartón en que nuestra minúscula persona aparece aún vestida de faldas, por no haber alcanzado los honores de cubrirse con los arreos de masculina indumentaria; en que la abundosa cabellera cuelga hasta más abajo de los hombros, como las mejores de los francos merovingios, en correctos tirabuzones entorchados por la amorosa mano materna, y en que asoma á los ojos una alma pura, límpida y hermosa, como recién salida que se halla de las manos del Supremo Hacedor, según la feliz expresión de Dickens, these little people, who are so fresh from God? ¿Y quién no sintió entonces lo que pudiéramos llamar nostalgia de la inocencia, y no lamentó el no haber desaparecido de este mundo en aquella edad en que no habían sido saboreadas aún las amarguras de la vida?

¿Y quién no ha sentido envidia autoretrospectiva al mirar la arrogante estampa de ese mancebo que acaba de salvar las lindes de la adolescencia, con el labio ornado yá con el vello de la virilidad, la mirada chispeante, la frente repleta de nobles ideas, el pecho henchido de generosas aspiraciones, cuando la honradez y el altruismo de los hombres eran para nosotros artículo de inviolada fe? ¿Por qué no morimos entonces, antes de ver á nuestros

semejantes retrogradar al período anterior á aquel en que les nacieron alas para tornarse en pájaros, según lo quieren los necios partidarios de la transformación de las especies? ¿Y qué no sentirá el que atacado de horrible y deformante enfermedad, logre, mediante los talentos de un pintor, rememorar la faz que en algún tiempo le permitió contarse en el gremio de las criaturas racionales, y que luego convertida en repugnante máscara, despierta lástima y horror en propios y en extraños?



EN VENEZUELA

La despedida—Costa Firme—La Guaira--Detención forzo-
sa—La cara de Venezuela—De la Guaira á Caracas—
La Montaña—Una necesidad suprema—Ojeada sobre
Venezuela--Su situación y productos—El coloniaje—La
guerra de la independencía—El decreto de Trujillo—La
anarquía—Gente de paz!—La lección del pasado—La
ciudad de Caracas—Los temblores—El Calvario—Re-
cuerdos de Buenos Aires—La plaza de toros—El pueblo
soberano—La cultura venezolana.

Pasámos tres días en la Martinica, dándonos
el inefable placer de pisar tierra y respirar otra at-
mósfera que la de á bordo. La fiebre amarilla rei-
naba, aunque no con violencia, y debo declarar
que se condujo con nosotros de una manera bas-
tante decorosa, pues, despreciando los sanos con-
sejos de la experiencia, no sólo tomámos algunas
frutas, sino que pasámos los tres días bebiendo li-
cores y refrescos helados.

Por fin, al caer la tarde del 21 de Agosto, levá-
mos anclas y después de despedirnos á cañonazos
del Gobernador, que desde la linda eminencia en
que está situada su casa, agitaba el pabellón, nos
pusimos en viaje, rumbo á la Costa Firme. Nave-
gámos esa noche, todo el día siguiente, y en la ma-

ñana del tercero apareció la lista negruzca de la tierra. Pronto fondeámos frente al puerto de la Guaira, pequeña ciudad recostada sobre los últimos tramos de la montaña y que, á lo lejos, con sus cocoteros y palmas variadas, presenta un aspecto simpático á la mirada.

Allí nos despedíamos de aquellos que habían concluído su viaje, cuando un viejo amigo de Buenos Aires, el Dr. Dubreil, se me presentó á bordo junto con el Cónsul general de la República Argentina en Venezuela, Dr. Carlos R. Rohl, uno de los jóvenes más simpáticos que es posible encontrar.

Es difícil formarse una idea del placer con que se ve una cara conocida en regiones de cuya vida social no se puede formar concepto. Una sola fisonomía es una evocación de multitud de recuerdos....

Les comuniqué mi proyecto de continuar viaje hasta Sabanilla, en las costas de Colombia, remontar el Magdalena y luégo dirigirme á Bogotá, por donde debía dar principio á mi misión. A una voz me informaron que ese plan era irrealizable, por cuanto el río Magdalena no tenía agua en ese momento. Si seguía viaje, ó me veía obligado á retroceder desde Barranquilla, en la boca del río, ó si persistía en remontarlo, corría riesgo de quedar varado en él sabe Dios qué tiempo, bajo un calor infernal y una plaga de mosquitos capaz de

dar fiebre en cinco minutos. Resolví en consecuencia descender en la Guaira y comenzar mi tarea por Caracas.

El mar estaba como una balsa de aceite, lo que llamaba la atención de los venezolanos, poco habituados á esa mansedumbre, tan insólita en aquella rada de detestable reputación. Bajámos, pues, y una vez en tierra, todo el encanto fantasmagórico de la ciudad, vista del mar, se desvaneció para dar lugar á una impresión penosa. "Venezuela tiene la cara muy fea," me decía un caraqueño, aludiendo al aspecto sombrío, desaseado, triste, mortal, de aquel hacinamiento de casas en estrechísimas calles, que parecen oprimidas entre la montaña y el mar.

El calor era insoportable; la Guaira semeja una marmita dentro de la cual cayeran derretidos los rayos del sol. Nos sofocábamos materialmente dentro de aquel infame hotel *Neptuno*, en el que en época no lejana debía pasar tan atroces momentos. Contengo mi indignación para entonces y prometo no escasearla, en la seguridad de que todos los venezolanos han de unir su voz á la mía en un coro expresivo.

A las dos de la tarde tomámos un carruaje, pasámos por la aldea de Maiquetia, situada á pocas cuadras de la Guaira, á orillas del mar, y comenzámos la ascensión de la montaña. El camino, en el que se emplean seis horas, es realmente pinto-

resco. El eterno aspecto de la montaña, pero realizado aquí por la vegetación, los cafetales cubriendo las laderas y aquellas gigantescas escalinatas talladas en el cerro á fin de obtener planos para la cultura, que recuerdan los curiosos sistemas de los indios peruanos bajo la monarquía incásica. Se sube, se baja, se vuelve á subir y á cada momento una nueva perspectiva se presenta á la mirada. Todo ese camino de la Guaira á Caracas está regado por sangre venezolana, derramada alguna en la larga lucha de la independencia, pero la más en las terribles guerras civiles que han assolado ese hermoso país, impidiéndole tomar el puesto que corresponde á la extraordinaria riqueza de su suelo.

Nada más delicioso que el cambio de temperatura á medida que se asciende. Desde la línea tropical venimos respirando una atmósfera abrasada, que se ha hecho en la Guaira casi incandescente. En la montaña, el aire puro refresca á cada instante, y los pulmones, no habituados á esa sensación exquisita, respiran acelerados, con la misma alegría con que los pájaros baten las alas en la mañana.

El viaje en coche es pesado y mortificante, por las continuas sacudidas del camino, destruído constantemente por las lluvias y la frecuencia del tránsito. Miro al porvenir con envidia, observando los trabajos que se hacen, en medio de tantas dificultades, para trazar una línea férrea. ¿Se lle-

vará ésta á cabo? Por lo menos, me consta que es una aspiración colectiva en Venezuela, porque de ella, como de algunas otras no muy extensas, depende la transformación de aquel país. (1)

A las ocho y media de la noche llegámos por fin á aquel valle delicioso, tantas veces regado por sangre, y en cuyo seno se ostenta Caracas, la noble ciudad que fue cuna y que es tumba de Bolívar.

Antes de pasar adelante, conviene arrojar una mirada de conjunto sobre el maravilloso país que acabo de pisar, asombrado por las mil circunstancias especiales que hacen de él una de las regiones más favorecidas del suelo americano. El Océano baña las costas de Venezuela en una extensión inmensa y sus entrañas están regadas por ríos colosales como el Orinoco, el Meta y demás afluentes, que cruzan territorios que, como el de la Guayana, tienen aún más oro en su seno que el que buscaban los conquistadores en las vetas fabulosas del Dorado.

¿Qué productos de aquellos que la necesidad humana ha hecho preciosos no brotan abundantes de esa tierra fecundada por el sol de los trópicos?

(1) En el momento de poner en prensa este libro, se inaugura el ferrocarril de la Guaira á Caracas. La decisión y actividad del general Guzmán Blanco ha hecho milagros. No será por cierto éste uno de sus menores títulos á la gratitud de sus compatriotas. Esa línea férrea va á transformar la ciudad de Caracas, convirtiéndola en una de las más brillantes de la América.

El café, el cacao, el añil, el tabaco, la vainilla, cereales de toda clase, y en los dilatados llanos, ganados en tanta abundancia como en nuestras pampas. Añadid su proximidad providencial á los Estados Unidos y á Europa, los dos últimos focos de la evolución del progreso humano sobre la tierra, puertos naturales estupendos como el de Puerto Cabello y el futuro de Carenero, y miraréis con el asombro del viajero la postración actual de ese país, no comprendiendo cómo la obra de los hombres ha podido contrarrestar hasta tal punto la acción vigorosa de las fuerzas naturales.

Una vez más, tenemos los argentinos que bendecir la aridez aparente de nuestras llanuras, el abandono colonial en que se nos dejó, el aislamiento completo en que vivimos durante siglos y que dio lugar á la formación de una sociedad democrática, pobre pero activa, humilde pero laboriosa. Entre todos los pueblos sudamericanos, somos el único que ha tenido remotas afinidades con las colonias del Norte, fundados por los puritanos del siglo XVII. Tampoco había oro allí y la vida se obtenía por la labor diaria y constante. Entretanto, el Perú, cuya jurisdicción alcanzaba hasta las provincias septentrionales de la Argentina, Quito, el virreinato de Santafé, la capitania general de Venezuela, era teatro de las horribles escenas suscitadas por la codicia gigante de los reyes de España, tan ferozmente secundada por sus agentes.

La suerte de Venezuela fue más triste aún que la del Perú; vendida esa región por Carlos V, en un apuro de dinero, á una compañía alemana, viéronse aparecer sobre el suelo americano aquellos bárbaros germanos que se llamaron Alfínger, Seyler, Spira, Federmán, Urre, que, no encontrando oro á montones, según soñaban, vendían los indios como esclavos para Cuba y Costa Rica, llegando Alfínger hasta á alimentar á sus soldados con la carne del infeliz indígena. En aquellas bárbaras correrías que duraban cuatro y cinco años, desde las orillas del mar Caribe á las más altas mesetas andinas, la marcha de los conquistadores quedaba grabada por huellas de incendio y sangre. Fue en una de esas excursiones gigantescas,—que el viajero moderno, recorriendo las mismas regiones con todos los elementos necesarios, apenas alcanza á comprender,—que Federmán, partiendo de Maracaibo, y recorriendo las llanuras de Cúcuta y Casanare, mortales aún en el día, apareció en lo alto de la sabana de Bogotá, á 2,700 metros sobre el nivel del mar, al tiempo que Belalcázar, salido de Quito, plantaba sus reales en la parte opuesta de la planicie, formando simultáneamente el triángulo con Quesada que, después de remontar el Magdalena, había trepado, con un puñado de hombres, las tres gradas gigantes que se levantan entre el río y la altiplanicie. ¡Cómo tenderían ávidos los ojos los tres conquistadores sobre la sabana maravillosa

donde pululaban millares de chibchas, entregados á la agricultura, tan desarrollada como en el Perú!...

Fue en Venezuela, en aquella costa de Cumaná, de horrible memoria, donde se levantó la voz de Las Casas, llena del sentimiento humanitario más profundo. El que haya leído el libro del sublime fraile, que es el comentario más noble del Evangelio que se haya hecho sobre la tierra, sabe que pueblo alguno de la América ha sufrido como aquél.

Más tarde, la independencia; pero la independencia á la manera del Alto Perú con sus desolaciones intermitentes, con sus Goyeneches, con su Cochabambas, con los cadalsos de Padilla, de Warnes, etc.

Es aquí donde la lucha tomó sus caracteres más sombríos y salvajes; es aquí donde Monteverde, Boves, el asombroso Boves, aquella mezcla de valor indomable, de tenacidad de fierro y de inaudita crueldad, Morales, y al fin, Morillo, el émulo de Bolívar, arrasaban, como en las escenas bíblicas, los pueblos y los campos y pasaban al filo de la espada, hombres, mujeres, niños y ancianos. Es aquí donde el Libertador lanzó el decreto de Trujillo, la guerra á muerte, sin piedad, sin cuartel, sin ley. Leer esa historia es un vértigo: cada batalla, en que brilla la lanza de Páez, Piar, Cedeño y mil otros, es un canto de Homero; cada entrada

de ciudad, es una página de Moisés. Caracas es saqueada varias veces y en medio de la lucha se derrumba sobre sí misma, al golpe del terremoto de 1812. Sus hijos más selectos están en los ejércitos ó en la tumba; pocos de los que se inmortalizaron en la cumbre de San Mateo alcanzaron á ver el día glorioso de Carabobo.

Si alguna vez ha podido decirse con razón que la lucha de la independencia fue una guerra civil, es refiriéndose á Venezuela y Colombia. De llaneros se componían las hordas de Boves y Morales, así como las de Páez y Saraza. El empuje es igual, idéntica la resistencia. La disciplina, los elementos bélicos están del lado de España; pero los americanos tienen, á más de su entusiasmo, á más de los hábitos de vida dura, jefes como Bolívar, Piar, Urdaneta, Páez, y más tarde Sucre, Santander, etc. Crueldad? Idéntica también, pese á nosotros. Al degüello respondía el degüello, á la piedad rara, rara vez la piedad. El batallar continuo, la vista de la sangre, la irritación por el hermano muerto inermemente, exaltaban esos organismos morales hasta la locura. Bolívar hace sus tres campañas fabulosas, y á lomo de mula, recorre á Venezuela en todas direcciones, hace varias veces el viaje de Caracas á Bogotá, de Bogotá á Quito, al Perú, á los confines de Bolivia! Veinte veces ha visto la muerte, ya en la batalla, ya en el brazo de un asesino. Páez combate, como combatía Páez, en primera fila, enro-

jecida la lanza hasta la cuja, en *ciento trece* batallas! ¿Qué soldado de César ó de Napoleón podría decir otro tanto?...

Como resultado de una guerra semejante, la destrucción de todas las instituciones coloniales, más ó menos completas, pero instituciones al fin, el abandono absoluto de la industria agrícola y ganadera, el enrarecimiento de la población, la ruina de los archivos públicos, la desaparición de las fortunas particulares, la debilitación profunda de todas las fuerzas sociales. Recuérdese nuestra lucha de la independenciam; jamás un ejército español pasó al sud de Tucumán; jamás en nuestros campos reclutaron hombres los realistas. Más aún; en medio de la lucha, se observaban las leyes de la guerra, y después de nuestros desastres como después de nuestros triunfos, el respeto por la vida del vencido era una ley sagrada. Ni las matanzas de Monteverde y Boves se han visto en tierra argentina, ni sobre ella ha lanzado sus fúnebres resplandores el decreto de Trujillo.

Después... la triste noche de la anarquía cayó sobre nosotros. La guerra civil con todos sus horrores, Artigas, Carrera, Ramírez, López, más tarde Quiroga, Rosas, Oribe, etc., acabaron de postrarnos. Pero Venezuela tomó también su parte en ese amargo lote de los pueblos que se emancipan. Nuestros dolores terminaron en 1852 y pudimos aprovechar la mitad de este siglo de movimiento

y de vida para ingresar con energía en la línea de marcha de las naciones civilizadas. Hasta 1870, Venezuela ha sido presa de las discordias intestinas. ¡Y qué guerras! La lucha de la independencia hizo escuela; en las contiendas fratricidas, el partidario vivió sobre el bien del enemigo, y al fin, la riqueza pública entera desapareció en la vorágine de sangre y fuego. Llegad á una habitación de las campiñas venezolanas y llamad: en la voz que os responde, notáis aún el ligero temblor de la inquietud vaga y secreta y sólo gira la puerta para daros entrada, cuando habéis contestado con tranquilo acento: "Gente de paz!"

Gente de paz! hé ahí la necesidad suprema de Venezuela. El suelo está virgen aún, sus montañas repletas de oro, sus valles húmedos de savia vigorosa, las faldas de sus cerros ostentan al pie el plátano y el cocotero, el rubio maíz en sus declives y el robusto café en las cumbres.

Gente de paz! El pueblo es laborioso, manso, dócil, honrado proverbialmente. Dejadlo trabajar, no lo cercenéis con el cañón ó con la espada, hacedlo simpático á la Europa, para que la emigración venga espontáneamente á mezclarse con él, á enseñarle su industria y vigorizar su sangre!

Gente de paz para los pueblos de América!

Aquellos tiempos pasaron; pasó la conquista, pasó la independencia y la América y la España se tienden hoy los brazos á través de los mares, por-

que ambas marchan por una misma senda, en pos de la libertad y el progreso. Tomo dos frases de los *Opúsculos* de Bello, la primera sobre la conquista, la segunda sobre la independendia, que en mi opinión concretan y formulan el juicio definitivo de los americanos que piensan y meditan, sobre esos dos graves acontecimientos:

“No tenemos la menor inclinación á vituperar la conquista. Atroz ó no atroz, á ella debemos el origen de nuestros derechos y de nuestra existencia y mediante ella vino á nuestro suelo aquella parte de la civilización europea que pudo pasar por el tamiz de las preocupaciones y de la tiranía de España.” (1)

“Jamás un pueblo profundamente envilecido, ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas. El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella, es cabalmente el *elemento ibérico*. Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica, fueron vencidos por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra *Iberia joven* que, abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua.

(1) *Repertorio Americano*, tomo III, p. 191. Tomo esta cita y la siguiente de la admirable introducción de D. Miguel A. Caro, honor de las letras americanas, á la *Historia general de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*, del obispo Piedrahita. Edición de Bogotá, 1881.

La constancia española se ha estrellado contra sí misma." (1)

Hé ahí cómo debemos pensar respecto á España, abandonando los temas retóricos, las declamaciones ampulosas sobre la tiranía de la metrópoli, sobre su absurdo sistema comercial, que le fue más perjudicial que á nosotros mismos, y recordando sólo que la historia humana gravita sobre la solidaridad humana. El pasado es una lección y no una fuente de eterno encono.

La ciudad de Caracas está situada en el valle que lleva su nombre y que es uno de los más bellos que se encuentran en aquellas regiones. Bajo un clima templado y suave, la naturaleza toma un aire tál de lozanía, que el viajero que despunta por la cumbre del Ávila cree siempre hallarse en el seno de una eterna primavera. El verde ondulado de los vastos plantíos de caña, claro y luminoso, contrasta con los reflejos intensos de los cafetales que crecen en la altura. Dos ó tres imperceptibles hilos de agua cruzan la estrecha llanura y aunque el corte de los cerros sobre el horizonte es algo monótono, hay tál profusión de árboles en sus declives, la baja vegetación es tan espesa y compacta, que la mirada encuentra siempre nuevas y agradables sensaciones ante el cuadro.

La ciudad, como todas las americanas funda-

(1) Bello, *Opúsculos*.

das por los españoles, es de calles estrechas y rectangulares. Sería en vano buscar en ella los suntuosos edificios de Buenos Aires ó Santiago de Chile; al mismo tiempo que las conmociones humanas han impedido el desarrollo material, los sacudimientos intermitentes de la tierra, temblando á cada borrasca que agita las venas de la montaña, hacen imposibles las construcciones vastas y sólidas. Todo es allí ligero, como en Lima, y el aspecto interior de las casas, sus paredes delgadas, sus tabiques tenues, revelan constantemente la ansiosa expectativa de un terremoto. Durante mi permanencia en Caracas, tuve ocasión de observar uno de esos fenómenos á los que el hombre no puede nunca habituarse y que hacen temblar los corazones mejor puestos. Leía tendido en un sofá de mi escritorio, y en el momento en que García Mérou se inclinaba á mostrarme un pasaje del libro que recorría, se lo vi vacilar entre las manos, mientras sentía en todo mi cuerpo un estremecimiento curioso. Nos mirámos un momento sin comprender, el tiempo suficiente para que los techos, cayendo sobre nosotros, nos hubieran reducido á una forma meramente superficial. Cuando nos apercibimos de que la tierra temblaba, corrimos primero al jardín; pero venciendo la curiosidad, salimos á la calle y observámos á todo el mundo en la puerta de sus casas, caras llenas de espanto, gente que corría, mujeres arrodilladas, un pavor desatentado

vibrando en la atmósfera. Una ó dos paredes de nuestra casa se rajaron, y aunque sin peligro para nosotros, no así para aquellos que la habiten en el momento de la repetición del fenómeno.

La ciudad, en sí misma, tiene un aspecto sumamente triste, sobre todo para aquellos que hemos nacido en las llanuras y que no podemos habituarnos á vivir rodeados de montañas que limitan el horizonte en todos sentidos y parecen enraecer el aire. Hay, sin embargo, dos puntos que podrían figurar con honor en cualquier ciudad europea: la plaza de Bolívar, perfectamente enlosada, con la estatua del Libertador al centro, llena de árboles corpulentos, limpia, bien tenida, delicioso sitio de recreo para pasar un par de horas oyendo la música de la retreta—y el Calvario.

El Calvario es un cerro pintoresco y poco elevado, á cuyo pie se extiende Caracas. En todas las guerras civiles pasadas, la facción que ha conseguido hacerse dueña del Calvario, lo ha sido inmediatamente de la ciudad. De allí se domina á Caracas por completo y ni un pájaro podría jactarse de contemplarla más cómodamente que el que se encuentra en el lindo cerro.

Se sube en carruaje ó á pie, por numerosos caminos en zig-zag, muy bien tenidos, rodeados de árboles y plantas tropicales, hasta llegar á la meseta de la altura, donde, en el centro de un jardín frondoso, se levanta la estatua del general Guzmán

Blanco, actual Presidente de los Estados Unidos de Venezuela. Se nota en todos los trabajos del Calvario, la ausencia completa de un plan preconcebido; parece que se han ido trazando caminos á medida que los accidentes del terreno lo permitían. Aquí una fuente, más adelante un banco cubierto de bambús rumorosos, allí una gruta, y por todas partes flores, agua corriendo con ruido apagado, silencio delicioso, vistas admirables y un ambiente fresco y perfumado. A pesar del cansancio de la subida, pocos han sido los días que he dejado de hacer mi paseo al pintoresco cerro. Siempre solo, como el de Santa Lucía en Santiago de Chile, como la Exposición en Lima, como el Botánico en Río, como el Prado en Montevideo, como Palermo en Buenos Aires. Sólo los domingos, los atroces y antipáticos domingos, se llenaba aquello de gente, paqueta, prendida con cuatro alfileres, oliendo á pomada y aspirando por la hora de volver á casa y sacarse el botín ajustado. Nunca fui un domingo; pero las tardes serenas de entre semana, la quieta y callada soledad, el sol tras el Avila, sonriente en la promesa del retorno, las mujeres del pueblo trepando lentamente á buscar el agua pura de la fuente, para bajar más tarde con el cántaro en la cabeza como las hijas del país de Canaán, los pájaros armoniosos, buscando aprisa sus nidos, el caer de la noche, el camino de la Guaira, esto es, la senda por donde se va á la luz

y al amor, á Europa y á la Patria, perdiéndose en la montaña, cruzada por la silenciosa y paciente recua cuya marcha glacial, indiferente, parece ser un reproche contra las vagas agitaciones del alma humana, todo ese cuadro delicado persiste en mi memoria en el marco cariñoso de los recuerdos simpáticos.

Como Caracas no es la última ciudad por la que pasaré en el curso de mi viaje, creo conveniente hacer una advertencia. No he pensado un momento, ni pienso en hacer la descripción de las ciudades que atraviese. En primer lugar es muy difícil y en segundo es muy aburrido. Cualquiera de las dos razones, aislada, me habría bastado para evitar la tentativa, puesto que escribo para darme el placer de recordar y no sería por cierto una fruición deliciosa pasarme tres días sobre un plano y enumerar casa por casa. Mi sensación de llegada á Caracas fue triste, porque, aparte de que venía de Europa, traía aún vivo el recuerdo de Buenos Aires al comienzo del invierno. Ahora bien, puedo afirmar, sin temor de que mi opinión se atribuya al *chauvinisme* que ve la patria en el empedrado de una calle ó en la cornisa de un templo, que no hay una sola ciudad en la América del Sud, que pueda compararse con Buenos Aires en vida, movimiento y esplendor. Es la única que tiene un aspecto esencialmente europeo, es la única donde

se encuentran elementos de lucha contra las horas de fastidio en la animación de sus calles, en sus numerosos teatros, conciertos, cafés, clubs, etc. Como naturaleza, Río Janeiro es mil veces más bello; como ciudad, Santiago de Chile y Montevideo tienen detalles, la Alameda en la primera, la calle 18 de Julio en la segunda, infinitamente superiores á lo mejor de Buenos Aires; como población, Río es superior; como originalidad, Lima la aventaja. . . . pero Buenos Aires es Buenos Aires, esto es, una mezcla curiosa de razas, amalgamándose rápidamente bajo un clima moderador, un centro donde repercuten todas las cosas buenas y malas de la tierra, donde se vive á prisa, donde se sufre y se goza y donde sólo se fastidia el que quiere. . . .

Pero se trata de Caracas.

La ciudad tiene algunos edificios notables, como el teatro, el palacio federal del Capitolio, etc.

Me llamó mucho la atención la limpieza de la gente del pueblo bajo, cuya elegancia dominguera consiste en vestirse de blanco irreprochable. El caraqueño es humilde, respetuoso y honesto. En Venezuela es proverbial la seguridad de los campos, por los que transitan frecuentemente arrias conductoras de fuertes sumas de dinero, sin que haya noticia de haber sido jamás asaltadas.

La diversión característica del pueblo de Caracas es la plaza de toros, que funciona todos los

domingos. El pobre caraqueño (me refiero al *low people*) que no tiene los reales suficientes para pagarse la función, se considera más desgraciado que si le faltara que comer. Mis sirvientes, haraganes y perezosos, adquirirían cierta actividad á contar del viernes—y cuando quería hacerlos andar listos en un mandado, me bastaba anunciarles que á la primer tardanza no habría toros, para verlos volar.

En la plaza, que no es mala, se aglomeran, gritan, patean, juzgan los golpes, hacen espíritu, gozan como los españoles en idéntico caso, atestiguando su filiación más con su algarabía que con su idioma. Pero las corridas de toros en Venezuela se diferencian en dos puntos esenciales de las de España. En el primer punto, el toro, de mala raza, medio atontado por los golpes con que lo martirizan una hora en el toril, antes de entrar á la plaza, trae los dos cuernos despuntados. Toda la lucha consiste en capearlo y ponerle banderillas, de fuego para los poltrones, sencillas para los bravos. Una vez que el *bicho* ha cumplido más ó menos bien su deber, sea pegando serios sustos á los toreadores, sea huyendo sin cesar con aire imbécil, se abre un portón y es arrojado á un potrero contiguo. En cuanto á los *artistas* que tuve ocasión de ver, todos ellos *criollos*, eran, aunque de un valor extraordinario, deplorablemente chambones. Cada vez que el toro se fastidiaba y arremetía con uno de ellos, era seguro ver al pobre ca-

peador por los aires ó hecho tortilla contra las bandadas, lo que no causa mucho placer que digamos. Cuando el toro es bravo y el hombre hábil y valeroso, las simpatías se inclinan siempre al hombre; me sucedía lo contrario.

La verdadera diversión consiste, pues, en la observación del público, ingenuo, alegre, bullicioso como los niños de un colegio en la hora de recreo. Venía de Londres, donde aun en las más grandes aglomeraciones de pueblo, se nota ese aire acompasado, frío, metódico, del carácter inglés; la tumultuosa espontaneidad de los caraqueños contrastaba curiosamente con ese recuerdo, pintando la raza de una manera enérgica, así como la varonil arrogancia de los muchachos corriendo con sus diminutas *ruanas* el novillo de postre.

Fuera de los toros, no hay otra diversión pública en Caracas, salvo los meses de ópera, al alcance sólo de las altas clases. Pero el pueblo no pide más y si no escaseara tanto el *panem*, sería completamente feliz con los *circences*.

Desde la época colonial, Caracas fue renombrada por su cultura intelectual y citada como uno de los centros sociales más brillantes de la América española. Su universidad famosa ha producido más de un ilustre ingenio cuya acción ha salvado los límites de Venezuela. Aun en el día posee distinguidos hombres de letras, historiadores,

poetas y jurisconsultos, algunos de los cuales, arrastrados desgraciadamente por la vorágine política, han vivido alejados de su país, privándolo así de la gloria que sus trabajos hubieran reportado.

El tono general de la cultura venezolana es de una delicadeza exquisita. Nunca olvidaré la generosa hospitalidad recibida en el seno de algunas familias que conservan la vieja y honrosa tradición de la sociedad caraqueña. Pago aquí mi deuda de agradecimiento, no sólo personal, sino también como argentino. El nombre de mi patria, querido y respetado, fue el origen de la viva simpatía con que se me recibió. Nada impone más la gratitud que el afecto y consideración manifestados por la patria lejana.

EN EL MAR CARIBE

Mal presagio—El Avila—De nuevo en la Guaira—El hotel *Neptuno*—Cómo se come y cómo se duerme—Cinco días mortales—La rada de la Guaira—El embarque. Macuto—Una compañía de Opera—El *Saint-Simon*--Impresiones de á bordo—Puerto Cabello—La fortaleza—Las bóvedas—El general Miranda—Una sombra sobre Bolívar—Las bocas del Magdalena—Salgar—La hospitalidad colombiana.

Salí de Caracas el martes 13 de Diciembre; el día y la fecha no podían ser más lúgubres. Pero como en cada día de la semana y en cada uno de los del mes he tenido momentos amargos, he perdido por completo la preocupación que aconseja no ponerse en viaje el martes ni iniciar nada en 13. En esta ocasión, sin embargo, he estado á punto de volver á creer en brujas, tántas y tan repetidas fueron las contrariedades que encontré en el camino.

Una vez más volví á cruzar el Avila, buscando el mar por las laderas de las montañas, accidentadas, abruptas, caprichosas en sus direcciones, con sus valles estrechos y profundos. Los trabajos del ferrocarril se proseguían, pero sin actividad; es una obra gigante que me trajo á la memoria

los esfuerzos de Weelright para unir á Santiago de Chile con Valparaíso, los de Meiggs para trepar hasta la Oroya, y los que esperan en un futuro próximo á los ingenieros que se encarguen de cruzar los Andes con el riel y unir Mendoza con Santa Rosa. El ferrocarril de la Guaira á Caracas es, á mi juicio, obra de trascendencia vital para el porvenir de Venezuela, así como el de la magnífica bahía de Puerto Cabello á Valencia. La nación entera debía adeudarse para dar fin á esas dos vías que se pagarían por sí mismas en poco tiempo.

Al fin llegámos á la Guaira, después de seis horas de coche, realmente agobiadoras, por las continuas ascensiones y descensos, como por el deplorable estado del camino. Apenas divisámos la rada, tendimos ávidos la mirada, buscando en ella el vapor francés que debía conducirnos á Sabanilla y que era esperado el referido día 13. Me entró frío mortal, porque al notar la ausencia del ansiado *Saint-Simon*, pensé en el hotel *Neptuno*, en el que tenía forzosamente que descender, por la sencilla razón de que no hay otro en la Guaira. Allí nos empujó nuestro negro destino y allí quedámos varados durante cinco días, cuyo recuerdo opera aún sobre mi diafragma como en el momento en que respiraba su atmósfera.

Los venezolanos dicen y con razón, que Venezuela tiene la cara muy fea, refiriéndose á la impresión que recibe el extranjero al desembarcar

en la Guaira. En efecto, la pobreza, la suciedad de aquel pequeño pueblo, su insoportable calor, pues el sol, reflejándose sobre la montaña, reverberando en las aguas y cayendo de plomo, levanta la temperatura hasta 36° y 38°; el abandono completo en que se encuentra, hacen de la permanencia en él un martirio verdadero. Pero todo, todo le perdono á la Guaira, menos el hotel *Neptuno*. Ese nombre me acompañará como una maldición durante toda mi vida; me irrita, me exacerba...

Creo tener una vigorosa experiencia de hoteles y posadas; conozco en la materia desde los palacios que bajo este nombre se encuentran en Nueva York, hasta las chozas miserables que en los desiertos argentinos se disfrazan con esa denominación. Me he alojado en los hoteles de nuestros campos, en cuyos cuartos los himnos de la noche son entonados por animales microscópicos y carnívoros; he llegado, en medio de la cordillera, camino de Chile, á posadas en cuya puerta el dueño, compadecido sin duda de mi juventud, me ha dado el consejo de dormir á cielo abierto, en vez de ocupar una pieza en su morada; he dormido algunas noches en las postas esparcidas en la larga travesía entre Villa Mercedes y Mendoza; he pernoctado en *El Consuelo*, comido en Villeta y almorzado en *Chimbe*, camino de Bogotá... pero nada, nada puede compararse con aquel hotel *Neptuno* que, como una venganza, enclavaron las potencias

infernales en la tétrica Guaira. ¿Describirlo? Imposible; necesitaría, más que la pluma, el estómago de Zola y al lado de mi narración, la última página de *Nana* tendría perfumes de azahar. Baste decir que el mueblaje de cada cuarto consiste en un aparato sobre el que jinetea, como diría Lainez, una palangana (que en Venezuela se llama ponchera), como una media naranja, revestida de mugre en el fondo. Luégo una silla y por fin un catre. Pero un catre pelado, sin colchón, sin sábanas, sin cobertores y con una almohada que, en un apuro, podría servir para cerrar una carta en vez de oblea. El piso está alfombrado... de arena! No penséis en aquella arenilla blanca y dulce á la mirada, que tapiza los cuartos en las aldeas alemanas y flamencas, perfectamente cuidada, el piso en que se marcaba el paso furtivo de Fausto al penetrar á la habitación de Margarita, el piso hollado por los pies de Hermann y Dorotea. No; una arena negra, impalpable y abundante, que se anida presurosa en los pliegues de nuestras ropas, en el cabello y que espía el instante en que el párpado se levanta para entrar en són de guerra á irritar la pupila. Allí se duerme.—El comedor es un largo salón, inmenso, con una sola mesa, cubierta de un mantel indescriptible. Si el perdón penetrara en mi alma, compararía ese mantel con un mapa mal pintado, en el que los colores se hubieran confundido en tintas opacas y confusas; pero

como no puedo, no quiero perdonar, diré la verdad: las manchas de vino, de un rojo pálido, alternan con los rastros de las salsas; las placas de aceite suceden á los vestigios grasosos. . . . Basta. Sobre esa mesa se coloca un gran número de platos: carne salada en diversas formas, carne á la llanera, cocida, y plátanos: plátanos fritos, plátanos asados, cocidos, en rebanadas, rellenos, en sopa, en guiso y en dulce. Luégo que todos esos elementos están sobre la mesa, se espera religiosamente á que se enfrien y cuando todo se ha puesto al diapason termométrico de la atmósfera, se toca una campana y todo el mundo toma asiento.—¿Se come? Mentira, allí se enferman los estómagos más fuertes, allí se pone lívido de cólera el caraqueño distinguido, á la par del extranjero. Aquellos mozos transpirantes como en un eterno baño ruso, usando el paño que llevan bajo el brazo, ya como pañuelo de manos, ya como servilleta, gritando, atropellándose, repelentes, sucios. . . . ¡Aire, aire libre!

Así pasámos cinco días, fijos los ojos en el vigía que desde la altura anuncia por medio de señales la aproximación de los vapores. De pronto, al tercer día, suena la campana de alarma. ¡Un vapor á la vista! . . . ¡Viene de Oriente! . . . ¡Francés! Qué sonrisas! Qué apretones de mano! Qué meter aprisa y con forceps todos los efectos en la valija repleta, que se resiste bajo pretexto de que no caben! Un paredón maldito frente al hotel quita la

vista del mar; esperamos pacientemente y sólo vemos el buque cuando está á punto de fondear. . . .
¡ No es el nuéstro !

Pasábamos el día entero en el muelle, presenciando un espectáculo que no cansa, produciendo la punzante impresión de los combates de toros. El puerto de la Guaira no es un puerto, ni cosa que se le parezca; es una rada abierta, batida furiosamente por las olas, que al llegar á los bajos fondos de la costa, adquieren una impetuosidad y violencia increíbles. Hay días, muy frecuentes, en que todo el tráfico marítimo se interrumpe, porque no es materialmente posible embarcarse. Por lo regular, el embarque no se hace nunca sin peligro. En vano se han construído extensos tajamares: la ola toma la dirección que se le deja libre y avanza irresistible. ¡ Ay de aquel bote ó canoa que al entrar ó salir al espacio comprendido entre el muelle y la muralla de piedra, es alcanzado por una ola que revienta bajo él! Nunca me ha sido dado observar mejor esos curiosos movimientos del agua, que parecen dirigidos por un sér consciente y libre. Qué fuerzas forman, impulsan, guían la onda, es una cuestión ardua; pero aquel avance mecánico de esa faja líquida que viene rodando en la llanura y que, al sentir la proximidad de la arena, gira sobre sí misma como un cilindro alrededor de su eje, es un fenómeno admirable. Al reventar, un mar de espuma se desprende de su cúspide y

cae bullicioso y revuelto como el caudal de una catarata. Si en ese momento una embarcación flota sobre la ola, es irremisiblemente sumergida. Así, durante días enteros, hemos presenciado el cuadro conmovedor de aquellos robustos pescadores, volviendo de su tarea ennoblecida por el peligro y zozobrando al tocar la orilla. Saltan al mar así que comprenden la inminencia de la catástrofe y nadan con vigor á tierra, huyendo de los tiburones y tintoreras que abundan en esas costas. El em'barque de pasajeros es más terrible aún; hay que esperar el momento preciso, cuando, después de una serie de olas formidables, aquellos que desde la altura del muelle dominan el mar, anuncian el instante de reposo y con gritos de aliento impulsan al que trata de zarpar. Qué emoción cuando los vigorosos marineros, tendidos como un arco sobre el remo, huyen delante de la ola que los persigue bramando! Es inútil; llega, los envuelve, levanta el bote en lo alto, lo sacude frenética, lo tumba y pasa rugiente á estrellarse impotente contra las peñas.

Consigno un recuerdo al lindo pueblo de Macuto, situado á un cuarto de hora de la Guaira, perdido entre árboles colosales, adormecido al rumor de un arroyo cristalino que baja de la montaña inmediata. Es un sitio de recreo, donde las familias de Caracas van á tomar baños, pero no

tiene más atractivo que su belleza natural. El lujo de las moradas de campo, tan común en Buenos Aires, Lima y Santiago, no ha entrado aún en Venezuela ni en Colombia. Siempre que nos encontramos con estas deficiencias del progreso material, es un deber traer á la memoria, no sólo las dificultades que ofrece la naturaleza, sino también la terrible historia de esos pueblos desgraciados, presas hasta hace poco de sangrientas é interminables guerras civiles.

Al fin del quinto día, el vigía anunció nuevamente un vapor que asomaba en el horizonte oriental; esta vez no fuimos chasqueados. Pero como el *Saint-Simon* no debía partir hasta el día siguiente, empleámos la tarde, en unión con la casi totalidad de la población de la Guaira, en presenciar el desembarque de la compañía lírica que debía funcionar en el lindo teatro de Caracas. El mar estaba agitado, *venía mucha agua*, según la expresión de los viejos marinos de la playa y de los conductores de las lanchas ocupadas por los ruisseñores exóticos iban á poner á prueba su habilidad. Al menor descuido, la ola estrellaba la embarcación contra las rocas ó el muelle y el mundo perdía algunos millares de sí bemoles. En el fondo de la primer lancha, vi un hombre de elevada estatura, con calañés, en posición de Conde de Luna, cuando pregunta desde cuándo acá vuelven los muertos á la tierra; era el barítono, seguramente. A su lado, una

mujer rubia y buena moza, apretaba un perrito contra el seno y tenía los ojos agitados por el terror. Perrito? Contralto. En el segundo bote, la *prima donna*, gruesa, ancha, robusta, nariz trágica, talle de campesina suiza; junto á ella, el *primo donno*, su esposo ó algo así, ese utilísimo mueble de las divas, que firma los contratos, regatea, busca alojamiento y presenta á la *signora* los *habitués* distinguidos. Por último, tras el formidable bajo, que tenía todo el aire de Leporello en el último acto de *Don Juan*, el tenor, el sublime tenor, que el empresario, según anunció en los diarios de Caracas, había arrebatado á fuerza de oro al Real de Madrid. El referido empresario venía á su lado, sosteniéndole á cada vaivén, interponiéndose entre su armonioso cuerpo y el agua imprudente que penetraba sin reparo, mensajera del resfrío. Cuál no sería mi sorpresa al reconocer en el melodioso artista, que se dejaba cuidar con un aplomo regio, á nuestro antiguo conocido el tenor Abrugnedo! Miré con júbilo al *Saint-Simon* que se mecía sobre las aguas y que debía partir al día siguiente. Más tarde, vi toda la compañía reunida, comiendo, los desgraciados, en la mesa del hotel *Neptuno*. El plátano proteiforme, la yuca, el ñame y demás manjares indígenas les llamaban la atención, y el viejo italiano que se habla entre bastidores sonaba en agudezas de carbonero, mientras algunos jóvenes de Caracas, casualmente allí, analizaban los

contornos de la contralto con una atención que revelaba ó afición á la anatomía ó designios menos científicos. Yo, entretanto, dejaba á mi espíritu flotar en el recuerdo de un delicioso romance de George Sand, aquel *Pierre qui roule*, en el que el artista sin igual pinta la vida vagabunda y caprichosa de una compañía de cómicos de la legua; para detenerme ante esta ligera insinuación de mi conciencia: En cuanto á vagabundo. . . .

Al día siguiente, por fin, procedimos al embarque. Cuestión seria; una de las lanchas que nos precedían y que, como la nuestra, espiaba el instante preciso para echarse afuera, no quiso oír los gritos del muelle: *viene agua!* é intentando salir, fue tomada por una ola que la arrojó con violencia contra los pilotes. La lancha resistió felizmente; pero iban señoras y niños dentro, cuyos gritos de terror me llegaron al alma. —“No se asuste, blanco,”—me dijo uno de mis marineros, negro viejo que no hacía nada, mientras sus compañeros se encorvaban sobre el remo. Sonrío hoy al recordar la cólera pueril que me causó esa observación y creo que me propasé en la manera de manifestársela al pobre negro. Fuimos más felices que nuestros precursores y llegámos con felicidad á bordo del vapor en que debíamos continuar la peregrinación á los lejanos pueblos cuyas costas baña el mar Caribe.

He hecho esta observación: nunca se siente uno más extranjero, más solo, que cuando se embarca en un vapor que está al concluir la carrera de su itinerario. Todos los pasajeros de á bordo han vivido un mes en comunidad, lo que equivale á cinco años en tierra. Han tenido tiempo, por consiguiente, de establecer sus círculos, sus amistades, sus modos de vida á bordo. El que llega es un intruso y en el fondo de las miradas que se le dirigen, hay cierto desprecio por el individuo que sólo tiene tres días de travesía. Sin embargo, cuando pasaban delante de mí, sentado en mi cómoda silla de viaje, leyendo gravemente una historia de Colombia, habría podido decirles que hacía siete meses me encontraba en el viaje.

En medio del mundo de á bordo, un tanto silencioso y mustio desde la partida de la compañía lírica, cuyos miembros se habían ejercitado en muchas cosas, excepto en el canto, cuyas primicias reservaban para los caraqueños, tuve un encuentro, que me probó una vez más la verdad del refrán árabe, que limita á las montañas la triste condición de la inmovilidad. Fue un joven peruano, que había conocido en Arica, ennoblecido por su traje desgarrado, su tez quemada y las huellas de las privaciones sufridas peleando por su patria. Hoy estaba elegantemente vestido: venía de París. Después del desastre de Tacna, ganó á Lima por el interior, pero, como la vida era dura bajo la do-

minación de las armas de Chile, fue á respirar á Europa por unos meses. Era muy buen mozo, observación que me aseguraron había hecho yá la contralto.

¿Encontraré piedad en las almas ideales que viven de ilusiones, si hago la confesión sincera de haber sentido un placer incalculable, en unión con mi joven secretario, cuando nos sentámos á la mesa del *Saint-Simon*, y se nos dio una servilleta blanca como la nieve y recorrí con complacidos ojos un *menu* delicado, cuya perfección radicaba en el exiguo número de pasajeros? Creo que es la primera vez, en mis largas travesías, que he deseado una ligera prolongación en el viaje. La oficialidad de á bordo, distinguida, el joven médico que no creía en la eficacia de la quinina contra la fiebre y que me indicaba preservativos para la *malaria* del Magdalena que me hacían preferir el mal al remedio; un distinguido caballero de la Martinica que me daba los datos que he consignado anteriormente, sobre la situación social de la isla; su linda y amable mujer, y por fin, un joven suizo de 22 años, que se dirigía á Bogotá, contratado por el gobierno de Colombia para dictar una cátedra de historia general y que, no hablando el español, se sonrojó de alegría cuando supo que debíamos ser compañeros de viaje. Inspectores de la Compañía Transatlántica que iban á Méjico y Centro América, guatemaltecos, costarriqueños, peruanos, todo

ese mundo del Norte, tan diferente del nuestro, que no nos hace el honor de conocernos y á quien pagamos con religiosa reciprocidad.

A la mañana siguiente de la salida de la Guaira, llegamos á Puerto Cabello, cuya rada me hizo suspirar de envidia. El mar forma allí una profunda ensenada, que se prolonga muy adentro en la tierra y los buques de mayor calado atracan á sus orillas. Hay una comodidad inmensa para el comercio y ese puerto está destinado, no sólo á engrandecer á Valencia, la ciudad interior á que corresponde, como la Guaira á Caracas y el Callao á Lima, sino que por la fuerza de las cosas se convertirá en breve en el principal emporio de la riqueza venezolana. Las cantidades de café y cacao que se exportan por Puerto Cabello son ya inmensas, y una vez que ese cultivo se difunda en el Estado de Carabobo y limítrofes, su importancia crecerá notablemente.

Frente al puerto se levanta la maciza fortaleza, el cuadrilátero de piedra que ha desempeñado un papel tan importante en la historia de la Colonia, en la lucha de la Independencia y en todas las guerras civiles que se han sucedido desde entonces. En sus bóvedas, como en las de la Guaira, han pasado largos años muchos hombres generosos, actores principales en el drama de la Revolución. De allí salió viejo, enfermo, quebrado, el famoso general Miranda, aquel curioso tipo históri-

co que vemos brillar en la corte de Catalina II, sensible á su gallarda apostura y que lo recomienda á su partida á todas las cortes de Europa; que encontramos ligado con los principales hombres de Estado del Continente, que acepta con júbilo los principios de 1789, ofrece su espada á la Francia, manda la derecha del ejército de Dumouriez en la funesta jornada de Neerwinden, cuyo resultado es la pérdida de la Bélgica y el desamparo de las fronteras del Norte; que volvemos á encontrar en el banco de los acusados, frente á aquel terrible tribunal donde acusa Fouquier-Tinville y que acaba de voltear las cabezas de Custine y de Houdard, el vencedor de Hoschoote. Con una maravillosa presencia de espíritu, Miranda logra ser absuelto (el único tal vez de los generales de esa época, porque Hoche debió la vida al Trece Vendimiario) por medio de un sistema de defensa curioso y original, consistente en formar de cada cargo un proceso separado y no pasar á uno nuevo antes de destruir por completo la importancia del anterior en el ánimo de los jueces. Salvado, Miranda se alejó de Francia, pero lleno yá de la idea de la independencia americana. Hasta 1810, se acerca á todos los gobiernos que las oscilaciones de la política europea ponen en pugna con la España. Los Estados Unidos lo alientan, pero su concurso se limita á promesas. La Inglaterra lo acoge un día con calor, después de la paz de Bâle,

lo trata con indiferencia después de la de Amiens, lo escucha á su ruptura y el incansable Miranda persigue con admirable perseverancia su obra. Arma dos ó tres expediciones en las Antillas, contra Venezuela, sin resultado, y por fin, cuando Caracas lanza el grito de independendia, vuela á su patria, es recibido en triunfo y se pone al frente del ejército patriota. Nunca fue Miranda un militar afortunado; debilitadas sus facultades por los años, amargado por rencillas internas, su papel como general en esta lucha es deplorable, y vencido, abandonado, cae prisionero de los españoles, que lo encierran en Puerto Cabello, de donde se le saca para ser trasladado á España, entregado por Bolívar. Es esta una de las negras páginas del Libertador, á mi juicio, que nunca debió olvidar los servicios y las desgracias de ese hombre abnegado. Miranda murió prisionero en la Carraca, frente á Cádiz, y todos los esfuerzos que ha hecho el gobierno de Venezuela para encontrar sus restos y darles un hogar eterno en el panteón patrio, han sido inútiles. . . .

Pero mientras se me ha ido la pluma hablando de Miranda, el buque avanza y al fin, dos días después de haber dejado á Puerto Cabello, notamos que las aguas del mar, verdes y cristalinas en el Caribe, han tomado un tinte opaco, más terroso aún que el de las del Plata. Es que cruzamos frente á la desembocadura del Magdalena, que viene

arrastrando arenas, troncos, hojas, detritus de toda especie, durante centenares de leguas y que se precipita al océano con vehemencia. Hémos al fin en el pequeño desembarcadero de Salgar, donde debemos tomar tierra. No hay más que cuatro ó seis casas, entre ellas la estación del ferrocarril que debe conducirnos á Barranquilla. Se me anuncia que el vapor *Victoria* debe salir para Honda, en el alto Magdalena, dentro de una hora, y sólo entonces comprendo las graves consecuencias que va á tener para mí el retardo del *Saint-Simon*, al que yo debo los atroces días de la Guaira. Todo el mundo nos recibe bien en Salgar y el himno de gratitud á la tierra colombiana empieza en mi alma.

EN EL RIO MAGDALENA

De Salgar á Barranquilla—La vegetación—El manzanillo. Cabras y yanquis—La fiebre—Barranquilla—La *brisa*. La atmósfera enervante—El fatal retardo—Preparativos. El río Magdalena—Su navegación—Regaderos y chorros. Los *champanes*—Cómo se navegaba en el pasado—El *Antioquia*—«*Jupiter dementat.....*»—Los vapores del Magdalena—La voluntad—Cómo se come y cómo se bebe—Los bogas del Magdalena—Samarios y cartageneros—El embarque de la leña—El *burro*—Las costas desiertas—Mompós—Magangué—Colombia y el Plata.

Un ferrocarril de corta extensión (veinte y tantas millas) une á Salgar con Barranquilla. Es de trocha angosta y su solo aspecto me trae á la memoria aquella nuestra línea argentina que, partiendo de Córdoba, va buscando las entrañas de la América Meridional, que dentro de poco estará en Bolivia y en la que, viejos, hemos de llegar hasta el Perú. También allí se ha adoptado la vía angosta, siendo, por todo género de consideraciones, el punto del mundo menos apropiado para usar ese sistema deficiente, que sólo se explica cuando las dificultades del terreno lo hacen inevitable.

El breve trayecto de Salgar á Barranquilla es pintoresco, no sólo por los espectáculos inespera-

dos que presenta el mar, que penetra audazmente al interior, formando lagunas cuya poca profundidad no las hace benéficas para el comercio, sino también por la naturaleza de la flora de aquellas regiones. A ambos lados de la vía se extienden bosques de árboles vigorosos, cuyo desenvolvimiento mayor veremos más tarde en las maravillosas riberas del Magdalena. Pero la especie que más abunda es el manzanillo, que la naturaleza, pródiga en cariños supremos para todo lo que se agita bajo la vida animal, ha plantado al borde de los mares, colocando así el antidoto junto al veneno. El manzanillo es aquel mismo árbol de la India cuya influencia mortal es el tema de más de una leyenda poética de Oriente. Su más popular reflejo en el mundo europeo, es el disparatado poema de Scribe, que Meyerbeer ha fijado para siempre en la memoria de los hombres, adornándolo con el lujo de su inspiración poderosa. Debo decir desde luego que, desde el momento en que pisé estas tierras queridas del sol, la *Africana* suena en mi oído á todo momento, sea en las quejas de Sélika al pie de los árboles matadores, sea en sus cantos adormecedores, sea en el cuadro opulento de aquel Indostán sagrado donde el sol abrillanta la tierra.

Es un hecho positivo que el manzanillo tiene propiedades fatales para el hombre. Sus frutas atraen por su perfume exquisito, sus flores embal-

saman la atmósfera y su sombra fresca y aromática invita al reposo, como las sirenas fascinaban á los vagabundos de la Odisea. Los animales, especialmente las cabras, resisten rara vez á esa dulce y enervante atracción, se acogen al suave cariño de sus hojas tupidas y comen del fruto embalsamado. Allí se adormecen y cuando, al despertar, sienten venir la muerte en los primeros efectos del tósigo, reúnen sus fuerzas, se arrastran hasta la orilla del mar y absorben con avidez las ondas saladas que les devuelven la vida. Se conserva el recuerdo de unos jóvenes norteamericanos que, echándose el fusil al hombro, resolvieron hacer á pie el camino de Salgar á Barranquilla. El sol quema en esos parajes y el manzanillo incita con su sombra voluptuosa, cargada de perfumes. Los jóvenes yanquis se acogieron á ella, unos por ignorancia de sus efectos funestos, otros porque, en su calidad de hombres positivos, creían puramente legendaria la reputación del árbol. No sólo durmieron á su sombra, sino que aspiraron sus flores y comieron sus frutos prematuros. Llegaron á Barranquilla completamente envenenados y si bien lograron salvar la vida, no fue sin quedar sujetos por mucho tiempo á fiebres intermitentes tenacísimas.

Hé ahí el enemigo contra el que tenemos que luchar á cada instante: la fiebre. La riqueza vegetal de aquellas costas, bañadas por un sol de fue-

go que hace fermentar los infinitos detritus de los bosques, la abundancia de frutas tropicales, á las que el estómago del hombre de Occidente no está habituado, los cambios rápidos de temperatura, la falta forzosa de precaución, la sed inextinguible que origina una transpiración de que aquel que vive en regiones templadas no tiene idea, la imprudencia natural al extranjero, son otros tantos elementos de probabilidad de caer bajo las terribles fiebres palúdicas de las orillas del Magdalena. Y lo más triste, es que los preservativos toman todos, en aquel clima, caracteres de insoportables privaciones. Las frutas, el agua, las bebidas frías, todo lo que puede ser agradable al desgraciado que se derrite en una atmósfera semejante, es estrictamente prohibido por el amistoso consejo del nativo.

Llegámos á Barranquilla, pequeña ciudad de unas veinte mil almas, á la izquierda del Magdalena y sobre uno de sus brazos ó *caños*, como allí llaman á las bifurcaciones inferiores del gran río. Barranquilla ha adquirido importancia hace poco tiempo, desde que, construído el ferrocarril que la liga con el mar, se ha hecho la vía obligada para penetrar en Colombia por el Atlántico, quitando por consiguiente todo el comercio y el tránsito á la vieja y colonial Cartagena y á Santamarta. No tiene nada de particular su edificación, pues la mayor parte, casi la totalidad de sus casas, tienen techo de paja y ofrecen la forma de lo que en la

tierra llamamos ranchos. Pero indudablemente ese pequeño centro progresa, á la par de Colombia entera. Las calles todas son de una arena finísima y espesa, que levanta en torbellinos lo que allí llaman la *brisa* del mar y que frecuentemente toma las proporciones de un verdadero vendaval. En cuanto á la temperatura, es insoportable. Un francés, M. Andrieux, que ha escrito para *Le tour du Monde*, una prolija descripción de sus viajes en Colombia, asegura que desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, no se ven en las calles de Barranquilla sino perros y alguno que otro francés, que persiste en sostener la reputación de la salamandra, que se les ha dado en el Cairo. Es un poco exagerado; pero el hecho es que se necesita una apremiante necesidad ó una imprudencia infantil para aventurarse bajo aquel sol canicular que, reverberando en la arena blanca y ardiente, quema los ojos, tuesta el cutis y derrama plomo en el cerebro. Se espera la *brisa* con ansia, á pesar de los inconvenientes del polvo impalpable que se levanta en nubes. Todo el mundo anda en coche cuando se ve obligado á salir y la gente del pueblo tiene por vehículo un *burrito* microscópico, sobre el cual el jinete va sentado, con los pies apoyados sobre el pescuezo y animándolo con un pequeño palo cuya punta, ligeramente afilada, se insinúa con frecuencia en el anca escuálida del bravo y paciente cuadrúpedo.

El aspecto de la ciudad es análogo al de las colonias europeas en las costas africanas; pesa sobre el espíritu una influencia enervante, agobiadora y para la menor acción, es necesario un esfuerzo poderoso. Desde que he pisado las costas de Colombia, he comprendido la anomalía de haber concentrado la civilización nacional en las altiplanicies andinas, á trescientas leguas del mar. La raza europea necesita tiempo para aclimatarse en las orillas del Magdalena y en las riberas que bañan el Caribe y el Pacífico.

Llegué á Barranquilla el 20 de Diciembre, á las tres y media de la tarde, en momentos en que partía para el alto Magdalena el vapor *Victoria*, el mejor que surca las aguas del río. Fue entonces que comprendí todo el mal que me había hecho el retardo de cuatro días del *Saint-Simon*, sin contar con la permanencia en la Guaira, que, en calidad de sufrimiento pasado, empezaba á debilitarse en la memoria, sobre todo ante la expectativa de los que me reservaba el porvenir. Si el *Saint-Simon* hubiera llegado á Salgar en el día de su itinerario, habríamos tenido tiempo sobrado de hacer en Barranquilla todos los preparativos necesarios y embarcándonos en el *Victoria*, nos hubiéramos librado de las amarguras indescriptibles sufridas en el Magdalena.

Porque los preparativos son una cuestión seria, que exige un cuidado extremo. Desde luégo, es ne-

cesario proveerse de ropas impalpables; á más de una buena cantidad de vino y algunos comestibles, porque en las desiertas orillas del río no hay recursos de ningún género, y por fin, que es lo principal, de un petate y un mosquitero. Petate significa estera, y el doble objeto de ese mueble es en primer lugar, colocarlo sobre la lona del catre, por sus condiciones de frescura, y en seguida, sujetar bajo él los cuatro lados del mosquitero, para evitar la irrupción de zancudos y jejenes.

Perdido el *Victoria*, tenía que esperar hasta el próximo vapor correo, que sólo salía el 30; es decir, diez días inútiles en Barranquilla. Supe entonces que el 24 salía un vapor extraordinario, pero cuyas condiciones lo hacían temible para los viajeros. Es necesario explicar ligeramente lo que es la navegación del río Magdalena, para darse cuenta de las precauciones que es indispensable tomar para emprendérla. Como no hago un libro de geografía ni pretendo escribir un viaje científico, siendo mi único y exclusivo objeto consignar simplemente mis recuerdos é impresiones en estas páginas ligeras, me bastará decir que el Magdalena, junto con el Cauca, forman uno de los cuatro grandes sistemas fluviales de la América del Sud, determinados por las diversas bifurcaciones de la cordillera de los Andes; los otros tres son: el Orinoco y sus afluentes, el Amazonas y los suyos y por fin el Plata, donde se derraman el Uruguay y

el Paraná. Todos los demás sistemas son secundarios. Los españoles, al descubrir que los dos ríos nacían juntos, se apartaban luégo para regar inmensas y feraces regiones, y volvían á unirse poco antes de llegar al mar, para entregarle sus aguas confundidas, los llamaron Marta y Magdalena, en recuerdo de las dos hermanas del Evangelio; sólo predominó el nombre del segundo, mientras el primero conservó el bello y eufónico de Cauca que los indios le habían dado. De los dos, el Magdalena es más navegable; pero aunque su caudal de agua es inmenso, sólo en las épocas de grandes lluvias no ofrece dificultad. La naturaleza de su lecho arenoso y movable, que forma bancos con asombrosa rapidez sobre los troncos inmensos que arrastra en su curso, arrebatados por la corriente á sus orillas socavadas, su anchura extraordinaria en algunos puntos, que hace extender las aguas, en lo que se llaman, *regaderos*, sin profundidad ninguna, pues rara vez tienen más de cuatro pies; la variación constante en la dirección de los canales, determinada por el movimiento de las arenas de que he hablado antes; los rápidos violentos, llamados *chorros*, donde la corriente alcanza hasta catorce y quince millas: hé ahí (y sólo consigno los principales), los inconvenientes con que se ha tenido que luchar para establecer de una manera regular la navegación del Magdalena, única vía para penetrar al interior. Hasta hace treinta años,

el río se remontaba por medio de *champanes*, esto es, grandes canoas, sobre cuya cubierta pajiza, los negros bogas, tendidos sobre los largos botadores que empujaban con el pecho, conducían la embarcación por la orilla, en medio de gritos, denuestos y obscenidades con que se animaban al trabajo. El viaje, de esta manera, duraba en general tres meses, al fin de los cuales el paciente llegaba á Honda, con treinta libras menos de peso, hecho pedazos por los mosquitos, hambriento y paralizado por la inmovilidad de una postura de ídolo azteca. El general Zárraga, uno de los ancianos más honorables que he conocido y padre del Dr. Simón Zárraga, que ha hecho de la tierra argentina su segunda patria, me contaba en Caracas, que en 1826, siendo ayudante de Bolívar, fue enviado por el Libertador á la Costa para conducir á Bogotá á dos caballeros franceses que venían en misión diplomática cerca de él. Uno de ellos era el hijo del famoso duque de Montebello. Cuando supieron que era necesario entrar al champán, tenderse en el fondo, en la misma actitud de un cadáver y permanecer así durante dos ó tres meses, uno de los diplomáticos inició una enérgica resistencia, que Montebello sólo pudo vencer recordando el deber y la necesidad. Después de haber hecho ese viaje, cada vez que un anciano me refiere haberlo llevado á cabo en su juventud, y no pocas veces en champán, lo miro con el respeto y la veneración con que los ita-

lianos jóvenes de 1831 debían saludar á Maroncelli, cruzando las calles sobre su pierna de palo ó al pálido Silvio Pellico con el sello de sus diez años de Spielberg grabado en la frente.

Ahora será fácil comprender la importancia que tiene la elección del vapor en que se debe tentar la aventura. Se necesita un buque de poco calado para no vararse y de mucha fuerza para vencer los *chorros*. El *Victoria* tenía todas esas condiciones, pero El que salía el 24 era nada menos que el *Antioquia*, el barco más pesado, más grande y de mayor calado que hay en el río. Todo el mundo nos aconsejaba no tomarlo, hasta que se supo y me lo garantizó el empresario, que el *Antioquia* sólo remontaría el Magdalena durante cuatro días, siendo trasbordados sus pasajeros al *Roberto Calixto*, vapor microscópico y muy veloz, que nos permitiría llegar á Honda en el término de todo viaje normal, esto es, ocho ó nueve días. Con estas seguridades, reforzadas por la orden que lleva el *Victoria* de, así que llegara á Honda, *devolverse* en nuestra busca y animado por la ventaja de ganar los cinco días que me habría sido necesario esperar para tomar el vapor del 30, resolví bravamente el embarque en el *Antioquia*. Júpiter quería perderme sin duda y me enloqueció en ese momento. Dos pasajeros tan sólo se animaron á seguirnos: un joven de Bogotá y el profesor suizo que hacía su estreno en América de tan peregrina manera.

Es necesario no olvidar que cuando hablo de los vapores del Magdalena me refiero á una clase de buques de que no se tiene idea en nuestro país, donde los ríos navegables son profundos. En primer lugar, no tienen quilla y su fondo presenta el mismo aspecto que el de las canoas; luégo, tienen tres pisos, abiertos á todos vientos y sostenidos en pilares. El primero forma la cubierta propiamente dicha y es donde están todos los aparejos del buque, la máquina, las cocinas, la tripulación y sobre todo, la leña. Arriba, viene el sitio destinado á los pasajeros, los camarotes, que nadie ocupa, sino las señoras, quienes, para evitar dormir al aire libre, al lado de los masculinos, se asan vivas en las cabinas; el comedor, etc. En el techo de esta sección, la cámara del capitán, con vista á todas direcciones, y arriba, allá en la cúspide, como un *mangrullo* de nuestra frontera, como un nido en la copa de un álamo, la casucha del timonel, donde el práctico, fijos los ojos en las aguas, para adivinar el fondo en sus arrugas, dirige el barco y tiene en sus manos la suerte de los que van dentro. Toda esta máquina se mueve por medio de un propulsor que sale de los sistemas conocidos de la hélice y las ruedas laterales; las ruedas van atrás del buque, girando sobre un eje fijo á un metro de la popa, y así, el barco concluye, en su parte posterior, en una pared lisa, perpendicular á las aguas, donde éstas se estrellan ruidosas, cuando las potentes paletas las agitan.

El *Antioquia*, á más de los inconvenientes que antes mencioné, tiene el de llevar sus ruedas á los costados; éstas, á más de producir un fragor que haría creer se va navegando en una catarata movable, impiden, por las oscilaciones que imprimen al buque en los pasajes difíciles, que éste se *sobe* en los *regaderos*, esto es, que se deslice sobre las arenas. Además, la mitad de la enorme caldera llega á la cubierta de pasajeros y el comedor está situado precisamente encima de las hornallas. Agréguese que el vapor es de carga, que no hay baño á bordo, que el servicio es detestable y se tendrá una idea del simpático esquife que se deslizaba por el caño de Barranquilla en busca del ancho Magdalena.

Debo decir, en honor de mi profético corazón, como diría Hamlet, que la primera impresión me hizo entrever el negro porvenir. Pero la suerte estaba echada y la voluntad, serena y persistente, velaba para impedir todo desfalecimiento. Apenas salimos del caño y entrámos al brazo principal del río, ancho, correntoso, soberbio, nos amarrámos á la orilla, para esperar las últimas órdenes de la agencia.

Fue allí, durante aquellas seis ó siete horas, que comprendí la necesidad de echar llave á mi estómago y olvidar mis gustos gastronómicos hasta nueva orden. La comida que se sirve en esos vapores es muy mala para un colombiano, pero

para un extranjero es realmente insoportable. En primer lugar, se sirve todo á un tiempo, inclusive la sopa; esto es, un plato de carne, generalmente sañada, y cuando es fresca, dura como la piel de un hipopótamo, una fuente de lentejas ó frijoles, y plátanos, cocidos, asados, fritos, en rebanadas. . . . (Véase el hotel *Neptuno*). Cuando todo eso se ha enfriado, la campana llama á la mesa y entonces empieza la lucha más terrible por la existencia, de las que ofrece el vasto cuadro de la creación animal. De un lado, la necesidad imperiosa, brutal, de comer; del otro, el estómago que se resiste, implora, se debate, auxiliado por el reflejo de la caldera que levanta la temperatura hasta el punto de asar un ave que se atreviera á cruzar esa atmósfera. Los sirvientes parecen salidos de las aguas y no enjugados; las ruedas, que están contiguas, hacen un ruido infernal, que impide oír una palabra, la sed devoradora sólo puede aplacarse con el agua tibia ó el vino más caliente aún. . . . Imposible! Se abandona la empresa y cuando la debilidad empieza á producir calambres en el estómago, se acude al brandy, que engaña por el momento, pero al que se vuelve á apelar, así que ese momento ha pasado.

Allí también empecé á estudiar la curiosa organización de los bogas del Magdalena que sirven de marineros en los vapores, contratados especialmente para cada viaje. La mayor parte son negros

ó mulatos, pero los hay también *catires* (blancos), cuya tez cobriza, sombreada por la fuerza de aquel sol, es más oscura que la de nuestros gauchos. Así que se embarcan, son divididos en dos secciones, *samarios* y *cartagenceros*, esto es, de Santamarta y Cartagena, no respondiendo al punto originario de cada uno, sino por las mismas razones que en los buques de ultramar, en obsequio del servicio interior, hacen separar á la tripulación en el bando de babor y en el de estribor. La resistencia de aquellos hombres para los trabajos agobiadores que se les impone, especialmente bajo ese clima, su frugalidad increíble, la manera como duermen, desnudos, tirados sobre la cubierta, insensibles á los millares de mosquitos que los cubren, su alegría constante, su espontaneidad para el trabajo, me causaba una admiración á cada instante creciente. La más dura de sus tareas es el embarque de la leña. Ningún vapor del Magdalena navega á carbón; los bosques inmensos de sus orillas dan abundante combustible desde hace treinta años y la mina está lejos de agotarse. La leña se coloca en las orillas desiertas, el buque se acerca, amarra á la costa y toma el número de *burros* que necesita. El *burro* es la unidad de medida y consiste en una columna de astillas, á la altura de hombre, que contiene poco más ó menos setenta trozos de madera de 0,75 centímetros de largo. Me llamó la atención que cada *burro* costara un peso

fuerte, pero me expliqué ese precio exorbitante donde la leña no vale nada, por la escasez de brazos. Aquellas tierras espléndidas, que hacen brotar á raudales de su seno cuanto la fantasía humana ha soñado en los cuadros ideales de los trópicos, podrían ser llamadas, en antítesis á la frase de Alfieri, el suelo donde el hombre nace más débil y escaso. Todo á lo largo del río no se encuentran sino pequeñas y miserables poblaciones, donde las gentes viven en chozas abiertas, sin más recursos que un árbol de plátanos que los alimenta, una *totuma*, cuyas frutas, especie de calabazas, les suministran todos los utensilios necesarios á la vida y uno ó dos cocoteros. Los niños, desnudos, tienen el vientre prominente, por la costumbre de comer tierra. El pescado es raro, el baño desconocido, por temor á los feroces *caimanes*, la vida, en una palabra, imposible de comprender para un europeo. Los pocos blancos que he observado en la costa, tienen un color pálido terroso y parecen espectros ambulantes. Las fiebres los han consumido. Los pueblos que hay sobre el río, aun los más importantes, Mompós, famoso en la vida colonial como en las luchas de la Independencia; Magangué, cuyas célebres ferias extienden su fama á lo lejos, están estacionarios eternamente, mientras el río carcome la tierra sobre la que se apoyan. ¿Qué vale esa feracidad maravillosa, si el clima no permite el desenvolvimiento de la raza humana que debe ex-

plotarla? Mientras mis ojos miran con asombro el cuadro deslumbrante de aquel suelo, el espíritu observa tristemente que esa grandeza no es más que una mortaja tropical.—Así, Colombia se refugia en las alturas, lejos, muy lejos del mar y de Europa, tras los riscos escarpados que dificultan el acceso y trata de hacer allí su centro de civilización. La poesía la ha bañado con su luz, en el momento de la última formación geológica del mundo, mientras las tierras que baña el Plata parecen haber surgido bajo el golpe del cadúceo de Mercurio. Allí las llanuras, la templanza del clima, la proximidad al mar, el contacto casi inmediato con los centros de civilización; aquí, la muerte en las costas, el aislamiento en las alturas. Bendigamos el azar que tan benéfico nos fue en el reparto americano, que nos dio las regiones cálidas donde el sol dora el café y empapa las fibras de la caña, los campos donde el trigo brota robusto y abundante, las faldas andinas que la vid trepa juguetona y vigorosa, los cerros que tienen venas de oro y carne de mármol, y por fin las pampas fecundas que se extienden hasta el último punto al sud del mundo que el hombre habita. Bendigamos esa fortuna, pero que el orgullo de nuestro progreso no nos impida mirar con respeto profundo los esfuerzos generosos que hacen nuestros hermanos del Norte por alcanzarlo, venciendo la naturaleza, espléndida y terrible, como una virgen salvaje.

CUADROS DE VIAJE

Una hipótesis filológica!—La vida del boga y sus peligros—Principio del viaje—Consejos é instrucciones—Los vapores—Las chozas—Aspecto de la naturaleza—Las tardes del Magdalena—Calma soberana—Los mosquitos—La confección del lecho—Baño ruso—El sondaje—Días horribles. Los compañeros de á bordo—Un vapor!—Decepción—Agonía lenta—Por fin!—El *Montoya*-- Los caimanes—Sus costumbres—La plaga del Magdalena—Combates—Madres sensibles—Guerra al caimán.

Me inclino á creer que el nombre de *burro* dado á la unidad de medida de la leña, respondía al principio, á la cantidad de la misma que uno de esos simpáticos animales podía cargar. En cuanto á hoy, no hay *burro* que pudiera moverse bajo uno de sus homónimos.

Un vapor cualquiera en el Magdalena gasta de cuarenta á cincuenta burros de leña diarios; el *Antioquia* consume el doble, pero en cambio anda la mitad menos que los demás. Es, pues, muy dura la vida de los marineros á bordo del insaciable vapor, que cada dos horas se arrima á la orilla, se amarra fuertemente para poder resistir á la corriente que lo arrastra, y empieza á absorber leña con una voracidad increíble. Cuando la operación se

practica en las deliciosas horas de la mañana, los pobres bogas saltan de contento; pero repetida durante el día con frecuencia, dentro de aquella atmósfera incandescente, bajo un sol de que en nuestras regiones es difícil formar idea, constituye un martirio real. Una larga plancha une al buque con la orilla, á guisa de puente. Los marineros, desnudos de medio cuerpo, con una bolsa sujeta en la cabeza, cayendo sobre la espalda como un inmenso capuchón, bajan á tierra, reciben en el espacio comprendido entre el cuello, el hombro y el brazo izquierdo, una cantidad increíble de astillas, las sujetan con una cuerda, amarrada en la muñeca de la mano libre, y, cediendo bajo el peso, trepan laboriosamente al vapor y arrojan su carga junto á las hornallas. Los que alimentan á éstas se llaman *candeleros*, por una curiosa analogía.

A veces el río ha crecido y los depósitos de leña se encuentran bajo las aguas, teniendo los bogas que trabajar con la mitad del cuerpo sumergido. Rara es la ocasión, cuando trabajan en seco, que no se interrumpan para matar las víboras sumamente venenosas que se ocultan entre la leña. Pero cuando ésta se encuentra bajo el agua, no tienen defensa, estando á más, expuestos á las picaduras de las *rayas*...

Por fin, despachados, nos pusimos en movimiento. Empezaba el duro viaje bajo una sensa-

ción compleja que mantenía mi espíritu en esa inquietud nerviosa que precede á un examen en la adolescencia, á un duelo en la juventud, á un momento largamente esperado, en todas las edades. En primer lugar, una curiosidad vivaz y ardiente; luego, la idea de que cada hora de marcha me alejaba tres de la patria, y, fuera de los estremecimientos del cuerpo por los martirios físicos que entreveía, graves preocupaciones que respondían á mi posición oficial, que no tiene nada que hacer con estas páginas íntimas.

Así que supieron nuestra posición y destino algunos pasajeros que iban á puntos próximos, me dejaron ver una franca y sincera conmiseración. Uno de ellos, caballero colombiano, perfectamente culto y cortés, como todos los que he encontrado en mi camino, me preguntó inquieto si yo tenía noticia de lo que era la navegación del Magdalena, y cómo, en caso afirmativo, había cometido la *chambonada* de embarcarme en el *Antioquia*. «Porque ha de saber usted, prosiguió, que cada uno de los vapores que recorren el río desde Barranquilla á Honda, tiene su reputación particular, sus condiciones propias, perfectamente conocidas de todo el mundo. Así, yo no me embarcaría en el *Antioquia* ni en el *Mosquera* por nada en el mundo, si tuviera que hacer un viaje largo. Para eso tenemos el *Victoria*, el *Montoya*, el *Inés Clarke*, el *Stephenson Clarke*, cuyo silbato le ha merecido el

popular apodo de *Qui-qui-ri-qui*, el *Roberto Calixto*, etc. Esos pasan siempre, aun sobre los *regaderos* más temibles, á causa de su poco calado, y en los *chorros* con un simple cable están del otro lado. En cuanto al trasborde que les han prometido, le confieso que no tengo esperanzas, porque aquí los directores proponen y el río dispone. Yá está usted embarcado y no hay remedio: prepárese á pasar días muy duros, no tome agua pura, no coma frutas, no abuse del brandy y trate de tener el espíritu sereno.»

Las últimas recomendaciones, especialmente aquella de que debía apartarme del brandy, mi único alimento, y la que me imponía la serenidad intelectual, eran tan difíciles de cumplir como fáciles de hacer. Me preparé lo mejor que pude á afrontar el porvenir y puse en juego todos los resortes de mi energía.

No fatigaré al lector recordando uno á uno los puntos donde el vapor se detuvo durante los tres primeros días, sea para tomar la eterna leña, sea para pasar allí la noche. He dicho yá, y lo repito, que las orillas del Magdalena presentan un aspecto esencialmente primitivo; los pequeños caseríos que se encuentran, no dan la más ligera idea de la vida civilizada. En chozas abiertas á todos los vientos, viven hacinados, padres, hijos, mujeres, hombres, y animales, muchas veces. Los niños, corriendo por las

márgenes, completamente desnudos, tienen un aspecto salvaje. No hay allí recursos de ninguna clase; muchas veces he bajado y viendo huevos frescos, he querido adquirirlos á cualquier precio. Con una calma desesperante, con apatía increíble contestan: "No son para vender"; y es necesario renunciar á toda insistencia, porque el dinero no tiene atractivo para esa gente sin necesidades.

La naturaleza cambia lentamente á medida que avanzamos; al principio, el río ancho y majestuoso, corre entre orillas de un verde intenso, pero la vegetación, si bien tupida y lujosa, no alcanza las proporciones con que empieza á presentarse á nuestros ojos. A la izquierda, vemos el cuadro inimitable de la Sierra Nevada, que, cruzando el Estado del Magdalena, va á extinguirse cerca del mar. Sus picos, de un blanco intenso é inmaculado, se envuelven, al caer la tarde, en una nube rosada de indecible pureza. Al occidente, el espacio, libre de montañas, nos deja ver las puestas de sol más maravillosas que he contemplado en mi vida. Imposible describir ese grupo de nubes incandescentes y atormentadas, con sus franjas luminosas como una hoguera, su fondo de un dorado pálido, inmóviles sobre el horizonte, disolviendo su forma y su color con una lentitud que hace soñar. Todos los tonos del iris se reproducen allí, desde el violeta profundo, que arroja su nota con vigor sobre el amarillo transparente, hasta el blanco que

hiere la pupila interrumpiendo la serenidad del azul intenso de los cielos. Nunca, lo repito, me fue dado contemplar cuadro tan soberanamente bello, ni aun en medio del Océano, cuando se sigue al sol en su descenso, formando uno de los vértices de aquel triángulo glorioso de Chateaubriand, ni aun entre las gargantas de los Andes, sobre las que cae la noche con asombrosa rapidez y que quedan envueltas en la sombra, mientras las cumbres vecinas brillan bajo los rayos del sol, lejano aún, antes de dar su adiós á nuestro hemisferio.

¡Qué calma admirable la que sucede á ese instante solemne! La naturaleza parece recogerse para entrar á la región serena del sueño. El río sigue corriendo silenciosamente; en los bosques impenetrables de la orilla, donde el buque acaba de detenerse, no se oyen sino los apagados silbos melódicos del turpial que llama á su compañera; hasta las enormes y vistosas *guacamayas*, con su plumaje irisado, llegan en silencio y buscan entre las ramas el nido que pende de la copa de un inmenso caracolí, mecido por las lianas que lo sujetan. De tiempo en tiempo, el rumor de un eco en el interior de la selva y luégo de nuevo la paz callada, extendiendo su imperio sobre todo lo creado. . . .

La suave y deliciosa quietud dura poco; un ejército invisible avanza en silencio y un instante después se sienten picaduras intensas en las manos, la cara, en el cuerpo mismo, al través de las

ropas. Son los terribles mosquitos del Magdalena que hacen su temida aparición. No corre un hálito de aire, y es necesario buscar un refugio, á riesgo de sofocarse, contra aquellos animales, que en media hora más os postrarían bajo la fiebre. Hé ahí uno de los momentos de mayor sufrimiento. Se tiende el catre en cubierta y sobre él un espeso mosquitero, cuyos bordes se sujetan bajo la estera que sirve de colchón. En seguida, con precauciones infinitas, se desliza uno dentro de aquel horno, teniendo cuidado de ser el único habitante de la región comprendida entre el *petate* y el ligero lienzo protector. Luego se enciende una *panetela* de puro Ambalema, cigarro de una forma análoga á los de *pajita* y hecho del exquisito tabaco que se encuentra en el punto indicado y que, en la categoría jerárquica, viene inmediatamente después del de la Habana. Allí empieza un indescriptible baño ruso; el calor sofocante, pesado, mortal, aleja el sueño é impide á la imaginación esos viajes maravillosos que suelen compensar el insomnio y á los que excita allí la bella y serena majestad de la noche.

A la mañana siguiente, apenas apunta el alba, de nuevo en camino. A la hora de marcha, se oye la campana del práctico, la máquina se detiene y los contra maestres á proa comienzan á sondear. El *Antioquia* necesita para pasar cinco pies y medio por lo menos. Nos precipitámos todos ansiosos á

proa y tendemos ávidamente el oído, á los gritos de los sondeadores. — ¡No hay fondo! — Nueve pies! — Ocho escasos! — Seis largos! — Las fisonomías empiezan á oscurecerse. — Seis fallos! — Malo, malo! — Cinco pies y medio! El buque empieza á *sobarse*, esto es, á deslizarse lentamente sobre la arena y de pronto se detiene. — Para atrás! Desandámos lo andado, hacemos una, dos, tres nuevas tentativas: inútil! El río se ha *regado* de una manera extraordinaria y el canal debe haber variado de dirección con el movimiento de las arenas. De nuevo á la costa y á amarrar. El práctico toma una canoa y se lanza á buscar pacientemente el paso por medio de sondajes.

Qué días horribles aquellos en que, arrimados á la orilla, con el sol tropical cayendo á plomo, sin el más leve movimiento del aire y bajo una temperatura que á la sombra alcanzaba á 38 y 39° centígrados, vagábamos desesperados, sin un sitio donde ampararnos, tostados por la irradiación de la caldera, transpirando á raudales, con el rostro incandescente, los ojos saltados, la sangre agitada. . . y sin más recurso que un vaso de agua tibia con *panela* (1) ó brandy! Nunca se me borrará el recuerdo de aquellas horas que no creía pudiera soportar el cuerpo humano. . . Entra una desespera-

(1) *Panela*, el azúcar sin clarificar, una masa negra, algo como nuestro *masacote*, y uno de los principales alimentos en la Costa.

ción infinita, la voluntad decae, la bestia recupera todo su predominio y cruzan ideas de lucha, de protesta, descos de arrojarse al río, á pesar de los caimanes ó de pegarse un tiro y acabar con aquel martirio sin gloria, sin excitación moral, sin propósito alentador!

Los días se sucedían en esa agradable existencia, sin que el pequeño vapor que debía trasbordarnos y arrancarnos de aquel infierno, dejara ver sus humos en el horizonte. Habíamos avanzado algo, gracias á la habilidad del práctico que logró encontrar un pequeño paso, pero fue para detenernos un poco más arriba de Barrancabermeja, donde definitivamente nos amarrámos con cadenas á los troncos enormes de la orilla, se apagaron los fuegos y quedámos á la gracia de Dios. Así estuvimos tres días. Los pocos pasajeros á quienes tan ruda jornada había tocado, éramos, como creo haberlo dicho yá, el profesor suizo, un joven de Bogotá, García Mérou y yo. Además, venía una rarísima mujer, colombiana de buena familia, pero que en Francia habría pasado por tener una colección de arañas *au plafond*. No salía para nada de su camarote y á veces entreveíamos su cara, horrible y roja por el calor, asomarse á la puerta, respirar un momento y volver al antro. Volví á encontrarla más tarde á poca distancia de Honda; había emprendido á pie el camino de Bogotá y me costó un

triunfo hacerla aceptar lo necesario para procurarse una mula.

¡Un vapor! un vapor! gritó azorado un muchacho, señalando, detrás de un recodo del río, una débil columna de humo que se dibujaba en el azul trasparente del cielo. Fue una revolución á bordo; en vano procuré detener al suizo, explicándole que, aun cuando el buque anunciado fuera el que con tanta ansia esperábamos, tendríamos un día y medio ó dos que pasar en aquel punto, mientras se hacía el trasbordo de las mercaderías. En vano! El suizo se había precipitado á su camarote y hacía sus maletas con una velocidad increíble.... El vapor apareció; pero como todos tienen un corte igual, es necesario esperar á oír el silbato para distinguirlos.

Sería el *Victoria*? Sería el *Calixto*? En ambos casos estábamos salvados. Algo como la tos prolongada de un gigante resfriado, algo como debe ser el quejido de una foca á la que arrebatan sus chicuelos, llegó á nuestros oídos y todos los muchachos del servicio de á bordo gritaron en coro: El *Montoya*! Es necesario saber que, siendo el *Montoya* de la misma compañía y teniendo nosotros la bandera á media asta en popa, lo que equivalía á pedirle se detuviera, éranos lícito regocijarnos en la esperanza del trasbordo.

En un instante el *Montoya*, deslizándose sobre las aguas á favor de la corriente, con una veloci-

dad de 15 ó 16 millas por hora, llegó á nuestro lado y manteniéndose sobre la máquina, entabló correspondencia. Traslado imposible. Cargado hasta el tope de bultos de quina. *Victoria* viene atrás. Y de nuevo en marcha, perdiéndose en la primer encrucijada del río, haciéndonos oír, como una carcajada, su antipático silbido. Nos miramos á las caras: nunca he visto la desesperación más profundamente marcada en rostros humanos....

¿A qué insistir en la agonía de aquellos días como no he pasado, como no volveré á pasar jamás semejantes en la vida? Hacía dos semanas que estábamos en el *Antioquia*, con la mirada invariable al Norte, esperando, esperando siempre, cuando la misma tos de gigante resfriado, el mismo quejido de foca desalada, se hizo oír al Sud. Era el *Montoya* que había tenido tiempo de llegar hasta cerca de Barranquilla, dejar su carga en un puerto y tomar los pasajeros del *Confianza* que, temeroso de la suerte del *Antioquia*, no se atrevía á remontar el río. Esta vez respirámos libremente y una hora después estábamos en la cubierta del *Montoya*, en cuyo centro una gran mesa, cargada de rifles, escopetas, rémingtons, anteojos, y rodeada de cómodas sillas, nos produjo la sensación de encontrarnos en el seno del más refinado sibirismo.

Los grandes sufrimientos del viaje habían pasado. El *Montoya* era un vapor chico, pero limpio, más fresco que el *Antioquia*, y aunque el inmenso número de pasajeros que venían en él nos impidió tener camarotes, esto es, un sitio donde lavarnos y mudarnos, era tál la satisfacción de poder continuar el viaje, que no nos hizo mayor extorsión la *toilette* obligada al aire libre y un poco en común.

Había una colección completa de pasajeros, gente agradable en su mayor parte. Senadores y diputados, que iban á Bogotá para la apertura del Congreso, jóvenes ingenieros americanos para los trabajos de los ferrocarriles de Antioquia, uno de los cuales, hombre robusto, sin embargo, venía doblado por la fiebre palúdica tomada en el viaje; negociantes franceses é ingleses; *touristes* de vuelta, y por fin, la familia entera del ministro inglés, compuesta de su señora, tres niños, dos jóvenes *maids* inglesas, *chef maître d'hôtel*, qué sé yo! La armonía, las buenas amistades se entablaron pronto y sólo entonces empecé realmente á gozar de las bellezas indescriptibles de aquella naturaleza estu-
penda.

Pasábamos el día guerreando á muerte con los caimanes. No he hablado aún de esos huéspedes característicos del Magdalena, porque durante mi inolvidable permanencia en el *Antioquia*, creo no haberles dispensado una mirada.

Es el *alligator*, el cocodrilo del Nilo y de algunos ríos de la India, el *yacaré* de los nuestros, pero de dimensiones colosales. Parecíame una exageración la longitud de cinco á seis metros que asigna á algunos un viajero francés, M. André; pero después de haber observado millares de caimanes, puedo asegurar que, en realidad, hay no pocos que alcanzan á ese enorme tamaño. He visto á algunos cruzar lentamente las aguas del río; vienen precedidos de una nube constante de pescados que saltan fuera del agua, como en el mar, á la aproximación de un tiburón ó de una tintorera. Pero en general, sólo se les ve en las playas arenosas que deja el río á descubierto cuando desciende.

Están tendidos en gran número: he contado hasta sesenta en un pedazo de playa que no tendría más de unos cien metros cuadrados. Inmóviles como si se hubieran desprendido de la cornisa de un templo egipcio, mantienen la boca abierta cuan grande es, hacia arriba. En esa posición, la boca forma un ángulo, cuyos lados no tienen menos de medio metro. Los he visto permanecer así durante horas enteras; el olor nauseabundo de su aliento atrae á los mosquitos que se aglomeran por millones sobre la lengua; cuando una *fournée* está completa, el caimán cierra las fauces con rapidez, absorbe los inocentes visitantes y de nuevo presenta al espacio el temible é inmundó ángulo.

El caimán es la plaga del Magdalena; cuando algún desgraciado boga, bañándose ó cayendo de su canoa, ha permitido á uno de esos monstruos probar el perfume de la carne humana, la comarca entera tiembla ante el caimán *cebado*; anfibio como es, salta á la playa, se desliza por las arenas con las que confunde su piel escamosa y pasa horas enteras acechando un niño ó una mujer. Cuántas historias terribles me contaban en el Magdalena de las luchas feroces contra el caimán, del valor salvaje de los bogas que, semejantes á nuestros indios correntinos, se arrojan al río con un puñal y cuerpo á cuerpo vencen al saurio! A su vez, el caimán suele ser sorprendido en sus siestas de la playa, por los tigres y punas del los bosques vecinos. Entonces se traba una lucha admirable, como aquellas que los romanos, los hombres que han gozado más sobre la tierra, contemplaban en sus circos. El caimán queda generalmente vencedor, pues su piel paquidérmica lo hace invulnerable á la garra y al diente del agresor. Pero lo que un tigre no puede, lo consigue una vaca ó un novillo; cuando éstos atraviesan á nado el río, pasando, en el bajo Magdalena, del Estado de Bolívar al que lleva el nombre del río y que ocupa la margen derecha, ó viceversa, si el caimán los ataca, levantan un poco la parte anterior del cuerpo y hacen llover sobre el agresor una lluvia de *puñetazos* con sus córneas pezuñas, que lo detiene, lo atonta y acaba por ponerlo en fuga. . . .

Se ha hecho el cálculo que, si todos los huevos de bacalao que anualmente ponen las hembras de esos antipáticos animales, se consiguieran, la sección entera del Atlántico comprendida entre la América del Norte y la Europa, se convertiría en una masa sólida. Otro tanto podría suceder en el Magdalena con los caimanes.

El caimán es ovíparo; la hembra pone una inmensa cantidad de huevos, grandes y duros como piedra, que entierra entre la arena. Llegada la época conveniente, la sensible madre se coloca con la enorme boca abierta al lado del sitio que empieza á escarbar; los pequeñuelos, que yá han abandonado la cáscara, saltan á medida que se despeja la arena que los cubría. Unos dan el brinco directamente al río; otros, pergeños ignorantes de las costumbres de su raza, saltan del lado de la enorme boca materna que los recibe y los engulle en un segundo. Se calcula que la *caimana* se come la mitad de sus hijos. Luégo, la piedad maternal la invade y semejante á la Niobe antigua, deja correr dos lágrimas por sus hijos tan prematuramente muertos. Una vez en el agua, reúne la prole salvada y no hay madre más cariñosa!

Qué odio por el caimán! Con qué alegría los bogas marineros, descubriendo con su mirada avezada una turba de cocodrilos sobre un arenal lejano, nos daban el grito de alerta! Cada uno toma su fusil, elige su blanco y á un tiempo se hace fuego.

Las armas que se emplean son carabinas Rémington, Spencer, Wíchester, etc. Nada resiste á la bala; el caimán herido, abre la boca más grande aún, si es posible, que cuando se ocupa en cazar mosquitos, levanta la cabeza, la sacude frenético y se arrastra, muchas veces moribundo y cubierto de heridas, pues la lentitud de sus movimientos permite hacerle fuego repetidas veces, para ir á morir en el seno de las aguas ó en su cueva misteriosa.

CUADROS DE VIAJÉ

(*Continuación*)

Angostura—La naturaleza salvaje y espléndida—Los bosques vírgenes—Aves y micos—Nare—Aspectos—Los chorros. El *Guarinó*—Cómo se pasa un chorro—El capitán Maal—Su teoría—El *Mesuno*—La cosa apura—Cabo á tierra—Pasamos—Bodegas de Bogotá—La cuestión mulas—Recepción afectuosa—Dificultades con que lucha Colombia—La aventura de M. André.

Qué espectáculo admirable! Entrámos en la sección del río, llamada *Angostura*. El enorme caudal de agua, esparcido antes en extensos regaderos, corre silencioso y rápido entre las dos orillas que se han aproximado como aspirando á que las flotantes cabelleras de los árboles que las adornan confundan sus perfumes. Jamás aquel “espejo de plata, corriendo entre marcos de esmeralda” del poeta, tuvo más espléndido reflejo gráfico. Se olvidan las fatigas del viaje, se olvidan los caimanes, y se cae absorto en la contemplación de aquella escena maravillosa que á el alma absorbe, mientras el cuerpo goza con delicia de la temperatura que por momentos se va haciendo menos intensa.

Sobre las orillas, casi á flor de agua, se levantan

ta una vegetación gigantesca. Para formarse una idea de aquel tejido vigoroso de troncos, parásitas, lianas, enredaderas, todo ese mundo anónimo que brota del suelo de los trópicos con la misma profusión que los pensamientos é ideas confusas en un cerebro bajo la acción del opio, es necesario traer á la memoria, no yá los bosques seculares del Paraguay ó del Norte de la Argentina, no yá la India misma con sus eternas galas, sino aquellas riberas estupendas del Amazonas, que los compañeros de Orellana miraban estupefactos como el reflejo de otro mundo desconocido á los sentidos humanos.

Qué hay ahí dentro? Qué vida misteriosa y activa se desenvuelve tras esa cortina de cedros seculares, de caracolíes, de palmeras enhiestas y perezosas, inclinándose para dar lugar á que las guaduas gigantesca levanten sus flexibles tallos, entretejidos por delgados bejuquillos cubiertos de flores? Qué velo nupcial para los amores secretos de la selva! Sobre el oscuro tejido se yergue de pronto la gallarda melena del cocotero, con sus frutos apiñados en la cumbre, buscando al padre sol para dorarse; el mango presenta su follaje redondo y amplio, dando sombra al mamey, que crece á su lado; por todas partes cactus multiformes, la atrevida liana que se aferra al coloso jugueteando, las mil fibrillas audaces que unen en un lazo de amor á los hijos todos del bosque, el ámbar amarillo, la pequeña palma que da la tagua,

ese maravilloso marfil vegetal, tan blanco, unido y grave como la enorme defensa del rey de las selvas indias!

Hé ahí por fin los bosques vírgenes de la América, cuyo perfume viene desde la época de la conquista embalsamando las estrofas de los poetas y exaltando la soñadora fantasía de los hijos del Norte! Hélos ahí en todo su esplendor. En su seno, los zaínos, los tapiros, los jaguares, hacen oír de tiempo en tiempo sus gritos de guerra ó sus quejidos de amor. Junto á la orilla, bandadas de micos saltan de árbol en árbol y suspendidos de la cola, en posturas imposibles, miran con sus pequeños ojos incandescentes, el vapor que vence la corriente con dificultad. Los aires están poblados de mosaicos animados. Son los pericos, los papagayos, las guacamayas, la torcaz, el turpial, las aves enormes y pintadas cuyo nombre cambia de legua en legua, bulliciosas todas, alegres, tranquilas, en la seguridad de su invulnerable independencia.

La impresión ante el cuadro no tiene aquella intensidad soberana de la que nace bajo el espectáculo de la montaña; el clima, las aguas, la verdura constante, el columpiar muelle de los árboles, dan un desfallecimiento voluptuoso, lánguido y secreto, como el que se siente en las fantasías de las noches de verano, cuando todos los sensualismos de la tierra vienen á acariciarnos los párpados entreabierto: . . .

Hémos en la pequeña población de Nare, punto final de viaje de los compañeros que se dirigen hacia Medellín, la capital del Estado de Antioquia. Allí nos despedimos al caer de la tarde, después de haberlos desembarcado en un sitio llamado Bodegas, para llegar al cual hemos tenido que remontar por algunas cuadras el pintoresco río Nare, afluente del Magdalena. Nos saludan haciendo descargas al aire con sus revólveres y luégo trepan la cuesta silenciosos, pensando sin duda en los ocho días de mula que les falta para llegar á su destino. Ni aun á esos hombres desespéro de volver á encontrar en la ruta de la vida, tales son los encuentros que el azar me ha proporcionado.

El aspecto de la naturaleza cambia visiblemente, revelando que nos acercamos á la región de las montañas. La roca eruptiva presenta sus lineamientos rojizos ó grises en los cortes de la orilla y la vegetación se hace más tosca. Las riberas se alzan poco á poco y pronto, navegando en lechos profundamente encajonados, nos apercibimos, por la extraordinaria velocidad de la corriente, que las aguas corren hacia el mar sobre un plano inclinado. Estamos en las regiones de los *chorros* ó rápidos.

Para explicarse las dificultades de la ascensión, basta recordar que la ciudad de Honda, de la que estamos á pocas horas, situada en la orilla izquierda del Magdalena, está á 210 metros sobre el nivel del

mar. Tál es la inclinación del lecho del río, inclinación que no es regular y constante, pues en el punto en que nos encontramos, el descenso de las aguas es tan violento que su curso alcanza á veces á dieciséis y dieciocho millas por hora.

Hé aquí el *chorro* de Guarinó, el más temido de todos por su impetuosidad. Se hacen los preparativos á bordo, y el capitán Maal, nuestro simpático jefe, redobla su actividad, si es posible. Es un viejo marino, natural de Curazao; tiene en el cuerpo treinta años de navegación del Magdalena. Está en todas partes, siempre de un humor encantador; habla con las damas, tiene una palabra agradable para todo el mundo, echa pie á tierra para activar el embarque de la leña, está al alba al lado del observatorio del práctico, anima á todo el mundo, confía en su estrella feliz, y se ríe un poco de los chorros y demás espantajos de los noveles. Guarinó! Guarinó! Nos precipitámos todos á la proa, creyendo que las aguas se romperían con estruendo en el filo del buque, como hemos notado en puntos donde la corriente era menor. Quedámos chasqueados; no hay fenómeno exterior, sino la lentitud de la marcha, que nos revele encontrarnos en el seno de aquel torbellino.

—Bah! cuestión de treinta á cuarenta libras más de vapor! dice el capitán.

Me voy á la máquina; las calderas empiezan á rugir y las válvulas de seguridad dejan yá escapar silbando un hilo de vapor poco tranquilizador.

—¿Estamos aún en terreno legal? pregunto al joven maquinista, que no quita los ojos del medidor.

—Tenemos aún cincuenta libras para hacer calaveradas, señor; pero no quisiera emplearlas. El capitán Maal tiene horror á echar cabo á tierra y pretende á toda fuerza pasar con auxilio solo de la máquina.

Y así diciendo, tocaba desesperadamente una campana aguda, pidiendo leña, más leña, en las hornazas. Los candeleros (fogoneros) se habían doblado y aquello era un infierno de calor.

Subí á cubierta; tomando como mira un punto cualquiera de la costa y otro del buque, nos apercibíamos que éste avanzaba con la misma lentitud que el minuterio sobre el cuadrante de un reloj; pero avanzaba, que era la cuestión. Desde la altura, el capitán Maal pedía vapor, más vapor. Miré á mi alderredor; muchos pasajeros habían palidecido y observaban silenciosos, pero con la mirada un tanto extraviada, los estremecimientos del barco bajo el jadeante batir de la rueda. . . . De pronto un hondo suspiro de satisfacción salió de todos los pechos: habíamos vencido, en media hora de esfuerzos, al temido *chorro* y avanzábamos francamente.

Subí á donde se encontraba el capitán y lo felicité.

—Tiene razón, capitán; es una ignominia sir-

gar al *Montoya* desde la orilla, como si fuera un champán cargado de harina ó taguas. El vapor se ha inventado para vencer dificultades, y el elemento de un buque es el agua, no la tierra.

—Usted me comprende; además, el cabo, á mi juicio, es de un auxilio dudoso. Pero mi maquinista es muy prudente. . . . No crea usted que hemos salvado todas las dificultades. Cuando el Guarinó está tan manso, tengo miedo del *Mesuno*. Pero con unas libras más de vapor! . . .

—¿Y no hay peligro de volar?

—¿Quién piensa en eso, señor?

Declaro que yo empezaba á pensarlo, porque me pareció que el buen capitán se había forjado un ideal respecto á la capacidad de resistencia de las calderas de su *Montoya*, muy superior á la garantizada por los ingenieros constructores.

Pronto estuvimos en el *Mesuno*; los semblantes, que habían recobrado los rosados colores de la vida, volvieron á cubrirse de un tinte mortuario.

De nuevo el buque se estremeció, de nuevo se oyó la estridente campana del maquinista pidiendo leña, y de nuevo Maal, desde la altura, exigió vapor, vapor, más vapor. Inútil esta vez. Nos apercebimos que en vez de avanzar, retrocedíamos, lo que entrañaba el más serio de los peligros, pues si la corriente conseguía tomar el barco atravesado, lo estrellaba seguramente contra las peñas de la orilla.

—¡Dos hombres más al timón! Vapor! vapor!

Hice una rápida reflexión: "Si esto vuela, participaré de ese agradable fenómeno, sea estando sobre cubierta, sea al lado de la máquina. Además, allí la cosa será más rápida." Miré en torno; había un miedo tan francamente repugnante en algunas caras, que resolví ceder á la curiosidad, y después de haberme cerciorado que si bien no avanzábamos, no retrocedíamos yá, descendí á la región infernal.

Las hornazas estaban rojas y las calderas gemían como Encélado bajo la tierra. El maquinista se resistió á dar más presión; la rueda giraba con esfuerzos estupendos. . . . Aquello se ponía feo, muy feo, cuando oí la voz de Maal que, con el acento desesperado de un oficial de Tristán rindiendo su espada en Salta, gritaba: ¡Cabo!

Subí al lado de Maal: había tenido que ceder tristemente á la insinuación de algunos pasajeros y á la prudencia del maquinista que no le daba la cantidad de vapor que él pedía. Me indigné con él, *oh vanitas!* pero confieso que contemplé con cierto contento íntimo el desembarco de diez ó doce bogas que se lanzaron á tierra con un enorme calabrote (nuevecito, como me hizo notar Maal con indecible orgullo por no haberlo empleado antes), treparon por las breñas de la orilla como cabras y por fin, á una cuadra de distancia, fueron á amarrarlo en el tronco de un soberbio caracolí. Fue entonces cuando empezó á funcionar

un potente cabrestante movido por vapor (lo que hice notar á Maal para su consuelo), enroscando en su poderoso cilindro la enorme cuerda que tres hombres humedecían sin reposo, para que no se inflamase con el roce. Sea la acción del cabo, lo que me inclino á creer, aunque participando ostensiblemente de la opinión contraria del capitán, sea, como éste lo creía, que por los simples esfuerzos de la máquina hubiéramos salido del atolladero, el hecho es que el buque se puso en movimiento, y en breve, habiendo salvado todos los chorros secundarios, como el *Perico*, avistámos las dos ó tres casas de un lugar situado en la margen derecha del río, frente á Caracolí y poco antes de Honda, llamado Bodegas de Bogotá, punto final de nuestro viaje fluvial.

Eran las dos de la tarde del 8 de Enero de 1882, y habíamos empleado quince días desde Barranquilla, remontando el Magdalena.

De la orilla del río, donde el vapor se detuvo, se sube por una cuesta sumamente pendiente al punto llamado Bodegas, compuesto de dos ó tres casas. No hay allí recursos de ningún género y bien triste momento pasa el desgraciado que no ha tomado sus precauciones de antemano. Por mi parte no sólo había pedido mis mulas por carta desde Caracas, sino que al llegar á Puerto Nacional, lugar sobre el Magdalena de donde arranca el telégrafo para Bogotá, puse un despacho recomen-

do la inmediata remisión de las bestias á Honda. Cuando descendimos á Bodegas y pedí noticias de mis elementos de transporte, se me contestó que probablemente estarían en los potreros de Río Seco, pues á orillas del río no había puntos donde hacerlas pastar. Despaché inmediatamente un propio, que dos horas más tarde volvió diciéndome que no había mulas de ningún género para *mi Excelencia*. La cuestión se ponía ardua, no porque me fuera imposible encontrarlas allí sino porque, como decía Molière, *qu'il y a fagots et fagots*, hay mulas y mulas. Las que yo esperaba, pedidas á un amigo, que después supe fue engañado por un chalán que le aseguró haberlas remitido, debían ser bestias escogidas, de buen paso, liberales y seguras, mientras que aquellas que podría conseguir en Honda, eran entidades desconocidas, y en estos casos la incógnita se resuelve generalmente de una manera deplorable.

Pronto llegaron al vapor, tres ó cuatro caballeros de Honda, el Sr. Hallam, el Sr. Montero y varios otros que se pusieron en el acto á nuestra disposición con una fineza y buena voluntad que agradezco aquí públicamente, animado de la esperanza de que estas líneas tengan la suerte feliz de caer bajo sus ojos.

Por otra parte, digo aquí lo que tendré que repetir un centenar de veces: en tierra colombiana, todos los obstáculos que la topografía de aquel

país ofrece al viajero, se me han hecho leves por la incansable amabilidad de cuanta persona he encontrado, desde la gente culta hasta el indio miserable, que en medio del camino me ha proporcionado un caballo para reemplazar mi mula cansada, sin pretender explotarme y dejando á mi voluntad la remuneración del servicio. Se sufre, sí, se sufre mucho, pero es por las cosas y no por los hombres; Colombia ha nacido ayer y se forma valientemente luchando contra las dificultades infinitas de su naturaleza abrupta, caprichosa, rica, pero salvaje. En sus montañas, una milla de camino de herradura vale tanto como una milla de ferrocarril en nuestras pampas. No nos quejemos, pues, y adelante.

Gracias á la obsequiosidad del Sr. Hallam, obtuve mulas, que me fueron prometidas para la mañana del día siguiente. Todo ese día pasado en angustiada expectativa, bajo una temperatura de fuego, fue realmente insoportable. Los pasajeros, numerosos, como he dicho antes, se ocupaban en los preparativos de viaje, unos con sus mulas á la mano, otros tratándolas con los arrieros. Recordé entonces lo que cuenta M. André en su interesante descripción de este mismo viaje, publicado en *Le tour du monde*. Parece que fue explotado ó creyó serlo por el que le alquiló las mulas y al trazar sus recuerdos de viaje, lo anatematizó, lanzando su nombre á la execración humana. Pero hé aquí

que el caballero tan duramente tratado, era un hombre de honor que aprovechó su primer viaje á Europa para obtener de M. André, que no contaba seguramente con la huéspeda, una explicación completa, poco en consonancia con la altivez del insulto.

Entretanto, el ministro inglés, con su numerosa familia y servidumbre, hacía también sus preparativos para partir al día siguiente. Contaba hacer el viaje con lentitud, y como yo, por el contrario, tenía la idea de volar por la montaña, resolvimos despedirnos en la mañana. Las cosas debían pasar de otro modo.

LA NOCHE DE “EL CONSUELO”

En camino—El orden de la marcha—Mimí y Dizzy—Los compañeros—Little Georgy—They are gone!—La noche cae—Los peligros—*El Consuelo*—El dormitorio común—El cuadro Viena y París—El grillo—La alpargata—El gallo de mi vecino—La noche de consuelo—La mañana—La naturaleza—La temperatura—El guarapo—El valle de Guaduas—El café—Los indios portadores—El eterno piano—El porquero—Las indias viajeras—La chicha.

Pasaron las primeras horas de la mañana y las segundas y las terceras sin que las mulas aparecieran. Por fin, después de momentos en que no brilló la paciencia cristiana, vimos aparecer nuestras bestias, que, bien pronto ensilladas, nos permitieron emprender viaje. Partimos todos juntos. Rompían la marcha las dos hijitas del ministro inglés, Mimí de seis años y Dizzy, de cinco, dos de aquellas criaturas ideales que justifican el nombre de “nido de cisnes” que el poeta dio á las Islas Británicas. Nada más delicioso que esas caritas blancas, puras, sonrosadas, con sus ojitos azules profundos como el cielo y limpios como él, los cabellos rubios cayendo en ondas á los lados, la boca graciosa é inmaculada, mostrando, sonriente, los dientecitos. Nada más suave, nada más dul-

ce. Jamás una queja, siempre alegres y obedientes á bordo; cada vez que posaba mis labios sobre una de esas frentecitas delicadas, se me serenaba el alma al resplandor del recuerdo de mis niños queridos, que habían quedado en la patria, lejos, bien lejos de mi cuerpo, cerca, bien cerca de mi corazón. . . .

Mimi y Dizzy, con sus grandes sombreros de paja y sus trajecitos de percal rosado, sentaditas en un sillón armado en parihuela y conducido á hombros por cuatro indios, parecían dos ángeles en el fondo de un altar. Habían tomado la delantera al paso vigoroso de los portadores y muy pronto las perdimos de vista. Venía en seguida la señora del ministro, joven, elegante, y respirando aún la atmósfera aristocrática de los salones de Viena, última de las residencias diplomáticas de su marido. Pocas mujeres he visto en mi vida más valerosas y serenas; jamás una queja, y en aquellos momentos que hacen perder la calma al hombre de temperamento más tranquilo, una leve sonrisa siempre ó una palabra de aliento. Recuerdo que en momentos de llegar á *El Consuelo*, en las circunstancias que dentro de poco diré, hablábamos de Viena y ella me contaba alguna de las anécdotas características de la princesa de Metternich. . . . Luégo seguía la marcha el ministro inglés, plácido, tranquilo y resignado, llevando á *little Georgy* en los brazos. Porque *little Georgy* se había resisti-

do con una tenacidad británica, increíble, en sus dos años de edad, á aceptar todos los medios racionales de transporte que se le habían indicado, tales como los brazos de un indio á pie, una canasta sobre una mula, á la que haría contrapeso una piedra del otro costado, un catre llevado á hombro y sobre el cual lo acompañaría su *bonne*, los brazos del *maître d'hôtel*. . . nada, *little Georgy* quería ir con su padre y con su padre fue casi todo el camino, sin que éste, bueno, bondadoso, tuviera una palabra agria contra el niño. Sólo un momento *little Georgy* consintió en ir conmigo, seducido por mi poncho mendocino, que me fue necesario apenas llegámos á las alturas.

Luégo el servicio; el *maître d'hôtel*, inglés, tan rígido sobre su mula como cuando más tarde murmuraba á mi oído: "Margaux, 1868,"—el *chef* francés riendo y dándose cada golpe que las piedras se estremecían de compasión, y por fin, las dos pobres muchachas inglesas que jamás habían montado á caballo y que miraban el porvenir con horror.

Habríamos andado una hora, charlando amigablemente, en medio de las dificultades de un camino espantoso, descendiendo casi á pico por gradas imposibles en la montaña, donde las mulas hacían prodigios de estabilidad, cuando comprendí que á aquel paso no sólo no llegaríamos á *El Consuelo* esa noche, sino jamás á Bogotá. Mis

compañeros personales habían tomado la delantera yá, veía yo á mi colega con el cónsul inglés de Honda y tranquilo sobre su suerte, me despedí, piqué mi mula y emprendí solo y rápidamente la marcha hacia adelante.

Después de media hora de camino, al doblar un recodo de la senda, veo el palanquín donde iban Mimí y Dizzy solo, abandonado en medio del camino y las dos dulcísimas criaturas dentro, sonriendo al verme y cogidas de las manos. Eché pie á tierra y abrazándolas les pregunté por los conductores. *They are gone!* me dijeron simplemente. Miré alrededor y vi una especie de choza que tenía aspecto de venta; los indios habían abandonado allí á las niñas para irse á tomar *guarapo*. Y el sol rajante caía sobre ellas y sus ojitos empezaban á tener la fosforescencia de la fiebre! Até mi mula, saqué del horno á las pobres criaturas, las coloqué á la sombra de una roca saliente y tomando el látigo por la sotera, me entré á la venta con la sana intención de pegar una tunda á aquella canalla á la menor observación.... Pero en la humildad con que me contestaron, en los ojos llenos de asombro que clavaban en mí, me apercibí bien pronto de que no sospechaban ni remotamente la causa de mi enojo, pareciéndoles lo más natural que los niños pasaran su vida entera bajo los rayos del sol. Evité discusiones, los hice salir, coloqué á mis angelitos en el palanquín

y ordenando la marcha, comprendí que me sería más fácil arrojarme á un despeñadero á uno de los lados del camino, antes que dejar solitas á Mimi y á Dizzy. En el primer punto á propósito hice hacer alto y allí esperamos la reunión de la caravana que tan atrás había quedado. Entretanto la noche comenzaba á venir y juzgué que por mayores esfuerzos que hiciéramos no nos sería materialmente posible llegar á Guaduas, como era el programa. Lo comuniqué así apenas llegaron los amigos, de quienes se había separado ya el cónsul inglés, y de común acuerdo resolvimos seguir adelante hasta donde fuera posible. Bien pronto las sombras cayeron por completo, el camino se nos hizo invisible y las subidas y bajadas abruptas, rígidas, capaces de dar vértigo, más frecuentes. Las mulas marchaban lenta, lentamente, fijando el pie con profunda prudencia, pero destrozándonos á veces las rodillas contra las rocas que no veíamos en la intensa oscuridad. El ministro inglés pretendía echar pie á tierra por el peligro que corría su hijo; le hice observar que las piernas de la mula eran más seguras que las suyas y no se desmontó. Puse un *mozo de pie* á la mula de la señora y me encargué personalmente de mis amiguitas del palanquín. Un ligero ruido á la espalda de la columna y algunas risas ahogadas me hicieron saber que el *chef* acababa de caer, pero con felicidad. Acordándome de un consejo de nuestros gauchos

cuando marchan por la pampa en las tinieblas de la noche, encargué á Mounsey no fumar y sobre todo no encender fósforos.

Así marchámos hasta las nueve de la noche; las mulas, trabajando en la oscuridad, comenzaban á fatigarse y el riesgo de una caída se hacía por momentos más inminente. Debíamos haber subido algunos centenares de pies, porque el frío comenzaba á hacerse sentir, así como el hambre, que no olvida jamás sus derechos. La situación, en una palabra, se hacía tan insostenible, que yo mismo creía oír un vago y bajo rumor de reproche por mi sacrificio en el fondo de mi egoísmo, cuando una voz de los portadores del palanquín, se hizo oír en el silencio del cansancio, diciendo simplemente: "Aquí es *El Consuelo!*"

Dudo que la dulce palabra haya jamás llegado á oídos humanos más impregnada de promesas. Todos hablaron á un tiempo, sin oírse, porque el tono elevado del coro era llevado por un enorme perro que nos ladraba de una manera desaforada y que bifurcaba mi inspiración entre los deseos de atraerlo con buenas palabras ó el de pegarle un tiro. Echámos pie á tierra, dimos, en medio de la oscuridad, con una puerta que se abrió á fuerza de golpes y penetrámos á una pieza cuadrada, débilmente iluminada por algunos candiles y dentro de la cual había unas quince personas, algunas preparando sus lechos, otras al rededor de una mesa huérfana aún de comestibles, etc.

Aquella avalancha puso perplejo al dueño de casa que nos declaró le era imposible darnos comodidades, pero que si hubiéramos avisado! . . .

La gran pieza comunicaba por una puerta á la derecha con una especie de pulpería donde una mujer, con la mejor voluntad del mundo, despachaba una cantidad inconcebible de tragos. A la izquierda se presentaba otra puertita, que daba á un cuarto de dos metros de ancho por tres de largo. La tomé por asalto, desalojando dos ó tres viajeros que estaban allí y que la cedieron gentilmente, é instalámos en ella á Mistress Mounsey, los tres niños y las dos *maids*. Luégo tratámos de buscar algo que cenar; había huevos y chocolate y aunque un *roastbeef* habría venido mejor, aquello nos supo á cielo, condimentado con la salsa del Eurotas.

Una vez arreglada la señora y gente menuda, pensámos un momento en nosotros. No había más pieza que la que ocupábamos y en ella, dentro de aquella atmósfera saturada de comida y humo de tabaco, debíamos dormir no menos de veinte personas. Conseguimos con Mounsey dos catres, trancámos con ellos la puerta del cuartito, nos tomámos un enorme trago de brandy y envolviéndonos en nuestras mantas, y sin sacarnos ni la corbata, nos tendímos sobre la lona dura y desnivelada.

Aquí comenzaron las aventuras de aquella noche memorable, que recuerdo siempre como una ironía bajo el nombre de la "noche de *El Consuelo*" y cuyas peripecias quiero consignar, porque persisten siempre en mi memoria y no de una manera ingrata.

El cuadro era característico; los cohabitantes de la pieza eran de todas las jerarquías sociales. Algunos compañeros de viaje, comerciantes, diputados, arrieros, sirvientes, cocineros, ministros, diplomáticos, etc. Unos en el suelo, otros en catres, dos ó tres hamacas pendientes del techo, aquí un desvelado, allí un hombre feliz, dormido yá como una piedra, aquél que prolongaba su *toilette* de noche á la luz de un candil mortecino por cuya extinción suspirábamos y, al través de la puerta de la pulpería, el confuso ruido de nuestros portadores y sirvientes, que pretendían matar la noche alegremente.

Nos mirábamos con Mounsey y no podíamos menos que reírnos.

—¿Dónde vivía usted en Europa antes de embarcarse? me preguntó.

—En el *Grand Hôtel*, en París.

—¿Dónde cenó por última vez?

—*Chez Bignon, Avenue de l'Opéra.*

—A ver el *menu*.

Le narraba una de esas pequeñas cenas deliciosas en que todo es delicado, y luégo, en venganza,

le hacía contar una *soirée* en casa de algún embajador en Viena.

Al fin se hizo la oscuridad, nos dimos las buenas noches, todo quedó en silencio y mientras con los ojos abiertos como ascuas mirábamos el techo invisible, el espíritu comenzó á vagar por mundos lejanos, á recordar, á esperar, á *echar globos*, según la frase característica de los colombianos.

Fue en ese momento cuando, precisamente bajo la cama de Mounsey, que estaba pegada á la mía, empezó á hacerse oír el grillo más atenorado que he escuchado en mi vida; el falsete atroz y monótono me crispaba el alma. Lo sufrimos cinco minutos, pero como el miserable anunciaba en la valentía de su entonación el propósito de continuar la noche entera, organizámos una caza que no dio resultado. Un vecino, declarándose competente en la materia, pidió permiso para echar su cuarto á espadas, cogió el candil y aunque también dio un fiasco absoluto, me permitió ver vagando por el cuarto de una venta en las montañas andinas, la vera efigie de Don Quijote, cuando abandonaba el lecho en altas horas de la noche y paseaba su escueta figura, gesticulando con la lectura de las famosas hazañas de Galaor. Por fin, el dueño de casa entreabrió la puerta de la pulpería, tendió el oído y como hombre habituado á esos pequeños incidentes de la vida, se dio vuelta tranquilamente y dijo á la mujer que despachaba en el mostrador:

—Ruperta, dame *la* alpargata.

Si aquel hombre hubiera dicho: “dame *una* alpargata,” no me habría llamado la atención. Pero aquel *la*, esa especificación concreta de un individuo de la especie, me hizo incorporarme en el lecho y mirar por la puerta entreabierta. Ruperta se dirigió á un rincón, que estaba al alcance de mi mirada, y descolgó de un clavo un aparato chato, que un ligero examen posterior reveló ser una, ó mejor dicho, *la* alpargata. El ventero la tomó, se armó de un candil, vino recto á la cama de Mounsey y tendió el oído. El infame grillo, por una intuición del genio, como se llaman en la vida las casualidades, había callado un momento. Nada le valió! Al primer gorjeo, rápido, enérgico, sin vacilación, como el memorista que hace un cálculo ante la concurrencia absorta, el ventero, de un golpe, lo aplastó contra la pared.

—Ruperta, tomá *la* alpargata.

Y el instrumento de muerte, terrible á los coleópteros en manos de aquel hombre, volvió á reposar suspendido en el clavo tradicional.

Las horas pasaban lentas en el insomnio, rebelde al cansancio. Al través de la puerta oía el respirar puro y sereno de los niños, y lejano, el ruido de un cencerro en el cuello de una mula, que me traía el recuerdo de aquellas noches pasadas entre las gargantas de los Andes argentinos. Si el que lee estas líneas ha pasado alguna noche se-

mejante, lejos de su patria, bajo las mil circunstancias que excitan el espíritu, sabrá que es uno de los únicos momentos de la vida en que el insomnio no es una amargura insoportable. ¡Se piensa en tantas cosas! ¡Pasan éstas tan rápidas y encantadoras! Y así, la imaginación mece el alma y el cuerpo en silencio, como el carcelero conmovido ante los juegos inocentes de los niños que custodia, acepta la vigilia para contemplar las rondas armoniosas de sus huéspedes sublimes. . . .

Por fin, la honda lasitud venció. El sueño impalpable comenzaba á bajar sobre mis párpados, cuando al pie mismo de mi cama, casi á mi oído, resonó el canto de gallo más histérico, estridente, que me haya rasgado el tímpano sobre la tierra. Quedé aniquilado! A más de comprender que *la* alpargata sería inocua contra semejante enemigo, vi que todos dormían. Tres minutos después, nueva edición, más áspera aún, si es posible. ¿Qué hacer? Me incorporé en el lecho, me orienté un momento y lancé el brazo á vagar por la oscuridad en la esperanza de que chocara con el cuello del maldecido animal, lo que me permitiría convertir mis dedos en un garrote vil.

—¿Qué busca, doctor? dijo una voz á mi izquierda, que reconocí por la de uno de mis compañeros de viaje.

—Psit! Trato de echar mano á este maldito gallo que no nos deja dormir y retorcerle el pescuezo.

—Pido á usted mil perdones, señor, pero la culpa la tiene mi muchacho, á quien encargué anoche me colocara el gallo en sitio seguro; el animal lo ha traído aquí.

—¡Ah! ¿conque es suyo?

—Y de mucho mérito, señor. Lo traigo desde Panamá y espero ganar mucho con él en la gallería de Bogotá. Pido gracia.

Y en obsequio á los intereses de mi vecino, pasámos el resto de la noche en blanco, con los oídos destrozados y esperando ansiosos el alba, que al fin apareció.

Tál fue la “noche de *El Consuelo*.”

LAS ÚLTIMAS JORNADAS

El *Hotel del Valle*—De Guaduas á Villeta—Ruda jornada—La mula—El hotel de Villeta—Hospitalidad cariñosa—Parlamento con un indio—Consigo un caballo—Chimbe—La eterna ascensión—Un recuerdo de Schiller—El frío avanza—Despedida—Un recuerdo al que partió—Aigualarga—La calzada—El *Alto del Roble*—La Sabana de Bogotá—Manzanos—Facatativá—En Bogotá.

No fue poco trabajo por la mañana reunir todos los elementos de viaje, desde las mulas hasta los indios portadores. Pero no nos dábamos prisa, porque habíamos resuelto hacer ese día una jornada corta, para dar descanso á las señoras y á los niños. No me olvidaré de una niñita de siete años, de Panamá, que un caballero llevaba á Bogotá para entregarla á sus padres. Silenciosa, sonriendo siempre, trepadita en una mula caprichosa, hizo toda la marcha sin manifestar el menor cansancio. En la cabeza sólo llevaba un sombrerito de paja, de alas estrechas. En los duros momentos del medio día, cuando el sol caía á plomo, abrasándome el cráneo protegido por el *helmuth*, solía acercarme á ella. “¿Qué tal vamos, amiguita?—Muy bien, señor.—No está cansada, no quiere un quita-sol?—No, señor; gracias. La mulita tiene buen paso.

Y yo veía la pobre criatura sacudirse sobre la silla á impulso del endemoniado trote mular! Pueden las desventuras de la vida caer sobre esa niña, me decía á mí mismo; encontrarán con quién hablar.

Fue á la salida de *El Consuelo* donde nos apercebimos del sitio en que nos encontrábamos y de su estupenda belleza. Nuestro albergue nocturno estaba situado en la cúspide de la primera cadena montañosa que hay que atravesar para llegar á Bogotá. A todos lados, valles profundos cuyo fondo se entreveía á través de la bruma flotante que se columpiaba á nuestros pies. A la espalda, la cinta ancha y brillante del Magdalena, extendiéndose hasta donde la vista alcanzaba; al frente, una serie de montañas imponentes y sombrías. Cuántas veces, al traspasar esos cerros monumentales y al aparecer á lo lejos otros más altos aún, miraba á mi mula, cuyas orejas batían monótonas y cadenciosas, preguntándome si esa tortuga me llevaría á la región de las águilas!

La marcha era lenta, porque no podíamos desprender nuestras miradas de la vegetación soberana que se levantaba como una sinfonía poderosa en la falda de la montaña. ¿Qué árboles eran aquellos? ¿Qué nombres llevan en la clasificación de Linneo esas infinitas fibrillas que entrelazan sus troncos, defendiéndolos del sol y conservándoles una atmósfera de eterna frescura? ¿Cómo nombrar esas mil flores, ostentando los colores del iris, que

se inclinan sobre la senda estrecha y mecen sus racimos sobre la frente del viajero? No lo sabía, no quería saberlo, no lo sabré nunca. ¿Se necesita acaso conocer las leyes físicas que determinan la tempestad para gozar de su aspecto soberbio? Aquello era una mezcla de la violenta vegetación alpina y de la lujosa florecencia tropical. Costeábamos la montaña por una estrecha senda practicada en su flanco. A la izquierda, el abismo, adivinado por la razón más que visto por los ojos. Los árboles que arraigaban sus troncos allá en el perdido fondo, levantaban sus copas hasta nosotros, las confundían y formaban un amplio toldo unido é impenetrable. De pronto una cascada juguetona bajaba de la montaña é iba á alimentar el hilo de agua imperceptible que serpeaba en el valle. Esa sección del camino es tal vez la más cómoda; salvo unas cuantas pendientes sumamente inclinadas y que fatigan en extremo por la penosa posición que hay que conservar sobre la mula, la mayor parte de la ruta está bien conservada. Desde las once de la mañana, el sol comenzó á molestarnos vivamente; las bestias se tornan reacias, la vista se fatiga con la lejana y constante reverberación y una sed implacable empieza á devorarnos. Nos acercámos á una ó dos chozas encontradas en el tránsito; pero las buenas mujeres que las ocupaban nos invitaron á no tomar el agua que pedía-

mos y que nos sería nociva. Fue entonces cuando acudimos al *guarapo*, el jugo de la caña ligeramente fermentado, que constituye una bebida sana y fortificante.

A la una y media de la tarde estuvimos en la cumbre de una montaña que trepábamos desde temprano y que nos parecía inacabable. Desde allí dominábamos el precioso valle de Guaduas (cañas), el más pintoresco de los que he encontrado en mi camino y en cuyo centro brilla en su blancura la aldea que lleva su nombre. Es esa una de las regiones más privilegiadas de Colombia para el cultivo del café, cuyo grano rojo, destacándose de entre el verde follaje de los extensos cafetales que nos rodeaban, daba animación al paisaje. El café de Guaduas, como el de otros puntos en Colombia, igualmente reputados, es infinitamente superior á las marcas mejor cotizadas en el comercio. Lo distingue, como al Yungas, un sabor incomparable, aunque no tiene el perfume sin igual del Moka. Creo que una mezcla de tres partes de Guaduas y una de Moka, haría una bebida capaz de estremecer al viejo Voltaire en su tumba.

Otra particularidad del valle, son las cañas que le han dado el nombre. Algunas alcanzan á muchos metros de altura, con un diámetro de 20 á 25 centímetros. Los indios las emplean, por su resistencia y poco peso, para hacer las parihuelas en que trasportan á hombro todo aquello que no puede

ser conducido por una mula, como pianos, espejos, maquinarias, muebles, etc.

Vamos encontrando á cada paso caravanas de indios portadores, conduciendo el eterno piano. Rara es la casa de Bogotá que no lo tiene, aun las más humildes. Las familias hacen sacrificios de todo género para comprar el instrumento que les cuesta tres veces más que en toda otra parte del mundo. Figuraos el recargo de flete que pesa sobre un piano; transporte de la fábrica á Saint-Nazaire, de allí á Barranquilla, veinte ó treinta días; de allí á Honda, quince ó veinte, si el Magdalena lo permite; luégo, ocho ó diez hombres para llevarlo á hombro durante dos ó tres semanas! Encorvados, sudorosos, apoyándose en los grandes bastones que les sirven para sostener el piano en sus momentos de descanso, esos pobres indios trepan declives de una inclinación casi imposible para la mula. En esos casos, el peso cae sobre los cuatro de atrás, que es necesario relevar cada cinco minutos. A veces las fuerzas se agotan, el piano viene al suelo y queda en medio del camino. Así hemos encontrado calderas para motores fijos, muebles pesados, etc. Nadie los toca y no hay ejemplo de que se haya perdido uno solo de esos depósitos entregados á la buena fe general.

Muchas veces oíamos el grito gutural de un conductor de cerdos que empujaba su piara hacia delante. Con todos trababa conversación; rasgo

curioso: van generalmente descalzos, pero llevan en la cintura, á guisa de puñal, un par de alpargatas nuevecitas. A más, al flanco, la eterna *peinilla*, el *facón* de nuestros gauchos, hoja larga, chata y afilada. El aspecto de esos hombres, cubiertos de polvo y sudor, medio desnudos, desgredados, enronquecidos por la producción continua de un grito gutural, áspero é intenso, es realmente salvaje. Son humildes y pacientes. —“Buen día, amigo.—Buenos días, su merced.—¿De qué parte viene?—Del Tolima (ó de Antioquia)—¿Cuántos días trae de viaje?—Treinta (ó cuarenta)—¿Por dónde pasó el Magdalena?—Frente á Ambalena (ó á Nare).—Etc., etc. Nunca dejan de pedir el *cuartillo* que una vez en su poder, se convierte inmediatamente en *chicha* ó guarapo, sobre todo en *chicha* (el azote de Colombia), en la próxima parada.

Se encuentran á centenares indias encorvadas bajo el peso y el volumen de las ollas, cántaros, hornallas, etc., de barro cocido que llevan á la espalda; vienen solas, de más lejos aún que los porqueros y después de dos ó tres meses de marcha, vuelven á su pueblo con un beneficio de un par de pesos fuertes! Pueblo rudo, trabajador, paciente, con aquel fatalismo indio, más intenso y callado que el árabe, será un elemento de rápido progreso para Colombia el día en que se implanten en su suelo las industrias europeas. Pero ante todo, hay que desarraigar en los indios el hábito

de la chicha, funesta fermentación del maíz, cuyo uso constante acaba por atrofiar el cerebro. En Bogotá he notado con asombro la viveza chispeante de los *cachifos* de la calle (pilluelos), cuyas respuestas en nada desmerecerían de las ocurrencias de un *gamín* del *boulevard*. Entretanto, los indios adultos tienen la fisonomía muerta y el espíritu embotado. Los estragos de la chicha son terribles, sobre todo en las mujeres, aglomeradas siempre en las puertas de los inmundos almacenes donde se expende la bebida fatal. Abotagadas, sucias, vacilantes en la marcha, hasta las más jóvenes presentan el aspecto de una decrepitud prematura. El ajeno, veneno lento, da por lo menos cierta excitación artificial; la chicha embrutece como el opio. . . .

Hémos, por fin, en el bonito *Hotel del Valle*, situado á la entrada del pueblo de Guaduas y único albergue decente en todo el camino de Honda á Bogotá. Hay, sin embargo, mucha gente y es necesario contentarse con poco. Allí pasámos todo ese día, porque resueltamente había decidido no separarme de mis compañeros de viaje. Yá somos buenos amigos con Mimí y Dizzy y *little Georgy* empieza á tenderme los bracitos.

La tercera jornada, que emprendemos como siempre á las ocho de la mañana, habiéndonos dado cita para las seis, será también muy corta, pues pensámos detenernos en Villeta, adonde lle-

garemos á las tres de la tarde. Fue, sin embargo, sumamente dura, porque la temperatura, que en Guaduas era deliciosa, se elevaba constantemente á medida que descendíamos al fondo de embudo en que está situada Villeta. Ese descenso interminable, por un camino que la calzada de piedra destruída hace imposible; el sol, que caía á plomo; la mula cansada, afirmando el pie lentamente en las puntas de los guijarros sueltos, todo empezaba á darnos fiebre. Además, veíamos á Villeta allí en el fondo, casi al alcance de la mano, tál era el efecto de perspectiva y marchábamos, marchábamos tras la aldea que parecía alejarse á medida que avanzábamos.

Como la senda es estrecha, no hay ni aun el recurso de la conversación, pues es necesario marchar uno á uno. Tan pronto atrás, tan pronto adelante, en todas partes mal. En el momento en que escribo estas líneas, aunque bien lejos de mi tierra, no veo yá mulas en el porvenir de mi vida. Sólo el cielo sabe las peregrinaciones que aún me esperan, pero no será jamás por un acto espontáneo de mi voluntad como volveré á treparme en una mula. Cada vez que en mis largos viajes de ferrocarril, cuando después de veinte ó treinta horas de inmovilidad, no se tiene yá postura, entra en mi espíritu aquel mal humor que todos conocen, no tengo más que acordarme de la mula. . . . para sentirme fresco, alegre y dispuesto. La que yo lle-

vaba en ese momento era detestable, reacia, lerda, con una cojera endemoniada, y á más, con una costumbre de las más amenas. Como la senda es estrecha, según he dicho, cada vez que viene en dirección contraria una recua de mulas cargadas, hay que tomar precauciones infinitas á fin de no destrozarse las rodillas contra los costales ó no ir á dar al abismo. Pues mi mula tenía la manía de acercarse, de estrecharse contra todos los congéneres que encontraba á su paso. No le escaseaba reprimendas; pero la víctima era yo, que tenía piernas y brazos dislocados. Las mulas de carga, rendidas por una ascensión penosa, se echan al suelo inmediatamente que los arrieros, que las guían á pie y á gritos, dan la voz de alto. Así, cuando mi amigo el poeta chileno Soffia, que representa á su país en Colombia, llegó á Honda, visto su volumen considerable y para mayor seguridad, se le dio una robusta mula de carga, que, sin el menor discernimiento entre una cajón de loza y un diplomático, se echaba al suelo en el acto que el jinete la detenía, lo que no contribuía, para éste, á aumentar los encantos del viaje.

Las autoridades locales de Villeta, con algunos amables vecinos que se habían unido, salieron á recibirnos y á conducirnos al hotel. ¡Al hotel! Un bogotano se pone pálido al oír mencionar el hotel de Villeta: ¡qué sería de nosotros cuando contempláramos la realidad! Felizmente para mí, se me avi-

só que un amigo me había hecho preparar alojamiento en una casa particular. Fui allí y recibí la mas cariñosa acogida de parte de la señora Moure, que, junto con las aguas termales y un inmenso árbol de la plaza, constituye lo único bueno que hay en Villeta, según aseguran las malas lenguas de Bogotá. ¡Qué delicioso me pareció aquel cuartito, limpio como un ampo, sereno, silencioso! Había una cama!! Una cama, con almohada, sábanas y cobijas! Hacía un mes que no conocía ese lujo asiático. La dulce anciana cariñosa, rodeándome de todas las imaginables atenciones, me traía á la memoria el hogar lejano y otra cabeza blanqueada como la suya, haciendo el bien sobre la tierra.

Cuando á la mañana siguiente llegué al hotel, fresco, bañado, rozagante, mi colega inglés me miró con unos ojos feroces. Habían pasado una noche infernal, compartiendo las camas (?) con una cantidad tál de bichos desconocidos, que las dos ó tres cajas de polvo insecticida que habían esparcido por precaución, sólo habían servido para abrirles el apetito!

Partí adelante solo, para hacer preparar el almuerzo en Chimbe. A la hora de camino, la mula se me cansó definitivamente; ni la espuela ni el látigo eran suficientes. Me encontraba aislado, en un terreno desconocido, al pie de una cuesta de una inclinación absurda. ¿Qué hacer? Busqué la sombra de un árbol, me tendí, encendí filosófica-

mente un cigarro y esperé, mientras los grillos cantaban á mi alrededor y el sol se levantaba ardiente como una ascua en un cielo de una pureza profunda. Un cuarto de hora después, algunas piedras pequeñas que rodaban me indicaron que alguien bajaba la cuesta. No tardó en aparecer un indio montado en un caballito alazán, flaco, pero de piernas delgadas y nerviosas. Me paré en medio del camino y á veinte pasos mi hombre se detuvo intrigado sin duda por mi traje exótico en aquellos parajes. Aún no llevaba el traje colombiano de viaje, que más tarde adopté por su comodidad. Un casco de los que los oficiales ingleses usan en la India, un poncho largo de guanaco (el cariñoso compañero que me acompañó de Mendoza á Chile y que hoy ha descendido á las humildes funciones de *couvrepied* en los ferrocarriles) y unas botas granaderas constituían mi *toilette* del momento. El indio abrió tamaños ojos cuando oyó salir del fondo de aquella aparición una voz que hablaba español con claridad bastante para hacerle comprender que mi modesto deseo era cambiar mi mula cansada por su caballo fresco. No sé si habría llegado hasta el crimen si aquel hombre se resiste; pero por lo menos estaba dispuesto á todos los sacrificios. El indio meditó largamente, echó pie á tierra, hizo un trueque de monturas y me encargó que entregara el caballo á fulano, en Agualarga. Mi criado, que venía atrás,

al pie de la mula que montaba á una de las niñitas, se encargaría de mi exhausta montura. — “Ahora, amigo, arreglemos el alquiler.” — Daba vueltas el sombrero de paja, sacaba y volvía á meter en la cintura el inevitable par de alpargatas nuevas, me hablaba largamente de las condiciones de su alazán, que tenía galope, cosa rara en los caballos de montaña, etc. Por fin reventó: quería tres pesos fuertes! Oh indio ingenuo, descendiente del que daba al español un puñado de oro por una cuenta de vidrio! Fue magnánimo y le di cinco, lo que me valió algunos consejos sobre la manera de acelerar la marcha del alazán.

Por fin llegué á Chimbe, después de traspasar montañas y montañas. Cuando, vencida una cumbre, se me presentaba otra más elevada aún, solía detenerme y preguntarme si no era juguete de alguna mistificación colosal. ¿Adónde voy? ¿Cómo es posible que allá, tras esos cerros gigantes, en esas cimas que se pierden en las nubes, habite un pueblo, exista una ciudad, una sociedad civilizada? Sólo me rendía ante el piano eterno que pasaba á mi lado sobre el hombro dolorido de diez indios jadeantes. Arriba, pues. No sé si á alguno de los hijos de Buenos Aires, nacidos y educados con el espectáculo de la pampa siempre abierta, ha ocurrido en su primer viaje en países montañosos el mismo fenómeno que á mí, esto es, serme necesario un esfuerzo para persuadirme de

que en los estrechos valles, en las cuestas inclinadas, vive un pueblo, de hábitos sedentarios y con un organismo social análogo al nuestro. Recuerdo que viajando en Suiza, por primera vez (venía de las llanuras lombardas), me preguntaba cómo los hombres podían apegarse á las rocas frías y estériles tan rebeldes á la labor humana, en vez de ir á sentar sus reales en las tierras fecundas y generosas, donde la azada se pierde sin esfuerzo. Esa misma noche, Schiller me contestaba en este diálogo admirable entre Tell y su hijo:

“WALTHER, *mostrando el Bannberg*. Padre, ¿es cierto que sobre esta montaña los árboles sangran cuando se les hiere con el hacha?

TELL. ¿Quién te ha dicho eso, niño?

WALTHER. El pastor cuenta que hay una magia en esos árboles y que cuando un hombre los ha maltratado, su mano sale de la fosa después de su muerte.

TELL. Hay una magia en esos árboles, es cierto. ¿Ves allá á lo lejos esas altas montañas cuya punta blanca se levanta hasta el cielo?

WALTHER. Son los nevados que durante la noche resuenan como el trueno y de donde caen las avalanchas.

TELL. Sí, hijo mío; hace mucho tiempo que las avalanchas habrían enterrado la aldea de Altdorf, si la selva que está ahí arriba de nosotros no le sirviera de baluarte.

WALTHER, *después de un momento de reflexión.*
Padre, ¿hay comarcas donde no se ven montañas?

TELL. Cuando se descende de nuestras montañas y se va siempre hacia abajo siguiendo el curso del río, se llega á una vasta comarca abierta, donde los torrentes no espuman, donde los ríos corren lentos y tranquilos. Allí, de todos lados, el trigo crece libremente en bellas llanuras y el país es como un jardín.

WALTHER. Y bien, padre mío, ¿por qué no descendemos aprisa hacia ese bello país, en vez de vivir aquí en el tormento y la ansiedad?

TELL. Ese país es bueno y bello como el cielo, pero los que lo cultivan no gozan de la cosecha que han sembrado!" (1)

Y Tell explica á su hijo lo que es la libertad. No falta, por cierto, en Colombia.

¡Cómo comprendo hoy el afecto tenaz y duro de los montañeses por su patria! Hay allí indudablemente una comunidad más íntima y constante entre el hombre y la naturaleza, que en nuestras pampas dilatadas, solemnes y monótonas, llenas de vigor al alba, deslumbrantes al medio día, tristes al caer la tarde, jamás íntimas y comunicativas. La montaña suele sonreír y consolar; la pampa llora con nosotros, pero llora como por un dolor gigante y solemne, por encima de nuestras

(1) SCHILLER, *Guillermo Tell*, acto III, esc. III.

pequeñeces humanas. La montaña es forma, es color; da el placer de la pintura, la estatuaria ó la arquitectura, concreto siempre; la pampa empapa el alma en la sensación vaga y profunda de la música, infinita, pero informe! . . . También se ama la llanura, también en ella, oh poeta, echa su raíz vivaz y vigorosa el árbol de la libertad! . . .

Chimbe es un punto del camino donde se levantan dos ó tres casas, en una de las cuales hay algo á manera de hostería, en la que, después de un largo parlamento con la dueña, se obtiene un almuerzo compuesto de un caldo con papas, las papas duras y el caldo flaco, seguido por un trozo de carne salada, el trozo chico y la carne paquidérmica. Es otra de las regiones privilegiadas para el café. La temperatura, determinada no yá por la latitud, sino por la elevación, empieza á variar; la traspiración se detiene, ráfagas frescas comienzan á acariciar el rostro y la presión atmosférica, haciéndose más leve, dificulta un tanto la respiración para el pulmón habituado al aire compacto de la tierra caliente.

Allí me despedí de la familia de mi colega el ministro inglés, que pensaba pasar la noche algo más adelante, en Agualarga, mientras yo, gracias á mi alazán, tenía la esperanza de arribar á la sabana, avanzarme hasta Facatativá y tomar allí el carruaje, que, según mis cálculos, me estaría esperando desde la víspera.

Nunca hubiera sospechado que aquel hombre robusto á quien estrechaba la mano con cariño y que me contestaba lleno de gratitud, sucumbiría tres meses después, casi en mis brazos, derribado por un soplo helado que fue á paralizar la vida en sus pulmones. No me olvidaré jamás de la profunda y callada desesperación de aquella mujer joven, bella y elegante, que se había sacrificado buscando un avance en la carrera de su marido, sola, rodeada de sus hijitos, en el punto más lejano casi del mundo, emprendiendo la triste ruta del regreso, mientras el cuerpo del compañero dormía el sueño de la muerte allá en la remota altura! Teníamos el alma sombría delante de aquel cadáver, pensando cada uno en la patria, en el hogar tan lejos y en las vicisitudes de esta carrera vagabunda. . . . Reposó el amigo en el seno de un pueblo hospitalario que mezcló sus lágrimas á las de los suyos, y según la bella frase de Soffia, el mismo cielo que habría cubierto sus restos en suelo inglés, los cubre en tierra colombiana!

Empecé la marcha llevando conmigo un muchacho montado, pues en Chimbe despedí al mozo de *pic*, cuya utilidad durante el viaje me había sido sumamente problemática. Los equipajes iban adelante y según mi cálculo, debían ya encontrarse en Bogotá. Sólo llevaba una valija con mis papeles y valores.

El camino ascendente hasta Agualarga es encantador; mi alazán marchaba noblemente, trepando con la seguridad de la mula, pero sin su andar infernal. Serían las cuatro de la tarde cuando llegué á Agualarga, punto de donde pártase una excelente calzada hasta la sabana, transitable aun para carruajes. Como no encontrara allí ni noticias del mío, ordené á mi infantil escudero siguiera adelante, para esperarme en Los Manzanos, primer punto de la sabana, mientras yo conversaba un rato con algunos distinguidos caballeros de la localidad que habían venido á saludarme.

Cuando seguí viaje, sentía un frío intenso. Agualarga tiene reputación de ser el sitio más glacial de la montaña. La altura contribuye mucho, pero sobre todo su exposición á los vientos que entran silbando por dos ó tres aberturas de los cerros circunvecinos. Con qué placer lancé mi caballo al galope por la extensa calzada! Es una fruición sin igual para el que viene deshecho por el paso de la mula. Pero, una hora después, ni sombra de mi muchacho, al que hacía mucho tiempo debía haber alcanzado. ¿Se lo había tragado la tierra? No me convenía, porque llevaba todo lo que me interesaba. Desanduve mi camino, pregunté en todas partes; nadie lo había visto; realmente inquieto, me detuve á meditar sobre el partido que me quedaba, cuando un indio pasante me sugirió la probabilidad de que el *cachifo* hubiera tomado el

camino de *abajo*, que acortaba mucho la distancia. Tranquilo, continué. Subía, subía constantemente, y de nuevo me preguntaba cuándo concluiría aquella ascensión interminable, donde se encontraba la tierra prometida. La naturaleza había variado y ahora se extendían á mi vista extensos y frondosos bosques de variados pinos. Al frente, altos picos inaccesibles. ¿Habría también que traspasarlos? De pronto, un grito de asombro se me escapó del pecho. Al doblar un recodo, una ancha llanura, plana, bañada por el sol, se dilató ante mis ojos. Estaba en el *Alto del Roble*, la soberbia puerta que da ingreso á la sabana de Bogotá. Miraba á mi espalda y veía escalonarse á lo lejos la serie de montañas que había traspasado para llegar á aquella altura: estaba á 2,700 metros sobre el mar!

¿Qué capricho de la naturaleza tendió esa pampa en las cumbres? ¡Cómo ve el ojo más ignorante que aquello debió ser en los tiempos primitivos el lecho de un inmenso lago superior! La impresión es profunda por el contraste; en vano viene el espíritu preparado, el hecho ultrapasa toda expectativa.

La sabana presenta á la entrada el aspecto de una inmensa circunferencia limitada por una cadena circular de cerros de poca elevación. Es una planicie sin atractivos pintorescos, y al entrar á ella es necesario despedirse de las vistas encantadas que he dejado atrás.

En Los Manzanos, al acercarme al hotel para averiguar algo de mi carruaje, vi... mis pobres equipajes abandonados bajo un corredor! Me fueron necesarios algo más que ruegos para determinar á los arrieros á conducirlos hasta la próxima aldea de Facatativá, á la que llegué tarde yá, encontrando en la puerta del hotel al secretario, quien á pesar de sus dos días de avance, no había conseguido aún el carruaje para llegar á Bogotá. Pasámos allí la noche en un detestable hotel, frío como una tumba, y al día siguiente, después de cinco horas de marcha en la sabana, entrámos por fin á la capital de los Estados Unidos de Colombia.

Era el 13 de Enero de 1882 y hacía justo *un mes* que nos habíamos puesto en viaje de Caracas!

De Viena á París se va en 28 horas! Verdad que cuando yo tenía diez años, empleaba con mi familia un día en hacer las dos leguas de pantanos que separaban á Flores de Buenos Aires. También... empieza á hacer rato que yo tenía diez años!

UNA OJEADA SOBRE COLOMBIA

El país—Su configuración—Ríos y montañas—Clima—División política—Plano intelectual—El Cauca—Porvenir de Colombia—Organización política—La capital—La Constitución—Libertades absolutas—La prensa—La palabra—En el Senado—El elemento militar—Los conatos de dictadura—Bolívar—Melo—Los partidos—Conservadores—Radicales—Independientes—Ideas extremas—El tiranicidio—La Asamblea Constituyente.

Ha llegado el momento de echar una mirada de conjunto sobre esta inmensa región de la América Meridional que se extiende desde el Istmo de Panamá á las tierras vírgenes é inexploradas donde comienza á correr el Amazonas, que se llamó Virreinato de Santafé bajo la dominación española, Nueva Granada más tarde, y que hoy ha reivindicado para sí el glorioso nombre de Colombia que cobijó la reunión de las tres repúblicas del Norte, confederadas bajo la inspiración de Bolívar, separadas al día siguiente de su muerte.

El suelo colombiano se extiende entre los grados 69 y 86 de longitud occidental y 12 de latitud Norte—5 de latitud Sud (meridiano de París), cubriendo una superficie de 13,300 miriámetros cuadrados, sobre la que vive una población de poco más de tres millones de almas.

La nación está dividida políticamente en 9 Estados soberanos, que son: Antioquia (capital Medellín), Bolívar (Cartagena), Boyacá (Tunja), Cauca (Popayán), Cundinamarca (Bogotá, capital de la Unión, pero no federalizada), Magdalena (Santamarta), Panamá (Panamá), Santander (Socorro), Tolima (Neiva).

A partir del Ecuador, los Andes, dividiéndose en tres grandes brazos, determinan el sistema orográfico de Colombia, formando tres extensos valles, el del Magdalena, el del Atrato y el del Cauca, regados por los tres ríos que les dan su nombre. El clima, ardiente y malsano en las tierras bajas, sobre todo á inmediaciones de los cursos de agua, es fresco y saludable en las alturas. . . .

No es mi intención hacer una descripción geográfica de Colombia, que fácilmente puede encontrarse en cualquier tratado.

Por una coincidencia que viene á corroborar las leyes históricas de Vico, Montesquieu y Herder, se podría fácilmente levantar el plano topográfico de Colombia, estudiando el carácter de los hijos de sus distintas secciones. Aquí, inquietos, vagabundos, aventureros; allí, sedentarios, rudos á la labor, económicos y perseverantes. Más allá, sombríos, desconfiados, téticos; en el Cauca, poetas, soñadores, vibrantes; en Bogotá, cultos, eruditos, decidores, eminentemente sociables. Y sobre el conjunto, un lazo de unión íntima, que les comu-

nica el carácter de vigorosa personalidad que distingue más á un colombiano de un hijo de Venezuela ó del Ecuador, que á un ruso de un persa.

¿Qué hay dentro de esos millares de leguas? En la exigua parte conocida, todo lo que la imaginación más ambiciosa puede pedir á la corteza de la tierra, desde los productos tropicales más valiosos hasta los frutos de las zonas templadas. El Cauca, ese territorio tan análogo á nuestro Chaco por su misteriosa oscuridad; el Cauca, que linda al Noroeste con el Istmo de Panamá y va á confinar con los desiertos del Brasil en el extremo Sudeste, sólo es conocido y no totalmente en la parte que se extiende paralela al Pacífico; el inmenso y vago territorio del Sud, tan fértil que los escasos datos traídos por raros viajeros semejan leyendas, es y será por mucho tiempo una incógnita.

El porvenir de Colombia es inmenso, pero desgraciadamente remoto. Será necesario que el exceso de la población europea llene primero las vastas regiones americanas aún despobladas, que atraen la emigración en primer término por la analogía de clima y las facilidades de transporte, para que la corriente tome el rumbo de Colombia. ¿Cuántos años pasarán antes que se llene el *Far-West* del norte ó las dilatadas pampas argentinas, sin contar con la Australia y el norte de Africa? Pero si ese porvenir es remoto en el sentido de una transformación definitiva, no lo es respecto á los pro-

gresos inmediatos que lo acelerarán. Colombia, después de sus largas y sangrientas luchas, aspira hoy á la paz, cuyo sentimiento empieza á arraigarse de una manera profunda en el corazón del pueblo. Los gobiernos se preocupan yá de la necesidad de hacer todo género de sacrificios por dotar al país de un sistema regular de vías de comunicación, sin las cuales las riquezas nacionales serán eternamente desconocidas.

La organización política actual de Colombia es sumamente defectuosa, y esta opinión que avanzo después de un estudio detenido, con cuyos detalles no recargaré estas páginas, es compartida hoy por muchos colombianos ilustrados. El sistema republicano, representativo, federal, es allí llevado á sus extremos. Cada Estado es soberano, con una autonomía legal incompatible con el desenvolvimiento de la idea nacional. Mientras entre nosotros no hay más soberano que el *pueblo argentino*, que los *gobernadores* de provincia son agentes naturales del Poder Ejecutivo Nacional, que la autoridad del Congreso está arriba de todas, sin más limitación que la determinada por la Constitución, atribuyendo á los ciudadanos el recurso de inconstitucionalidad ante la Corte Suprema de Justicia, en Colombia, como he dicho, cada *Estado* es soberano, gobernado por un *Presidente* y participando del gobierno general por medio de dos *pleni-*

potenciarios que delega al Senado, especie de consejo anfictiónico. Las leyes del Congreso pueden ser *vetadas* por la mayoría de las Legislaturas de los Estados y no tienen fuerza ejecutiva hasta tanto que han merecido la aprobación de las mismas. Añadid que el Presidente de la Unión dura sólo *dos años*, mientras el período presidencial en algunos Estados es mucho mayor; pensad en la incommunicación constante de las diversas secciones de ese organismo tan vasto y decid si es posible que se desarrolle y eche raíces el sentimiento nacional.

Luégo, la falta de una capital federal, símbolo vivo de la unión, que irradie sobre la nación entera. Bogotá, capital de Colombia y del Estado de Cundinamarca, hospeda en su seno á las autoridades locales y á las de la nación. No es á los argentinos á quienes hay que recordar los inconvenientes y los peligros de la coexistencia; ellos saben que basta en esos casos la mala digestión de un gobernador para traer conflictos qué pueden poner en cuestión todo lo que hay de más grave, la existencia nacional misma. Así, en Bogotá, el Congreso se ha visto escarnecido, insultado, apedreado por las barras iracundas. . . . y seguras de la impunidad. Tenemos también entre nosotros tristes y análogos recuerdos!

Comprendo que la rivalidad determinada por el prurito de soberanía y autonomismo absoluto entre los Estados de Colombia, haga necesaria por

mucho tiempo la capital en Bogotá, aceptada y preferida precisamente por la debilidad de su acción lejana. Pero, fuera de su posición topográfica, defecto que una vía férrea, difícil pero posible, puede salvar, Bogotá reúne las condiciones todas para, una vez federalizada, ser la capital ideal de un pueblo como Colombia. Tiene el clima, tiene la tradición de la conquista, la ilustración, el brillo intelectual; pero los hijos del Cauca y de Boyacá son allí huéspedes. En la nación no hay un centro nacional.

Lo repito; feliz Colombia si consiguiera levantar su capital en las orillas del mar, el eterno vehículo de la civilización, en vez de mantenerla perdida en la región de las nubes, sin contacto con el mundo y sin acción directa con su progreso colectivo. Pero, en tanto que eso es imposible y lo será por muchos años, necesario es que los colombianos se persuadan de la necesidad de dar fuerza y cohesión al sentimiento nacional, de convertir esa especie de liga que un soplo puede hacer periclitarse, en una agrupación humana compacta, con un ideal, con una concepción idéntica del patriotismo. Tál ha sido la labor de los argentinos en los últimos treinta años, y todos los hombres que han gobernado, surgiendo de partidos diferentes, han seguido la misma senda. Ese progreso nacional, esa obliteración de las pasiones localistas, antes tan vivaces, se ve claro y neto en el abandono casi

completo que hemos hecho de la denominación "Confederación Argentina," para designar á nuestro país. Hoy decimos República Argentina y muy pronto diremos, como yá lo hacen los chilenos y peruanos, "la Argentina," esto es, la unidad, la patria, el pueblo uno. El sistema federal es excelente por su descentralización administrativa; por las facilidades que da al progreso local, trazándole rutas en armonía con las condiciones propias del clima, del carácter, de la tradición y de la costumbre; por la ponderación constante de los poderes políticos, que la alternativa completa; pero entendido como en Colombia, no tengo embarazo en declarar que es un germen de muerte. No, la federación no puede, no es, no debe ser un contrato civil, susceptible de liquidarse, como una sociedad comercial; no es un tratado para cuya cesación basta la denuncia de una de las altas partes contratantes, como en las prácticas internacionales; es un hecho, un hecho único y solemne, emanado no yá de la voluntad de dos ó tres agrupaciones, sino de la del único soberano, el pueblo. . . .

Colombia, como la Argentina, se regirá siempre por el sistema federal, porque así lo exige la naturaleza de las cosas; pero sus esfuerzos deben tender sin descanso á combatir los excesos del sistema, á habituar á sus hijos, para dar una forma concreta á mi pensamiento, á decir *Colombia*, en vez de *Los Estados Unidos de Colombia*.

La lectura de la Constitución colombiana hace soñar. Nunca ha producido la mente humana una obra más idealmente generosa. Todo cuanto los poetas y los filósofos, los publicistas y los tribunales han ansiado para aumentar la libertad del hombre en sociedad, está allí consignado y amparado por la ley. No hay pena de muerte, y el término mayor de presidio á que los jueces pueden condenar á un criminal es el de diez años. Derecho de reunión, absoluto, y absoluta libertad de la palabra escrita y oral. Absoluto, ¿entendéis? Si mañana un hombre me dice que yo, funcionario público ó general de ejército, he sustraído los fondos de la caja ó vendido al enemigo el estado de las fuerzas nacionales; si en una hoja suelta ó en un diario se me acusa de haber asesinado á mi hermano ó de negar alimento á mis hijos, la ley no me da acción ninguna contra el que así me infama. No hay ley de imprenta. Parece á primera vista inconcebible la posibilidad de la permanencia de un estado semejante; pero el exceso ha llevado en sí mismo su propio remedio y puedo asegurar hoy que la prensa de Colombia no es ni más ni menos culta que la de Francia, de los Estados Unidos ó la nuestra. El que escribe una línea sabe bien que el asunto no irá á los tribunales, eternizándose en el procedimiento ó dando motivo ante el jurado á interminables discursos retóricos; le consta que el damnificado se echará un re-

vólver al bolsillo y buscará el medio de hacerse justicia por su mano. Lejos de mí la idea de aplaudir semejante sistema; constato simplemente el hecho de que el grave peso de la responsabilidad individual ha generalizado la prudencia y la cultura.

¡Qué no dicen aquellos muros de Bogotá! El obrero, el estudiante, el *cachifo* de media calle que tiene que vengarse del policiano, como el aspirante, del presidente ó de un ministro, tienen en las paredes su prensa libre. Á veces la ortografía padece y en la forma de la letra se descubre la ruda mano de un hombre del pueblo. Pero qué lujo de expresiones, qué cantidad de insultos! El Presidente es ladrón, asesino, inmoral, cobarde, cuanto hay en el mundo de detestable y bajo. . . . Al lado, un carbón no menos robusto y convencido establece que el mismo funcionario es un dechado de virtudes. De tiempo en tiempo, los policianos borran esas expresiones gráficas del ingenio popular, operación que no da más resultado que preparar nuevamente los lienzos á los pintores anónimos. Nadie, por otra parte, hace caso. ¿Acaso en París no atruenan por la noche en los *boulevares* una nube de muchachos que venden boletines con la noticia del asesinato de Gambetta ó el *accouchement* de M. Grévy, como lo he oído repetidas veces?

No es raro oír en Bogotá: "Fulano me ha

echado hoja." Es decir, fulano ha escrito contra mí una hoja suelta, que ha hecho imprimir y fijar en las esquinas. Si contiene asuntos graves, el procedimiento es terrible, como diré más adelante. Si no, el damnificado se contenta á su vez con *echarle* hoja á su adversario, para mayor contento de los impresores que realizan buenos beneficios y solaz de los vagos que se pasan las muertas horas en las esquinas con la nariz al aire. La libertad de la palabra no tiene límites y en el parlamento mismo no tiene ni aun las limitaciones económicas del reglamento. Las funciones del presidente se limitan á darla al que la ha solicitado, á abrir y cerrar la sesión, á firmar las actas y á hacer de tiempo en tiempo desalojar la barra, prima hermana de la nuéstra. Por lo demás, es una esfinge silenciosa que jamás despliega sus labios para llamar á la cuestión ó al orden.

El colombiano es orador; la frase sale elegante, con vida propia, llena de movimiento y garbo. En teatros más vastos, Esguerra, Becerra, Galindo, Arosemena, tendrían una reputación universal. La fluidez, la abundancia es inimitable; suben, se ciernen en las alturas de la elocuencia y allí se mueven con la facilidad del águila en las nubes. . . . Puede concebirse el uso que harán esos hombres para quienes hablar es una fruición, del derecho ilimitado de expresar sus ideas. Más de una vez he asistido á sesiones del Senado de Plenipotenciarios, he

oído durante tres horas á un ciudadano que tenía la palabra, que quedaba con ella al levantarse la sesión, sin poder darme cuenta del asunto que se discutía. Cada orador tiene el derecho, si así le conviene, de relatar las campañas de Alejandro, á propósito del establecimiento de una ferrería en Boyacá. Muchos lo hacen; se les oye con gusto, pero se deplora el tiempo perdido para la tramitación de los asuntos de interés general.

La constatación de estos hechos y las críticas que hago, inspiradas en mi educación cívica, tan distinta de la que impera en Colombia, fueron más de una vez compartidas en Bogotá por hombres ilustrados que veían con más claridad que yo los inconvenientes de esas prácticas viciosas.

Pero pongamos de lado esas irregularidades que no son sino consecuencias extremas de ideas sanas y fecundas, y podremos afirmar que pocos pueblos viven al amparo de instituciones más liberales que Colombia. El caudillaje militar ha muerto hace mucho tiempo; hay algo que recuerda los tiempos libres de la Grecia en la práctica del Senado de elegir anualmente un número determinado de ciudadanos militares ó no, de entre los que el Presidente debe nombrar los generales necesarios para el comando del ejército. En una tierra donde de la noche á la mañana un hombre es general, durante un año, los generales no tienen el prestigio que puede convertirlos en una amenaza para las libertades públicas.

No faltan, por cierto, militares de carrera, como los generales Trujillo, Salgar, Camargo, Sarmiento, etc., que han hecho sus pruebas y que en la Presidencia han sido los primeros en respetar la Constitución; pero va desapareciendo el *general* de barrio, el *cacique* de charreteras, que es un azote en las otras secciones de la América.

Los dictadores gozan comúnmente de mala salud en Colombia. Bolívar lo fue. . . . ó pretendió serlo y aún se muestra en el Palacio de Gobierno en Bogotá, el balcón por donde saltó escapando al grupo de jóvenes que, fanáticos por la libertad como los romanos en tiempo de Bruto, creían acción santa matar al tirano. Entre ellos estaba Florentino González, cuyos restos reposan hoy en suelo argentino. La intrepidez de la soberbia Manuela, la querida de Bolívar, cerrando con su cuerpo el paso á los conjurados y las ideas caballerescas de éstos, que les impedían matar á una mujer, salvaron la vida al libertador. Me figuro con repugnancia á Bolívar saltando por el balcón y sobre todo, pasando la noche bajo el arco de aquel puente raquítico, entre barro é inmundicias, para salir por la mañana, pálido, desencajado y sucio.

Vale más la espléndida figura de Pizarro, arrojando en su impaciencia la coraza cuyos broches no ajustan, para salir al encuentro de sus asesinos, combatir hasta el último aliento y morir trazando en el suelo la señal de la cruz con su propia san-

gre. Se trataba de la vida, que es cosa seria, diréis. Es muy probable que cualquiera de nosotros, en caso semejante, se habría felicitado de encontrar el puente salvador. . . . Pero no somos Bolívar. Cuando se me vuela el sombrero en la calle, corro tras él, como un simple M. Pickwick; ¿os figuráis á Napoleón desalado tras su sombrero de dos picos que el viento arrebatara y cubre de polvo? El empleo de héroe tiene exigencias que es necesario respetar.

El segundo conato de dictadura en Colombia fue el del general Melo, que sucumbió en breve ante los esfuerzos aunados de liberales y conservadores, que es el rasgo más profundo de amor á la libertad que puede encontrarse, conociendo las ideas de esos dos partidos extremos.

Las divisiones políticas fundamentales de Colombia son hoy tres: conservadores, liberales é independientes. Los últimos forman un partido nuevo, que pugna por crearse adeptos á favor de las ideas sanas y moderadas que sostiene. Es indispensable olvidar la tradición de nuestros partidos argentinos desde 1852 á la fecha, para formarse una idea exacta de los de Colombia. Un demagogo de los nuestros pasa allí por un conservador, y un conservador argentino es un comunista para los colombianos de ese tinte. No creo que hoy se encuentren frente á frente, en parte alguna del mundo, principios más radicalmente opuestos, opiniones más encontradas, creencias más antagónicas.

El partido conservador que estuvo en el gobierno hasta 1860, siendo entonces derribado por una revolución liberal que conserva hasta hoy el poder, cuenta en sus filas, según confesión de los mismos liberales, más de las tres cuartas partes de la población de Colombia. ¿Por qué no ha triunfado en las urnas ó, cuando el acceso á éstas le ha sido negado, en los campos de batalla donde frecuentemente ha sido batido por las huestes liberales? Porque el exceso mismo de sus ideas, que envuelven la negación más absoluta del progreso, les quita esa fuerza, ese ímpetu que la violenta aspiración á la libertad, á la emancipación de la conciencia humana comunica á sus adversarios. “Se lee mal, cuando se lee de rodillas,” ha dicho Renán, refiriéndose á la interpretación de los textos bíblicos; se combate mal, cuando se combate de rodillas, diremos á nuestro turno.

Los conservadores puros de Colombia (y apelo á las declaraciones de sus hombres de letras, que son los más distinguidos del país) parece que, como Luis XVIII, no han aprendido ni olvidado nada... desde el siglo XVI. Fanáticos, intransigentes en materia de religión, no ocultan en política su preferencia por la monarquía y aun creo que no son muy ardientes partidarios de aquellas que tienen por base el régimen parlamentario. Más de una vez he visto procesiones insignificantes en Bogotá, á propósito de fiestas secundarias de la

Iglesia; el pendón era siempre llevado por miembros conspicuos del partido conservador, por hombres cuyo apellido no sólo recuerda las tradiciones de los buenos tiempos, sino que están vinculados á la historia nacional, los Mallarino, los Arboleda, etc. Para ellos la palabra pública es una sentencia que no puede ni debe cambiar el tiempo: "fuera de la Iglesia, no hay salvación." Viven en el seno de la Iglesia, que costean noblemente con sus sacrificios, que honran con el cumplimiento de las prácticas religiosas, pudiendo estar legítimamente orgullosos del clero colombiano que es puro, ilustrado, y digno en su difícil situación.

¿Conservaría el partido conservador sus ideas actuales si llegase á gobernar? El poder es una experiencia peligrosa para la lógica de los principios. Pero la oposición tiene también el inconveniente de presentar un plano inclinado por el que éstos se deslizan insensiblemente. Las exigencias de la polémica, el talento desplegado por una y otra parte en Colombia, la buena fe recíproca, han llevado á conservadores y liberales á aceptar las consecuencias más forzadas de sus sistemas y á hacer declaraciones que envuelven de ambos lados, las unas por su absolutismo, las otras por su tendencia anárquica, la negación más completa de los buenos principios de gobierno que imperan hoy en el mundo civilizado.

Empujados por la gravitación conservadora que

se hunde en el pasado, los liberales se lanzan al porvenir con una vehemencia terrible. No contentos con la separación de la Iglesia y del Estado, que á mi juicio es un beneficio para el Estado y para la Iglesia, la mayor parte son individualmente ateos. Más de una vez he constatado con asombro y tristeza los extremos á que los ha conducido la lógica implacable de sus adversarios y que ellos han aceptado con lealtad y entereza. En un examen, en un colegio de niñas, uno de los examinadores hacía hablar á una adorable criatura de quince años, de cuyos labios rosados veía asombrado escaparse, en vez de risas ó canciones, las severas palabras de la ciencia. Aquella niña hizo la apología del tiranicidio. Para ella, un tirano no era un hombre, ni el asesinato de esa entidad fatal constituía un crimen. Que el alma pura de Schiller justifique á Guillermo Tell en nombre de la dignidad humana; que nuestros padres, bajo el colmo del dolor y la vergüenza hayan pensado y escrito que "matar á Rosas es acción santa," puede explicarse; pero que fría y dogmáticamente se enseñe en las escuelas que el asesinato puede alguna vez merecer encomio sobre la tierra. . . . no! Creo tener ideas tan liberales como cualquier hombre que aspire á la emancipación completa del pensamiento humano y á la ilimitada libertad de la conciencia; pero la reflexión y los años me van enseñando que hay para las sociedades barreras peligrosas de ul-

trapasar, que hay necesidad para el hogar de algo más elevado que nuestras tristes combinaciones humanas, que el tiempo arrastra como hojas secas, para dar lugar á nuevos artificios igualmente deleznable. La conciencia humana tiene en su seno fecundo, perdones generosos para aquellos que, empujados por una exaltación irresistible, como Bruto, enloquecidos por una pasión tiránica como el matador de Gustavo III, ó cediendo á una inspiración de supremo cariño por la raza humana, como Carlota Corday, han trasgredido la ley eterna que impone el grave respeto de la vida. ¿Cuál de nosotros puede responder que no se levantará su brazo armado contra el miserable que lacera el seno de la patria, que la deshonra y la vilipendia? Pero á la faz de los cielos llenos de luz, al amparo de la paz y la libertad, con un porvenir de progreso y tranquilidad ante los ojos, ir á la escuela á enseñar á la virgen que bebe allí las ideas que más tarde trasmirá á sus hijos, que el asesinato político es, en ciertos casos, una acción legítima. . . . una vez más, no!

En el centro de ese campo donde combaten huestes tan opuestas, los independientes, antiguos liberales, se han segregado de la masa, procurando encontrar, al abrigo de la moderación en las ideas, un *modus vivendi* razonable para la colectividad. De un liberalismo templado, manifiestan públicamente un serio respeto por la religión,

y en materia política trabajan por introducir cierta reglamentación indispensable para hacer fecundas las libertades y derechos garantizados por la Constitución. Pero por el momento, el partido independiente no sólo es poco numeroso en Colombia, sino que carece de autoridad moral, á pesar de las condiciones realmente distinguidas de algunos de sus miembros. Partido nuevo, ha tenido que echar mano de todos los elementos que se le ofrecían; cuando se busca la cantidad, la percepción de la calidad se embota.

Frecuentemente, al contemplar la lucha de esas tres entidades, me ha venido á la memoria la Asamblea Legislativa francesa en 1790; de un lado, la intransigencia del antiguo régimen, los restos del feudalismo señorial y eclesiástico, representado por la alta nobleza y el clero de casta; en frente, el grupo de los innovadores, con los terribles cuadernos de quejas en las manos, el espíritu nutrido de Rousseau, grupo encarnado en esos oscuros abogados de provincia, sin la menor noción de gobierno y con la misión única y fatal de derribar. En el centro, Mirabeau, Barnave, los Lameth, Lafayette, Lally-Tolendal. . . queriendo unir en un abrazo de conciliación el pasado y el porvenir, regenerar la monarquía por medio de la libertad, ponderar la libertad por medio de la institución monárquica. . . .

¿No es acaso ese juego de los partidos colom-

bianos la marcha constante de las sociedades humanas hacia el progreso y no está revelando la existencia de un pueblo libre y enérgico en la defensa de sus derechos?

Espero que estas líneas escritas por un extranjero que ama á Colombia como á ningún pueblo de la tierra, después de su patria, sean consideradas por los colombianos como un juicio imparcial que puede ser erróneo, pero leal.

BOGOTA

Primera impresión—La plazuela de San Victorino—El mercado de Bogotá—La España de Cervantes—El caño—La higiene—Las literas—Las serenatas—Las plazas—Población. La elefantíasis—El Dr. Vargas—Las iglesias—Un cura colorista—El Capitolio—El pueblo es religioso—Las procesiones—El *altozano*—Los políticos—Algunos nombres—La crónica social—La nostalgia del *altozano*.

La primera impresión que recibí de la ciudad de Bogotá fue más curiosa que desagradable. Naturalmente, no me era permitida la esperanza de encontrar en aquellas alturas, á centenares de leguas del mar, un centro humano de primer orden. Iba con el ánimo hecho á todos los contrastes, á todas las aberraciones imaginables y con la decidida voluntad de sobrellevar con energía los inconvenientes que se me presentaran en mi nueva vida. Por una evolución curiosa de mi espíritu, mi primer pensamiento, cuando el carruaje empezó á rodar en las calles de la ciudad, fue para el regreso. ¡Qué lejos me encontraba de todo lo mío! Atrás quedaban las duras jornadas de mula, los sofocantes días del Magdalena y la pesada travesía en el mar. Habría que rehacer la larga ruta nuevamente! Confieso que esa idea me hacía desfallecer.

La calle por donde el carruaje avanzaba con dificultad, estaba materialmente cuajada de indios. Acababa de cruzar la plazuela de San Victorino, donde había encontrado un cuadro que no se me borrará nunca. En el centro, una fuente tosca, arrojando el agua por numerosos conductos colocados circularmente. Sobre una grada, una gran cantidad de mujeres del pueblo, armadas de una caña hueca, en cuya punta había un trozo de cuerno que ajustaban al pico del agua que corría por el caño así formado, siendo recogida en una ánfora tosca de tierra cocida. Todas esas mujeres tenían el tipo indio marcado en la fisonomía; su traje era una camisa, dejando libre el tostado seno y los brazos y una saya de un paño burdo y oscuro. En la cabeza un pequeño sombrero de paja; todas descalzas.

Los indios que impedían el tránsito del carruaje, tal era su número, presentaban el mismo aspecto. Mirar uno, es mirar á todos. El eterno sombrero de paja, el poncho corto, hasta la cintura, pantalones anchos, á media pierna y descalzos. Algunos, con el par de alpargatas nuevas, yá mencionado, cruzado á la cintura. Una inmensa cantidad de pequeños burros cargados de frutas y legumbres. . . . y una atmósfera pesada y de equívoco perfume.

Los bogotanos se reían más tarde cuando les narraba la impresión de mi entrada y me explicaban la razón. Había llegado en viernes, que es día

de mercado. Aunque éste está abierto toda la semana, es los jueves y viernes cuando los indios agricultores de la sabana, de la tierra caliente y de los pequeños valles allende la montaña que abriga á Bogotá, vienen con sus productos á la capital. El mercado de Bogotá, por donde paso en este momento y del que diré algunas palabras para no ocuparme más de él, es seguramente único en el mundo por la variedad de los productos que allí se encuentran todo el año. Figuran, al lado de las frutas de las zonas templadas, la naranja, el melocotón, la manzana, la pera, uvas, melones, sandías, albaricoques, toda la infinita variedad de las frutas tropicales, la guanábana, el mango, el aguacate, la chirimoya, la granadilla, el plátano. . . . y doscientos más cuyo nombre no me es posible recordar. Las primeras crecen en la Sabana y en los valles elevados, cuya temperatura constante (de 13 á 15° cent.) es análoga á la de Europa y á la nuestra. Las segundas brotan en la tierra caliente, para llegar á la cual no hay más que descender de la Sabana unas pocas horas. Así, todas las frutas de la tierra ofrecida simultáneamente, todas frescas, deliciosas y casi sin valor venal. ¿No es un fenómeno único en el mundo? Un indio de la Sabana puede darse en su comida el lujo á que sólo alcanzan los más poderosos magnates rusos á costa de sumas inmensas y más completo aún. . . .

Al fin llego á las piezas que me han sido retenidas en el *Jockey Club* y tomo posesión de aquella sala desnuda á la que me ligan hoy tantos recuerdos y que no entreveo en mi memoria sin una emoción de cariño y gratitud por los que me hicieron tan grata la vida en el suelo colombiano.

La ciudad. . . Me está saltando la pluma en la mano por hacer un cuadro engañoso, mentir á boca llena y decir después á los que no me crean: *allez y voir!* Pero es necesario vencer el afecto que conservo á Bogotá y decir todo lo malo, pero sobre todo, lo curioso que tiene.

En los primeros días, me creí transportado á la España del tiempo de Cervantes. Las calles estrechas y rectas, como las de todas las ciudades americanas, por lo demás; las casas bajas y de tejas, con aquellos balcones de madera que aún se ven en nuestra Córdoba, salientes, como excrescencias del muro, pero muchos labrados primorosamente, como los de la casa solariega de los marqueses de Torretagle, en Lima; las puertas enormes, de madera tosca, cerradas por dentro en virtud de un mecanismo en el que una piedra atada al extremo de una cuerda hace el primer papel; el pavimento de las calles, de piedra no pulida, y por fin, el arroyo que corre por el centro, que viene de la montaña y cruza la ciudad con su eterno ruido monótono, triste y adormecedor. Más de un momento de melancolía debo al *caño* desolado, que parece murmurar una

queja constante; es algo como el rumor del aire en los meandros de un caracol aplicado al oído.

Aunque de poca profundidad, el caño basta para dificultar en extremo el uso de los carruajes en las calles de Bogotá. Al mismo tiempo, comparte con los *chulos* (los gallinazos del Perú) las importantes funciones de limpieza é higiene pública, que la municipalidad le entrega con un desprendimiento deplorable. El día que, por una obstrucción momentánea (y son desgraciadamente frecuentes) el caño cesa de correr en una calle, el alarma cunde en las familias que la habitan, porque todos los residuos domésticos que las aguas generosas arrastraban, se aglomeran, se descomponen bajo la acción del sol, sin que su plácida fermentación sea interrumpida por la acción municipal, deslumbrante en su eterna ausencia. El vecino de Bogotá, como todos los vecinos de las ciudades americanas y de algunas europeas, paga un fuerte impuesto de limpieza, que en su totalidad no da menos de ciento cincuenta mil pesos fuertes, cantidad que bastaría para mantener á Bogotá en inmejorable condición higiénica. Pero ¿desde cuándo acá los impuestos municipales se emplean entre nosotros, nobles hijos de los españoles, en el objeto que determine su percepción? Cuánto pagaba hasta hace poco un honrado vecino de los suburbios de Buenos Aires en impuestos de empedrado, luz y seguridad, para tener el derecho de

llegar á su casa sin un peso en el bolsillo, tropezando en las tinieblas y con el barro á la rodilla?

Sí, la España del siglo XVIII. . . . En las esquinas, de lado á lado, la cuerda que sujeta, por la noche, el farol de luz mortecina, que una piedra reemplaza durante el día. Al caer la tarde, el sereno lo entiende y con pausado brazo lo eleva hasta su triste posición de ahorcado. Cuántas veces, cuando las sombras cubrían el suelo, me he echado á vagar por las calles! Un silencio absoluto, algo como la apagada calma veneciana, sin el grito gutural y monótono de los gondoleros que se dan la voz de alerta. A veces, á lo lejos, un farol cuyo reflejo va dibujando caprichosos arabescos en el suelo; alumbra y precede. . . . una silla de manos, que oscila cadenciosa al andar de los dos hombres que la llevan. Es una señora que va á una fiesta. Me detengo y busco en mi ilusión los pajes con antorchas ó el escudero armado que cierra la marcha. Ha pasado; mis ojos siguen inconscientes el farol que se va alejando; su incierto resplandor oscila aún, disminuye, se disipa. . . . Una sombra, algo que no he oído llegar, pasa á mi lado, pegándose á la pared y produciendo el ruido especial de las plantas desnudas batiendo presurosas la vereda; si la detenéis, os dirá siempre que va muy apurada á la botica, porque la señora ó la prima está enferma. . . . Esas aves que cruzan en la sombra y que uno mira con atención para descu-

brir si van montadas en un palo de escoba, rumbo al *sabbat*, llevan en Bogotá el característico nombre de *nocheras*. El *nochiero* llama el Dante al sombrío pasante de las almas perdidas. . . . Siento un rumor lejano, un apagado murmurar, el tenue choque de maderos contra las piedras. Avancemos; al doblar una esquina, aparecen unos quince ó veinte hombres, ocupados en colocar los atriles de una orquesta frente á los balcones desiertos de una casa envuelta en la oscuridad. Hablan quedo; un hombre, cuya juventud vibra en su andar firme y erguido, da sus últimas instrucciones en voz baja y va á perderse en la sombra de un portal, frente al balcón que devora con los ojos. Lo imito y observo.

Qué efecto profundo y penetrante el de los primeros acordes y como esas notas que han de ir dulcemente á acariciar á la virgen que duerme y que despierta continuando el sueño en que creía oír una voz impregnada de ternura, hablándole, con el acento de las cielos, de los amores de la tierra!

¿Qué tocan? Oh, el bogotano es hombre de buen gusto y conoce los maestros divinos que han trazado las rutas más seguras para llegar al corazón de la mujer! Es el *Adiós* ó la *Serenata* de Schubert; el preludio de la *Traviata*, que surgiendo en el silencio con su acento tenue y vago, produce un efecto admirable; son sobre todo los tristes, los

desolados *bambucos* colombianos, con toda la poesía de la música errante de nuestras pampas. Luego, al concluir, un vals brillante de Strauss, para recordar sin duda algún momento pasado, cuando, los cuerpos unidos y los brazos entrelazados, en el rápido girar, el labio derramó al oído la primera palabra del poema que la música está interpretando. . . . Al principio, la casa duerme; cuando empieza la segunda pieza, un postigo se entreabre de una manera casi invisible en el balcón desierto y un rayo imperceptible de luz, brotando de la oscura fachada, anuncia discretamente que hay un oído atento y un pecho agitado. Luego. . . nada más. Los músicos han partido, los raros pasantes atraídos se alejan, el silencio y las sombras recuperan su dominio y sólo queda allí el guardián de noche que ha gozado de la serenata, pensando tal vez en su nido calentito.

¿No es la España del pasado, lo repito? Id á dar una serenata en Buenos Aires, bajo la luz eléctrica, en medio de un millar de paseantes y en combinación con las cornetas de los *tramways*!

Uno de mis amigos de Bogotá, queriendo organizar una serenata para la noche siguiente, llamó á un director de orquesta especialista y le pidió su presupuesto. Este indicó un precio respetable, algo como cien pesos fuertes; mi amigo le observó que era muy caro, que así no podría repetirlas. El artista, con la convicción de un zapatero de *bou-*

levard, que dice al cliente reacio: "Fíjese en la suela," contestó imperturbable:

—Oh! de las que yo doy, con una basta!

A diferencia de Caracas, que ostenta su Calvario y su linda plaza de Bolívar, Bogotá no tiene paseos de ningún género. La plaza principal es un cuadrado de una manzana, sin un árbol, sin bancos, frío y desierto, algo como nuestra antigua plaza 11 de Septiembre. En el centro se levanta una pequeña estatua del Libertador, de pie, de un mérito artístico excepcional en esa clase de monumentos. Fue regalada al Congreso de Colombia por el General París que la encargó á uno de los artistas italianos más famosos de la época. La prefiero, en su elegante sencillez, en la pureza de sus líneas, á todas las de Caracas y aun á nuestro San Martín, á nuestro Belgrano y á ese deplorable crimen artístico que para eterna vergüenza de Millet se levanta en la plaza de la Libertad.

Hay el pequeño *square* Santander, muy bien cuidado, lleno de árboles y en cuyo centro se encuentra la estatua del célebre general, pero que en valor artístico está muy por debajo de la de su ilustre amigo y jefe. Desgraciadamente ese punto, que podría ser un agradable sitio de reunión, está generalmente desierto, como sucede con la ancha calle de Las Nieves y la plazuela de San Diego, que en lo futuro serán un desahogo para Bogotá, cuya

población aumenta sin cesar, sin que la edificación progrese en relación.

Los libros en general dan 60,000 almas á Bogotá. Puedo afirmar que hoy la capital de Colombia tiene seguramente más de cien mil. Me ha bastado ver las enormes masas de gente aglomerada con motivo de festividades religiosas ó civiles para fijar el número que avanzo como *mínimum*. Pero, como he dicho, la ciudad no se extiende á medida que la población acrece, lo que empeora gravemente las condiciones higiénicas. Así, la gente baja vive de una manera deplorable. Hay cuartos estrechos en que duermen cinco ó seis personas por tierra; la bondad de aquel clima fuerte y sano salva sólo á la ciudad de una epidemia. Colombia tiene, sin embargo, su azote terrible, cuyo rápido desenvolvimiento en los últimos tiempos ha hecho que muchos hombres generosos hayan dado la voz de alerta, obligando á los poderes públicos á ocuparse en tan grave asunto. Es la espantosa *elefantiasis* de los griegos, cuya marcha fatal nada detiene, la lepra temida, que aísla al hombre de la sociedad, lo convierte en un espectáculo de horror aun para los suyos y pesa sobre ciertas familias como una maldición bíblica. Los Estados de Boyacá y Santander son los más azotados, pero el mal, favorecido por la ausencia absoluta de limpieza en el indio, comienza á propagarse en la Sabana. No es sólo en las clases miserables en las que

se ceba; más de una familia distinguida tiene la herencia terrible, sin que jamás las pobres criaturas que la componen conozcan los goces del hogar, porque el hombre que quiere formarlos se aleja con horror de su umbral. Qué fuerza de voluntad se necesita para luchar contra el mal! En algunas páginas que producen una emoción profunda, el Dr. Vargas, que hoy ha dedicado su vida al alivio de esa desventura, ha contado cómo fue atacado por el mal en plena juventud, al terminar sus estudios de medicina. Abandonó la vida social, la ciudad, y solo, errante en los cálidos valles de To-caima ó cerca de las riberas del Magdalena, combatió al enemigo hora por hora, sin un momento de desaliento. El cielo le sonrió y encontró una mujer generosa que quiso compartir su miseria. Al leer ese relato, que parece una página arrancada al infierno de Dante, la mano busca inconsciente el puño de un revólver. ¡Oh! es ahí donde Schopenhauer habría podido maldecir la *voluntad* persistente y obstinada de vivir, que amarra al hombre á tales miserias. La energía indomable del Dr. Vargas lo salvó; pero cuando salió de la lucha, la juventud había pasado y sólo quedaba en el alma un cariño inmenso por los que sufrían lo que él había sufrido.

Siempre he mirado con un supremo respeto al distinguidísimo escritor colombiano que tiene, como Prometeo, la cadena que lo aferra y el bui-

tre que lo devora, sin que su espíritu decaiga un instante. En su soledad, vive la vida intelectual del mundo entero y con el cuerpo marchitado para siempre, conserva la frescura de la inteligencia. Bendecidas sean las letras que así suavizan los dolores de la existencia!

El Gobierno de Colombia, como lo he dicho, se preocupa seriamente de ese mal que amenaza comprometer el porvenir del país. Es de esperarse que sus progresos serán detenidos y al fin cederá á los esfuerzos perseverantes de la ciencia.

De las capitales sudamericanas que conozco (y la única que me falta es Quito), Buenos Aires es la menos bien dotada respecto á la arquitectura de los templos, que datan de la dominación española. San Francisco y Santo Domingo son deplorables y nuestra Catedral, á pesar de sus refeciones modernas, me hace el efecto de un galpón de ferrocarril al que se hubiera puesto un frontispicio pseudo-griego. Nunca he podido comprender tampoco por qué las iglesias que se construyen actualmente se hacen pesadas, sin majestad y sin gracia, cuando se tienen modelos como esa maravillosa iglesia Votiva de Viena, á la que el desgraciado Maximiliano ha vinculado su nombre.

Las iglesias de Bogotá son superiores á las nuéstras de la misma época, si no como tamaño, seguramente como arquitectura. La catedral es severa y elegante; pero, á mi juicio, se lleva la

palma el frente de la pequeña capilla que tiene al lado, sencillo, desnudo casi, con sus dos exiguos campanarios en la altura, que acentúan la inimitable armonía del conjunto. En el camino á Las Nieves, hay una iglesia, cuyo nombre no recuerdo, totalmente cubierta al interior de madera labrada. Se cree entrar á la catedral de Burgos, dondè el Berruguete ha prodigado los tesoros de su cincel maravilloso, filigranando el tosco palo y dándole la expresión y la vida del mármol ó del bronce. Sólo una vez fui allí y salí indignado, jurando no volver. Figuraos que han pintado de azul el admirable artesonado del techo! Un hombre con alma de artista ha pasado muchos años tallando esas maderas, el tiempo cariñoso ha venido á completar su obra, comunicándoles el tinte opaco y lustroso, el aspecto vetusto que las hace inimitables. . . . para que un cura imbécil y colorista arroje sobre ellas un tarro de añil diluído, encontrado en un rincón de la sacristía!

Otro de los monumentos de Bogotá, el más importante por su tamaño, es el Capitolio, ó Palacio federal. Fue empezado hace diez años, ha tragado cerca de un millón de pesos fuertes y no sólo no está concluído, sino que creo no se concluirá jamás. El autor del plano debe haber tenido por ideal un dado gigantesco. Algo cuadrado, informe, plantado ahí como un monolito de la época de los cataclismos siderales. A la entrada,

pero dentro de la línea de edificación, una docena de enormes columnas que concluyen, truncas. . . . en el vacío. No sostienen nada, no tienen misión de sostener nada, no sostendrán jamás nada. Mi amigo Rafael Pombo, uno de los primeros poetas del habla española, pasa su vida mirando al Capitolio y haciendo proyectos de reformas. Los ministros le tiemblan cuando lo ven aparecer en el despacho con su rollo bajo el brazo. Pombo quiere sacar las columnas á la calle, hacer un peristilo, algo razonable y elegante. Un joven arquitecto italiano que el gobierno ha contratado para concluir la obra, se ha comido yá todas las uñas y el bigote mirando la esfinge. Mi humilde opinión es que ha llegado el momento de llamar al homeópata, para satisfacción de la familia, porque el Capitolio está muy enfermo y no le veo mejoría posible.

Puesto que de iglesias he hablado antes, diré que el pueblo de Bogotá es sumamente religioso y practicante. El clero, cuyos bienes han sido secularizados, vive bien, como en los Estados Unidos, con los subsidios de los creyentes. Cuántas y cuán serias ventajas ofrece ese sistema sobre el de la subvención oficial! La Iglesia adquiere mayor autoridad moral, realzada por la espontaneidad de la ofrenda y no se viola el principio de justicia que exige el empleo del impuesto común, en beneficio común. Las señoras, aunque pertenezcan á fami-

lias radicales acérrimas, son de una devoción ejemplar y hacen á veces la religión amable para los más indiferentes. Recuerdo haber hecho, bajo una lluvia torrencial, un gran número de estaciones un viernes santo, en adorable compañía; el paraguas era una farsa, el viento nos azotaba la cara. . . . pero con qué delicia hundía mi pie en los numerosos charcos de la vereda! Jamás adquirí un resfrío con más títulos á mi respeto y consideración.

No es raro saber en Bogotá que tal caballero, liberal exaltado, ateo y casi anarquista, tiene sus hijos en la escuela de Carrasquilla ó en la de Mallarino, dos conservadores marca Felipe II. "Qué quiere usted! Las mujeres! . . ." dicen. Y un poquito ellos mismos, agregaré; siempre es bueno tener amigos que estén bien con el cielo, porque. . . si por casualidad todas esas paparruchas fueran ciertas! Se han visto tantas cosas en este pícaro mundo.

El bajo pueblo es fanático; los días de las grandes fiestas, la puerta de La Catedral está sitiada por grupos inmensos, que ondean impacientes. Por fin la puerta se abre y es entonces una de hombro y codo para ganar los buenos sitios, que permite á los más robustos ponerse al alcance de la voz del predicador. Aunque de algún tiempo á esta parte se han suprimido muchísimos detalles grotescos de las antiguas procesiones, aún he visto figurar la representación plástica de las escenas de la pasión, el Señor bajo la cruz, las santas doloridas. . . .

y el *judío*, el pícaro judío, vestido á la romana, de nariz encorvada, frente estrecha, gran abundancia de pelo y ojos torvos, á quien el pueblo enseña el puño y pasaría por cierto un mal rato si los guardianes, vestidos como los penitentes de la Santa Hermandad, con el sombrero de pico y el rostro cubierto, no estuvieran prontos á su defensa.

Pero, me diréis, ¿los bogotanos no pasean, no tienen un punto de reunión, un club, una calle predilecta, algo como los *boulevares*, nuestra calle Florida, el Ring de Viena, el Unter den Linden de Berlín, el Corso de Roma, el Broadway de New York ó el Park-Corner de Londres? Sí, pero todo en uno: tienen el *altozano*. *Altozano* es una palabra bogotana para designar simplemente el atrio de La Catedral, que ocupa todo un lado de la Plaza de Bolívar, colocado sobre cinco ó seis gradas y de un ancho de diez á quince metros. Allí, por la mañana, tomando el sol, cuyo ardor mitiga la fresca atmósfera de la altura, por la tarde, de las cinco á las siete, después de comer (el bogotano come á las cuatro), todo cuanto la ciudad tiene de notable, en política, en letras ó en posición, se reúne diariamente. La prensa, que es periódica, tiene poco alimento para el reportaje en la vida regular y monótona de Bogotá; con frecuencia el Magdalena se ha regado con exceso, los vapores que traen la correspondencia se varan y se pasan dos ó tres semanas

sin tener noticias del mundo. ¿Dónde ir á tomar la nota del momento, el chisme corriente, la probable evolución política, el comentario de la sesión del Senado, en la que el *macho* Alvarez ha dicho incendios contra el Presidente Núñez, á quien Berra ha defendido con valor y elocuencia? ¿Dónde ir á saber si Restrepo está en Antioquia de buena fe con los independientes, ó lo que Wilches piensa hacer en Santander? Al *altozano*. Todo el mundo se pasea de lado á lado. Allí un grupo de políticos discutiendo inflamados. El Comité de salud pública (una asociación política de tinte radical) se ha reunido por la tarde, ha habido discursos incendiarios, Felipe Zapata prepara un folleto formidable contra el último empréstito enajenando las rentas del ferrocarril de Panamá; es acaso posible que Núñez se vindique? Parece que en Popayán no están contentos con el Gobierno, lo que ha determinado, por antagonismo, la adhesión de Cali; qué hay de Zipaquirá? Dicen que los peones de las salinas se están moviendo y... Pasemos. ¿Quién es ese hombre que cruza el *altozano* apurado, mirando eternamente el reloj, con el sombrero alto á la nuca, delgado, moreno, con unos ojos brillantes como carbunclos, saludando á todo el mundo y por todos saludado con cariño? Lo sigo con mirada afectuosa y llena de respeto, porque en ese cráneo se anida una de las fuerzas poéticas más vigorosas que han brotado en suelo

americano. . . . Es Diego Fallon (1), el inimitable cantor de la luna vaga y misteriosa, de quien más adelante hablaré. Va á dar una lección de inglés; hay que comer y el tiempo es oro. ¿Quién tiene la palabra ó más bien dicho, quién continúa con la palabra en el seno de aquel grupo? Es José María Samper, que está hablando un volumen, lo que no impide que escriba otro apenas éntre á su casa. Allí viene un cuerpo enjuto, una cara que no deja ver sino un bigote rubio, una perilla y un par de anteojos. . . . Es un hombre que ha hecho soñar á todas las mujeres americanas con unas cuantas cuartetas vibrantes como la queja de Safo. . . . es Rafael Pombo. Y Canacho Roldán y Zapata, Miguel A. Caro y Silva, Carrasquilla y Marroquín, Salgar y Trujillo, Esguerra y Escobar. . . . todo cuanto la ciudad encierra de ilustraciones en la política, las letras y las armas. Más allá, un grupo de jóvenes, *la crème de la crème*, según la expresión vienesa que han adoptado. ¿Hay programa para esta noche? Y los mil comentarios de la vida social, los últimos ecos de lo que se ha dicho ó hecho durante el día en la Calle de Florián ó en la Calle Real, á cómo están los papeles, si es cierto que se vende tal *hato* en la sabana, que Fulano ha vuelto de Fusagasugá, donde estaba *temperando*, que Zutano se va mañana á pasar un mes en Tocaima y por qué será, y que á Pedro lo han partido con

(1) Exijo que pronuncien Fálan.

la hoja suelta que le han echado; se la atribuyen á Diego; mañana hay rifa en tal parte; qué buena la última caricatura de Alberto Urdaneta! ¿Cuándo acabará de escribir X... vidas de próceres? Se está organizando un paseo al Salto, de ambos sexos. ¿Quién lo da?—¿Saben la *descrestada* de Fulano?...

Una bolsa, un círculo literario, un areópago, una *coterie*, un salón de solterones, una *coulisse* de teatro, un *forum*, toda la actividad de Bogotá en un centenar de metros cuadrados: tál es el *altozano*. Si los muros silenciosos de esa iglesia pudieran hablar, qué bien contarían la historia de Colombia, desde las luchas de precedencia y etiqueta de los oidores y obispos de la Colonia, desde las crónicas del *Carnero* bogotano, hasta las últimas conspiraciones y levantamientos! Más de una vez también la sangre ha manchado esas losas, más de una vez han sido teatro de luchas salvajes. El bogotano tiene apego á su *altozano*, por la atmósfera intelectual que allí se respira, porque allí encuentran mil oídos capaces de saborear una ocurrencia espiritual y de darle curso á los cuatro vientos. Mma. de Staël en Coppet, suspirando por el sucio arroyo de la rue du Bac ó *Frou-frou* en Venecia, soñando con el *boulevard*, no son más desgraciados que el bogotano que la suerte aleja de su ciudad natal y sobre todo. . . . del *altozano*.

LA SOCIEDAD

Cordialidad—La primera comida—La juventud—Su corte intelectual—El *cachaco* bogotano—Las casas por fuera y por dentro—La vida social—Las mujeres americanas—Las bogotanas—*Donde* el Sr. Suárez—La música—Las señoritas de Caicedo Rojas y de Tanco—El *bambuco*—Carácter del pueblo—El duelo en América—Encuentros á mano armada—Lances de muerte—Virilidad—Ricardo Becerra y Carlos Holguín—Una respuesta de Holguín—Resumen.

Para el viajero en general, nada es más difícil que vivir la vida de la sociedad en cuyo seno se encuentra. Cuántos de nosotros hemos visitado la Europa entera (no hablo de aquellos á quienes una posición excepcional facilita todo) sin conocer, de los países que recorríamos, más que los teatros, los hoteles y el mundo equívoco de las calles! Así son también las ideas que se forman. Algunas veces son los escritores del país mismo los encargados de pintar la sociedad con los colores más repugnantes. ¿Quién se resolvería á llevar su familia á Francia, si los cuadros sociales del *Pot-Bouille* de Zola fueran exactos, si la *bourgeoisie* francesa fuera el modelo de podredumbre que pinta, vilipendiando y calumniando á su patria?

En América las puertas se abren con más facilidad.

A los dos ó tres días de mi llegada, después de haber sido visitado por un gran número de caballeros y cuando volvía de la afectuosa recepción oficial, donde se me había ensanchado el corazón ante la manifestación de viva simpatía por mi país, me encontré con una atenta invitación á comer del Sr. D. Carlos Sáenz. Fue en esa primera é inolvidable comida donde empecé á conocer lo que era la sociedad bogotana. Pocos momentos más difíciles y más gratos al mismo tiempo. La reunión era selecta y cada uno, en su amabilidad y alegría, se esforzaba en darme la bienvenida. Estaba allí bien representada la juventud de Colombia en aquellos hombres cultos, de una corrección social perfecta, de maneras sueltas y elegantes.

El corte intelectual del bogotano joven es característico. Desde luego, una viveza de inteligencia sorprendente, eléctrica en su rapidez de percepción. A más, sólidamente ilustrados, sobre todo con aquel barniz incomparable que da el cultivo de las letras y el amor á las artes. Flotando siempre en las ideas extremas del partido á que pertenecen, nada más curioso que las discusiones humorísticas que se traban entre ellos sobre política. Las divisiones de partido, terribles, salvajes durante la lucha, se disipan al día siguiente y no salvan nunca los límites de la vida social. Y las cosas que se dicen y la manera como un conservador me presentaba á un radical, su amigo íntimo, que le

oía plácidamente decir iniquidades, para, á su vez, pintarme los *godos* á través de sus pasiones. El *esprit* chispea en la conversación; una mesa es un fuego de artificio constante; el chiste, la ocurrencia, la observación fina, la cuarteta improvisada, la décima escrita al dorso del *menu*, el aplastamiento de un tipo en una frase, la maravillosa facilidad de palabra... no tienen igual en ninguna otra agrupación americana. El bogotano es esencialmente escéptico; capaz de todos los entusiasmos, tiene cierto desdén de hombre de mundo por la declamación patrioterica de media calle. A un colombiano *pur sang* se le crispan los nervios cuando se traba ante él una discusión sobre *próceres*, sobre si Bolívar hizo esto ó si Santander aquello, si Ricaurte en San Mateo, etc., cuando se cae, en fin, en el eterno *dada* americano, de la independencia, del yugo español. Tiene sobre eso frases excelentes. Una noche, después de una cena en un baile, acompañé á una señora que no había tenido inactivo el tenedor, á su asiento, donde se acomodó con voluptuosidad, saboreando una exquisita taza de café.

—“Se encuentra usted bien, señora?—Perfectamente; para eso pelearon nuestros padres!” La réplica es bogotana pura.

El fondo de escepticismo abraza también las cuestiones religiosas; raro es el bogotano del buen mundo que se lance en una declamación contra

los *frailes*, etc. Tienen la epidermis intelectual nerviosa y cualquier rasgo de mal gusto los irrita. Pero al mismo tiempo hiperbólicos, exagerados, extremos en todo. Tienen una antipatía? El infeliz que á veces no sospecha haberla inspirado, es un "pillo, un canalla, un ladrón, un asesino, un. . . ." el diccionario entero de denuestos. "Yá sé lo quiere decir, habría dicho P.-L. Courier: es que tenemos opiniones diferentes."

Lo que los españoles y nosotros llamamos *calavera*, se llama *cachaco* en Bogotá. El *cachaco* es el calavera de buen tono, alegre, decididor, con entusiasmo comunicativo, capaz de hacer bailar una ronda infernal á diez esfinges egipcias, organizador de las cuadrillas de á caballo en la plaza, el día nacional, dispuesto á hacer trepar su caballo á un balcón para alcanzar una sonrisa, jugador de altura, dejando hasta el último peso en una mesa de juego, á propósito de una rifa, pronto á tomarse á tiros con el que lo busque, bravo hasta la temeridad. . . . y que concluye generalmente, después de uno ó dos viajes á Europa, desencantado de la vida, en alguna hacienda de la Sabana, de donde sólo hace raras apariciones en Bogotá. El *cachaco* es el tipo simpático, popular, bien nacido (como en todas las repúblicas, hay allí mucha preocupación de casta), con su ligero tinte de soberbia, mano y corazón abiertos. Pero el *cachaco* se va; yá los de la generación actual reconocen estar muy

lejos de la *cachaquería* clásica del tiempo de sus padres, pero se consuelan pensando que las generaciones que vienen tras ellos valen mucho menos.

La vida social es muy activa respecto á fiestas. Viene por ráfagas. De pronto, sin razón ostensible, cinco ó seis familias fijan su día de recepción, donde se baila, se conversa, se pasan noches deliciosas. De tiempo en tiempo un gran baile, tan lujoso y brillante como en cualquier capital europea ó entre nosotros. Mis primeras impresiones al aceptar invitaciones de ese género ó pagar visitas, fueron realmente curiosas. Llegaba al frente de una casa, de pobre y triste aspecto, en una calle mal empedrada, por cuyo centro corre el eterno *caño*; salvado el umbral, qué transformación! Miraba aquel mobiliario lujoso, los espesos tapices, el piano de cola Ehrard ó Chickering y sobre todo los inmensos espejos, de lujosos marcos dorados, que cubrían las paredes, y pensaba en el camino de Honda á Bogotá, en los indios portadores, en la carga abandonada en la montaña, bajo la intemperie y la lluvia, en los golpes á que estaban expuestos todos esos objetos tan frágiles. En Bogotá, para obtener un espejo, si Lien se pide un marco, hay que encargar cuatro lunas, de las que sólo una llega sana. Se comprende hasta dónde deben haberse desenvuelto las necesidades de comodidad por la cultura social, para que las familias se resuelvan á los sacrificios que instalaciones semejantes imponen.

En las reuniones, una cordialidad, una *aisance* de buen tono inimitables. Se baila bien, con esa gracia de las mujeres americanas que no tiene igual en el mundo; las mujeres bailan mejor que los hombres. Me recordaban la *limeña*, flexible como una palmera, con sus ojos resplandecientes y su ondulación enloquecedora. Cuando la reunión es íntima, una linda criatura toma un *tiple* (especie de guitarra, pero más penetrante), tres ó cuatro la rodean para hacer la segunda voz y como un murmullo impregnado de quejidos se levanta la triste melodía de un *bambuco*.

Se comprende fácilmente que los jóvenes se resistan á conformarse con la privación de esas fiestas tan gratas. Cuando llega una época de calma (que viene y se va sin saber por qué, puesto que las estaciones del año se suceden insensiblemente, sin variación notable en la temperatura), qué combinaciones de genio para determinar á un patricio reacio á abrir sus salones! La intriga se arma en la Calle de Florián, preguntando á éste y á aquél, si están invitados á la tertulia en casa de X. . . . y cuando llega la hora del *altozano* toda la cachaquería no habla de otra cosa. Al fin, la especie llega á oídos de la víctima elegida, que, si es hombre de buen gusto, sonríe é invita.

Cuando la maquinaria no da resultado, entra á funcionar la gruesa artillería y se organiza un *asalto*. Se elige una casa de confianza, se pasa la

voz entre diez ó doce familias y todo el mundo cae de visita, á una misma hora, por casualidad. Mientras la dueña de casa se toma la cabeza entre las manos, éste ha abierto el piano, aquéllos han apartado la mesa del centro, uno, trepado en una silla, se ocupa en encender las velas de la araña superior, bien pronto suena un valse, la animación cunde y cuando el dueño de casa vuelve de su partida de tresillo en casa de Silva ó el *Fockey*, se le sale al encuentro agradeciéndole la amable fiesta que ha dado sin saberlo. En los últimos tiempos se ha introducido una ligera reforma al sistema de asaltos: se avisa un par de horas antes al propietario ó á la señora de la casa designada, no para darle tiempo de defenderse, sino por pura cuestión de sibaritismo: es para que el champañá esté helado y los *sandwichs* frescos.

¡Cómo comprendo hoy que el extranjero se enloquezca con nuestras mujeres americanas, del Caribe al Plata! Es un sér distinto á la mujer europea; reúnen todo, el aire elegante y distinguido de la francesa, el cuerpo modelado á la griega de la hija de Nueva York ó de Viena, la gracia española, el vigor de alma italiano, las líneas correctas de una fisonomía inglesa. . . . Pero tienen la indecible movilidad de espíritu que les es propia, esa música en la voz que embriaga, los acentos pro-

fundos inspirados por la pasión y, cuando aman, se dan, se dan, con el olvido del pasado, con la *non curanza* suprema del porvenir, absorbidas, confundidas en el amor soberbio que las exalta! ¡Qué agitación misteriosa, intensa, debe hacer latir como una ola el corazón del alemán que se siente entrelazado por dos brazos que hablan en su presión suave, en su contacto tibio y estremecido! Todo lo que ha soñado bajo la influencia de un *lieder* de Heine, cuanto ha podido vislumbrar en el mundo delicioso que crea la imaginación, bañada el alma de una melodía de Mendelssohn, lo ve palpitante ante sus ojos, irradiando la santa voluptuosidad que atrae los cuerpos en la tierra, bajo la ley constante del amor!...

Estas condiciones que nos distinguen entre la raza humana y que el día en que la América ocupe su sitio definitivo en la tierra, brillarán ante el mundo, la altivez, el desprendimiento, el valor, la planta firme para alcanzar la abnegación, el desprecio profundo de las cosas bajas y rastreras, todo nos viene de la mujer americana, todo nos lo ha dado en germen la madre, todo lo desarrolla la mujer querida con la pureza serena de su mirada. No le habléis de dinero, no pretendáis ofuscarla con el brillo vano de la posición; buscad el camino del alma si queréis llegar á ella, sed digno, generoso y bravo.... Sólo así se llega á la puerta del templo, pero cuando ésta se abre, ce-

rrad los ojos y pedid la muerte en ese instante, porque habéis respirado una atmósfera sobrehumana, porque todo lo demás que la vida os guarde, será raquíptico ante ese recuerdo!...

Las mujeres bogotanas no desmerecen por cierto de sus hermanas de América. Son generalmente pequeñas, muy bien formadas, atrayentes por la pureza de su color y sobre todo, para uno de nosotros, por el encanto irresistible de la manera de hablar. Tienen una música cadenciosa en la voz, menos pronunciada que la que se observa en nuestras provincias del Norte. El idioma, por otra parte, tan distinto del nuestro en sus giros y locuciones, produce en aquellos labios frescos una impresión indecible. Hay entre ellas tipos de belleza completos, pero en la colectividad, es la gracia la condición primordial, el suave fuego de los ojos, la elegante ondulación de la cabeza, el movimiento, el *entrain* continuo, que convierte una pequeña sala en un foco de vida y animación.

Casi todas las familias principales han viajado y al entrar á un salón y contemplar las *toilettes* que parecen salidas la víspera del reputado taller de una modista de París, nadie creería que se encontraba en la cumbre de un cerro perdido en las entrañas de la América.

No me olvidaré nunca de aquellas deliciosas

comidas en casa de D. Diego Suárez, cuyo hogar hospitalario me fue abierto con tanto cariño. Nunca éramos menos de quince ó veinte y desde el primer plato, la mesa era una arena para el espíritu de los concurrentes. ¡Qué animación! Cómo se cruzaban las ocurrencias más originales é inesperadas! También, cómo esperar que en Bogotá encontraría una obra maestra como la bodega del Sr. Suárez! Los vinos, elegidos por él en Europa, habían triplicado de valor en su larga travesía y cuando los degustábamos, sentíamos que aquel chisporroteo del espíritu nos impidiera entregarnos á esa grave tarea con la seriedad necesaria. Pero ¿cómo hacer? Los postres servidos, todo el mundo saltaba por dejar la mesa. Cuando llegábamos al salón, una joven estaba yá sentada al piano (cuál de ellas no es música?), los balcones abiertos nos invitaban á gozar de la caída de una de esas tardes frescas y serenas de la Sabana, los grupos se organizaban, llegaba el momento de las charlas íntimas y deliciosas y cuando las sombras venían, comenzaba la *sauterie* improvisada, el *bambuco* en coro, la buena música, todos los encantos sociales, en una atmósfera delicada de cordialidad y buen tono.

Y los recibos *donde* (1) Vengoechea, Restrepo, Tanco, Koppel, Soffia, Mier, Samper, etc!

(1) Locución común á toda la América española, excepto en el Plata, y que reemplaza nuestro antigramatical *en lo de*.

He dicho yá la afición inmensa que hay en Bogotá por la música. No hay casi una niña que no toque bien el piano y recuerdo entre ellas, dos de las naturalezas más profundamente artísticas que he encontrado en mi vida. En cualquier parte del mundo habrían llamado la atención. Una de ellas, la Srita. de Caicedo Rojas, tiene la intuición maravillosa de los grandes maestros.

La intuición, porque nunca ha salido de Bogotá y no ha podido, por consiguiente, asimilarse la tradición de los conservatorios europeos respecto á la interpretación de los clásicos. Es indudable; se necesita nacer con un organismo musical para distinguir en los tintes del estilo las obras de los poetas clásicos del sonido. Con qué solemne majestad traducía á Beethoven! Qué ligereza elegante y delicada adquiría su mano para bordar sobre el teclado uno de esos tejidos aéreos de Mozart, tan tenues como los hilos invisibles con que dirigía su carro la reina Mab! Solloza á Schubert, canta y sueña con Mendelssohn, brilla y gime con Chopin, vibra y arrebatada con Rubinstein, conservando siempre, arriba de todo, el carácter expresivo de su personalidad. ¿Me perdonará estas líneas, la suave y modesta criatura, á quien debo un momento inolvidable?

¿Me perdonará la Srita. Teresa Tanco, mi simpática compañera del Magdalena, si le repito en estas páginas lo que tantas veces leyó en mis ojos,

esto es, que tienen razón los bogotanos de estar orgullosos de ella por su espíritu, la altura de su carácter y su talento musical incomparable? Sentada al piano, moviendo el arco de su violín, haciendo gemir un oboe ó las cuerdas del arpa ó el tiple, cantando *bambucos* con su voz delicada y justa, componiendo trozos como el *Alba*, que es una perla, siempre está en la región superior del arte.

No conoce la poesía sencilla é íntima de nuestra naturaleza americana aquel que no ha oído cantar á dúo un *bambuco* colombiano á las señoritas Tanco.

El *bambuco* es el *triste* de nuestra campiña, pero más musical, más artístico. La misma melodía primitiva, el mismo acento de tristeza y queja, porque la música, en todas las regiones sociales, es el eterno consolador de las amarguras humanas. A ella acuden las sociedades cultas para alcanzar un reflejo de ese ideal que va muriendo bajo el pie de hierro del positivo actual, á ella el habitante de los campos y las montañas para traducir las penas que turban su corazón simple, pero corazón de hombre.

Trascribo al fin dos *bambucos* (1). Como se verá, el verso en sí mismo no vale nada; es la mú-

(1) Debo la trascripción de estos dos *bambucos*, que es imposible encontrar escritos en Colombia, á la amabilidad y al talento de la Srita. Teresa Tanco.

sica que lo acompaña, la expresión con que se dice, lo que constituye todo su mérito. Tal *triste*, oído una noche en un pobre rancho de nuestros campos con profunda emoción, no resiste á la tentativa de trasladarlo á una orquesta como motivo de sinfonía.

Los ensayos que se han hecho en ese sentido, no han dado nunca resultado. . . .

Como se ve, son simples cantares populares, ecos melancólicos y tristes, como si ese tinte del espíritu fuera el único rasgo que identifica á la especie humana bajo todos los climas y en todas las latitudes. Repito, una vez más, que el encanto está en la música y en la suavidad de la expresión al cantarla.

Es muy frecuente, por las noches, oír, en los sitios de los suburbios donde el pueblo se reúne, bambucos en coro cantados con voces toscas, pero con un acento de tristeza que hace soñar. Si no fuera la influencia terrible de la *chicha*, que ya he mencionado, el pueblo colombiano, hablo de la masa proletaria y errante, con su maravillosa predisposición artística, se elevaría rápidamente en la escala de la civilización. Como raza indígena, la considero superior no sólo á la nuestra, que es la primera en barbarie y atrofia intelectual (1), sino también á la del Perú, que no tiene los instintos de dignidad que caracterizan á la colombiana. El valor

(1) Me refiero al indio puro.

de los indios de Colombia, sobre todo de aquellos que viven en regiones montañosas, pues el clima terrible de la tierra caliente enerva á los que nacen y se forman dentro de esa atmósfera de fuego, es hoy tradicional en aquella parte de América. En la guerra de la Independencia, como en las largas y cruentas luchas civiles que se han sucedido hasta 1876, cada batalla ha sido una hecatombe. En una de las últimas, después de un día entero de batallar, con las mortíferas armas modernas, la victoria quedó indecisa y perdió cada uno de los ejércitos, más del 50 por 100 de su efectivo.

Tengo la seguridad de que si alguna vez, la independencia de Colombia es amenazada ó su honor ultrajado, podrá contar para defenderse con un ejército de más de cien mil hombres, bravo, paciente y entusiasta.

De todos los países de la América del Sud, sólo en las regiones que baña el Plata se ha desenvuelto y reina soberana la institución social del duelo. En Chile y el Perú son tan raros los encuentros individuales, que se citan y recuerdan los pocos que han tenido lugar. ¿Es la influencia de la sociabilidad francesa que, haciéndose sentir entre nosotros por medio de su literatura corriente, ha hecho persistir en nuestros hábitos la manía del duelo? ¿Responde acaso esa práctica á una vaga presión etnográfica, si puedo expresarme así, puesto que la vemos imperar en nuestros campos, convertida en una

ley ineludible para el gaucho? Tenemos, es cierto, la sangre ardiente, el punto de honor de una susceptibilidad á veces excesiva, la vanidad del valor llevada á la altura de la pasión, pero sería ridículo pretender que esos caracteres no distinguen también á los demás pueblos americanos.

En Colombia el duelo, aunque más frecuente que en Chile y el Perú, no es común. En cambio reina desgraciadamente una costumbre que los mismos colombianos califican de salvaje. A pesar de toda mi simpatía y cariño por ellos, no puedo desmentirlos.

Un hombre insultado en su honor ó en su reputación, hace lealmente decir á su enemigo que se arme, porque lo atacará donde lo encuentre. Ahora bien, en Bogotá, la gente de cierta clase social (porque es desgraciadamente entre lo alto del mundo que tienen lugar esas escenas deplorables) sólo se encuentra durante el día en las calles de Florián ó Real y por la mañana y á la tarde en el *altozano*. Yo mismo he presenciado, en la primera de las calles mencionadas, á las cuatro de la tarde, hora en que se agrupa allí una numerosa concurrencia, un encuentro de este género entre dos hombres pertenecientes á la más alta sociedad bogotana. Revólver en mano, separados sólo por el *caño*, se atacaron con violencia, disparando uno sobre el otro casi todas las balas de su arma. ¿Cómo

no se hirieron? La excitación natural, el movimiento recíproco lo explican suficientemente. Lo que me llamó la atención, fue que ninguno de los circunstancias (la mayor parte de los cuales, la verdad sea dicha, tomaron una prudente y precipitada retirada) no saliera con un balazo en el cuerpo. Los proyectiles se habían enterrado, á altura de hombre, en las dos paredes opuestas á los combatientes, que concluyeron por venir á las manos, siendo entonces separados por algunas personas.

Por desgracia, raro es el incidente de ese género que se termina de una manera tan feliz. Más de un joven brillante, más de un hombre de mérito ha muerto en uno de esos combates, leales, es cierto, en que no hay jamás traición ni sorpresa, pero, lo repito, no por eso menos salvajes. No citaré ninguno de esos casos; pero ¿quién no recuerda en Bogotá la historia terrible de aquel anciano que, habiendo ofendido involuntariamente á un hombre joven y de pasiones profundas, le pidió públicamente perdón, se arrodilló á los pies del arzobispo para que éste evitara el encuentro á que su adversario lo incitaba de una manera implacable, hizo, en una palabra, cuanto es dado hacer á un hombre para aplacar á otro? Todo fue inútil y un día el anciano se vio atacado bajo el portal de una iglesia; marchó recto á su enemigo, sufriendo el fuego continuo de su revólver, llegó junto á él, lo tendió de un balazo y luégo le enterró una daga en

el corazón hasta la empuñadura. . . . No lancéis la primera piedra contra ese hombre de cabellos blancos, débil, creyente y devoto, que se había humillado, hundido la frente entre el polvo á los pies de su adversario y que había vivido la vida amarga y angustiosa del peligro á todas horas y en todos los momentos! Ese anciano vive aún, legítimamente rodeado del respeto colectivo, pero sus labios no han vuelto á sonreír.

Y aquel joven deslumbrante, que en un encuentro, tal vez suscitado por él, muere entre los brazos de una mujer abnegada, que quiere defenderlo con su cuerpo contra los golpes de su matador implacable?. . . . Y el matador, poco después cae en una plaza pública bajo las primeras balas de un motín insignificante. . . .

Sí, bárbara, esa tradición de otros tiempos, persistiendo como un fenómeno en nuestros días, dentro de la cultura de nuestra atmósfera social; bárbara, pero que revela la virilidad de ese pueblo. Nada más vulgar y común que el valor necesario para un duelo; pero esa expectativa de todos los instantes, esa sobreexcitación continua de los sentidos, olfateando, como la bestia, un peligro en cada sombra, un enemigo en cada hombre que avanza, requiere una firmeza moral inquebrantable.

Hay también los duelos famosos, entre otros el de Ricardo Becerra y Carlos Holguín, dos de las cabezas más brillantes y de los corazones más

generosos que tiene Colombia; la política los llevó al terreno, la sangre corrió. . . . pero el rencor no penetró en esas almas tan hechas para comprenderse. Holguín, jefe de una de las secciones más importantes del partido conservador, acaba de representar á su país en varias cortes europeas, con dignidad, brillo y talento. Será siempre un timbre de honor para el gobierno del Dr. Núñez haber destruído la barrera de la intransigencia política, llamando á los altos puestos diplomáticos á conservadores de la talla de Holguín. . . . Verdad es, y esto sea dicho aquí entre nosotros, que Holguín fue uno de los *cachacos* más queridos de Bogotá, que le ha conservado siempre el viejo cariño. Tiene un espíritu y una sangre fría incomparables. Después de la revolución de 1876, los conservadores, cuyas propiedades había soportado todo el peso de la dura ley de la guerra, quedaron vencidos, agobiados, más aún, achatados. Una tarde, Holguín se paseaba melancólicamente en Bogotá, cuando del seno de un grupo liberal salió el grito de "Abajo los conservadores!" Holguín se dio vuelta tranquilamente y encarándose con el gritón, le dijo con su acento más culto: "Tendría usted la bondad de indicarme cómo es posible colocarnos más *abajo* aún de lo que estamos?" Los *rieurs* se pusieron de su lado y siguió plácidamente su camino.

Resumiendo, una sociedad culta, inteligente,

instruída y característica. He dicho antes que Colombia se ha refugiado en las alturas, huyendo de la penosa vida de las costas, indemnizándose, por una cultura intelectual incomparable, de la falta completa de progresos materiales. Es por cierto curioso llegar sobre una mula, por sendas primitivas en la montaña, durmiendo en posadas de la Edad Media, á una ciudad de refinado gusto literario, de exquisita civilidad social y donde se habla de los últimos progresos de la ciencia como en el seno de una academia europea. No se figuran por cierto en España, cuando sus hombres de letras más distinguidos aplauden sin reserva los grandes trabajos de un Caro ó de un Cuervo, que sus autores viven en la región del cóndor, en las entrañas de la América, á veces y por largos días, sin comunicación con el mundo civilizado. . . .

El extranjero vive mal en Bogotá, sobre todo cuando su permanencia es transitoria. Los hoteles son deplorables y no pueden ser de otra manera. Bogotá no es punto de tránsito para ninguna parte. El que llega allí, es porque viene á Bogotá y los que á Bogotá van, no son tan numerosos que puedan sostener un buen establecimiento de ese género.

Pero cómo se allanan las dificultades materiales de la vida en el seno de aquella cultura simpática y hospitalaria! Cómo os abren los brazos y el corazón aquellos hombres inteligentes, varoniles

y despreocupados! He pasado seis meses en Bogotá; no sé si una vez más volveré á remontar el Magdalena y á cruzar los Andes al monótono paso de la mula; pero si el destino me reserva esa nueva peregrinación, siempre veré con júbilo los puntos de la ruta que conduce á la ciudad querida, cuyo recuerdo está iluminado por la gratitud de mi alma!

EL SALTO DE TEQUENDAMA

La partida—Los compañeros—Los caballos de la Sabana—El traje de viaje—Bosa—Soacha—La hacienda de *San Benito*—Una noche toledana—La leyenda del Tequendama. El mito chibcha—Humboldt—El brazo de Nenquetheba. El río Funza—Formación del Salto—La hacienda de *Cincha*—Paisajes—La cascada vista de frente—Impresión serena—En busca de otro aspecto—Cara á cara con el Salto. El torrente—Impresión violenta—La muerte bajo esa faz. La hazaña de Bolívar—La altura del Salto—Una opinión de Humboldt—Discusión—El Salto al pie—El Dr. Cuervo. Regreso—El puente de Icononzo—Descripción del Barón Gros.

Al fin llegó el día tan deseado del paseo clásico de Colombia, la visita al Salto de Tequendama, la maravilla natural más estupenda que es posible encontrar en la corteza de la tierra. Desde que he puesto el pie en la antiplanicie andina, sueño con la catarata y cuando al cansado paso de mi mula, llegué á aquel punto admirable que se llama el *Alto del Roble*, desde el cual vi desenvolverse á mis ojos atónitos la inmensa Sabana, parecióme oír ya “del Tequendama el retemblar profundo.”

Ha llegado el momento de ponernos en marcha; el día está claro y sereno, lo que nos promete una atmósfera transparente al borde del Salto. A las tres de la tarde, la caravana se pone en movi-

miento. Somos ocho amigos, sanos, contentos, jóvenes y respirando alegremente el aire de los campos, viendo la vida en esos momentos color de rosa, bajo la impresión de la profunda cordialidad que impera y ante la perspectiva de las hondas emociones del día siguiente. Son Emilio Pardo, tan culto, alegre y simpático; Eugenio Umaña, el señor feudal del Tequendama, en una de cuyas haciendas vamos á dormir, caballeresco, con todos los refinamientos de la vida europea por la que suspira sin cesar, músico consumado; Emilio del Perojo, Encargado de Negocios de España, jinete, decidior, listo á toda empresa, con un cuerpo de hierro contra el que se embota la fatiga; Roberto Suárez, varonil, utópico, trepado eternamente en los extremos, exagerado, pintoresco en sus arranques, incapaz de concebir la vida bajo su chata y positiva monotonía, apasionado, inteligente é instruído; Carlos Sáenz, poeta de una galanura exquisita y de una facilidad vertiginosa, chispeante, sereno, igual en el carácter como un cielo sin nubes; Julio Mallarino, hijo del dignísimo hombre de Estado que fué Presidente de Colombia, espiritual, hábil, emprendedor, literato en sus ratos perdidos; Martín García Mérou, meditando su oda obligada al Salto y por fin, yo, en uno de los mejores instantes de mi espíritu, nadando en la conciencia de un bienestar profundo, con buenas cartas de mi tierra recibidas en el momento de partir

y con la tranquilidad que comunican los pequeños éxitos de la vida.

Volábamos sobre la tendida sabana, gozando de aquella indecible fruición física que se siente cuando se corre por los campos sobre un caballo de fuego y sangre, estremeciéndose al menor ademán que adivina en el jinete, la boca llena de espuma, el cuello encorvado y pidiendo libertad para correr, volar, saltar en el espacio como un pájaro.

No he montado en mi vida un animal más noble y generoso que aquel bayo soberbio que mi amigo J. M. de Francisco tuvo la amabilidad de enviarme á la puerta de mi casa, aperado á la *orejón*, como si dijéramos á la *gaucha*. Verdad que el caballo de la Sabana de Bogotá es una especialidad; todos ellos son *de paso* y es imposible formarse una idea de la comodidad de aquel andar sereno, cuya suavidad de movimientos no se pierde ni aun en los instantes de mayor agitación del animal. No tienen aquel ridículo *braceo* de los caballos chilenos, tan contrario á la naturaleza; pero su brío elegante es incomparable. Encorvan la cabeza, levantan el pecho, pisan con sus férreos cascos con una firmeza que parte la piedra y fatigan el brazo del jinete que tiene que llevarlos con la rienda rígida. La espuela ó el látigo es inútil; basta una ligera inclinación del cuerpo para que el animal salte y, como dicen nuestros paisanos, pida rienda. Y así marchan días enteros; después de un

violento viaje de dieciséis leguas, con sus carreras, saltos, etc., he entrado á Bogotá con los brazos muertos y casi sin poder contener mi caballo, que, embriagándose con el resonar de sus cascos herrados sobre las piedras, aumentaba su brío, saltaba el arroyo como en un circo y daba muestras inequívocas de tener veleidades de treparse á los balcones. Todos los animales que montábamos eran por el estilo; en el camino llano que va á Soacha, sólo una nube de polvo revelaba nuestra presencia. Volábamos por él y los caballos, excitándose mutuamente, tascaban frenéticos los frenos y cuando algún jinete los precipitaba contra una pared baja de adobes ó contra un foso, salvaban el obstáculo con indecible elegancia.

El traje que llevábamos es también digno de mención, porque es el que usa todo colombiano en viaje. En la cabeza, el enorme sombrero *suaza*, de paja, de anchas alas que protegen contra el sol y de elevada copa que mantiene fresco el cráneo. Al cuello, un amplio pañuelo de seda que abriga la garganta contra la fría atmósfera de la Sabana al caer la noche; luégo, nuestro poncho, la *ruana* colombiana, de paño azul é impermeable, corta, llegando por ambos lados sólo hasta la cintura. Por fin, los *zamarros* nacionales, indispensables, sin los cuales nadie monta, que yo creía antes de ensayarlos, el aparato más inútil que los hombres hubieran inventado para mortificación propia, opi-

nión sobre la que, más tarde, hice enmienda honorable. Los *zamarros* son dos piernas de pantalón, de media vara de ancho, cerradas á lo largo, pero abiertas en su punto de juntura, de manera que sólo protejan las extremidades. Cayendo sobre el pie, metido en el estribo morisco que semeja un escaupín, dan al jinete un aire elegante y seguro sobre la silla. Son generalmente de *caoutchouc*, pero los *orejones* verdaderos, la gente de campo, los usan de cuero de vaca con pelo, simplemente sobado (1). Si se tiene en cuenta que en aquellas regiones los aguaceros torrenciales persisten las tres cuartas partes del año, se comprenderá que estas precauciones son indispensables para los viajes en la montaña, en climas en donde una mojadura puede costar la vida.

Pronto estuvimos en Bosa, distrito del Departamento de Bogotá, antiquísimo pueblo chibcha, que fue el cuartel general de Gonzalo Jiménez de Quesada, antes de la fundación de Bogotá y lugar de recreo del Virrey Solís, que podía allí dar rienda suelta á su pasión por la caza de patos.

Una hora más tarde cruzábamos bulliciosamente las muertas calles de la triste aldea de Soacha, de dos mil quinientos habitantes y con un metro de elevación sobre el nivel del mar por habitante. En las inmediaciones de Soacha y á 2,660

(1) Los elegantes de Bogotá los usan de cuero de león.

metros de elevación dice Humboldt que encontró huesos de mastodonte. Deben esos restos de un mundo desvanecido haber reposado allí muchos millares de años antes de ser hollados por la planta del viajero alemán!

Los visitantes comunes del Salto hacen noche en Soacha, para madrugar al día siguiente y llegar á la catarata antes que las nieblas la hagan invisible. Pero nosotros íbamos con el señor de la comarca, pues la región del Tequendama pertenece á la familia Umaña, por concesión del rey de España, otorgada hace doscientos y tantos años. Nos dirigíamos á una de las numerosas haciendas en que está subdividida, la de *San Benito*, á la que llegamos cuando la noche caía y el viento fresco de la Sabana abierta empezaba á hacernos bendecir los zamarros y la ruana cariñosa. Allí nos esperaba una verdadera sorpresa, en mesa luculiana que nos presentó el anfitrión, con un *menu* digno del Café Anglais y unos vinos, especialmente un oporto feudal, que habría hecho honor á las bodegas de Rothschild.

Allí pasamos la noche, es decir, allí la pasaron los que, como Pardo, Perojo y yo tuvimos la buena idea de dar un largo paseo después de comer. Mientras tendidos en el declive de una parva, hablábamos de la patria ausente y contemplábamos la sabana, débilmente iluminada por la claridad de la noche y las cimas caprichosas de las

pequeñas montañas que la limitan, llegaban á nuestros oídos ruidos confusos desde el interior de la casa, rumor de duro batallar, gritos de victoria, imprecaciones, himnos. Cuando dos horas más tarde entrámos en demanda de nuestros lechos, los campos de la Moskowa, de Eylau ó de Sedán eran idilios al lado del cuadro que se nos ofreció á la vista. Aún recuerdo una almohada que era un poema. Como aquellos sables que en el furor del combate se convierten en tirabuzones, la almohada, abierta de par en par, dejaba escapar la lana por anchas heridas, mientras que un débil pedazo de funda procuraba retenerla en su forma prístina. Mesas derribadas, sillas desvencijadas, botines solitarios en medio del cuarto y en los rincones, sobre los revueltos lechos, los combatientes inertes, exhaustos. El cuarto *diplomático* había sido respetado y ganámos nuestras camas con la sensación deliciosa del peligro evitado.

Como al amanecer debemos ponernos en camino del Salto, ha llegado el momento de explicar su formación, buscando previamente su fe de bautismo, su filiación en la teogonía chibcha. La imaginación de los americanos primitivos, que ha creado las leyendas originarias de Méjico y el Perú, tiene que brillar también en estas alturas, donde la proximidad de los cielos debe haberle comunicado mayor intensidad y esplendor.

No fatigaré exponiendo aquí toda la mitología chibcha, raza principal de las que poblaban las alturas de lo que hoy se llama Colombia, cuando en 1535 llegaban por tres rumbos distintos los conquistadores españoles. Entre éstos, Quesada, el más notable, recogió las principales leyendas y aunque desgraciadamente su manuscrito se perdió, los historiadores primitivos del nuevo reino de Granada las han conservado salvándolas del olvido.

Humboldt, refiriéndose á las tradiciones religiosas de los indios, respecto al origen del Salto de Tequendama, dice así:

“Según ellas, en los más remotos tiempos, antes que la Luna acompañase á la Tierra, los habitantes de la meseta de Bogotá vivían como bárbaros, desnudos y sin agricultura, ni leyes, ni culto alguno, según la mitología de los indios muiscas ó moscas. De improviso se aparece entre ellos un anciano que venía de las llanuras situadas al Este de la Cordillera de Chingasa, cuya barba larga y espesa le hacía de raza distinta de la de los indígenas. Conocióse á este anciano por los tres nombres de *Bochica*, *Nenquetheba* y *Zuhé* y asemejábase á Manco Capac. Enseñó á los hombres el modo de vestirse, á construir cabañas, á cultivar la tierra y reunirse en sociedad; acompañábale una mujer á quien también la tradición da tres nombres: *Chía*, *Yubecahiguaya* y *Huitaca*. De rara belleza,

aunque de una excesiva malignidad, contrarió esta mujer á su esposo en cuanto él emprendía para favorecer la dicha de los hombres. A su arte mágico se debe el crecimiento del río Funza, cuyas aguas inundaron todo el valle de Bogotá, pereciendo con este diluvio la mayoría de los habitantes de los que se salvaron unos pocos sobre la cima de las montañas cercanas. Irritado el anciano, arrojó á la hermosa Huitaca lejos de la tierra; convirtióse en Luna entonces, comenzando á iluminar nuestro planeta durante la noche. Bochica después, movido á piedad de la situación de los hombres dispersos por las montañas, rompió con mano potente las rocas que cerraban el Valle por el lado de Canoas y Tequendama, haciendo que por esta abertura corrieran las aguas del lago de Funza, reuniendo nuevamente á los pueblos en el Valle de Bogotá. Construyó ciudades, introdujo el culto del Sol y nombró dos jefes á quienes confirió el poder eclesiástico y secular, retirándose luego, bajo el nombre de *Idacanzas*, al Valle Santo de Iraca, cerca de Tunja, donde vivió en los ejercicios de la más austera penitencia por espacio de 2,000 años.”

Es necesario haber visto aquella solución de la montaña, por donde el Funza penetra bullicioso y violento,*aquellas rocas enormes, suspendidas sobre el camino, como si hubieran sido demasiado pesadas para el brazo de los titanes en su lucha

con los dioses, para apreciar el mito chibcha en todo su valor. Hay allí algo como el rastro de una voluntad inteligente y la tutela eterna y profunda de la naturaleza sobre el hombre, tiene que haber sido personificada por el indio cándido en la fuerza sobrehumana de uno de esos personajes que aparecen en el albor de las teogonías indígenas como emanaciones directas de la divinidad.

La mañana está bellísima y el aire fresco y puro de los campos exalta la energía de los animales que nos llevan á escape por la sabana. Pronto llegamos á la hacienda de *Tequendama*, situada al pie del cerro, en una posición sumamente pintoresca. Pasámos sin detenernos, entrámos á las gargantas y pronto costeámos el Funza, que como el hilo de la virgen griega, nos guía por entre aquel laberinto de rocas, piedras sueltas ciclópeas, desfiladeros y riscos.

El río Funza ó Bogotá se forma en la sabana del mismo nombre de las vertientes de las montañas y toma pronto caudal con la infinidad de afluentes que arrojan en él sus aguas. Después de haber átravesado las aldeas de Fontibón y Zipaquirá, tiene, al acercarse á Canoas, una anchura de 44 metros. Pero á medida que se aproxima al Salto, se va encajonando y por lo tanto su ancho se reduce hasta 12 y 10 metros. Desde que abandona la sabana, corre por un violento plano inclinado, estrellándose contra las rocas y guijarros que

le salen al camino como para detenerlo y advertirle que á corta distancia está el temido despeñadero. El río parece enfurecerse, aumenta su rapidez, brama, bate las riberas y de pronto la inmensa mole se enrosca sobre sí misma y se precipita furiosa en el vacío, cayendo á la profundidad de un llano que se extiende á lo lejos, á 200 metros (1) del cauce primitivo. Tál es la formación del Salto de Tequendama.

Luégo de haber seguido el río por espacio de media hora, gozando de los panoramas más variados y grandiosos que pueden soñarse, nos apartámos de la senda y comenzámos á trepar la montaña. El ruido de la cascada, que empezábamos yá á oír distintamente, se fue debilitando poco á poco. No había duda de que nos alejábamos del Salto. Era simplemente una nueva galantería de Umaña que quería mostrarnos la maravilla, primero bajo su aspecto puramente artístico, idealmente bello, para más tarde llevarnos al punto donde ese sentimiento de suave armonía que despierta el cuadro incomparable, cediera el paso á la profunda impresión de terror que invade el alma, la sacude, se fija allí y persiste por largo tiempo. ¡Oh! por largo tiempo! Han pasado algunos meses desde que mis ojos

(1) Como se verá más adelante, no hay dato exacto á este respecto.

y mi espíritu contemplaron aquel espectáculo estupendo y aún, durante la noche, suelo despertarme sobresaltado, con la sensación del vértigo, creyéndome despeñado al profundo abismo. . . .

De improviso apareció, en una altura, la poética hacienda de *Cincha*, desde la que se percibe una vista hermosísima. A la izquierda, la curiosa altiplanicie llamada *La Mesa*, que se levanta sobre la tierra caliente. A la derecha, *Canoas*, con las faldas de sus cerros, verdes y lisas, donde se corre el venado soberbio y abundante allí. Abajo, San Antonio de Tena, medio perdido entre las sombras de la llanura y las luminosas ondas solares. Todo esto, contemplado por entre la abertura de un bosque y al borde de un precipicio, donde el caballo se detiene estremecido, prepara el alma dignamente para las poderosas sensaciones que le esperan.

Empezámos el descenso por sendas imposibles y en medio de la vigorosa vegetación de la tierra fría, pues respirámos una atmósfera de trece grados centígrados. Pronto dejámos los caballos y continuámos á pie, guiados por entre la maleza, las lianas y los parásitos que obstruyen el paso, por dos ó tres muchachos de la hacienda que van saltando sobre las rocas gregarias y los troncos enormes tendidos en el suelo, con tanta soltura y elegancia como las cabras del Tyrol.

Así marchámos un cuarto de hora, yá conmo-

vidos por un ruido profundo, solemne, imponente, que suena á la distancia. Es un himno grave y monótono, algo como el coro de titanes impotentes al pie de la roca de Prometeo, levantando sus cantos de dolor para consolar el alma del vencido. . . .

—Prepare el alma, amigo!

Quedámos extáticos, inmóviles, y la palabra, humilde ante la idea, se refugió en el silencio. Silencio imprescindible, fecundo, porque á su amparo el espíritu tiende sus alas calladas y vuela, vuela, lejos de la tierra, lejos de los mundos, á esas regiones vagas y desconocidas, que se atraviesan sin conciencia y de las que se retorna sin recuerdo.

¿Cómo pintar el cuadro que teníamos delante?

¿Cómo dar la sensación de aquella grandeza sin igual sobre la tierra? Oh! cuántas veces he estado á punto de romper estas páginas pálidas y frías, en las que no puedo, en las que no sé traducir este mundo de sentimientos levantados bajo la evocación de ese espectáculo á que los hombres no estamos habituados!

Figuraos un inmenso semicírculo casi completo, cuyos dos lados reposan sobre la cuerda formada por la línea de la cascada. Nos encontrá-bamos en el vértice opuesto, á mucha distancia por consiguiente. Las paredes graníticas, de una altura de 180 metros, están cortadas á pico y os-

tentan mil colores diferentes, por la variedad de capas que el ojo descubre á la simple vista. De sus intersticios, brotan chorros de agua formados por vertientes naturales y por la condensación de la enorme masa de vapores que se desprenden del Salto y arrancan árboles de diversas clases, creciendo sobre el abismo con tranquila serenidad. En la altura, pinos y robles, las plantas todas de la región andina: en el fondo, allá en el valle que se descubre entre el vértigo, la lujosa vegetación de los trópicos, la savia generosa de la tierra caliente, la palmera, la caña y revoloteando en los aires que miramos desde lo alto, como el águila las nubes, bandadas de loros y guacamayas que juguetean entre los vapores irisados, salen, desaparecen y dan la nota de las regiones cálidas al que los mira desde las regiones frías. Figuraos que desde la cumbre del Mont-Blanc tendéis la mirada buscando la eterna mar de hielo, como un sudario de las aguas muertas y que veis de pronto surgir un valle tropical, riente, lujoso, lascivo, frente á frente á aquella naturaleza severa, rígida é imperturbable.

Quitad de allí el Salto si queréis, suprimid el mito, dejad en reposo el brazo potente de Nenque-theba: siempre aquellas murallas profundas y rectas, aquel abismo abierto, insaciable en el vértigo que causa, siempre aquella llanura que la mirada contempla y que el espíritu persiste en creer una

ficción, siempre ese espectáculo será uno de los más bellos creados por Dios sobre la cáscara de la tierra.

Ahora, apartad los ojos de cuanto os rodea: y mirad al frente, con fuerza, con avidez, para grabar esa visión y poder evocarla en lo futuro. La mañana, clara y luminosa, nos ha sido propicia y el sol, elevándose soberano en un cielo sin nubes, derrama sus capas de oro sobre la región de los que en otro tiempo lo adoraron. Las temibles nieblas del Salto se disipan ante él y las brumas cándidas se tornasolan en los infinitos cambiantes de un iris vívido y esplendoroso. Las aguas del Salto caen á lo lejos, desde la altura en que nos encontramos, hasta el valle que se extiende en la profundidad, en una ancha cinta de una blancura immaculada, impalpable. Todo es vapor y espuma, nítida, nívea. Hay una armonía celeste en la pureza del color, en la elegancia suprema de los copos que juguetean un instante ante los reflejos dorados del sol y se disuelven luégo en un vapor tenue, transparente, que se eleva en los aires, acoge el iris en su seno y se disipa como un sueño en las alturas. Por fin, de la nube que se forma al chocar las espumas en el fondo, se ve salir alegre y sonriente, como gozoso de la aventura, el río que empieza á fecundar, en su paso caprichoso, tierras para él desconocidas, en medio de la templada atmósfera que suaviza la crudeza de sus aguas.

Nada de espanto ni de ese profundo sobreco-
gimiento que causan los espectáculos de una gra-
ve intensidad; nada de bullicio en el alma tam-
poco, como el que se levanta ante un cuadro de las
llanuras lombardas. Una sensación armoniosa,
la impresión de la belleza pura. No es posible
apartar los ojos de la blanca franja que lleva di-
sueños los mil colores del prisma; una calma deli-
ciosa, una quieta suavidad que aferra al punto,
que hace olvidar de todo. La óptica produce aquí
un fenómeno puramente musical, la atracción, el
olvido de las cosas inmediatas de la vida, el tenue
empuje hacia las fantasías interminables. El ruido
mismo, sordo y sereno, acompaña, con su nota
profunda y velada, el himno interior. Es entonces
que se ama la luz, los cielos, los campos, los as-
pectos todos de la naturaleza. Y por una reacción
generosa é inconsciente, se piensa en aquellos que
viven en la eterna sombra, sin más poesía en el
alma que la que allí se condensa en el sueño ínti-
mo, sin estos momentos que serenán, sin esos
cuadros que ensanchan la inteligencia y al pasar
fugitivos en su grandeza, ante el espíritu tendido
y ávido, le comunican algo de su esencia.

Así permanecemos largo rato sin cambiar más
palabras que las necesarias para indicarnos un
nuevo aspecto del paisaje, cuando sonó la voz
tranquila de Umaña, invitándonos á desprender-
nos del cuadro, porque el día avanzaba y nos fal-
taba aún *ver el Salto*.

—Pero no es posible, amigo, encontrar un punto de mira más propio que éste, le dije con el acento suave del que pide un instante más.

—Usted ha visto un panorama maravilloso; pero le falta aún la vista íntima, cara á cara con el torrente, la visita que hicieron Bolívar, Humboldt, Gros, Zea, Caldas, uno de los Napoleones y en el remoto pasado, Gonzalo Jiménez de Quesada y los conquistadores atónitos.

Nos pusimos en marcha, trepando á pie la misma senda que con tanta dificultad habíamos descendido. Una vez montados, recorrimos de nuevo el camino hecho, pero en vez de subir á *Cincha*, bajámos nuevamente por una senda más abrupta aún que la anterior. La vegetación era formidable, como la de todo el suelo que avecina al Salto, fecundado eternamente por la enorme cantidad de vapores que se desprenden de la cascada, se condensan en el aire y caen en forma de finísima é impalpable lluvia. El ruido era atronador; la nota grave y solemne de que he hablado antes, había desaparecido en las vibraciones de un alarido salvaje y profundo, el quejido de las aguas atormentadas, el chocar violento contra las peñas y el grito de angustia al abandonar el álveo y precipitarse en el vacío. Marchábamos con el corazón agitado, abriéndonos paso por entre los troncos tendidos, verdaderas barreras de un metro de altura que nos era forzoso trepar. No

habitudo aún el oído al rumor colosal, las palabras cambiadas eran perdidas.

De improviso caímos en una pequeña explanada y dimos un grito: las aguas del Salto nos salpicaban el rostro. Estábamos al lado de la caída, en su seno mismo, envueltos en los leves vapores que subían del abismo, frente á frente al río tumultuoso que rugía. La abertura de la cascada, formando la cuerda que uniría los dos extremos de la inmensa herradura ó semicírculo de que antes hablé, tiene una extensión de veinte metros. Las aguas del río se encajonan, en su mayor parte, en un canal de cuatro ó cinco metros, practicado en el centro y por él se precipitan sobre un escalón de todo el ancho de la catarata, á cinco ó seis metros más abajo, donde rebota con una violencia indecible y cae al abismo profundo con un fragor horrible.

Sobre el Salto mismo, existe una piedra pulida é inclinada, que uno trepa con facilidad y dejando todo el cuerpo reposando en su declive, asoma la cabeza por el borde. Así, dominábamos el río, el Salto, gran parte de la proyección de la masa de agua, el hondo valle inferior y de nuevo el Funza, serpeando entre las palmas, en las felices regiones de la tierra templada.

Aquel que penetra en los inmensos y silenciosos claustros de San Pedro de Roma, en uno de esos tristes días sin luz en los cielos y sin movi-

miento en la tierra, siente que se infiltra lentamente en su alma un sentimiento nuevo, por lo menos en su intensidad. El de la nada, el de la pequeñez humana, al lado de la idea grandiosa que aquellos muros colosales, esas cúpulas que parecen contener el espacio, representan sobre el mundo. Puedo hoy asegurar que no hay templo, no hay obra salida de manos de los hombres, ideada por aquellos cerebros que honran la especie, que pueda compararse á uno de estos espectáculos de la naturaleza. Para aquellos que viviendo tristemente alejados del beneficio inefable de la fe, nos refugiamos, en las horas amargas, en el seno de ese sentimiento vago de religiosidad, que en todos nosotros duerme ó sueña, estas sensaciones profundas toman los caracteres de la oración.

¡Qué estupor inmenso! ¡Qué agitación creciente en el fondo del sér moral, mientras el cuerpo se estremece, tiembla y aspira, mudo y angustiado, á separarse de la fascinación del abismo!

Las aguas toman vida; aquel que una vez tan sólo las ha visto venir rugiendo por el declive violento del río, enroscarse sobre sí mismas, caer atormentadas y frenéticas al peldaño gigante y de allí lanzarse al abismo, en medio del estertor que resuena en la montaña y va á herir el oído del viajero que cruza silencioso las cumbres, aquel que ha visto ese cuadro, no lo olvida jamás, aunque vuelva

á habitar las llanuras serenas, los campos sonrientes ó las vegas llenas de flores.

Las olas se precipitan unas sobre otras, blancas y vaporosas yá; al caer al vacío, la transformación es completa. Una nube tenue, impalpable, se levanta, el iris la esmalta, brilla un segundo y de nuevo otra nube de diversa forma, caprichosa, cubriendo como un velo los tormentos de la caída, la reemplaza para desaparecer á su vez un instante después.

¡Qué triste palidez en mi palabra! Qué desaliento el de aquel que siente y no alcanza á expresar! Veo el cuadro entero, vivo, palpitante, ahí, delante de mis ojos; retorno con el alma á la sensación del momento, al terror vago que me invadió, á aquel grito de amenaza y ruego con que hice retirar á un niño que se inclinaba curioso á mirar el abismo y que quedó absorto contemplándome, sin comprender ni mi angustia ni el peligro; veo el hondo, hondo valle allá abajo, llega aún á mis oídos el romper de las aguas contra las rocas de la llanura, escena terrible que se desenvuelve misteriosa, sin que el ojo humano jamás la observe, envuelta en la nube diáfana de los vapores irisados; veo las ciclópeas murallas de granito, severas en su inmovilidad, sus florescencias gigantescas, el agua que parece brotar de sus entrañas pletóricas de savia en chorros violentos, como la sangre saltando de una ancha herida. . . . y me revuelvo

en la impotencia para pintar ese espectáculo sin igual en esta ínfima porción de lo creado que nos fue dado conocer!

Cuando nos dejámos deslizar por la suave pendiente de la piedra y nos reunimos alrededor del almuerzo que estaba ya preparado allí mismo, nos notámos los rostros pálidos y el respirar fatigoso. Una grave pesadez nos invadía, un deseo imperioso de dejarnos caer al suelo y dormir, dormir largas horas. Es el fenómeno constante después de toda emoción profunda, consejo instintivo de la naturaleza, que exige la reparación de la enorme cantidad de fuerza gastada.

El almuerzo fue sereno, casi severo; la alegría había desaparecido en su forma bulliciosa y algo como una solemnidad inquieta reinaba en los espíritus. Por momentos, alguno de los compañeros bebía una copa de vino, se levantaba en silencio e iba de nuevo á tenderse sobre la peña y hundirse en la muda contemplación. Así quedé largo rato; las voces humanas que sonaban á mi espalda, apartaban de mí la sensación de soledad que habría sido terrible en ese instante. Creo que pocos hombres sobre la tierra tendrán una atrofia tan absoluta del sistema nervioso, un dominio tan completo sobre su imaginación y una firmeza tal de cabeza, que les permita pasar impasibles una noche, solos, al lado del Salto. Por mi parte, declaro con toda sinceridad que, si tal cosa me pasara, habría

un loco más sobre el mundo á la mañana siguiente. . . .

—Desde que los conquistadores pisaron la sabana de Bogotá hasta la fecha, decía Roberto Suárez con voz grave, se habrán suicidado en estas inmediaciones no menos de diez mil personas. Entre ese número infinito de causas que hacen la vida imposible, cuántas, radicando en la imaginación, la exaltan, la enloquecen! Y sin embargo, hasta hoy, no se sabe de un solo hombre que dando un grito de orgullo satánico, se haya arrojado desde esa peña al abismo. Al fin, morir así ó partido el cráneo de un balazo, siempre es morir!

Pero cuando se está frente al Salto, viviendo en su atmósfera, contemplando su grandeza soberbia, se comprende que la cantidad de valor necesaria para pegarse un tiro ó hundirse un puñal en el corazón, es un átomo insignificante, al lado de la resolución soberbia é impasible que anima á Manfredo en la cumbre del Jung-Frau y que se desvanecía ante la grandiosa serenidad de la muerte bajo esa forma. Sólo en aquel momento pude comprender la verdad profunda del poema de Byron; el cazador que detiene á Manfredo cuando tiene yá un pie en el vacío, es el instinto miserable del cuerpo, es la debilidad ingénita de nuestra naturaleza, que nos aferra al lodo de la tierra en el instante en que el alma, bajo una inspiración alta y vigorosa, quiere mostrar que no en vano tiene una patria celeste. . . .

No habría á mis ojos héroe mayor en el tiempo y el espacio que aquel que, sereno y consciente, de pie en el borde del abismo, mirara un instante sin vértigo el vacío extendido á sus pies y luégo....

—¿Cuál de ustedes renovaría la hazaña de Bolívar, mis amigos? dijo una voz.

El Libertador, en una de sus visitas al Salto, encontrándose con numerosa comitiva, precisamente frente á frente del punto en que nos hallábamos, pero del lado opuesto del torrente, oyó que uno de los circunstantes decía: “¿Dónde iría, general, si vinieran los españoles?—Aquí! dijo Bolívar, y antes de que pudieran detenerlo, ni aun lanzar un grito, dio un salto y quedó de pie, á pico sobre el abismo, sobre una piedra de dos metros cuadrados, por cuyo costado pasaba, vertiginoso y fascinante, el enorme caudal de agua que medio segundo después cae al vacío.

La piedra se encuentra aún en su mismo sitio; dar un salto hasta ella, desde la orilla opuesta, no requiere por cierto un esfuerzo extraordinario; cualquier hombre que trazara sobre una llanura una senda de un pie de ancho, caminaría por ella sin dificultad; pero colocad una tabla de idéntica dimensión á cien metros de altura y os ruego que ensayéis. . . .

Después de una leve discusión, quedámos todos sinceramente de acuerdo en que, para llevar á cabo ese rasgo se requiere una organización

especial, una ausencia de nervios ó un dominio sobre la materia, de que ninguno de los humildes presentes estábamos dotados. (1)

Nos consolámos pensando en que los Bolíva-res son raros y en que, si ninguno de nosotros lo era, no había motivos plausibles para imponernos la responsabilidad de esa omisión.

La cuestión de la altura del Salto no está aún definitivamente resuelta, tál es la dificultad que hay en medir la distancia que separa el valle inferior del punto en que las aguas abandonan el lecho del río y tál también la autoridad de los hombres de ciencia que han dado cada uno una cifra arbitraria.

La primera dimensión que encuentro consignada es la del buen Obispo Piedrahita quien, después de narrar la leyenda del Bochica que yá he transcrito según Humboldt, agrega con aquel acen-to de sinceridad que hace inimitable á nuestro

(1) "En 1826. el general Bolívar. entusiasmado con tan magnífica escena, no pudo contenerse y saltó á una piedra, de dos metros cuadrados, que forma como un diente en la horrosa boca del abismo. A la misma piedra salté yo en una de mis excursiones: pero con esta diferencia, que el Libertador llevaba botas con el tacón herrado y yo tuve la precaución de descalzarme previamente: yo estaba en la fuerza de mis dieciocho años y esto excusa en parte mi temeridad. Un paso en falso, un resbalón, habrían bastado para que no estuviese contando el cuento. Veces hay en que se me erizan los cabellos al pensar en aquella barbaridad." (*Juan Francisco Ortiz*).

Barco de Centenera, el M. Prud'homme de la Conquista:

“... El Salto de Tequendama, tan celebrado por una de las maravillas del mundo, que lo hace el río Funza, cayendo de la canal que se forma entre dos peñascos de más de *media legua* de alto, hasta lo profundo de otras peñas que lo reciben con tan violento curso, que el ruido del golpe se oye á *siete leguas* de distancia.” (1)

Cuánta razón tenía Voltaire de criticar en *El Dorado* las funestas exageraciones de los viajeros de América, que abultaban desde las cascadas hasta los yacimientos de oro, produciendo aquellas decepciones que se traducían en crueldades de todo género sobre el pobre indio! No hay tal media legua de altura, lo que no permitiría la formación del río inferior por la evaporación completa de las aguas. No hay tal ruido que se percibe desde siete leguas, porque en ese caso la proximidad inmediata del Salto haría estallar todo tímpano humano.

Humboldt, que es necesario citar siempre que uno lo encuentre en su camino, dice que el río se precipita á 175 metros de profundidad, agregando, al terminar su descripción:

“Acaban de dejarse campos labrados y abundantes en trigo y cebada; míranse por todos lados

(1) Piedrahita, *Historia general de la Conquista del nuevo Reino de Granada*. Lib. II, cap. I, pág. 13. Ed. de 1881.

aralia, *alstonia theiformis*, begonia y *chinchona cordifolia* y también encinas y álamos y multitud de plantas que recuerdan por su porte la vegetación europea, y de repente se descubre, desde un sitio elevado, á los pies, puede decirse, un hermoso país donde crecen la palmera, el plátano y la caña de azúcar. Y como el abismo en que se arroja el río Bogotá comunica con las llanuras de la tierra caliente, alguna palmera se adelanta hasta la cascada misma; circunstancia que permite decir á los habitantes de Santafé que la cascada de Tequendama es tan alta que el agua salta de la *tierra fría* á la *caliente*. Compréndese fácilmente que una diferencia de altura de 175 metros no es suficiente á influir de una manera sensible en la temperatura del aire."

Hé ahí precisamente lo que no comprendo, ni aun fácilmente, en la aserción del ilustre viajero. El mismo observa la presencia de palmeras, plátanos y caña de azúcar en el valle inferior y afirma que una que otra palmera avanza hasta el pie del abismo. ¿No son acaso esas plantas esencialmente características de la tierra caliente? No necesitan para crecer, como los loros y guacamayas que revolotean á su alrededor, para vivir, de una temperatura superior de 25° centígrados? Indudablemente que 175 metros de diferencia en la altura, no bastan á determinar esta variación de clima; pero encontrándose el hecho brutal, indiscu-

tible y patente, no hay más recurso que creer en algún error por parte del señor barón en la operación que le dio por resultado la cifra indicada. Pido perdón por esta audacia, tratándose de una opinión del más grande de los naturalistas; pero el sentido común tiene sus exigencias y es necesario satisfacerlas.

El ingeniero D. Domingo Esquiaqui, citado por el Sr. Ortiz, midió la catarata con la sondaleza y el barómetro y halló que su altura, desde el nivel del río, hasta las piedras que sirven de recipiente á sus aguas, es de 264 varas castellanas ó 792 pies. Tenemos ya una opinión científica que aumenta en un tercio la cifra de Humboldt.

El Sr. Esguerra (1) da la cifra de 139 metros de altura perpendicular. El Sr. Pérez (Felipe) (2) da 146. Ninguno de ellos cita su autoridad.

Se asegura que descendiendo de la Sabana y buscando por San Antonio de Tena la entrada al valle por donde corre el Funza después de su derrumbamiento, es posible llegar al pie de la cascada y contemplarla como ciertos pedazos del Niágara ó de Pissenvache, en Suiza, detrás de la enorme cortina de agua. Formámos el proyecto de hacer esa excursión penosa, pero mucha gente conocedora de la localidad nos hizo desistir de la idea, persuadiéndonos que aquella enorme masa de

(1) *Diccionario geográfico de Colombia.*

(2) *Geografía Física y Política de Cundinamarca.*

vapores desprendidos del choque, hacía la tierra tan sumamente permeable y pantanosa, que corríamos riesgo de hundirnos ó en todo caso de no llegar al punto deseado.

Entre las tradiciones del salto se cuenta aquel rasgo de maravillosa sangre fría del Dr. Cuervo que, atado al extremo de un cable, se hizo descender al abismo por medio de un torno, diz que depositó una botella con un documento á unos sesenta ó setenta metros más abajo del nivel de la catarata y luégo de gozar largo rato el espectáculo soberano de las aguas en medio de su caída, volvió á subir, llegando á la altura sano y salvo. Cuando, á orillas del mismo Salto, me narraron la hazaña, cerré los ojos bajo un secreto terror y sentí algo como antipatía por dicho Sr. Cuervo, á quien no reconozco el derecho de humillar de esa manera á sus semejantes.

Llegó el momento del regreso y emprendimos la vuelta con un cansancio extremo. Las sensaciones intensas que nos habían dominado por algunas horas, el profundo asombro que aún estremecía el alma por instantes, nos dieron una lasitud tál, que al llegar á la hacienda de *Tequendama*, nos desmontámos y encontrando en un corredor algunas pieles, nos tendímos sobre ellas, quedándonos casi instantáneamente dormidos.

Un tanto reposados, nos pusimos en camino,

entrando á Bogotá al caer la tarde. Durante muchos días tuve fijo en el espíritu el cuadro soberano que acababa de contemplar, tan bello, como creo no me será dado ver otro en la tierra.

Otra de las maravillas naturales de Colombia, es el famoso puente de Pandi ó Icononzo. No me fue posible ir á visitarlo, porque se encuentra muy distante de Bogotá. Como el aspecto de esas regiones es casi desconocido entre nosotros, creo que será leída con placer la descripción que de él hace el Barón Gros, hijo del ilustre pintor, en una carta dirigida al geólogo Elie de Beaumont, en 1828, durante una misión diplomática en Colombia.

Héla aquí:

“El valle de Icononzo ó de Pandi, pueblo de indígenas, colocado N. S. en una línea perpendicular á la grieta profunda en cuyo fondo corre el río Sumapaz, dista de Bogotá 12 á 15 leguas al S. O. Saliendo de esta ciudad bien temprano, puede llegarse á Fusagasugá el mismo día. En este lugar, situado en un valle delicioso, se respira un aire tibio y embalsamado, que hace contraste con la atmósfera fría y penetrante de la planicie alta. De Fusagasugá se va á Mercadillo en seis horas. Este es el último lugar habitado que se encuentra antes de llegar al *punte de piedra*, como lo llaman los indios vecinos. Se caminan luégo 25 minutos más de bajada hasta el fondo del barranco, atravesando un

trozo de bosque. Entonces se da vista á un puente de palos construído á modo del país con árboles y ramas atravesadas, cubiertas de tierra y cascajo. Extráñase ver aquí una especie de parapeto construído de ambos lados, cuando el viajero ha tenido que pasar altos puentes de madera en todo el camino sobre torrentes impetuosos, sin que se haya juzgado conveniente hacerles baranda alguna. No deja de palpar el corazón á cada oscilación que el paso de la mula comunica á los puentes, y cuando se reflexiona que una plomada que se dejara caer desde el estribo tocaría en el torrente sin obstáculo alguno. Sorprende, pues, hallar esta baranda, y más no viendo nada porque los arbustos ocultan el precipicio, hasta que se llega á la mitad del puente y que se advierte por entre los brezales un abismo profundísimo, del cual sube un rumor sordo como si lo produjera un torrente lejano. De cuando en cuando aparecen ciertos reflejos azulados, y las hileras de espuma de un blanco dudoso que bajan lentamente, pasan bajo el puente, é indican de esta manera que una corriente de agua negra y profunda descende de E. á O. por entre los muros perpendiculares de esta enorme quiebra. Si se arrojan algunas piedras como para explorar el abismo, se levanta un ruido disonante, y yá acostumbrada la vista á la oscuridad, se distinguen volando rápidamente sobre las aguas multitud de aves cuyo graznido espantoso se

semeja al de los grandes murciélagos, tan comunes en la zona ecuatorial.

Este espectáculo imponente que conmueve el ánimo y le comunica cierto terror, se ofrece al viajero parado sobre el puente vuelto hacia arriba y mirando al E. Aquí el puente natural es perpendicular sobre el abismo entero, aunque invisible bajo el puente de madera, y tiene sobre 5 varas de grueso poco menos. La roca que forma las paredes del abismo se continúa formando el primer arco ó bóveda natural que sirve de fundamento al puente, y constituye una de las maravillas naturales de esta comarca. Si se vuelve la vista al O. se observa el agua saliendo de una gran profundidad bajo el puente, y aunque el espectáculo no es tan singular, la abertura mayor de las paredes de la grieta procura más luz y permite examinar mejor la configuración de las rocas, que son formadas de lechos alternantes de arenisca ó asperón esquistoso y compacto. Por este lado se puede bajar hasta la parte inferior del segundo puente, formado por un enorme bloque ó canto de arenisca, que al desplomarse quedó atorado entre los dos muros de la grieta, ó es por ventura un fragmento dislocado de la misma capa de piedra que se continúa á su nivel de ambos lados. Este canto es de aspecto cúbico y forma como la llave de la bóveda entre dos cornisas de la roca que se avanza de cada lado. La grieta se prolonga hasta cerca de un cuarto de

legua más abajo, pero su altura, que desde el piso del puente hasta el nivel del agua es de 85 metros ó casi cien varas castellanas, va disminuyendo gradualmente y acaba por presentar el aspecto de un torrente caudaloso sembrado de grandes piedras y corriendo por entre un bosque. No fue posible medir con exactitud la profundidad de las aguas bajo el puente, cantidad que varía con las avenidas y según las estaciones de lluvia ó seca, pero por un cálculo aproximado puede decirse que no baja de 6 metros. El largo total de esta maravillosa quiebra, es de una legua, desde el paraje en que el torrente penetra entre las dos paredes perpendiculares que la forman, hasta que sale de la grieta, cuya anchura, por término medio, es de 10 á 12 metros (30 ó 35 pies). La bóveda natural del puente de piedra superior tiene 25 pies de anchura. Los lechos de roca arenisca que constituyen la grieta están inclinados hacia el S. 10° y 5° al ocaso y por consiguiente se levantan hacia la planicie alta de Bogotá.

“Las aves seminocturnas que viven en la grieta subterránea de Pandi parecen ser los guácharos que el Barón de Humboldt vio en el Orinoco, y que existen también en las cavernas del Chaparral, en donde los llaman guaparos y guacapaes. Estos pájaros viven en grutas húmedas, se alimentan con frutas aromáticas y producen una grasa líquida como aceite, que utilizan en otros lugares, como en Caripe. Son una variedad del *caprimulgus*.”

LA INTELIGENCIA

Desarrollo intelectual—La tierra de la poesía—Gregorio Gutiérrez González—La facilidad—Improvisación—Rafael Pombo—Edda la bogotana—Impromptu—El tresillo—Un trance amargo—El volumen—Diego Fallon—Su charla. El verso fácil—*Clair de lune*—El canto *A la Luna*—D. José M. Marroquín—Carrasquilla—José M. Samper—Los mosaicos—Miguel A. Caro—Su traducción de Virgilio—El pasado—Rufino Cuervo—Su diccionario—Resumen.

He dicho yá que el desenvolvimiento intelectual de la sociedad bogotana es de una superioridad incontestable. No es por cierto mi intención trazar aquí un bosquejo histórico de la literatura colombiana, bien conocida en América y apreciada en alto grado por los críticos más ilustrados de la madre patria. Colombia ha producido, desde los primeros días de su vida independiente hasta hoy, poetas galanos, prosistas, pensadores y hombres de ciencia, de los que á justo título está orgullosa. Hay allí un gran respeto por la cultura intelectual; la primera queja que formula un colombiano, aun en el día, contra las crueldades de la España y los horrores de la lucha de la independencia, ¿creéis que se refiere á la secular dominación colonial? No; es la muerte de Caldas, lo que no se perdona, del sabio Caldas, de ese Humboldt americano, que,

sin elementos, sin recursos, sin guía ni modelo, había emprendido la obra inmensa de clasificar la flora y la fauna infinita de su patria y explorar su cielo cubierto de astros innumerables. . . .

Es la tierra de la poesía; desde el hombre de mundo, el político, el militar, hasta el humilde campesino, todos tienen un verso en los labios, todos saben de memoria las composiciones poéticas de los poetas populares. Entre ellos, el dulce "cisne antioqueño" Gutiérrez González, se lleva la palma. Es en sus versos donde la criatura que entreabre su alma á las primeras emociones de la vida, encuentra la fórmula que expresa la vaguedad de sus aspiraciones. En ellos vibra la nota melancólica y profunda de esas dulces noches de la tierra caliente que exaltan la imaginación, turban el alma y adormecen los dolores humanos. . . . Gutiérrez González no se discute y es una grave impresión de respeto por ese hombre la que siente el extranjero al contemplar la adoración serena de un pueblo por el intérprete armónico de sus cosas más íntimas. . . . Así recitaba Francia las primeras meditaciones de Lamartine; así suena aún en los hogares de Escocia el eco tierno de Burns. . . . Nacido en tierra americana, respirando la atmósfera de nuestra época, enfermo de las mismas nostalgias mortales que sombrean el espíritu de casi todos nuestros poetas, cantando en nuestra lengua. . . . ¿en qué puede fundarse un colombiano para sostenernos que, sólo

para ellos, Gutiérrez González es un gran poeta? ¿En qué se fundaba la generación anterior á la nuestra para encontrar las imprecaciones de Marmol contra Rosas dignas de Juvenal ó de Hugo, ó para extasiarse ante las laboriosas estrofas de Indarte? Cuando hoy leemos esos versos, la monotonía del ritmo, la violencia de las imágenes, la exaltación continua y cierta ingenuidad chocante con nuestro intelecto refinado, nos hace admirar el entusiasmo de nuestros padres y atribuirlo simplemente á las circunstancias. Algo así sucede con Gutiérrez González, aunque sus versos se leen hoy y se leerán siempre con placer. Es sensible y real; ve las bellezas de la naturaleza con una claridad incomparable y las refleja en estrofas felices, fáciles y armoniosas.

Fáciles!... Hé ahí el rasgo característico intelectual de los colombianos. No es posible imaginarse una espontaneidad semejante. Aturden, confunden. En una mesa, cuando, á los postres, el vino aviva la inteligencia y la alegría común hace chispear el cerebro, qué irrupción aquella de cuartetas, décimas, quintillas! Se dan pies forzados, eligiendo voces extrañas, que envuelven siempre antítesis inconciliables. El tiempo material de llenar los renglones y hé ahí una composición completa, llena de chispa, sabrosa de oportunidad. Uno la recita y al concluir, yá se ha puesto otro de pie y comienza la suya tomando las rimas for-

zadas en el orden contrario. En los primeros días, acudí á mi secretario, Martín García Mérou, el más distinguido de los poetas argentinos de su edad y cuya fácil espontaneidad es bien conocida entre nosotros, pidiéndole que supliera mi inhabilidad absoluta en la métrica, haciendo frente á aquella avalancha. Lo intentó; tomó sus rimas obligadas, é inclinó la frente sobre el dorso del *menu*. No había aún concluído el primer verso, cuando cinco ó seis levantaban en alto la décima completa. "Es imposible, son unos *bárbaros!*..." decía Martín. Bien pronto dejan á un lado el lápiz y empieza la improvisación oral, vertiginosa, inacabable. Al fin todos hablan en verso y es tál su facilidad de ritmo y consonante, que he oído á Carlos Sáenz E. hacer versos durante un cuarto de hora sin detenerse un instante. Disparates sin sentido con frecuencia, pero jamás un verso cojo ni una rima pobre. En general, el espíritu corre á raudales; una palabra, una frase dan el pie á una improvisación admirable. . . .

Si eso es la generalidad, es fácil concebir la altura de los grandes poetas colombianos. No quiero hablar del pasado; pero no puedo resistir al deseo de recordar aquí dos hombres cuya mano he estrechado con una invencible mezcla de respeto y cariño: Rafael Pombo y Diego Fallon.

Un día, en un salón de Nueva York, una dama argentina, que tiene un sitio elevado y merecido en la jerarquía intelectual de nuestro país, recibía una numerosa sociedad sudamericana. Rafael Pombo estaba allí. ¿Qué hacía en los Estados Unidos? Había ido como cónsul, creo; un cambio de política lo dejó sin el empleo, que era su único recurso, y como no quería volver á Colombia, donde imperaban ideas diametralmente opuestas á las suyas, tuvo que ingeniarse para encontrar medios de vivir. ¡Vivir, un poeta, en Nueva York! Me figuro á Carlos Guido en Mánchester! Pombo, como Guido, nunca ha tenido la noción del negocio y tengo para mí, que allá en el fondo de su espíritu, ha de haber una sólida admiración por esos personajes opacos que logran, tras un mostrador, labrarse, con la fortuna, la deseada independendencia de la vida. ¿Qué hacer? Hombre de pluma, vivió de su pluma. No creáis que como periodista ó corresponsal. Con más suerte que Pérez Bonalde, el admirable poeta venezolano, el único que ha vertido á Heine dignamente al español y que hoy fabrica con toda tranquilidad en Nueva York los avisos de la casa Lanmann y Kemp en siete idiomas, Pombo se puso al habla con los editores Appleton & C.º, que entonces publicaban esos cuadernos ilustrados, con cuentos morales, que todos hemos visto en manos de los niños de la América entera. Antes de ir á Bogotá, no sabía yo por cierto que aquel gracioso é ingenuo cuentecito

Erase una viejecita
Sin nadita que comer,

que mi hijita de cuatro años me recitaba, era nada menos que del inmortal autor del canto *Al Niágara!* Más de una vez, al pasar, había admirado la maravillosa facilidad de esas composiciones puras y cándidas como los espíritus angelicales que debían entretener; más de una vez pensé vagamente en el caudal de ternura que debía existir en el alma de ese dulce y familiar poeta anónimo, iluminando desde la sombra, millares de rostros infantiles. . . . Era Pombo, era uno de los más grandes poetas que hayan escrito en español. . . .

Pombo, pues, como la mayor parte de los sudamericanos residentes en Nueva York, iba con frecuencia á gozar de la charla elegante y erudita de nuestra compatriota, que sostenía con éxito las más difíciles cuestiones literarias. Una noche se encaró con Pombo y le preguntó quién era esa poetisa desconocida, esa famosa *Edda la bogotana*, cuyos versos impregnados de una pasión profunda y absorbente, le recordaban los inimitables acentos de Safo, llamando con el ímpetu del alma y el estremecimiento de la carne al hombre de sus sueños y sus deseos.

Era mi vida el lóbrego vacío,
Era mi corazón la estéril nada. . . .
Pero me viste tú, dulce bien mío,
Y creóme un universo tu mirada. . . .

—¿Encuentra usted esos versos dignos de atención, señora? dijo Pombo.

—Esos versos, en que vibra un alma apasionada, esos versos tan de mujer, envueltos en la adoración, el misticismo misterioso de Santa Teresa?... Hé ahí los hombres! ¿Cuál de ustedes sería capaz de escribirlos?...

—Pues *Edda* está actualmente en Nueva York y si usted quiere conocerla....

—¿Que si quiero conocerla? dijo nuestra compatriota con su ímpetu característico. Ahora mismo me dice usted dónde vive, cómo se llama y mañana sin falta la visito. Me la voy á comer á besos!

—Pues empiece usted, señora.... *Edda*.... soy yo!

Si Byron cruzara hoy las calles con el traje estrecho de brin, polainas y anteojos verdes, con que nos lo pinta Lady Blessingthon, que lo vio en Venecia, no sería mayor nuestro desencanto que el de nuestra compatriota que no tuvo más recurso que dar un *adiós* á su *Edda* desvanecida.... en la forma de una palmada en la mejilla de Pombo....

Pombo es feo, atrocmente feo. Una cabecita pequeña, boca gruesa, bigote y perilla rubios, ojos saltones y miopes, tras unas enormes gafas... Feo, muy feo. El lo sabe y le importa un pito. Brilla en su cerebro la eterna, la incomparable belleza inte-

lectual, y podría contestar como Ricardo Gutiérrez, un día, en Italia, á un amigo que le criticaba su indiferencia por el corte de una levita... "Yo soy *paquete* por dentro." Pombo es bello por dentro, por la elevación suprema de su espíritu y la dulzura de su carácter...

Hé ahí la inspirada *bogotana* cuyos versos sabe la América entera de memoria... Un capricho hizo á Pombo tomar el nombre de *Edda*, y *Edda* es hoy inmortal!... "Muchas veces, me decía sonriendo, he tenido la idea de reunir en un volumen (que no sería pequeño) todos los cantos de amor, los ecos de simpatía, los gritos apasionados de confraternidad en el dolor, que han sido dedicados á *Edda* desde la Argentina á Méjico y publicarlo... con mi retrato al frente!"

Una tarde encuentro á Pombo en la calle de Florián y entre la charla, le digo que padezco de insomnio, que no sé si el aire de la altura me quita el sueño, etc. "Yo he tenido un amigo, el señor Guerra, que sufría también de eso; pero se curó... con qué? No me acuerdo. Mañana lo sabré y se lo diré; mire que me ha prometido ir á ver mis cuadros, no lo olvide." Al día siguiente, al entrar á casa, supe que Pombo acababa de salir; sobre el escritorio encontré una hoja de papel suelta, un viejo borrador mío, con este verso:

Cumplo, amigo, mi palabra;
 Cúmplala usted como yo.
 Ramón Guerra se curó
 Tomando leche de cabra.

Eso es bogotano puro. La facilidad, la precisión, la soltura del verso... Por ejemplo, los que sepan jugar al *tresillo*, el rey de los juegos y el juego de los reyes, apreciarán la extraordinaria exactitud de los siguientes, tomados de una composición de Gutiérrez González, la *Visita*:

Yo perdí este solo de oros
 El más grande que se ve:
 Seis de cuatro matadores
 Rey de copas, cuatro y tres;
 Por consiguiente, dos fallas...
 —Pero hombre, no puede ser!
 ¿Lo perdiste?... —Lo perdí.
 —¿Por mal jugado? —Tal vez!
 Me recomieron los triunfos
 Que en las dos fallas jugué,
 Me asentaron los chiquitos
 Y me fallaron el rey.

Y esta discusión gráfica, después de que el *entrador se la lleva?*

....Si yo he podido
 Agachármeme á su tres!
 —No, señor, con un triunfíto
 De los míos que tenga usted!
 —O que usted vuelva sus bastos!
 —O que no vuelva oros él!...
 —Es puesta! —Le doy codillo!...
 —Si era más grande! —Da, Andrés.

Un paréntesis, yá que de tresillo he hablado. Es el juego favorito de Bogotá; pero á diferencia del Perú, sólo lo juegan los hombres. Sabido es que en Lima, todas las noches hay, en una ú otra casa, la clásica partida de *rocambor* (tresillo) en que toman parte las señoras. En los tiempos de opulencia, durante la estación de baños en Chorrillos, se ha llegado á jugar hasta... á *chino* la ficha. El contrato de un chino, por tres ó cuatro años, importa 300 ó 400 pesos fuertes. El que perdía, generalmente hacendado, pasaba al día siguiente á la hacienda de su ganador, el número de fichas-chinos que había perdido la víspera... En Bogotá no se hila tan grueso... y en el Perú pasaron también esos tiempos. Pero los bogotanos son famosos por su habilidad en el tresillo. Martín, Holguín, de Francisco... no tienen rivales. Carlos Holguín, durante su permanencia en España, donde no son mancos, ha asombrado á las más fuertes espadas del *Veloz*... No he podido menos de sonreír al encontrar, en el admirable estudio del señor Camacho Roldán, uno de los hombres más sabios y distinguidos de Colombia, sobre el poeta Gutiérrez González, este característico comentario á los versos sobre el tresillo, que he trascrito en primer término:

“La exposición de la partida es tan clara y la explicación de los azares que determinaron la pérdida de ella tan completa, que cualquier aficiona-

do, sin ser un Miguel Angel en ese arte divino, puede comprender en el acto que se perdió *de puesta en la que el pie, que indudablemente tenía caballo y siete de copas, hizo las cuatro basas y el mano la falla del rey, habiendo sido atravesado el entrador.*" (1)

¿No es un maestro el que habla?...

Esa facilidad de Gutiérrez González no se desmentía un solo momento. Un día, su amigo Vicente X..., lo encuentra á media noche, inclinado sobre el caño, expiando duramente las numerosas libaciones de una comida de donde salía. El que ha pasado por ese trance, sabe que no es el más á propósito para entregarse á la improvisación poética.... Sin darse cuenta de lo que Gutiérrez González hacía, pero reconociéndolo, el amigo se le acerca y le pregunta naturalmente:

—¿Qué estás haciendo, Gregorio?

—Déjame, por Dios, Vicente,

Que estoy pasando actualmente

Las penas del purgatorio!

contesta en el acto el poeta incorregible.

Rafael Pombo, á pesar de las reiteradas instancias de sus amigos y de ventajosas propuestas de editores, nunca ha querido publicar sus versos coleccionados. Tiene horror por la masa y cree que

(1) *Gregorio Gutiérrez González*, por S. Camacho Roldán (*Repertorio Colombiano*).

pocos son los poetas que resisten á un análisis del conjunto de sus obras. Opino como él; aunque lleve la firma fulgurante de Víctor Hugo, un grueso volumen de poesías aterra. La ceguedad del cariño paternal impide hacer una elección prolija y más de una composición de aquellas que deben morir en el silencio del hogar ó pasar como una hoja seca en la rápida publicidad de un diario, queda estampada para siempre en el *tomo* que dormirá eternamente en la biblioteca. Cuántas reputaciones poéticas ha muerto la manía del volumen y cuántos arrepentimientos para el porvenir se crean los jóvenes que, cediendo á una vanidad pueril, se apresuran á coleccionar prematuramente las primeras é insípidas florescencias del espíritu, *ensayos* en prosa ó en verso. . . .

En cambio, Diego Fallon acaba de publicar sus poesías en un volumen (Bogotá, 1882). ¿Sabéis cuántas son? Dos! Un canto *A las Rocas de Suesca* y otro *A la Luna*. Hé ahí todo su *bilan*, como composiciones de aliento.

Figuraos una cabeza correcta, con dos grandes ojos negros, *deux trous qui lui vont jusqu'à l'âme*, pelo negro, largo, echado hacia atrás, nariz y labios finos, un rostro de aquellos tantas veces reproducidos por el pincel de Van Dyck. Un cuerpo delgado, siempre en movimiento, saltando sobre la silla en sus rápidos momentos de descanso. Oídlo, porque es difícil hablar con él y bien tonto es

el que lo pretende, cuando tiene la incomparable suerte de ver desenvolverse en la charla del poeta el más maravilloso kaleidoscopio que los ojos de la inteligencia puedan contemplar. ¿De qué habla? De todo lo que hay en la tierra y en los cielos, de todas esas cosas más de que Hamlet habla á Horacio y que sólo los poetas ven. ¡Qué lujo, qué prodigalidad! Yo no sé con qué ojos ese diablo de hombre mira los aspectos de la vida, pero el hecho es que jamás uno ha observado el lado curioso, la faz bella ó grotesca que él señala. Aquello es una orgía intelectual, un torrente, una avalancha... hasta que el reloj da una hora y el visionario, el poeta, el inimitable colorista, baja de un salto de la nube dorada donde estaba á punto de creerse rey y toma lastimosamente su Ollendorff para ir á dar su clase de inglés, en la Universidad, en tres ó cuatro colegios y qué se yo dónde más. Fallon es hijo de inglés y lo educaron en Inglaterra para ingeniero!

Ese calavera, ese despilfarrador de su savia íntima, ha escrito en su vida, lo repito, dos composiciones. Impotencia? Hablaría en verso un día entero. Desidia? Necesita más actividad moral para una charla de una hora que para un poema. No; una concepción altísima y respetuosa del arte, la idea de que el poeta debe cuidar su obra hasta llevarla al grado de perfección que es dado alcanzar al hombre. Fallon confiesa que hay cuarteta que

le ha costado meses; quería encerrar en cuatro versos una idea y, ó el ritmo la desfiguraba ó el verso reventaba. Así, qué júbilos íntimos, qué francas y abiertas alegrías cuando al fin, al último golpe de cincel, la estatua aparecía pura, tal como la soñó el maestro!

Si hay un arte en el que la espontaneidad, la facilidad de la forma importa un grave peligro, es la poesía. Hay oídos musicales de nacimiento, como hay retinas que ven más hondo que el ojo humano común. Esos privilegiados son portentos hasta los quince años, vulgaridades hasta los veinticinco, ceros después. La labor fácil les ha hecho perder el sentimiento de lo bello, de lo concluído, de lo verdadero y expresivo. ¡Cuántas noches ha costado á Byron cierta estrofa que hoy vemos desenvolverse con una soltura y elegancia tál que parece haber nacido de una pieza, como la Minerva griega! Un manuscrito de Goethe ó Schiller impone un grave respeto; ¡qué esfuerzo, qué tenacidad en la lucha contra la forma rebelde que no expresa, que no quiere expresar el pensamiento! ¡Quién creería que el maestro típico de la espontaneidad, el cantor de Vauclusa, el divino Petrarca, que ha escrito más sonetos que estrellas tiene el cielo, labraba el verso como Gioberti el bronce? (1)

(1) "He empezado este soneto con la ayuda de Dios, el 10 de Septiembre, desde el alba, después de mis oraciones matinales.— Será necesario rehacer estos dos versos, *cantándolos* é in-

Y Musset y Hugo mismo? Y Manzoni y Leopardi... y todo lo que vale y todo lo que queda?... Hacía quince días que Béranger estaba preso, cuando un amigo que lo visitaba le preguntó cuántas canciones había hecho en ese tiempo: 'Aún no he concluído la primera; ¿creéis que una canción se hace como un poema épico?'

La prosa vulgar se traga, como el pan común; pero una *crème fouettée* insípida... no. Detesto el mal verso y me es una fatiga enorme la lectura de esos volúmenes rimados que no dejan preocupación ni agitación; prefiero las dos composiciones de Fallon á la mayor parte de los gruesos tomos de versos que han hecho gemir las prensas de la América española y de la España misma...

¿Quién de entre nosotros no tiene perdida en la memoria la sensación deliciosa de una noche de luna, cuando, con el espíritu tranquilo bajo la plácida influencia de esas horas silenciosas, se sigue el rayo de luz entre los árboles, en los campos y en los cerros, poblándolo, como el haz luminoso sobre la cuna de Belén bajo el místico pincel de Durero, de visiones tenues y flotantes, de sueños y recuerdos?... Cuál es aquel que, impotente para crear,

vertir el orden. Tres de la mañana, 19 de Octubre.— Esto me agrada. 30 de Octubre, diez de la mañana.— No, esto no me agrada.— 20 Diciembre, á la tarde.— Será necesario volver sobre esto; me llaman á comer.— 18 Febrero, hacia las nueve: Ahora va bien: será preciso volver á ver aún..." (Manuscrito de Petrarca, cit. por J. Klaczko.—(*Causeries florentines*).

no ha pedido al arte un reflejo, en el verso ó el color, encontrándolo á veces en la música, de esos diálogos íntimos entre el alma y las escenas de la noche, bajo la blanca luz de la luna? Hé ahí el motivo de mi predilección por la dulce poesía de Fallon; nadie como él, hasta ahora, me ha hecho leer con mayor claridad dentro de mí mismo, dando forma y vida á las ideas y sensaciones confusas que en otro tiempo, en los días de entusiasmo, la luna serena hacía brotar en mi alma. . . . Oíd, quiero citar algunas estrofas. Reclinad la cabeza sobre el cómodo respaldo del sillón, allí, bajo el corredor, frente á los árboles que una brisa imperceptible mueve apenas, á favor de ese silencio profundo é íntimo de las noches en el campo, dejad venir los recuerdos, cantar las esperanzas. . . . Pero, con los ojos entreabiertos bajo el párpado que la quietud adormece, mirad el cuadro. . . .

Yá del Oriente en el confin profundo,
La luna aparta el nebuloso velo
Y leve sienta, en el dormido mundo,
Su casto pie con virginal recelo. . . .

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece á su mirada.
Un lucero, no más, lleva por guía;
Por himno funeral silencio santo;
Por solo rumbo la región vacía
Y la insondable soledad por manto.

.....
De allí desciende tu callada lumbre
Y en argentinas gasas se despliega
De la nevada sierra por la cumbre
Y por los senos de la umbrosa vega.
Con sesgo rayo por la selva oscura
A largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura,
En mármol torna las desnudas rocas.
.....

Y yo en tu lumbre difundido ¡oh luna!
Vuelvo al través de solitarias breñas
A los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,
El lago del desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera
Y el lujo de los cielos en su seno.
Oh! y éstas son tus mágicas regiones
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberintos de selvas y peñones
En que tu rayo con las sombras lucha.
Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del Caos, por el mundo errantes,
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.
.....

A tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el desierto agita;
No hay en los seres voz ni movimiento;...
El corazón del mundo no palpita...
Se acerca el centinela de la muerte!

Hé aquí el Silencio! Sólo en su presencia
 Su propia desnudez el alma advierte,
 Su propia voz escucha la conciencia.
 Y pienso aún y con pavor medito
 Que del Silencio la insondable calma
 De los sepulcros es tremendo grito
 Que no oye el cuerpo y estremece el alma!

.....

El que vistió de nieve la alta sierra,
 De oscuridad las selvas seculares,
 De hielo el polo, de verdor la tierra
 Y de hondo azul los cielos y los mares,
 Echó también sobre tu faz un velo,
 Templando tu fulgor para que el hombre
 Pueda los orbes numerar del cielo,
 Tiemble ante Dios y su poder le asombre.
 Cruzo perdido el vasto firmamento,
 A sumergirme torno entre mí mismo
 Y se pierde otra vez mi pensamiento
 De mi propia existencia en el abismo....
 Delirios siento que mi mente aterran:
 Los Andes, á lo lejos, enlutados,
 Pienso que son las tumbas do se encierran
 Las cenizas de mundos yá juzgados....

.....

El último lucero en el Levante
 Asoma y triste tu partida llora:
 Cayó de tu diadema ese diamante
 Y adornará la frente de la Aurora.
 Oh luna, adiós! Quisiera en mi despecho,
 El vil lenguaje maldecir del hombre!

Que tantas emociones en su pecho,
Deja que broten y les niega un nombre.
Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda al verte su misión sublime
Y el frágil polvo sacudir quisiera.
Mas si del polvo libre se lanzara,
Esta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo!
Porque esos astros, cuya luz desmaya,
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa,
Del mar que se abre á su futuro vuelo!

No he podido rendir un homenaje más digno á las letras de Colombia, que la trascripción de esos versos de Diego Fallon. . . .

Vencer las mayores dificultades del verso, sea en la forma, en la trasposición ó en la rima, derramar la gracia, el chiste, la fina ironía en sus composiciones, es un juego para D. José M. Marroquín. Ha hecho una glosa rimada de los primeros libros de Tito Livio, que no vacilo en considerar como uno de los trabajos más perfectos, que en ese género, se hayan escrito en nuestro idioma. Castizo, correcto, parece que buscara los trances más difíciles de la sintaxis, como para probar que los tesoros del español son inagotables. ¡Qué galana facilidad y qué felicidad de pincel! Sus versos quedan en la memoria y siempre

su recuerdo trae una sonrisa. Quién que haya leído *El Cazador y la Perrilla* no verá siempre aquella pobre perra enteca, flaca, que

Era otrosí, derrengada,
La derribaba un resuello. . . .
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.

D. Ricardo Carrasquilla tiene también composiciones felicísimas de ese género; sobre todo, á mi juicio, un curiosísimo diálogo con el Salto de Tequendama, á quien presenta un literato español, de paso por Colombia. Siento no poder transcribirlo aquí; pero si fuera á reproducir todo lo bueno que ha producido la literatura colombiana contemporánea, no me bastaría por cierto un volumen.

José María Samper ha escrito seis ú ocho tomos de historia, tres ó cuatro de versos, diez ó doce de novelas, otros tantos de viajes, de discursos, estudios políticos, memorias, polémica. . . . qué sé yo! Es una de esas facilidades que asombran por su incansable actividad. Jamás un instante de reposo para el espíritu; cuando la pluma no está en movimiento, lo está la lengua. Sale del Congreso, donde ha hablado tres horas, continúa la perorata en el *altozano* hasta que cae la noche y luégo á casa, á escribir hasta el alba. Y eso todos los días, desde hace largos años. Ha sido periodista en el Perú, ha viajado por toda la Euro-

pa, ha producido más que un centenar de hombres. . . . y aún es joven y lo alienta un vigor más intenso que nunca. Naturalmente, en esa mole de libros sería inútil buscar el pulimento del artista, la corrección de líneas y de tonos. Es un río americano que corre tumultuoso, arrastrando troncos, detritus, arenas y peñascos, pero también partículas de oro, como dice Marius Topin refiriéndose al viejo Dumas.

En Bogotá hay mucha afición por las veladas literarias, que allí llaman *Mosaicos*, tal vez por la variedad de temas que se tratan. Los jóvenes bogotanos comparan un *mosaico* á un concierto clásico á puerta cerrada. . . . y son capaces de montar á caballo y largarse á la hacienda al menor anuncio de un festival semejante. Pero yá he dicho que los jóvenes allí son unos escépticos empecinados, que no creen en nada, ni aun en las dulzuras de la rima con té. Por mi parte, no tuve el placer de asistir á ninguna de esas reuniones; pero poco antes de mi llegada, el Sr. Soffin, Ministro de Chile, que es un poeta distinguidísimo, había invitado á un *mosaico*, en un soneto esdrújulo de una dificultad de factura agobiadora. Al día siguiente, tenía cuarenta sonetos, con las mismas rimas, aceptando la invitación. Su lectura debía constituir el *mosaico*. Samper mandó cuatro, disminuyendo una sílaba en cada uno! . . .

Puede Colombia á justo título estar orgullosa

de dos hombres, jóvenes aún, pero cuya reputación de sabios y profundos literatos ha salvado los mares y extendídose en la península española. El primero es D. Miguel Antonio Caro, hijo del inspirado poeta D. José Eusebio Caro, cuyas nobles estrofas *En boca del último Inca* son conocidas por todos los americanos.

M. A. Caro es el autor de la soberbia traducción de Virgilio, en verso español de una fidelidad aterradora; se siente frío al pensar en la labor perseverante que ha sido necesaria para encerrar cada verso latino, de la rica lengua virgiliana, en el correspondiente español. Así, los que leen la traducción de Caro, encuentran en ella el mismo sabor delicioso que se desprende de la lira del cisne de Mantua, la misma fuerza y aquella suavidad exquisita é insuperable que ha hecho de Virgilio el príncipe de los poetas latinos. Ese trabajo ha sido ya juzgado por la crítica eminente de España y el nombre de su autor se pronuncia hoy en la Academia Real con el mismo respeto que el de los más grandes peninsulares. . . . (1)

La introducción de Caro á la *Historia General* de Piedrahita, á las *Poesías* de Bello, etc., son simplemente obras maestras, en las que se encuen-

(1) Menéndez Pelayo en su obra *Traductores de la Eneida*, juzga la traducción de Caro como "la mejor que existe en español." Madrid, 1879.

tran al par de una riqueza y galanura de lenguaje á que estamos poco habituados en nuestra América, la vasta y sólida erudición de un filólogo que no ignora uno solo de los progresos de esa ciencia nueva en el mundo moderno.

Los trabajos del Sr. Caro imponen respeto y es precisamente en nombre de ese sentimiento, que después del elogio sincero y altísimo, quiero consignar la impresión ingrata que me han dejado algunas de sus páginas.

El Sr. Caro es, en política, en religión y literatura, el tipo más acabado del *conservador*, dando á esa palabra toda la extensión de que es susceptible. Nada tengo que ver con sus ideas sobre la marcha de las cosas en Colombia ni con las respetabilísimas inspiraciones de su conciencia; pero cae bajo el dominio de la crítica su apasionamiento ilimitado por las cosas que fueron, la glorificación constante del pasado, del pasado *español*, contra todas las aspiraciones del presente, aun del presente *español*. Si la casualidad ha hecho que el cuerpo del Sr. Caro haya venido á aumentar la falange humana en suelo colombiano, su espíritu ha nacido, se ha formado y vive en pleno Madrid del siglo XVI. Allí respira, allí se reconoce entre los suyos, allí se apasiona y discute. Hay hombres que se detienen en un momento de la historia y por nada pasan el límite marcado por su predilección, casi diría por su monomanía. No leen yá, releen,

como decía Royer-Collard. En ellos es disculpable esa obstinación apasionada; no conocen sino ese mundo, por tanto, no pueden compararlo al presente. Pero el Sr. Caro ha leído cuanto es posible leer en treinta años de vida intelectual; su alta inteligencia ha entrado á fondo en la literatura moderna y pocos como él podrían hablar con tal autoridad de lo que en materia de ciencias y letras se ha hecho en el mundo en los últimos cien años. Esa riña inconciliable con el presente, es pues un fenómeno curioso en un espíritu de esa altura y nos sería lícito esperar que la influencia de tales ideas se limitara al respeto de la forma y no alcanzara á obrar sobre la percepción de las cosas. Qué acentos de indignación encuentra Caro para increpar á Quintana su grito generoso, humano, cuando reconociendo las crueldades de la conquista, quiere alejar de su patria la maldición de un mundo y echar la responsabilidad sobre la época! Un monje fanático, apoderado de Valverde en la corte de España, no habría hablado con mayor vehemencia ni encono. . . . Comprendo y soy el primero en seguir al Sr. Caro en este camino, que es tiempo de poner término á la estéril declamación contra la conquista, que ha dado alimento sin vigor á la literatura americana durante veinticinco años. Pero llegar á la santificación del pasado, sin exceptuar la Inquisición y el régimen colonial, paréceme que es un prurito retrospectivo inconciliable con la luz natural de esa alta inteligencia. . . .

Rufino Cuervo es el autor de ese libro tan popular hoy, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Es otro sacerdote del pasado, aunque menos inflexible que el Sr. Caro, por el que profesa, con razón, una admiración sin límites. La ciencia, los largos años de estudio que ese volumen de Cuervo revela, prueba que también en América tenemos nuestros benedictinos infatigables. Todas las locuciones vulgares, todas las adulteraciones que el pueblo americano, bajo la influencia de las cosas y de su propia estructura intelectual, ha introducido en el español, son allí prolijamente estudiadas, corregidas, y... *limpiadas*. (¡Limpia y fija!) Actualmente Cuervo se encuentra en París, metido en su nicho de cartujo, levantando, piedra á piedra, el monumento más vasto que en todos los tiempos se haya emprendido para honor de la lengua de Castilla. Es un *Diccionario de Regímenes, filológico, etimológico*.... Qué sé yo! Aquello asusta; cuando Cuervo me mostraba en Bogotá las enormes pilas de paquetes, cada cual conteniendo centenares de hojas sueltas, cada una con la historia, la filiación y el rastro de una palabra en los autores antiguos y modernos.... sentía un vivo deseo de bendecir á la naturaleza por no haberme inoculado en el alma, al nacer, tendencias filológicas. "Yá están reunidos casi todos los ejemplos, me decía Cuervo; ahora falta lo menos, la redacción." Redactar

cuatro, ó diez, ó sabe Dios cuántos volúmenes de diccionario. . . . lo menos! Y como redacta Cuervo con una sobriedad, una precisión y elegancia que obliga á cincelar la frase! Si uno de nosotros, después de tres horas de redacción suelta, incorrecta, *à la diable*, tira la pluma con disgusto, ¿qué sería si se levantara ante nuestros ojos, como en una pesadilla, la columna de papel blanco que hay que llenar para concluir el diccionario de Cuervo?.... ¿Y sabéis dónde han sido concebidas, meditadas, escritas esas obras? En una cervecería. Rufino y Angel Cuervo son hijos de un distinguido hombre de Estado, que fue Presidente de Colombia. Quedaron sin fortuna. ¿Qué harían? Politicar, chicanear en el foro, morirse de hambre declamando en el jurado?... Pouah! Fundaron una cervecería en Bogotá, sin recursos, sin elementos y sobre todo, sin probabilidades de éxito, porque había que luchar con la *chicha* predilecta del indio. “Yo mismo he embotellado y tapado!” me decía Rufino. “En seis años, no he tenido un día de reposo, ni aun los domingos,” me decía Angel. En diez años, lograron la fortuna y la independencia.... ¿para qué? Para gozar, para vivir en París, en el *boulevard*, perdiendo la vida, la savia intelectual, en el *café* y el *boudoir*? No; simplemente para trabajar con tranquilidad, sin interrumpirse sino para despachar un cajón de cerveza, para adquirir el derecho de perder el pelo y la

vista sobre viejos infolios cuyo aspecto da frío!...

Pero la obra de Rufino Cuervo será un timbre de honor para su patria y para nuestra raza.

Repito que no es mi propósito (ni sería este el sitio aparente) hacer un resumen de la historia literaria de Colombia. Si he consignado algunos nombres, si me he detenido en el de algunas de las personalidades más notables de la actualidad, es porque habiendo tenido la suerte de tratarlas, entran en mi cuadro de recuerdos. De todas maneras, basta con lo que he dicho para hacer comprender la altura intelectual en que se encuentra Colombia y justificar la reputación que tiene en la América entera. País de libertad, país de tolerancia, país ilustrado, tiene felizmente la iniciativa y la fuerza perseverante necesaria para vencer las dificultades de su topografía y corregir las direcciones viciosas que su historia le ha impuesto.

EL REGRESO

Simpatía de Colombia por la Argentina—Sus causas—Rivalidades de argentinos y colombianos en el Perú—Carácter de los oficiales de la Independencia—La conferencia de Guayaquil—Bolívar y Sanmartín—Una hipótesis—El recuerdo recíproco—Analogías entre colombianos y argentinos—Caracteres y tipos—La partida—En Los Manzanos—Las mulas de Piquillo—El almuerzo—El tuerto sabanero—Una lluvia en los trópicos—En Guaduas—Encuentros—En busca de mi tuerto—Un entierro—Recuerdo de los Andes—Viajando en la montaña—El viajero de la armadura de oro—D. Salvador—Su historia—Su famosa aventura—Pobre D. Juan!—Una costumbre quichua.

Mi permanencia en Colombia había concluído, debiendo pasar, por disposición de mi gobierno, á ocupar una de las legaciones argentinas en Europa. Fue entonces, en medio de la agitación que siempre producen las nuevas perspectivas, los cambios radicales en el curso de la vida, que me apercibí de mi cariño por el pueblo que tan abierta y generosa hospitalidad me había dado. Y no era por cierto el sentimiento exclusivo de mi gratitud personal; era algo más alto, era el afecto profundo por aquella sociedad que hablaba de mi patria con una predilección marcada sobre todas las naciones del continente y que había querido

honrar en mí al representante de la tierra argentina.

Es la primera y última vez que hago una referencia á mi posición oficial en Colombia; pero quiero que, si algún argentino lee este libro, sepa que en Bogotá, desde los altos poderes públicos, hasta el pueblo mismo en sus ingenuas manifestaciones, no han cesado un momento de demostrarme la viva simpatía por nuestra patria, el contento generoso por sus progresos y el deseo de estrechar con ella relaciones íntimas y cordiales, en beneficio del adelanto y de la paz americana.

Esa simpatía responde á varias causas. En primer lugar, los recuerdos de la lucha de la Independencia. Todos conocemos aquella rivalidad caballeresca, que tenía por teatro la vieja Lima, entre los oficiales colombianos y los argentinos, entre los vencedores de Boyacá y los vencedores de Chacabuco. Antagonismo de héroes, combates de cortesía, como habría dicho un heraldo de armas del siglo XV. Los colombianos tenían por jefe á Bolívar, los argentinos á Sanmartín y todos comprendían que esas dos glorias nó cabían en el continente. Los colombianos traían marcadas en las heridas de la carne y muchos en las del corazón, las huellas del largo batallar en las llanuras de Venezuela y en los cerros granadinos contra la fuerza, la arrogancia y el valor español. Los argentinos recordaban la incomparable hazaña del paso

de los Andes, cuando, en las alturas donde mora el cóndor, había librado combates inmortales. Unos y otros miraban el Perú como tierra conquistada, propia; unos y otros hacían resonar sus espuelas en el pavimento de la ciudad de Los Reyes con la altivez de triunfadores y tal vez con la conciencia de la superioridad sobre los que acababan de libertar. ¡Y qué hombres! Sucre, Córdoba... de un lado, Lavalle, Necochea... del otro. Nubes cargadas de electricidad en presencia! No brotó el rayo, pero el relámpago iluminó más de una vez los varoniles rostros.

Tanto los oficiales de Bolívar como los de Sanmartín pertenecían á la clase más elevada de las sociedades de Colombia y el Río de la Plata. La altivez nativa se unía á la jactancia castellana del valor. Habitados á jugar la vida á cada instante, á los triunfos fáciles en amor, al amparo de su maravilloso prestigio en América, el antagonismo no se concretaba á la reputación militar, sino que revestía sus formas más irritantes en el *estrado* donde la limeña hacía brillar sus ojos tras el abanico de encaje. Allí, la voz de bronce de la disciplina tuvo que sonar más de una vez para impedir que el rápido cruzar de palabras irónicas en el salón, no se convirtiera, en la calle, en el centellear de las espadas.

Antagonismo de cabezas ligeras y corazones calientes como fueron todos esos oficiales de la

guerra de la Independencia, aristocráticos hasta la médula, desprendidos, generosos, con el sentimiento más que con la razón de la causa por que jugaban la vida, enardecidos por la lucha y siguiendo la bandera de su jefe con la ciega obstinación de un oficial de Wallenstein en la guerra de treinta años. El largo alejamiento de la patria, la persistencia tenaz de la lucha, la efímera ocupación del suelo que concretaba con frecuencia esa misma patria á los límites del campamento y en los días de batalla, á la tierra del combate, la influencia, por fin, de la vida militar prolongada, habían hecho de los oficiales argentinos y colombianos, el prototipo de hombres ligeros en el pensamiento y la acción, brillantes en la despreocupación del porvenir, viviendo *au jour le jour*, sabiendo que con valor pagaban y seguros de que el caudal no concluiría.

Al fin, uno cedió. ¿El más patriota, el más razonable? Cuánto se ha dicho sobre esa entrevista de Guayaquil, que algunos historiadores, para quienes las cosas de la Independencia están siempre al diapasón de la tragedia, han querido cubrir de un velo de misterio y levantar al nivel de los grandes problemas históricos! Al norte del Ecuador, el acto de Sanmartín no fue sino el acatamiento respetuoso del genio y del *derecho* de su rival; al sud, la abnegación suprema de un gran corazón, la inspiración del patriotismo, el genero-

so sacrificio de sí mismo en obsequio de la causa americana. A mis ojos (y bien osado me encuentro para hablar de estas cosas, después de voces tan altas y autorizadas) no hubo sacrificio *personal*, en el retiro del general Sanmartín. Todo es cuestión de organización moral; Bolívar, retirándose á la vida privada ó Sanmartín, manteniendo á sangre y fuego su primacía en el Perú, habrían sido hechos tan fuera de la lógica, tan contrarios á su carácter, como naturales fueron los papeles diversos que les tocó en el drama. Bolívar. . . se me ocurre suponer á Bolívar nacido en suelo argentino, miembro de la logia Lautaro (allí Alvear habría encontrado su maestro) vencedor en San Lorenzo, general transitorio del ejército del norte, organizador, en fin, del ejército de los Andes. ¿Cuál habría sido su actitud ante la situación interna del país bajo el directorio de Rondeau? Habría, como Sanmartín, desobedecido, cruzado la montaña y dando la espalda á la anarquía, más aún, á la agonía de la patria nueva, ido á libertar al Perú? Habría, una vez en el Perú, vencedor, cedido el puesto á Sanmartín, viniendo del norte, embarcándose y al llegar frente á las playas de su tierra, negándose á pisarlas, porque la guerra civil la asolaba, para ir á terminar en la vida de un *bourgeois* meditabundo, su carrera de acción y de luz? Y allí, en su casita de los arrabales de Bruselas, Bolívar, en 1830, cuando un pueblo golpeaba

á su puerta pidiéndole que se pusiera al frente de la insurrección contra un opresor tan odiado como el español. . . . habría contestado á los belgas con la seca lógica de Sanmartín? A mi juicio, los rumbos de la historia americana habrían cambiado profundamente; el espíritu se pierde en la conjetura, pero el estudio de los caracteres de esos dos hombres permite asegurar que su acción, en medios idénticos, habría sido diversa. Bolívar ansiaba algo más que la gloria militar, que era el todo para Sanmartín (me refiero á las ambiciones y no á los sentimientos patrióticos de los dos libertadores). Bolívar veía más alto y más lejos, pero Sanmartín veía más recto. El uno había nacido para dominar, el otro para vencer. Bolívar tenía la tela de aquellos generales romanos que se hacían proclamar emperadores por las legiones que mandaban en el fondo de la Germania ó en las montañas de la Hispania. Sanmartín era un general del tiempo de la república; habría cavado gustoso la tierra. . . . pero después de vencer. Para Bolívar la tarea empezaba después de la batalla; para Sanmartín concluía.

En 1826, Bolívar pedía aún una coalición americana contra el Brasil; más aún, la ofrecía. . . . con tal que se le diera el *mando supremo*. Sanmartín quedaba silencioso en Boulogne. Insaciable el uno, por temperamento, por vibración intelectual, por el correr violento de la sangre; frío, se-

reno, reposado el otro, por la glacial y predominante fuerza de la razón. Caudillo, tribuno, político, ora cacique de barrio, ora diplomático de alto vuelo el primero; el segundo, soldado. ¿Soldado, con la religión del deber, el primero bajo la disciplina, soldado, según la idea moderna y exacta? No lo sé; pero sí, soldado en su corte moral, en sus propósitos, en sus ambiciones, en el ideal de su vida, trazada de antemano como la trayectoria de una bala de cañón. ¿Qué tenía que hacer semejante hombre en el Perú, después de la victoria? La independenciam era un hecho yá y su consagración definitiva, Junín, Ayacucho, cuestión de días más. Y luégo? Ser dictador del Perú, crear, por un movimiento de orgullo, ese absurdo de Bolivia, rotulándolo con su nombre, volver á Buenos Aires, hacerse dictador en el hecho, saltar una tarde por una ventana ante la conspiración que avanza, salvado por su querida, para ir á pasar la noche bajo el arco de un puente miserable y salir al alba con el rostro lívido y el traje maculado? . . . No, Sanmartín no era hombre de ese corte. Había concluído su misión. Lo tomó, á más, el desencanto profundo de los que llegan á la meta y allí, fría el alma, repiten el triste gemido del salmista? Tal vez. . . . Pero el hecho es que era un hombre concluído. Volver á su patria, hundirse en la estéril abnegación de Belgrano, deshojar uno á uno sus laureles luchando, como el vencedor de Tucumán,

contra oscuros gauchos que lo vencían... ó verse, en un consejo militar, burlado por un Moldes ó un Dorrego, petulantes, irritables y escépticos, Bolívares pequeños, turbulentos é implacables por trepar al poder? No era ese su corte, lo repito, y eso felizmente para su gloria.

Tengo, pues, para mí, que Sanmartín, al embarcarse en el Callao para Guayaquil y al sentarse en aquel sofá al lado de Bolívar, dominándolo con su alta talla, tenía yá resuelto en el fondo de su espíritu todo el problema. No hubo misterio, no hubo la abnegación desgarradora que se dice; hablaron un cuarto de hora sobre el tema, una hora sobre sí mismos... y todo quedó arreglado. Un fisiólogo habría previsto el retiro de Sanmartín, como un astrónomo el regreso de tal cometa, siguiendo ambos las leyes de la naturaleza, inmutables en el cielo como en el microcosmos humano....

Después de la partida de Sanmartín, el antagonismo entre colombianos y argentinos se acentuó más aún; la arrogancia recíproca dio origen á la triste página de Arequito, lo que no impidió más tarde las heroicidades de los granadinos y de los hijos del Plata en los campos de Junín y Ayacucho. Pero cuando sonó la hora del regreso, para volver á la patria, á morir casi todos ellos en las oscuras guerras civiles, salvo los elegidos que hallaron tumba gloriosa en Ituzaingo... cómo se

tendieron y estrecharon esas manos varoniles encallecidas por la espada y cómo se humedecieron esos ojos iluminados siempre en la batalla! Trepando en la áspera senda de la gloria llegaron simultáneamente á la cumbre y allí, con la cara torva, se miraron como debieron hacerlo Jiménez de Quesada y Belalcázar al encontrarse frente á frente en la Sabana de Bogotá, partido el uno del Norte, el otro del Sud, después de varios meses de martirio. . . . Más tarde, los colombianos contaban á sus hijos el duro batallar de la independencia, la figura de Necochea, del Murat argentino, abriéndose camino con su sable entre el muro español. . . . y á su vez, los argentinos, los pocos que vegetaban aún en las largas y tristes veladas de la tiranía, narraban en voz baja las hazañas pasadas, cuando Córdoba avanzaba como un héroe legendario, á la voz de "Paso de vencedores!" Y los dos pueblos que habían dado libertad á la América y confundido su sangre en la batalla, dejaban á la generación que los seguía ese legado de cariño, de simpático respeto que hoy muestra Colombia por la Argentina y la Argentina por Colombia.

No nos volvimos á encontrar en las rutas de la Historia. Harto que hacer teníamos con nosotros mismos, ocupados en sangrarnos hasta la extenuación, como si hubiéramos querido fecundar la tie-

rra patria con el jugo de nuestras venas. Pasaron los años, y un día, día feliz para mí, me toca en suerte ir á decir á Colombia que el pueblo argentino no se había olvidado del pasado y que le tendía su mano, no yá para batallar, sino para avanzar unidos en la paz y el progreso. Cómo fue recibida esa palabra, no lo olvidaré nunca, como tampoco la sensación inefable, grave y profunda que se siente cuando el destino nos llama, en uno de esos momentos, á representar la patria en el extranjero.

¿En el extranjero?... Debía nuestro idioma tener otra palabra para designar los pueblos idénticos á nosotros. No puedo conformarme en designar con la misma voz á un uruguayo ó á un colombiano, que á un alemán ó á un ruso. En el corte moral, somos iguales, como en el tipo físico, en las maneras, en el calor de los cariños, en la rapidez del entusiasmo, y lo diré? en la ligereza con que nos formamos opinión sobre las cosas y los hombres. Concebimos bajo las mismas leyes intelectuales, como aspiramos á la fortuna con idéntico propósito, como con igual desenfado la echamos por la ventana una vez conseguida. Un bogotano, un *cachaco* exquisito, pobre como Adán, había tenido la suerte de ser designado por el Gobierno para conducir á Quito no sé qué piedra conmemorativa de la independencia. Como es natural, recibió de antemano su viático, suma bastan-

te redonda. Cuando llegué, era tal su cariño por la República Argentina y tal su deseo de manifestármelo, que supe estaba resuelto á emplear todo su viático en darme un baile! Me costó un triunfo hacerlo disuadir por medio de un amigo. Es el mismo *cachaco* que decía, no sé en qué ocasión solemne, en que había que celebrar algo grande: "Vamos á *calaverear* la República!..." ¿No os parece oír hablar á un compatriota?

Luego la sociabilidad, las mujeres... Idénticas, mis amigos! Caprichosas, dominantes, ocupando en la sociedad aquel puesto de la Argentina, que asombraba al escritor brasileiro Quintino Bocayuva y le hacía atribuírles en gran parte nuestro desenvolvimiento. ¿Y la historia? Una noche, el Dr. Núñez, á quien había pedido me explicara la filiación de algunas aberraciones en la organización política de Colombia, lo hacía de tal manera que me obligó á preguntarle ¿pero dónde ha aprendido usted tan á fondo la historia *argentina*? Las mismas luchas entre las ideas y las cosas, entre las teorías y los hechos fatales, nacidos del estado social, las mismas aspiraciones vagas del núcleo inteligente, estrellándose contra la atonía de la masa, como entre nosotros contra el empuje semibárbaro del caudillaje. Agregad la identidad de origen, la petulancia andaluza, que no perdió nada al pasar el mar, unida al vago fatalismo árabe que empuja al abandono, recordad que jamás argenti-

nos y colombianos discutieron un palmo de tierra ni cambiaron una nota agria por las mil fútiles causas que la diplomacia desocupada inventa, y comprenderéis por qué vive vigorosa y creciente esa simpatía entre los dos pueblos, que nada puede cambiar y que, llevada á la acción, será un día la garantía más firme, la única, de la anhelada paz del continente sudamericano.

Hay que partir; el carruaje espera á la puerta y los buenos amigos que van á acompañarme hasta el confín de la Sabana, están listos. Rueda el coche por las angostas calles, pasámos la plaza de San Victorino y en las últimas casas de la ciudad, me vuelvo para darle la mirada de adiós. Siempre he dejado un sitio con la seguridad de volver... pero Bogotá!

Las cinco horas que empleámos hasta llegar á Los Manzanos fueron para mí tristes, á pesar de la charla animada y espiritual de Roberto Suárez, Carlos Sáenz y Julio Mallarino, que me acompañaban. Una vez en la posada donde debíamos pasar la noche, nos preocupámos de la forzosa restauración de *dessous le nez*, como dice Rabelais. Mallarino había sostenido que en Los Manzanos había vino, lo que hacía inútil el trabajo de llevarlo desde Bogotá. Una vez en la mesa, supimos que no había más que cerveza de Cuervo (á quien respeto como filólogo, como sabio, como todo, menos como cervecero) y... champaña! Pero qué

champaña, mis amigos! Suárez sostenía que era de la casa de Mallarino y éste lo amenazaba con un juicio por difamación, olvidando que en Colombia no los hay. Al fin nos tendimos en unas camas flacas como las vacas de Faraón, pobladas de grandes insectos que bien pronto entraron en campaña. No pude dormir; al alba me levanté, hice ensillar tranquilamente mi mula; mi compañero de viaje, un simpático y respetable caballero establecido en Honda, hizo otro tanto y antes de partir entré al cuarto de mis amigos para darles el abrazo del estribo. Dormían y respeté su sueño. Al bajar, encontré á Sáenz, con quien me indemniqué. Me arregló mis *zamarros* y unas espuelas *orejonas* de media vara que me había regalado él mismo, me envolvió bien en mi ruana y apretando por última vez la mano á aquel amigo que sabe el cielo si volveré á encontrar en los azules de la vida, nos pusimos en marcha. Eran las seis y media de la mañana.

Cõn decir que las bestias que llevábamos eran de *Piquillo*, he dicho su calidad superior. Del mismo modo que M. André, en la *Tour du Monde*, como creo que ya he contado, entregó á la execración universal al que le alquiló mulas en Honda, á mi vez impulsado por un sentimiento humanitario y cumpliendo un acto de justicia, recomiendo á todo el que hacia aquellos mundos se lance, emplear las mulas de *Piquillo*. Mulitas

valerosas, hechas á la tarea, firmes y voluntarias, trepando la cuesta empinada con su pasito menu-do pero incansable, nos hicieron el viaje delicioso. Marchar por la montaña, en las primeras horas de la mañana, sanos de cuerpo y espíritu, bien montados y en medio á los cuadros de una naturaleza que va cambiando lentamente sus perspectivas, es una sensación de las más gratas que conozco.

Al llegar al *Alto del Roble* nos detuvimos un instante y miré largo é intenso la tendida Sabana rodeada de montes y allá, en el perdido fondo, entre las nubes de la mañana, el Monserrate, á cuyo pie duerme Bogotá. . . . Y en marcha.

Descendíamos de la Sabana hacia la tierra caliente; hé ahí Agualarga. Una mirada al pasar, y adelante. A ambos lados del camino, entre la espesa vegetación que cubre la falda de la montaña y allá en el fondo del profundo valle hacia el que bajámos en ziszás, empieza á oírse esa sinfonía peculiar á la región tórrida, á la que nuestros oídos se habían deshabituado en la altura. Eran los grillos, las chicharras, qué se yo del nombre que llevan las estridentes tribus que cantan al sol entre el tupido follaje de la tierra cálida! Los abrigos se hacían pesados y, fenómeno curioso del que se me había advertido, los oídos comenzaban á zumbarme ligeramente. Parece que es efecto del rápido cambio de temperatura, pero pasa pronto.

A poco se nos agregó un hermano del poeta

Pombo, librero en Bogotá, *amateur* botánico, que saludaba por su nombre, como antiguos conocidos, á los *yuyos* del camino. Iba á Chimbe, no sé á qué. Costábale trabajo seguirnos, porque nuestras mulas devoraban la ruta. Con su paso igual y parejo, bajaban, subían, avanzando siempre con una rapidez que me asombraba. No las economizábamos, porque más previsor que á la venida, había hecho preparar, como el compañero, bestias de repuesto en Villeta. La sola idea de pasar ligero por aquel horno me alegraba el alma.

¡Hola! hé ahí á Chimbe, donde nos calafatearon el almuerzo famoso de la venida; ahí está el árbol á cuyo pie, tendido con la rienda de mi mula cansada en la mano, se me apareció la Providencia bajo la forma de un indio montado en un alazán y allá en el fondo de su eterno embudo, Villeta, la dulce al dejar. Hace rato que nos ha dejado Pombo; miramos el reloj. Son apenas las once; hemos marchado más rápidamente que el correo. Nos detenemos un instante en un caserío, donde mi compañero tiene amistades, y parlamentámos hasta conseguir un almuerzo que nos evita detenernos en Villeta. ¡Qué apetito aquel! La buena sopa de papas y el duro trozo de carne salada desaparecieron en el acto. Quién me hubiera dado más tarde esa *fourchette* en Nueva York ó en Paris, para hacer honor á *Delmónico* ó *Bignon*, ó á los renombrados *chefs* de Mde. B.... ó de

Mde. S! . . . Y de nuevo en camino. Poco antes de llegar á Villeta, nos detenemos en algo que debía ser casa de *Piquillo*, porque allí cambiamos bestias. . . . Me he olvidado de dos personajes importantes que nos seguían ó pretendían seguirnos en nuestra marcha vertiginosa, nuestros sirvientes, montados como tales. El mío, un rubio tuerto, *sabanero*, como lo indicaba su tipo, especie de letreiro para la gente del camino, de la que me informaba más tarde sobre su destino, pues acabó por perderseme, mi sirviente, repito, montaba una mulita baja, escueta, regañona, canalla, y el *sabanero* no llevaba espuelas! El espectáculo de aquel taloneo angustioso é incesante me hacía mal, porque me recordaba las peripecias de la venida, y me veía no bajo un prisma muy halagador, muy de *helmuth* y de poncho de guanaco, blasfemando contra mi bestia reacia.

Resolvimos dejarlos atrás y seguimos la marcha, cruzando por Villeta como una tromba. Me habían dado un excelente caballo, habituado á la montaña, y el compañero montaba una mula escogida. Cada vez que divisábamos un camino medianamente plano, galopábamos hasta que la subida sofocaba á la bestia ó el descenso nos advertía que no estaba lejano el momento de rompernos la nuca.

Qué cuesta aquella para salir del valle profundo de Villeta y traspasar la montaña que lo rodea! Parece imposible conseguirlo sin alas; el camino

es malísimo, poco más ó menos como el nuestro de Mendoza á Uspallata, en los Andes argentinos; pero en cambio el lujo salvaje de la vegetación reposa la vista y los hilos de agua que descienden entre flores y follaje alegran el paisaje. El diferente andar de los animales nos había hecho separar unos cincuenta metros del compañero, cuando éste me alcanzó rápidamente y dándome la voz de alarma, me mostró un denso nubarrón que avanzaba cubriendo el cielo, pocos momentos antes sereno y deslumbrador como una placa reflectora. No tuvimos tiempo más que para desprender la inmensa capa de caucho que arrollada llevábamos á la grupa y envolvernos en ella, levantando el capuchón. La lluvia se descolgó, una de aquellas lluvias torrenciales de los trópicos que dan una idea de lo que debió ser el formidable cataclismo que inundó el mundo primitivo. Avanzábamos siempre, las bestias con la cabeza entre las manos y nosotros, silenciosos, inclinados sobre la cruz, cegados por el agua que nos batía el rostro como por bandas compactas y mecidos más que aturdidos por el chocar de la lluvia contra los árboles. No eran gotas, era un raudal seguido y espeso; las piedras del camino lavadas y palidas, se hacían resbalosas y las bestias marchaban con una prudencia infinita. El diluvio duró un cuarto de hora; de pronto el sol brilló de nuevo, los árboles sacudieron las últimas perlas suspendidas en su cañellera, el azul

del cielo apareció más intenso y el coro de los insectos entonó *da capo* su eterna sinfonía. . . .

Eran las tres y cuarto de la tarde cuando llegamos á la plaza de Guaduas, que aún aguarda la estatua de la Pola (1), la más noble entre las hijas del Valle. En media jornada habíamos hecho el camino en que yo empleara dos á la venida; verdad que habíamos andado como *chasquis* y que la gente á quien comunicábamos la hora de nuestra salida de Los Manzanos, no podía creernos. Mi compañero me propuso llevar á cabo la hazaña de ponernos en un día desde la Sabana á Honda, lo que haría nuestro viaje legendario. Acepté por pura botaratería, porque no sólo me era igual sino preferible llegar al Magdalena un día después, para tomar inmediatamente el vapor, evitándome así una noche en Bodegas de Bogotá, noche que se me presentaba bajo un aspecto poco risueño.

Pero en el momento de resolverlo, alcanzamos una numerosa caravana que, en orden de uno por fila, caminaba lenta y pausadamente bajo aquel sol de fuego que impulsaba á acelerar la marcha. Eran los señores Cuervo, de uno de los que he hablado yá, que iban á tomar el vapor, acompañados de varios amigos. Pensaban pasar la noche en Guaduas. A más, al llegar al bonito hotel del Valle, del único que tenía buenos recuerdos de todos los

(1) Policarpa Salabarrieta.

de la ruta, vi en la puerta á las Sritas. Tanco que también iban á Europa. Ante la perspectiva de una buena noche, en agradable compañía, renuncié á mi inútil y quijotesco propósito de llegar á Honda en el mismo día. Mi compañero, que iba á reunirse con su familia, insistió y siguió viaje. Después supe que había tenido que hacer noche en una choza próxima al Magdalena, pues la oscuridad lo había obligado á detenerse.

Entretanto pasó el día, llegó la tarde y mi rubio tuerto, mi *sabanero*, portador de mi maleta más importante, no aparecía. Cuando á la mañana siguiente, todo el mundo en pie, después de una noche de reposo, se preparaba para montar á caballo, constaté con una cólera indecible que mi tuerto maldecido brillaba aún por su ausencia. Resolví continuar el viaje, porque retroceder era inútil y, á más de indagar en el camino si me había precedido, hacer jugar el telégrafo una vez llegado á Honda.

Mientras marchábamos por los duros despeñaderos, no podía menos de admirar la resolución y la voluntad de aquellas tres criaturas delicadas, habituadas á todas las comodidades de la vida, que iban á mi lado sonrientes y conversadoras bajo un sol de fuego, al insoportable movimiento de la mula. El Sr. Tanco sonreía y me recordaba que en su juventud salir á la Costa era una cuestión mucho más grave que hoy. En vez del vapor que íbamos

á encontrar en Honda, había que meterse bajo el toldo de paja de un *champán*, toldo de media vara de alto, que sólo permitía la posición horizontal. Los negros bogas corrían sobre él, medio desnudos, soeces, salvajes en sus costumbres. . . . y esa vida, sobre todo cuando se trataba de subir el río, duraba meses enteros!

Cada cuarto de hora me detenía en la puerta de ranchos extendidos sobre el camino y comenzaba mi eterna cantilena: “¿Ha visto pasar un mozo rubio sobre una mula baya? etc.” En una de esas tentativas, una buena mujer me contestó que en la tarde del día anterior había pasado un *sabanero* tuerto, con la mula cansada. No cabía duda, era el mío. Pero para mayor tranquilidad (tenía todo mi dinero y papeles en la maleta que llevaba mi sirviente, lo que creo explicará mi inquietud) resolví adelantarme solo y piqué mi caballo. El sol caía á plomo y próximos yá al valle del Magdalena, el calor se hacía insoportable. A pesar de sus excelentes condiciones, mi caballo empezaba á fatigarse y me detuve un cuarto de hora bajo un árbol. Allí vi pasar un entierro de las campañas colombianas, cuyo recuerdo aún me hace mal. El muerto, descubierto, con la cara al sol, era llevado sobre una tabla, á hombros de cuatro indios. En Bogotá había visto yá entierros de niños en iguales condiciones, cuadro que deja una impresión negra y persistente. . . . Pero yá que estoy descansando

bajo este árbol de grata sombra, voy á contar á ustedes de los recuerdos de los Andes argentinos que cierta correlación de ideas me trae á la memoria. Es la historia famosa de D. Salvador el *correo*. Si es algo larga, cúlpese á la marcha lenta en la montaña, que da tiempo para narrar.

Viajaba en la cordillera; hacía tres días que estaba separado de los últimos vestigios de la civilización y montado en mi mula, de paso igual y firme, atenta al peligro, ajena á la fatiga, avanzaba entre las gargantas de los Andes argentinos, ya trepando un cerro en cuya cumbre rugían los vientos de los páramos, ya siguiendo lentamente el cauce seco de un río que esperaba el deshielo para convertirse en torrente. La senda era única é inerrable; la brújula, consultada con frecuencia por mera curiosidad, me hacía ver las caprichosas direcciones del camino. Tan pronto la bestia marchaba al Norte, tan pronto al Sud y casi nunca al Oeste, que era el objetivo. Avanzábamos derivando. Como al levantar campamento antes de llegar el alba, mi mula era la primera que estaba lista, tomaba siempre la delantera, mientras el guía y el mozo de mano arreglaban los cargueros. Así marchaba hasta la mitad del día, solo, perdido en mis pensamientos y dejando á veces escapar exclamaciones de sorpresa ante un cuadro cuya salvaje grandeza me hacía detener á mi pesar. Era un cerro desnudo y esbelto, brillando al sol como una

placa de metal bruñido; una garganta, estrecha y sombría, como una profunda herida de estileto en el corazón de la montaña; una cascada cayendo de golpe de una altura enorme, sin gracia y sin majestad, con una brutalidad feroz; un río corriendo silencioso y libre á cien metros bajo mis pies, en el seno de un cauce inmenso, de orillas torturadas por el torrente pasado, ó, por fin, un valle muerto y helado, sin una planta, sin un arbusto, sin un eco. Cuando el calor se hacía insoportable, me detenía á la sombra de un peñasco saliente que nos abrigaba amenazando y esperaba allí á los peones. Una hora después se sentía á lo lejos el rumor del cercero de las bestias de carga, que no tardaban en aparecer en la cumbre vecina que yo mismo acababa de cruzar, detenían allí un momento su paso cansado, levantaban la cabeza al viento y volvían á emprender la marcha resignadas. En un instante el almuerzo estaba pronto, salía á luz el charqui y los fiambres, el buen vino de Méndozza, el mate hacía los honores de postre y, luégo de pasadas las fuertes horas del sol, emprendíamos nuevamente la marcha de la tarde. Los guías hablaban poco; de tiempo en tiempo una observación sobre tal mula que se iba haciendo vieja ó una consulta para arreglar los *sobornos* de un carguero. A veces un canto plañidero y monótono, una triste *vidalita*, pero en general un silencio completo.

Una tarde el sol acababa de desaparecer detrás

de una cumbre y á pesar de que la noche estaba lejos, las sombras caían rápidamente sobre el valle profundo en que marchaba. No había hasta entonces encontrado un solo viajero viniendo de Chile y como estaba completamente separado de la vida activa de los hombres, deseaba saber las cosas que habían ocurrido en el mundo durante mi secuestro voluntario. Así, fue con viva satisfacción que vi aparecer en la cumbre de un cerro un tanto alejado del punto en que me encontraba, un hombre que me pareció cubierto de una armadura de oro y jinete en un caballo resplandeciente. Yo lo miraba desde la oscuridad que á cada instante se hacía más densa, y él recibía, en ese momento de reposo en la altura, los rayos vivos del sol que lo iluminaban, dándole la apariencia que producía esa viva ilusión á mis ojos. Aceleré cuanto pude el paso de mi montura, asombrada de aquella trasgresión de nuestro contrato, en la esperanza de unirme cuanto antes al viajero que debía darme las noticias tan deseadas. Pero el cerro estaba lejos y él lo descendía lentamente al paso medurado de la mula prudente, que afianzaba su pie con firmeza para reconocer la solidez de la senda. Los que viajan en las montañas tienen siempre un sentimiento de gratitud á la mula, cuyo esfuerzo y vigilancia atribuyen, en su vanidad, al respeto y cariño por la vida del hombre que conducen. No podría la

mula contestarles como el marinero de Shakespeare: *None that I love more than myself?* (1)

Había llegado al término de mi jornada de aquel día y al punto que mi guía había designado para pasar la noche, pues de común acuerdo habíamos resuelto evitar las detestables casuchas llenas de insectos que á largas distancias figuran como posadas en la cordillera. De todas maneras, como el camino era único, mi hombre de Chile tenía forzosamente que pasar por él. Primero llegaron mis guías, descargaron las bestias, las aseguraron bien y con las tablas de un cajón de comestibles al que dimos fin esa tarde, hicieron un buen fuego. Nos preparábamos á cenar, yo un tanto retirado de los peones, que nunca pudieron vencer su humildad y cenar junto conmigo, á pesar de mi invitación, cuando desembocó de un recodo mi caballero de la ardiente armadura. Los arrieros se levantaron inmediatamente y saludando al recién venido por el nombre de "D. Salvador," salieron á su encuentro. Nada de transportes; se dieron sencillamente la mano, á la manera gaucha, casi sin oprimirla, contentándose con un contacto fugitivo. Por las miradas de D. Salvador, comprendí que el guía hacía mi presentación y narraba las circunstancias por las cuales había sido él mi acompañante principal. A mi vez, yo estudiaba un poco á D. Salvador que acababa de echar pie á

(1) *Tempest*. I, sc. I.

tierra, aunque conservando aún en la mano las riendas de su mula, pequeña, fuerte, de un color casi negro y vuelta yá á la vulgaridad de su especie, después de los pasajeros resplandores de la cumbre. Era D. Salvador un hombre alto, delgado, con toda la barba canosa y representando unos cincuenta años, lo que servía de base para calcularle diez ó quince más. Tenía los ojos grandes y claros; su traje era el que usa generalmente el arriero de los Andes, un fuerte poncho, botas, un pañuelo al cuello y otro cubriendo la cabeza y parte del rostro y sobre él un sombrero de paja.

Se acercó á mí, me saludó descubriéndose, me dio todas las noticias que conocía y me dijo que era *correo* entre Mendoza y Santa Rosa de los Andes. Siempre me han inspirado una simpatía profunda esos hombres valerosos cuyas filas clarea cada rudo invierno de la Cordillera. Sus sueldos son mezquinos y hasta ahora no han sido acusados de una sola infidelidad, llevando generalmente serios valores en sus valijas. Durante los largos meses que la Cordillera está cerrada por las nieves, emprenden su viaje á pie: algunos, después de quince días de luchas tenaces, llegan á su destino, extenuados, sin voz, hechos pedazos y desnudos. Se han abierto camino á fuerza de perseverancia, desplegando ese valor solitario contra los elementos, que es el timbre más alto del hombre, evitando los ventisqueros, guareciéndose tras una roca

contra la avalancha que cae rugiendo, pasando á veces la noche bajo un mortaja de nieve. Otros quedan sepultados en las cumbres lívidas, y al primer deshielo, sus compañeros entierran piadosamente los restos de aquel que les muestra cómo acaba la triste ruta de la vida.

D. Salvador era de esos hombres; su voz ligeramente ronca revelaba que había pasado más de una noche terrible entre los hielos. Lo invité á cenar y á pasar la noche con nosotros, puesto que su jornada había concluído también. Al alba nos separaríamos y yo le daría cartas para mi tierra. Aceptó gustoso, desensilló su mula, que unió á las nuéstras, puso las valijas en un punto seguro, junto al cual tendió su cama y en seguida se acercó al fogón y sentado en una piedra, empezó á charlar, siguiendo atentamente los progresos del fuego.

Entretanto, mi lecho de campaña había sido también preparado; después en cenar, me tendí en él vestido, como tenía por costumbre, y encendiendo un buen cigarro, placer inefable en la Cordillera como en todos los sitios salvajes, donde las delicadezas de la civilización adquieren un mérito extraordinario, dejé vagar la mirada por los cielos y el alma por el inmenso mundo moral, más grande aún que esa bóveda que me cubría. Pocas noches de mi vida recuerdo más serena y más bella. Era un portento de calma; no corría el

menor viento y el silencio solemne sólo se interrumpía á ratos por uno de esos ruidos misteriosos y lejanos de la montaña, que el eco suave reviste del acento de una queja apagada. A pocos metros corría con imperceptible rumor un hilo de agua. Las estrellas tenían una claridad intensa y el ojo se detenía extasiado ante su rápido y fugitivo fulgor. Los recuerdos venían y el sueño se alejaba....

El guía se me acercó y me dijo:—No puede dormir, señor?—No, pero no lo siento. La noche está muy linda.—¿Por qué no toma un mate y hace hablar á D. Salvador? Es un viejo que conoce medio mundo y que sabe más que Licurgo. Ha andado por Chile, Bolivia y el Perú, y conoce palmo á palmo el terreno donde á esta hora han de estar peleando los ejércitos.

Me picó la curiosidad, me incorporé en la cama y dije en voz alta: “D. Salvador, si no tiene mucho sueño, ¿quiere acercarse un poco? Tomaremos un mate y charlaremos.” D. Salvador se levantó inmediatamente, hizo rodar la piedra en que se sentaba, hasta cerca de mí y sonriendo, se sentó nuevamente.

—Figúrese, D. Salvador, que hace tres días largos que ando entre los cerros, solo y sin desplegar los labios, porque los otros se quedan siempre atrás.

—Nosotros estamos acostumbrados, señor. Pero

una vez, hace yá muchos años, yo también, en un viaje largo, me fastidié de andar solo, encontré un compañero, que más vale no lo hubiera encontrado! y me pasó un caso del que no me he de olvidar nunca.

—¿Era un bandido?

—No, señor; pero, si tiene paciencia, le contaré cómo fue aquello, para que después usted lo cuente, aunque no se le crean. Pero le juro que es cierto y si no, pregúntelo en el Perú, adonde dicen los amigos que usted va.

Fue entonces que D. Salvador me narró la curiosa aventura que á mi vez puse por escrito apenas me fue posible, en mi estilo llano y simple, no atreviéndome á imitar el lenguaje especial y pintoresco con que el narrador la adornó.

D. Salvador era de San Juan; en su juventud, como peón, había recorrido casi todo el territorio de la República conduciendo mulas de un punto á otro, á las órdenes de un capataz. Fue así como se encontró en Salta, donde entró á servir á un arriero viejo y conocido, acompañándole á llevar una recua á Bolivia. Allí se quedó algunos años y luégo, siempre en su oficio, pasó al Perú, se hizo con un pequeño capital, que bien pronto el juego disipó; obligado á volver al trabajo, tomó la profesión de chasqui ó propio, para lo que lo hacía idóneo su fuerza infatigable para andar á caballo, ó más propiamente, en mula. Pero ese oficio, en una tie-

rra donde el indio marcha más rápidamente que la bestia y puede pasar por sitios donde aquella no se arriesga, no era por cierto muy lucrativo. — No es mi objeto narrar las peripecias de la vida de D. Salvador, cómo del interior del Perú pasó á la Costa, cómo se hizo más tarde minero en Copiapó, pasando luégo de nuevo á la República Argentina y ocupando por fin el honroso puesto de *correo* que desempeñaba hacia diez años.

Fue en uno de sus viajes como chasqui en que le ocurrió el *caso* á que él se refería. Estaba en la provincia de Cuzco y volvía de un pequeño lugar, al Norte, cerca de la raya de Junín, que se llama Inchacate. El camino es generalmente accidentado hasta llegar á la vieja capital de los incas, pero no ofrece dificultades de ningún género. Es una senda seguida y angosta, que trepa los cerros, se hunde en los valles y costea los montes altos. Hay pocos ríos y torrentes que atravesar. El clima es dulce y la naturaleza pródiga en esas regiones predilectas de la vieja raza.

Una mañana, al romper el día, D. Salvador, que había hecho noche entre Santa Ana y Chínche, después de haber dejado á su izquierda una pequeña población llamada Buenosaires, cerca de Chancamayo, la que, según me decía, le había hecho acordar de los porteños, una mañana, pues se puso nuevamente en camino, con el espíritu alegre, la mula descansada y caliente el estómago con

un trago de aguardiente. D. Salvador silbaba, cantaba vidalitas, pero se aburría, porque D. Salvador era hombre social y le gustaba en extremo echar su párrafo. A eso de las ocho de la mañana, le pareció percibir bastante lejos, como á una legua larga, un viajero que, montado como él en una mula, trepaba una cuesta. Aunque el desconocido marchaba á paso vivo y le llevaba bastante delantera, D. Salvador no desesperó de alcanzarlo y con tal objeto, empezó á apurar su mulita. De tiempo en tiempo el viajero desaparecía á sus ojos, para reaparecer más tarde, según los accidentes del camino, sin que D. Salvador ganara sensiblemente terreno.

Así marchó hasta la parada de mediodía que no dudaba haría también su hombre, pues sólo loco podía seguir viaje bajo aquel sol abrasador. A eso de las tres se puso de nuevo en camino y, sea que el desconocido hubiera prolongado más su reposo ó que su mula empezara á fatigarse, el hecho es que, poco después de las cinco, al caer á un valle, vio al viajero como á unas dos cuadras delante de él. D. Salvador ahuecó la voz, hizo bocina con las manos y empezó á gritar lo más fuerte que pudo: "Párese, amigo!" El *amigo* seguía impertérrito su marcha, pero la distancia que los separaba disminuía rápidamente. D. Salvador gritaba, silbaba, producía todos los ruidos imaginables sin éxito ninguno. Era imposible que aquel hombre,

por más sordo que fuera, no hubiera oído el tumulto que se hacía á su espalda. D. Salvador comenzó á enojarse y dejando de gritar, consideró al altivo viajero con atención.

Montaba una mulita baya, pobremente aperada, á lo que podía ver, y que marchaba con su paso monótono, llevando la cabeza casi entre las piernas. El jinete, que D. Salvador sólo divisaba de espaldas, era un hombre sumamente alto y erguido; llevaba un pesado poncho azul oscuro que le cubría todo el cuerpo y que descendía hasta más abajo de las rodillas. La cabeza, á más de un sombrero de fieltro, de anchas alas caídas, estaba cubierta por un pañuelo colorado. Unas grandes botas completaban el traje.

D. Salvador consiguió alcanzarlo, porque la mulita baya había aflojado considerablemente el paso. Cuando estuvo cerca de él, vio que traía la cara casi completamente cubierta con el pañuelo, como quien desea ocultarse. Aunque á D. Salvador le pareció que el que así viajaba no debía andar en cosas buenas, como estaba enojado por su ronquera adquirida inútilmente, al pasar á su lado, le dijo:—"Buenas tardes le dé Dios. Sabe que había sido sordo?"—El viajero no contestó una palabra.—"Cuando un cristiano habla, se le contesta," añadió D. Salvador, sin obtener respuesta alguna. Un momento titubeó entre *armarla*, como él decía, ó seguir tranquilamente su viaje. Su buen

sentido triunfó y lanzando al viajero su flecha de parto en un sarcasmo, picó su mula y siguió adelante. Al caer la noche llegó á Huiro, un pueblito miserable, y se detuvo en una posada muy pobre que había á la entrada, tenida por un indio viejo.

Después que desensilló la mula se sentó en la puerta con el indio y se pusieron á charlar, cuando apareció, como á una cuadra, el viajero silencioso.

—Ahí viene D. Juan en la baya, dijo el indio viejo.

—Y quién es ese D. Juan? preguntó D. Salvador con una curiosidad mezclada de ironía.

—D. Juan Amanchī, mi compadre, un indio viejo de Paucartambo. Allí tiene su familia y siempre que va al Norte, pasa la noche en casa.

—Y qué tal hombre es?

—Excelente y servicial con todo el mundo.

D. Salvador se mascó el bigote y puso una cara altanera, porque D. Juan llegaba en ese momento. Su mula, fatigada, se detuvo á la puerta y el indio posadero salió á recibirlo.

Llegado junto al viajero, le habló, lo tocó y dándose vuelta, dijo sencillamente á D. Salvador:

—Pobre D. Juan, viene muerto!

Más tarde, en el Perú, pude verificar la exactitud de la narración de D. Salvador. Hasta no há

mucho se encontraban en los caminos del interior algunas mulas llevando la fúnebre carga. La vía es única, la mula marcha á la querencia, no había otro medio de transporte y el indio, que durante la monarquía incásica vivía y moría en el mismo pedazo de suelo, como el siervo feudal, encargaba siempre por una tradición de su raza, que en caso de muerte lo confiaran á su mula fiel, que lo llevaría á reposar entre los suyos.

D. Salvador ensilló de nuevo su mula y se puso en marcha sin demora. Desde entonces, jamás hace esfuerzos por alcanzar á los viajeros que le preceden en las rutas de la tierra.

AGUAS ABAJO—COLON

El álbum de *El Consuelo*—Una ruda jornada—Los patitos del sabanero—La bajada del Magdalena—Otra vez los cuadros soberbios—Los caimanes—Las tardes—La música en la noche—En Barranquilla—Cambio de itinerario—La *Ville-de-Paris*—La travesía.

Colón—Un puerto franco—*Bar rooms* y hoteles—Un día ingrato—Aspectos por la noche—El juego al aire libre—Bacanal—Resolución.

Me detuve un instante á almorzar en *El Consuelo*: volví á ver el famoso cuarto en que habíamos pasado la noche á la venida, con los Mounsey y la numerosa y heterogénea compañía de que hablé. En el mismo sitio, la mesa á cuyo pie habían atado el gallo del panameño y en su clavo invariable, la alpargata no menos renombrada, instrumento de suplicio de grillos y chicharras. Oh vanidad humana, idéntica en la cumbre de los desiertos cerros de América como en lo alto de los campaniles de Italia! En *El Consuelo* se me presentó... un álbum! para que consignara un recuerdo ó por lo menos dejara mi nombre.

Había composiciones de seis páginas. Para lo que cuesta á un colombiano hacer versos, una vez que tiene la pluma en la mano! No era aquello por cierto un manual de trozos selectos y en más

de un ditirambo á la *Montaña*, ó al *Magdalena*, la ortografía se cubría el rostro en su abandono, cuando no era el sentido común. . . . Pero el dueño de *El Consuelo* no se fija en esas pequeñeces; tiene su álbum y eso le basta.

El trayecto entre *El Consuelo* y Bodegas me fue tan duro como los peores momentos de la subida. El calor era sofocante y el sol, brillando insoponible, me recordaba la exclamación de aquel pobre oficial prisionero que hacía tres días marchaba amarrado á una mula y que en un momento desesperado miró al sol y dijo con un acento indefinible: "Parece que lo espabilan!" Algo le hacía, de seguro, la mano oculta que alimenta las lámparas de los cielos, porque, á medida que me alejaba de él, puesto que descendía, redoblaba su fuerza penetrante. No es posible formarse idea de esos calores sin haberlos sufrido; las rocas parecen inflamadas, la tierra enrojecida calienta el aire que abrasa la cara, irrita los ojos, turba el cerebro. Se siente una sed desesperante que nada aplaca y se avanza, se avanza, viendo el *Magdalena* á los pies, casi al alcance de la mano, alejarse indefinidamente entre las vueltas y revueltas del camino. . . . Mi montura no podía más, la rapidez de la marcha y la atmósfera sofocante la habían agotado. Por fin, á las tres de la tarde, deshecho, llegué á una de las casuchas de Bodegas, me dejé caer abandonando la bestia á su destino y pedí agua, más agua.

La *pulpera* me obligó á tomar *panela*, que me pareció, por primera y última vez, una bebida deliciosa. Frente á mí, con la cara roja como una amapola, con los ojos saltados, estaba una inglesa, algo como nodriza ó sirvienta de alguna familia de Bogotá; trabó en el acto conversación conmigo y aunque yo, fastidiado, irritable en ese instante, no le contestaba una palabra, encontró medio de contarme que había hecho sola todo el camino de Bogotá á Bodegas, porque, como los peones que la acompañaban le causaban más aprensión que confianza, les daba plata para que se fueran á beber *chicha* ó *guarapo* en todas las *botillerías* de la ruta, sistema cuyo resultado fue que quedaran tendidos en el camino.

Un tanto reposado, pasé á la orilla del río para ver qué vapores había; sabéis cuál fue mi primer encuentro? Mi tuerto *sabanero*, sentado melancólicamente en una piedra, con mi maleta terciada á la espalda al rayo del sol y entregado á la plácida tarea de hacer *patitos* en el agua con guijarros que elegía cuidadosamente.

Oh santa paciencia! Tú haces trepar á los hombres la áspera ruta de la vida, tú apartas el obstáculo, tú acercas el éxito, tú sostienes en la lucha y haces fecunda la victoria, tú consuelas en la caída... y tú salvas la vida á los tuertos *sabaneros* que hacen *patitos* á orillas de los ríos caudalosos!

Qué decir á aquel desgraciado que me contaba

cómo, á media noche y con la mula casi en hombros, pues ni aun *cabestrear* quería, había llegado á Bodegas? La vista de mi maleta, abierta por mi descuido y de la que no faltaba ni un papel ni un peso, me predispuso por otra parte á la clemencia.

Sólo á la tarde llegaron la familia Tanco y los Sres. Cuervos. Las niñas no habían podido resistir aquel sol de fuego y se habían refugiado varias horas bajo un árbol. Con qué desaliento profundo se dejaron caer de la mula! Cuántas impresiones gratas les debía la Europa para indemnizarlas de esas horas de martirio! A más, el dulce nido no estaba allá, tras los mares, entre el estruendo de París, sino á la espalda, en la tendida sabana, al pie del Monserrate.

El Confianza, el más rápido de los vapores del Magdalena, partía á la mañana siguiente. Esa misma tarde nos instalámos todos á bordo. Eramos veinte á treinta pasajeros, la mayor parte conocidos, gente fina, culta, que prometía un viaje delicioso.

Bajar el Magdalena es una bendición en comparación de la subida; el descenso, sobre todo en *El Confianza* y con la cantidad de agua que tenía el río, no dura más que cuatro días, mientras yo había empleado quince ó dieciséis á la venida. Esa misma rapidez de la marcha establece una corriente de aire cuya frescura suaviza los rigores de aquella temperatura de hoguera. Los bogas, que

vuelven á Barranquilla, su cuartel general, están alegres, redoblan su actividad y la leña se embarca en un instante. Si bien aguas abajo las consecuencias de una varadura son más graves que á la subida, no temíamos tal aventura en ese momento, porque la creciente era extraordinaria. Además y para colmo de contento, como sólo dos noches pasaríamos amarrados á la orilla, los mosquitos no tendrían sino la última para entrar en campaña. Y al fin del río no nos esperaba yá la mula, sino un cómodo trasatlántico, y más allá. . . . Europa! Vamos, la situación era llevadera.

Así, las caras estaban alegres en la mañana siguiente, cuando, soltando los cables, el vapor se puso en movimiento. Sólo unos ojos, llenos de lágrimas, seguían la marcha oblicua de una pequeña canoa que acababa de separarse del *Confianza* y en la que iba un hombre joven con el corazón no más sereno que aquel que asomaba á los llorosos ojos y se difundía en la última mirada. . . . Y yo, lobo viejo y solo, me paseaba afectando un escepticismo mentido ante aquel cuadro de cariño, que me hacía sentir el aguijón de la envidia clavado en mi alma.

No repetiré la narración del viaje, tan diferente sin embargo del primero. Cómo bajámos aquellos chorros temidos, *Perico*, *Mesuno*, *Guarinó* que tantas dificultades presentaron á la subida! *El Confianza* se deslizaba como una exhalación por la

rápida pendiente; la rueda apenas batía las aguas y volábamos sobre ellas, mientras allá arriba, en la casucha del timonel, seis manos robustas mantenían la dirección del barco. Un aire fresco y grato nos batía el rostro, y el espíritu, ligero bajo el ayuno (la comida es la misma), se entregaba con delicia á gozar de aquellos cuadros estupendos del Magdalena que á la venida había entrevisto bajo el prisma ingrato de los sufrimientos físicos.

De nuevo ante mis ojos el incomparable espectáculo de los bosques vírgenes, con sus árboles inmaculados de la herida del hacha, sus flotantes cabelleras de bejucos, sus lianas mecedoras, llevando el ritmo de la sinfonía profunda de la selva, perfumando sus fibras en la savia de la tierra generosa ó aspirando la fresca humedad en el vaso de un cactus que vive en la altura, guardando como un tesoro en su seno el rocío fecundo de las noches tropicales!

De nuevo los enhiestos cocoteros, lisos en su tronco coronado por la diadema de apiñados frutos, el banano, cuyas ramas ceden al grave peso del racimo, el frondoso caracolí, cubriendo con su ramaje dilatado, el mundo anónimo que crece á sus pies, se ampara con él y duerme tranquilo á su sombra, como las humildes aldeas bajo la guarda del castillo feudal que clava la garra de sus cimientos en la roca y resiste inmutable al empuje de los hombres y al embate del huracán!

De nuevo, por fin, las pintadas aves que cubren los cielos, tendiendo en el espacio sin nubes sus rojas alas fulgurantes bajo el sol ó agitando el prismático penacho con que la naturaleza las dotó. Y de rama en rama, con sus caras de ingenua malicia, sus pequeños ojos brillantes y curiosos, suspendidos de la cola mientras devoran, aun en la fuga, el sabroso y amarillo mango que la mano tenaz no suelta, millares de micos, monos, macacos, títies, que desaparecen en las profundidades del bosque, para mostrarse de nuevo en el primer claro de la espesura.

Duermen los caimanes á lo largo de la playa, sobre las blancas arenas doradas por el sol, tendidos, las fauces abiertas, inmutables como aquellos que ahora quince mil años reinaban, seres divinos, sobre la crédula imaginación de los egipcios. Son el reflejo vivo del arte primitivo del pueblo del Nilo; hé ahí la inmovilidad de las cariátides, el aplomo bestial de la esfinge, la línea grosera del cuerpo, la escama saliente y áspera de la piel, la garra tendida, fija, cimiento del grave peso que soporta, el ojo entrecerrado como si el alma que palpita dentro de la inmunda mole, estuviera embargada por la visión del más allá! No me explico ese constante fenómeno de mi espíritu; pero un buitre, con las alas abiertas, cerniéndose sobre el pico de un peñasco, hace siempre surgir en mi memoria el mito soberbio de Prometeo, como un

caimán durmiendo en las arenas rehace para mí el mundo faraónico. . . .

Cae la tarde; la cumbre del firmamento empieza á oscurecerse, mientras las nubes errantes que se han inclinado al horizonte, franjan su contorno en el iris rosado del adiós del día, cubren el disco solar en su descenso majestuoso y quedan impregnadas de su reflejo soberano, cuando, concluída su tarea, se hunde tras la línea de la tierra que los ojos alcanzan, para ser fiel á la eterna cita de los que en el otro hemisferio lo esperan como el alto dispensador de la vida. Nada, nada se sobrepone á esa sensación poderosa á que el cuerpo cede en la dulce quietud de la tarde y que el espíritu sigue anhelante, porque le abre las regiones indefinibles de la fantasía, donde la personalidad se agiganta en el sueño de todas las grandezas y en la concepción de destinos maravillosos superiores á toda realidad.

Suaves y bellísimas tardes! La selva contigua, inmensa arpa colia cuyas cuerdas bate el viento con ternura, arrancando esa melodía profunda é indecisa, con sus notas ásperas de lucha y sus muerientes cadencias de amor, que se levanta ante el oído del alma como una nube armoniosa, la selva íntima se extiende á nuestro lado, mientras todos, á bordo, desde el que deja la patria atrás ó marcha hacia ella, hasta el boga que vive en la indiferencia suprema de la bestia que gime en el bosque,

todos caen bajo la influencia invencible de la hora solemne en que las agrias cuitas del día callan, para dar paso al cortejo celeste de los recuerdos!

No olvidaré nunca la primer noche que pasamos, amarrado el buque á la costa. Aún no habíamos llegado á la región del Magdalena donde, bajo un calor insoportable, los mosquitos hacen su temida aparición. Una fresca brisa, en la que creíamos sentir yá tenuemente las emanaciones del Océano, corría sobre las aguas del río, rozando su superficie, que jugueteaba bajo el blanco clarear de la luna. La suave corriente sin rumor arrastraba enormes troncos de árboles, que avanzaban en silencio, mecidos por el imperceptible oleaje, atravesaban rápidamente la faja luminosa sobre la placa del río é iban á perderse de nuevo en la oscuridad, viajeros errantes que nos precedían en la ruta. Nos habíamos reunido sobre la tolda; hablábamos todos en voz baja, como si temiéramos romper el prisma delicioso tras el que veíamos la naturaleza y las cosas al espíritu. Así, uno de nosotros, casi murmurándola, recitó la melodía de Fallon *A la Luna*, que en ese instante se levantaba bajo un cielo de incomparable pureza. Jamás los versos del dulce poeta fueron á herir corazones más abiertos é indefensos contra el encanto de la poesía. Al concluir, ni una palabra de comentario, sino el tímido estremecimiento de un acorde musical, y pronto, á dos voces delicadas, imperceptibles en su exqui-

sita dulzura, los recuerdos de la patria que atrás quedaba, en un *bambuco* que también traía para mi alma la nota de la errante música de mis pampas argentinas. Y otro y diez más y las melodías de los grandes maestros más cariñosas al oído, y por fin, el vagar poético de una mano de artista sobre las tristes cuerdas de una guitarra, que responden á la caricia acariciando. . . . Y la noche avanzaba, el silencio del bosque se hacía más profundo, las estrellas palidecían, sin que nos apercibiéramos del rápido correr de las horas. . . . ¿Dónde, dónde encontrar en esta vida sin reposo, ni aun en las cumbres del arte humano, algo que iguale la impresión soberana de la naturaleza, en los instantes en que se entreabre y deja, como la Diana griega, caer sus velos á sus pies y se muestra en toda su belleza? . . .

Empleámos sólo cuatro días entre Honda y Barranquilla; en los dos últimos, el calor se hizo sumamente intenso, aunque no como á la subida, porque la rapidez misma de la marcha avivaba la corriente de aire que venía fresca aún de su contacto con el mar.

Con qué indecible placer, al llegar á la costa, regalé magnánimamente á uno de los muchachos de á bordo mi petate, mi almohada y mi mosquitero! Pero en la misma lona encerada en que había hecho envolver mi traje de viaje de la montaña, conservo religiosamente el suaza, la ruana y los

zamarros que me acompañaron en la dura travesía. No olvidaré la cara de un joven diplomático que vino á verme en Viena, habiendo sido nombrado en Bogotá, y á quien mostraba esos pertrechos indispensables en los Andes colombianos. Clavaba su *lorgnon* en los zamarros, sobre todo, como si tuviera delante una momia frescamente salida de su hipogeo. Se los puso y no podía dar un paso; trabajo me costó hacerle comprender su utilidad una vez á caballo. “Oui, mais vous êtes américain!” me contestaba, tal vez con razón, en el fondo.

Era mi proyecto tomar en Barranquilla un vapor español del marqués de Campo, pasar á la Habana y de allí á Nueva York. Pero lo avanzado de la estación, que me auguraba días terribles en Cuba, y el deseo de visitar el Istmo de Panamá, me hicieron desistir. A más, habiendo llegado por la tarde, supe que á la mañana siguiente salía el trasatlántico francés *La Ville-de-Paris* de Salgar para Colón y resolví embarcarme en él. Me despedí de los compañeros á quienes más tarde encontraría en Europa y héme en viaje para Salgar, acompañado del excelente cónsul argentino en Barranquilla, Sr. Conn. Pronto estuvimos en Salgar y á poco á bordo, llegando precisamente en el momento en que desembarcaba un nuevo obispo para Cartagena. Saludé respetuosamente al prelado, que venía del fondo del Asia, como á un colega en peregrinación, y en breve el barco, bastante malo por

cierto, surcaba las aguas del mar Caribe, siguiendo el derrotero tantas veces cruzado por las naves españolas en los tiempos en que las costas del Pacífico despoblaban á España, atrayendo á sus hijos con el imán del oro.

Pocos pasajeros á bordo, signo constante de buena comida. No puedo ocultar la viva satisfacción con que me senté delante del blanco mantel, cubierto de los mil *hors-d'œuvre* que nadie toma, pero que la culinaria francesa califica con razón de aperitivos plásticos.

Comerciantes en viaje para Guayaquil y Costa Rica, *commis-voyageurs* y sobre todo empleados para los trabajos del Canal de Panamá: hé ahí el mundo de á bordo. Tres ó cuatro francesas, unidas morganáticamente á sub-inspectores é ingenieros de séptima clase, que iban al Istmo á tentar bravamente la fortuna, porque sabían que probablemente sólo encontrarían la muerte. Miraba á esas mujeres alegres, cantando todo el día, apasionadas en el *baccara* de la noche, con un sentimiento de real compasión simpática. No iban al infierno de Panamá arrastradas por la sed del oro, porque si sus amantes hubieran tenido dinero, no habrían por cierto dejado á Francia; no ignoraban los peligros que corrían, porque M. Blanchet, el ingeniero en jefe del Canal, acababa de morir. Las guiaba el cariño por sus hombres, que á veces las trataban con una rudeza que tal vez explique la

afección que inspiraban á esas pobres criaturas. Más de una ha de dormir hoy el sueño eterno en el poblado cementerio de la compañía del Canal; pero, bah! entre morir á los veinticinco años en el delirio de la fiebre ó sobre un colchón de hospital á los cuarenta, ¿qué es preferible?..

Empleámos treinta y seis horas entre Salgar y Colón, pero cuando llegámos, era yá tan entrada la noche, que nos vimos obligados á esperar la mañana siguiente para el desembarco.

En efecto, al otro día, poco después de las diez, pisé la tierra del Istmo, ó para ser más exacto, el barro del Istmo.

¿Os habéis alguna vez forjado la idea de lo que debieron ser aquellas ciudades del Levante en el siglo XVI, donde se aglomeraba el comercio de dos mundos? ¿Os figuráis el aspecto de los bajos barrios de Shan-ghai en el día? Algo confuso, las razas de los cuatro vientos aglomeradas, multitud de idiomas que se entrechocan en sus términos más soeces, los vicios de Oriente codeando á los de Occidente y asombrándose tal vez de su analogía, la vida brutal del que quiere indemnizarse en diez días del largo secuestro de la travesía, las innobles mujeres, únicas capaces de sonreír á los hombres que allí vienen á caer de todos los rumbos, como en un profundo *égout*. . . Hé ahí la impresión que me hizo Colón.

Los americanos y los ingleses designan ese punto en sus cartas y obras geográficas con el nombre de Aspinwall, como si el vulgar yanqui que construyó la línea férrea á través del Istmo, fuera capaz de oscurecer el nombre del ilustre genovés y tuviera más título á la gloria póstuma.

Colón es un hacinamiento de casas sin orden ni plan; su simple aspecto acusa su naturaleza de ciudad transitoria, plantada allí por una necesidad geográfica, pero sin porvenir propio de ningún género. El clima es mortífero para el europeo, que escapa difícilmente á las fiebres palúdicas formadas por las emanaciones continuas que un sol de fuego hace brotar de las aguas estancadas en todo el trayecto de Colón á Panamá. La villa se formó durante la construcción del camino de hierro que atraviesa el Istmo; los yanquis derramaron el oro en grande, pero, como los franceses de hoy, poblaron también los cementerios. Al primer golpe de vista, se ve la intención de sus habitantes, el deseo del lucro rápido, flotar ante los ojos. Toda esa gente vive allí en la condena de la necesidad, sin apego al suelo, detenida, en su mayor parte, por el hábito que embota y es capaz de ligar al hombre hasta con la prisión.

Colón, como Panamá, son puertos francos, á la manera de Hamburgo ó Trieste. Por allí pasa el inmenso comercio de tránsito que se dirige hacia las costas occidentales de Colombia, al Perú,

al Ecuador, á Chile, á California y á numerosas islas del Pacífico. Por allí pasan también los retornos, los minerales de Chile y California, los azúcares, guanos y salitres del Perú, las taguas del Ecuador, los escasos productos colombianos que encuentran salida por Buenaventura. De uno y otro lado del Istmo hay una selva de mástiles; los buques apiñados se estrechan, se chocan; sus tripulaciones, venidas de los cuatro ángulos del mundo, se miran con antagonismo en el primer momento, las cuchillas de á bordo relucen con frecuencia y por fin se amalgaman en la baja é inmunda vida colectiva.

Mi impresión, al descender á tierra, solo, sin conocer á nadie, en medio de aquella atmósfera pestilencial, fue la más desagradable que he sentido en todos mis viajes. A los diez minutos tuve el ímpetu de volverme á bordo, instalarme de nuevo en mi cabina y seguir á los pocos días viaje para Europa. Reaccioné recordando el deber de estudiar de cerca el canal de Panamá para informar á quien correspondía y seguí adelante. Una sola calle habitable; á cada dos pasos un *bar-room* americano, los mostradores de estaño, las llaves de cerveza, botellas, vasos de toda forma, manojos de canutos pajizos y la lista interminable de las bebidas heladas inventadas por los yanquis. Todas esas casas cuajadas de marineros ebrios, soeces, tambaleándose. Aquí, un hotel; entro y á los pocos instantes salgo á la calle asfixiado.

Adelante; hé ahí el mejor de Colón. Entro al *bar-room* que ocupa toda la sala baja; hay dos billares donde juegan marineros en mangas de camisa y mascando tabaco. Me dirijo al mulatillo de cara canalla que está fabricando un *whiskey-cocktail* y le pregunto con quién me entiendo para obtener cuarto. El infame zambo, sin quitarse el pucho de la jeta, me contesta *en inglés*, á pesar de ser panameño, que arriba está la dueña y que con ella me entenderé. Fue en vano buscarla: una negra vieja, inmunda, casi desnuda, que me parecía esperar ansiosa la noche para enhorquetársele al palo de escoba, tuvo compasión de mí y me llevó á un cuarto.... ¡Qué cuarto aquél! La única ventana daba á un pantano pestífero; la cerré. La cama tenía esas sábanas crudas, frías, húmedas, que dan un asco supremo. A los cinco minutos de entrar, sentía yá una picazón, un malestar nervioso insupportable.... Vamos, coraje. *Tu l'as voulu, Georges Dandin!* En peores me he visto y sabe el cielo si en peores no me veré aún. Almorcemos. Paso sobre el *menu* por decoro. ¿Y ahora? Son las doce del día, qué hacer? El distinguido Sr. Céspedes, cónsul argentino en Colón, que está allí labrando su fortuna con un heroísmo incomparable, se encuentra, por mi desgracia, en cama. ¿Qué hacer? Visitar la ciudad? Veinte minutos y *c'est fait*. Barro y casas de madera, nada. Ponerme á leer.... en mi cuarto? Prefiero la muerte! Y aquí me tienen

ustedes, tal como lo oyen, instalado en una mesa del *bar-room* de mi hotel, con un *cocktail pro forma* por delante, estudiando, durante *seis* horas consecutivas, á los marineros que jugaban al billar y á los numerosos parroquianos del mostrador. Uno de ellos, un capitán mercante yanqui, entró á la una, ligeramente punteado y se absorbió medio vaso de una bebida que debía ser tan suave, que el mulatillo que la servía tenía que rodear los bordes de azúcar quemada para evitar el contacto de los labios. Durante cuatro horas el yanqui entró regularmente cada veinte minutos y se ingurgitó una dosis de idénticas proporciones. Bajo el insoportable calor del día y en la lucha con los vapores internos que estaban á punto de hacerlo estallar, los ojos del yanqui saltaban rojos. . . . A las cuatro de la tarde cayó ebrio muerto y dos marineros lo arrastraron á un rincón y ahí quedó.

En una de las esquinas de la pieza, ocupando á lo sumo un espacio de un metro y medio cuadrado, un joven suizo había instalado su vidriera y su mesita de relojero. Lo tenía frente á mí; durante media hora, frotó con una gamuza un resorte de reloj; luégo dejó caer la cabeza entre las manos y cuando al final del día lo observé (no había llegado un solo cliente!) vi correr dos gruesas lágrimas por sus mejillas. Más de una vez tuve el impulso de ir á conversar con el pobre relojero; pero, á mi vez, estaba tan nervioso é irascible que acabé

por fastidiarme hasta del infeliz que tenía delante.

Los que no han viajado ó los que sólo lo han hecho en los grandes centros europeos no pueden darse cuenta exacta de una situación de ánimo como aquella en que me encontraba. El espíritu se forma la quimera de que es imposible salir de ella, que ese martirio se va á prolongar indefinidamente. A cada instante y para cobrar coraje, es necesario echar mano á la cartera (nunca la he cuidado como allí), decirse que hay medios para partir en cualquier momento, que los vapores esperan, y en fin, que si uno ese encuentra en ese centro, es por un acto libre y premeditado de la voluntad. . . .

Por fin, vino la noche y cuando la recuerdo, declaro que siento una viva satisfacción por haber contemplado ese cuadro único y característico. He dicho ya que Colón se compone casi en su totalidad de una sola calle, pero he olvidado mencionar que á lo largo de la misma corre una especie de corredor para proteger las entradas contra las lluvias frecuentes. Me paseaba bajo ella al caer las primeras sombras y me llamó la atención que delante de cada hotel, de cada *bar-room*, de cada puerta, un individuo sacara una pequeña mesa de tijera, se instalara ante ella, encendiera un farol, arreglara en un semicírculo artístico algunas docenas de pesos fuertes en plata y comenzara á batir con estruendo un enorme cuerno provisto de dados.

De los buques amarrados á la orilla, una vez que dieron las siete, empezó á salir una nube de marineros y oficiales, contra maestres, etc., que pronto obstruyeron la vía, formando grupos compactos delante de cada mesa. Como si un soplo hubiera animado el barro y formado con él cuerpos de mujeres, brotaron del suelo en un instante centenares de negras, mulatas, cuarteronas lívidas, descalzas en su mayor parte, ebrias, inmundas, que á su vez, atraídas por la fascinación del juego, se agolpaban al rededor de las mesas, rechinaban los dientes cuando perdían y asaltaban á los marineros tambaleantes, pidiéndoles, en un idioma que ni era inglés ni francés, ni español, ni nada conocido, una de esas monedas de á real que los americanos llaman *a dime*.

Los *bar-room* estaban llenos; no se oía más que la voz ronca y gutural de los negros de Jamaica, la eterna blasfemia del marinero inglés y el hablar soez de algunos gaditanos. Salían, y en la primer mesa arrojaban una moneda, luégo otra y una vez exhaustos, la emprendían con el vecino, las navajas relucían y sólo con esfuerzo era posible separarlos. Uno rodaba en el barro, dos ó tres mujeres ebrias bailaban al són de un órgano en el que un italiano, con cara de mártir, tocaba un cáncan desenfrenado. Un calor sofocante y una atmósfera insoportable, como el ruido, las maldiciones, el sarcasmo, la eterna pelea con el banquero

que iba más aprisa á medida que veía á sus parroquianos más en punto. . . . y yo reclinado en mi pilar, preguntándome qué hacía entre aquel mundo, verdadero *sabatt* moderno y tanteándome para persuadirme que no soñaba. Hé ahí á Colón; una licencia, una libertad absoluta para todos los vicios y las degradaciones humanas. El que paga un pequeño impuesto tiene el derecho de establecer su tapete al aire libre, y qué tapete! La explotación, el robo más escandaloso al marinero ignorante como una bestia y que, bajo los vapores del aguardiente, se deja despojar del precio de un año de labor, jugando su vida en las tormentas. Esas mujeres, sobre todo, esas mujeres asquerosas, arpías negras y angulosas, esparciendo á su alrededor la mezcla de su olor ingénito y de un pachulí que hace dar vuelta al estómago! . . . Puf! . . .

Llegado á mi cuarto, sofocándome, sin poderme desnudar por asco á la cama, me senté en un sillón y me llamé á cuentas. Había resuelto pasar diez días en el Istmo y ese mismo día había casi retenido mi pasaje en el *City of Para* que salía para Nueva York en el término indicado. Allí mismo, con toda solemnidad, me impuse el juramento de dejar á Colón, renunciando á Panamá, al canal, al mundo entero, en el primer barco que zarpara, sin importarme para dónde. Cómo pasé esa noche, ¿á qué decirlo? Al alba estaba en pie, me ponía en campaña y sabía que dos días después partía para

Nueva York el vapor *Alene* de la Compañía Atlas. Tomé en el acto mi billete é hice transportar á bordo mi equipaje, felicitándome de tener el tiempo suficiente para ir á una de las próximas estaciones del Canal y poder apreciar por mis ojos la marcha de las obras y el porvenir de la Empresa. Pagué mi cuenta al infame mulatillo y cuando me encontré á bordo, en un vapor pequeño é incómodo, creí que entraba solemnemente en el paraíso.

EL CANAL DE PANAMA

Corinto, Suez y Panamá—Las viejas rutas—Importancia geográfica de Panamá—Resultados económicos del Canal—Dificultades de su ejecución—La mortalidad—El clima—Europeos, chinos y nativos — Fuerzas mecánicas —¿Se hará el Canal? —La oposición norteamericana—M. Blaine. Qué representa?—El tratado Clayton-Bulwer—La cuestión de la garantía—Opinión de Colombia—La doctrina Monroe—Qué significa en la actualidad — Las ideas de Europa—Cuál debe ser la política sudamericana—Eficacia de las garantías—La garantía colectiva de la América—Nuestro interés—Conclusión.

El principal comercio de Panamá—Los plátanos—Cifra enorme—El porvenir.

Una simple mirada á la carta geográfica de la tierra ha hecho nacer en el espíritu de los hombres la idea de corregir ciertos caprichos de la naturaleza en el momento de la formación geológica del mundo. Los istmos de Corinto, de Suez y de Panamá, han sido sucesivamente en el tiempo y el espacio, objetos de preocupación para todos aquellos que buscaban los medios de aumentar el bienestar de la raza humana. Los griegos, con sus ideas religiosas que los impulsaban á la personificación de todos los elementos, consideraban un sacrilegio el solo intento de modificar los aspectos del mundo conocido, y Esquilo atribuye el desastre

de Jerjes á la venganza divina, por la altiva manera con que el monarca persa trató al Helesponto. Los romanos, poco navegadores, ni aun fijaron su mirada en el istmo de Suez, porque sus legiones estaban habituadas á recorrer la tierra entera con su paso marcial.

Ha sido necesario el portentoso desenvolvimiento comercial del mundo de Occidente, para que el sueño de abrir rutas marítimas nuevas y económicas se convirtiera en realidad. La vieja vía terrestre que conducía al Oriente, fue abandonada cuando Vasco de Gama dobló el Cabo de las Tempestades, y á su vez el itinerario del ilustre portugués cedió el paso al que trazó el ingenio moderno tan admirablemente personificado en el "Gran Francés," como se ha llamado á M. de Lesseps. Lo que impone respeto en la obra de este hombre, no es la concepción de la idea, que corría hacia yá muchos años en el campo intelectual. Es la perseverancia para habituar el espíritu público á encarar una empresa de tal magnitud con serenidad, con las vistas positivas de un negocio fácil y rápido; es la tenacidad de su lucha contra Inglaterra, la eterna rémora de todos los progresos que, en la engañosa estrechez de su mirada egoísta, cree ver en ellos comprometidos sus intereses. La experiencia de Suez se ha embotado contra la implacable resistencia británica y dentro de diez años se leerá con indecible asombro el libro que acaba de publicarse,

en el que los hombres más notables de Inglaterra declaran un peligro para su independencia la perforación del túnel de la Mancha! Tal así vemos hoy el artículo sarcástico del *Times*, burlándose de Stephenson que pretendía recorrer con su locomotora una distancia de veinte millas por hora!

El Istmo de Panamá es uno de esos puntos geográficos que, como Constantinopla, están llamados á una importancia de todos los tiempos. Punto céntrico de dos continentes, paso obligado para el comercio de Europa con cinco ó seis naciones americanas, natural es que haya llamado la atención del gran perforador. Los americanos, construyendo el ferrocarril que lo atraviesa y estableciendo las tarifas más leoninas que se conocen en la tierra (1) creyeron innecesaria la excavación del Canal, que, dignos hijos de los ingleses, nunca miraron con buenos ojos. La perseverancia de Lesseps triunfó una vez más y la nueva ruta recibió su trazo elemental.

¿Cuál será el resultado económico del Canal de Panamá? Desde luego, la aproximación, por la baratura del transporte, de todas las tierras que baña el Pacífico, desde el Estrecho de Berhing

(1) La línea de Colón á Panamá tiene setenta y cinco kilómetros. y el pasaje de 1ª clase cuesta 5 libras esterlinas, oro! La empresa del Canal se ha visto obligada á adquirir la mayor parte de las acciones de la vía férrea, lo que le ha permitido imponer una rebaja de un 80 por 100 para el transporte de los materiales de excavación y del personal.

hasta Chile mismo, con los grandes centros europeos. La ruta de Magallanes será abandonada por la misma é idéntica causa que se abandonó la de Vasco de Gama, y la importancia comercial de ese estrecho que ha estado á punto de encender la guerra en el extremo Sud de la América, habrá desaparecido por completo.

Aun en el día, el comercio entero del Perú y el movimiento de pasajeros, se hace por Panamá, á pesar de las incomodidades y retardos del trasbordo y la enormidad del flete del ferrocarril istmeño. Los chilenos mismos suelen preferir esa vía, que les evita los rudos mares del Sud y el cansancio de esa navegación monótona, mientras la ruta del Norte presenta mares tranquilos y las frecuentes escalas que aligeran la pesadéz del viaje. Una vez abierto el Canal, raro será, pues, el buque que vaya á buscar el Estrecho de Magallanes para entrar al Pacífico. Para los chilenos y tal vez para los peruanos, sólo un camino luchará con ventaja contra la vía de Panamá; será el ferrocarril que úna á Buenos Aires con Chile. Esa será la ruta obligada de la mayor parte de los americanos del Pacífico, en tránsito para Europa, porque será más corta, más rápida y más agradable.

Ahora bien, ¿se hará el Canal, con el presupuesto sancionado y en el tiempo indicado en el programa de M. de Lesseps? Avanzo con profunda convicción mi opinión negativa. No se trata aquí, y M. de

Lesseps empieza á comprenderlo yá, de una obra como la de Suez. Falta el *Khedive*, faltan los centenares de miles de *fellahs*, que morían en la tarea, como sus antepasados de ahora cuarenta siglos en la construcción de las pirámides que quedan fijas sobre las arenas como monumentos de esas insensatas hecatombes humanas.

El pasajero que cruza hoy el canal de Suez bostezando ante el monótono paisaje de arenas y palos de telégrafo, no piensa nunca, y hace bien, porque no hay motivo para agitarse la sangre en un sentimentalismo retrospectivo, en la cantidad de cadáveres que quedaron tendidos á lo largo de esos áridos malecones. Eran *fellahs*, esclavos sin voz ni derecho, y nadie habló de ellos.

Pero en Panamá no hay jedives ni *fellahs* y las condiciones generales de salubridad son aún inferiores á las de Suez. Basta conocer el nombre de algunos puntos del trayecto del Istmo, nombres que vienen de la conquista, como el de "Mata cristianos," para darse cuenta del ameno clima de esas localidades. No resiste el europeo á ese sol abrasador que inflama el cráneo, no puede luchar contra la emanación que exhala la tierra removida, tierra húmeda, pantanosa, lacustre. ¿Cuántos han muerto hasta hoy de los que fueron contratados, desde el comienzo de la empresa? No lo busquéis en las estadísticas oficiales, que ocultan esas cosas, sin duda para no turbar la digestión de los accio-

nistas europeos. Buscadlo en las cruces de los cementerios, en las fosas comunes repletas, y formaos una idea de la cantidad de bajas en ese pequeño ejército de trabajadores, recordando que muchos ingenieros, con el principal á la cabeza, gente toda cuya higiene personal les servía de preservativo, han sido de los primeros en caer bajo las fiebres del Istmo.

Se ha detenido yá la corriente de europeos, y un momento se ha pensado en los chinos. Pero como estos son más hábiles que fuertes, y como, á pesar de chinos, son mortales, creo que se ha desistido de ese proyecto. Hay además una razón económica; en todas esas grandes empresas, el dinero de los peones, en sus tres cuartas partes, reingresa á la caja, por conducto de las cantinas numerosas y provisiones de todo género que se establecen sobre el terreno. Los chinos no consumen nada, lo que los hace por cierto poco simpáticos á la empresa.

Por fin, se ha echado mano de los nativos, esto es, de los que estando habituados al clima, podrían resistirlo, y se ha contratado un gran número de panameños, samarios, cartageneros, costarriquenses, buscando reclutas hasta en las Antillas próximas. Pero toda esa gente sin necesidades, habituada á vivir un día con un plátano, no es ni fuerte, ni laboriosa, ni se somete á la disciplina militar indispensable en compañías de esa magnitud.

Falto de hombres, M. de Lesseps apeló á la industria y contrató la construcción en los Estados Unidos, de enormes máquinas de excavación, cuyos dientes de fierro debía reemplazar el brazo humano. Es necesario ver trabajar esos monstruos para saber hasta dónde puede llegar la potencia mecánica. El Ingeniero constructor del motor fijo que daba movimiento á las infinitas poleas de la Exposición Universal de Filadelfia, decía que si tuviera un punto fuera del mundo para colocar su máquina, sacaría á la tierra de su órbita.

Tenía razón, como la tenía Arquimedes.

Pero no hay máquina que pueda luchar contra las lluvias torrenciales que en Panamá se suceden casi sin interrupción durante nueve meses del año. Abierto un foso, en cualquier punto de la línea, cavado hasta tres y cuatro metros de profundidad, viene un aguacero, lo colma y derrumba dentro la tierra laboriosamente extraída un momento antes.

Es inútil pensar en agotarlo, porque cinco minutos después estará de nuevo lleno. Viene el sol al día siguiente, abrasador, inflamado, se remueve el barro para continuar los trabajos y los miasmas deletéreos inficionan la atmósfera.

¿Se hará el Canal? Sin duda alguna, porque no es una obra imposible, y los recursos con que hoy cuenta la industria humana son inagotables. Pero en vista de las dificultades que he apuntado y que

me es permitido creer no se tuvieron en vista al plantear los lineamientos generales de la obra, me es lícito pensar, de acuerdo con todas las personas que han visitado los trabajos observando imparcialmente, que el canal no estará abierto al comercio universal antes de diez años y después de haber consumido algo más del doble de la suma presupuesta (seiscientos millones de francos).

No veo sino á M. de Lesseps capaz de llevar á cabo la empresa que tan dignamente coronará su vida. Quiera el cielo prolongar los días del ilustre anciano para su gloria propia y el beneficio del mundo entero.

Son conocidas las dificultades suscitadas por los Estados Unidos á la empresa del Canal de Panamá, los ardientes debates á que esta cuestión dio origen en el Congreso de Washington y la idea, un momento acariciada, de proteger con todo el poder de la gran nación, el proyecto rival de practicar el canal interoceánico á través de Nicaragua. La entereza y tenacidad de M. de Lesseps triunfaron una vez más contra el nuevo inconveniente, pero los Estados Unidos, lejos de declararse vencidos, reanimaron la cuestión bajo la forma diplomática, tocando el papel primordial en el memorable debate que en el momento de escribir esta líneas aún no se ha agotado, á M. Blaine, cuyo rápido paso por el Gobierno de la Unión ha

marcado una huella tan profunda, y cuya reputación, después de la caída, ha sido desgarrada tan sin piedad por sus adversarios. Para éstos, M. Blaine no ha sido más que un político aventurero é impuro, que ha pretendido variar la corriente de la vida internacional, que durante un siglo había conducido sin tropiezo la nave de la Unión. Los asuntos del Pacífico, el engaño inexcusable de un pueblo en agonía que tiende sus brazos desesperados á una promesa falaz; los misterios de la *Peruvian Guano Company*, la palinodia vergonzosa de los Sres. Trescott y Blaine, en Santiago de Chile, han suministrado no escasos elementos de acusación contra el primer ministro del Presidente Garfield. Paréceme, sin embargo, que si un extranjero imparcial estudia un poco el pueblo americano actual, encontrará que es muy posible que el juicio del momento sobre M. Blaine no sea corroborado por la opinión pública dentro de diez años. Es innegable que hay hoy en los Estados Unidos una corriente de poderosa reacción contra la política de aislamiento, que ha sido la base del sistema americano y tal vez de su prosperidad. Sueños y ambiciones patrióticas de un lado, vistas profundas sobre el porvenir, del otro, y en el centro la ponderación siempre grave de intereses mezquinos, de lucro rápido y fácil, han determinado la iniciación de la propaganda de que M. Blaine se hizo eco en el Gobierno. Una nación compacta

de más de cincuenta millones de almas, con elementos de riqueza, ingenio, cultura, iguales por lo menos á las primeras naciones de Europa, no puede ni debe permanecer indiferente á la política europea.

Por lo pronto, los asuntos todos de la América deben ser de su exclusivo resorte, ejerciendo la legítima hegemonía á que su importancia le da derecho. Desde el cabo de Hornos á los límites del Canadá, no debe existir otra influencia que la de los Estados Unidos, ni escucharse otra voz que la que se levante en Washington.

Tal es la idea fundamental que pronto dará vida y servirá de lábaro á un partido, á cuyo frente no dudo ver aún á M. Blaine, á pesar del estruendo de su caída. Y tal es la influencia que ejerce sobre el espíritu colectivo, que á ella se debe el último recrudescimiento de la doctrina de Monroe que en estos momentos sostiene M. Frelinghysen con igual perseverancia que su antecesor. El debate iniciado entre Lord Granville y M. Blaine se continúa en el día, sin que se vea hasta ahora probabilidad de que ninguna de las dos partes ceda.

No historiaré el tratado Clayton-Bulwer, conocido por todos los que en estas cuestiones se interesan; recordaré solamente que fue una transacción, un *modus vivendi*, mejor dicho, que permitiera extenderse las influencias inglesa y ameri-

cana en las Antillas y las costas de Centro-América, de una manera paralela que no diera lugar á conflictos.

Pero si los americanos encontraban cómodo el tratado cuando se trataba de factorías insignificantes ó islotes diminutos, no juzgaron lo mismo respecto al futuro Canal de Panamá y denunciaron listamente el tratado, reclamando la garantía exclusiva de la libre navegación y neutralidad del Istmo para sí mismos. Los ingleses, como es natural, rechazaron la denuncia y propusieron, en vez de esa garantía exclusiva, la de todas las potencias de Europa, en unión con los Estados Unidos. Tal es la cuestión; volúmenes de notas se han cambiado, sin que aún se note un paso positivo.

Entretanto, ¿cuál es la opinión de Colombia, que al fin y al cabo, teniendo la soberanía territorial y la jurisdicción directa, paréceme que puede reclamar algún derecho á ser oída? Desde luego, es bueno recordar que Colombia ha tenido más de una vez que interponer reclamos serios contra los avances de los Estados Unidos en las costas atlánticas del Istmo. A veces ha necesitado gritar muy fuerte para ser oída en Europa y sólo así los americanos han largado la presa de que perentoriamente, con el derecho del león, se habían apoderado, saltando sobre el tratado Clayton-Bulwer mismo. Pero un Ministro colombiano de paso para Europa, pues ni aun en Washington estaba

acreditado, tuvo la ocurrencia de firmar con el Gabinete americano, un protocolo por el cual Colombia declaraba satisfacerse y preferir la garantía exclusiva de los Estados Unidos. Esa convencción fue solemnemente desaprobada en Bogotá; pero Colombia comprendiendo á mi juicio bien, sus conveniencias, *tira son épingle du jeu*, y dejó frente á frente á Inglaterra y á la Unión, manifestando, por lo demás, merced á la voz de su prensa y á la palabra de sus oradores en el Congreso, sus simpatías indudables por la garantía unida, propuesta por Inglaterra.

En el fondo, la doctrina Monroe no es sino una opinión, un *desideratum*, el anhelo de un pueblo, que formula así sus intereses generales. Pero de ahí, á convertir esa opinión en principio de derecho público, hay distancia y mucha. A más de que los principios de derecho, no sólo en nuestro siglo, sino en todos los tiempos, han influido muy débilmente en la solución de las cuestiones de hecho, los americanos ni aun pueden pretender que la doctrina Monroe sea admitida por el consenso universal. Lejos de eso; desde que el Presidente que le dio su nombre, hasta el actual, ninguno la ha formulado, con sus variantes en el tiempo, sin que Inglaterra y en muchos casos Europa haya dejado de protestar. El pobre Monroe ha hecho muchas veces el papel del lobo! el lobo! de la fábula, pero como los americanos

jamás mostraron la garra, ni cuando la expedición de Méjico, ni cuando el bombardeo de Valparaíso, en el que las balas españolas pasaban casi sobre buques que llevaban la bandera estrellada, nadie cree yá en ese espantajo.

Inglaterra contesta que teniendo indiscutibles intereses en el Pacífico, y que siendo el Canal de Panamá una ruta para la India, es natural que quiera tomar su parte en la garantía. —Entonces reclamo mi parte también, contestan los Estados Unidos, en la garantía del canal de Suez. Inglaterra sonríe. . . . é insiste.

Es seguro que la intención de M. Blaine, al convocar el Congreso Americano que debía reunirse en Washington en Noviembre de 1882, con el pretexto de buscar medios para evitar la guerra entre las naciones americanas (*sic*), era simplemente echar sobre el tapete la cuestión de la garantía del Istmo y tal vez, ante la perseverancia de Inglaterra que no cede, proponer en lugar de su garantía exclusiva, la de todos los Estados que componen ambas Américas. ¿Qué actitud aconsejaba á éstas la inteligencia clara de sus intereses? ¿Qué habría dicho la Europa á semejante proposición?

Vamos por partes. Noto que salgo por un momento del tono general de este libro de impresiones, en el que sólo he querido consignar lo que he visto y sentido en países casi desconocidos para

nosotros. Pero como la cuestión, en primer lugar, refiriéndose á Colombia, entra en mi cuadro, y toca por otra parte, no yá á un interés del momento, sino á la marcha constante de la política americana, no creo inoportuno consignar aquí las ideas que un estudio detenido me permite considerar como las sanas y convenientes para todos.

“América para los americanos”; hé ahí la fórmula precisa y clara de Monroe. Si por ella se entiende que Europa debe renunciar para siempre á todo predominio político en las regiones que se emanciparon de las coronas británica, española y portuguesa, respetando eternamente no sólo la fe de los tratados públicos sino también la voluntad libremente manifestada de los pueblos americanos, si es ese el alcance de la doctrina, estamos perfectamente de acuerdo y ningún hombre nacido en nuestro mundo dejará de repetir con igual convicción que Monroe: “America for the americans.” Pero.... ¿se trata de eso? ¿Piensa hoy seriamente algún gobierno europeo en *reivindicar* sus viejos títulos coloniales, pasa por la imaginación de algún estadista español, por más visionario que sea, la reconstrucción de los antiguos virreinos y capitanías generales de la América?

¿Puede la Gran Bretaña acariciar la idea de volver á atraer las colonias emancipadas en 1776? Portugal, un pigmeo, absorber al Brasil, gigante á su lado? Seamos sinceros y prácticos reposando

en la convicción de que no sólo la independencia americana es un hecho y un derecho, sino que nadie tiene la idea de atentar contra las cosas consumadas. España se reorganiza y aun tiene mucho que hacer para recuperar una sombra de su importancia en el siglo XVI. Francia desgarrada, fijos sus ojos en el Rhin, mantiene á duras penas sus posesiones del Africa... y sus mismos límites europeos. Inglaterra mira crecer con zozobra la India, desenvolver el Canadá y avanzar sordamente la democracia, que considera una amenaza de disolución. Alemania se forma, endurece sus cimientos, trata de homogenizarse, mientras Austria, perdido su viejo prestigio europeo, comprende bajo la experiencia de la desgracia, que la verdadera ruta de su grandeza es hacia Oriente, á la cabecera del "hombre enfermo." Portugal!... Seamos serios, lo repito; nadie atenta á la independencia de América, y para los más desatinados aventureros ó ilusos, está vivo aún el recuerdo de Maximiliano, que pagó con su vida una concepción absurda y un negocio indigno, impropio de su espíritu caballeresco. Puede la América inflamarse en una guerra continental, comprometiendo graves intereses europeos como los que tanto han sufrido en la inacabable guerra del Pacífico; Europa no desprenderá un soldado de sus cuadros ni un buque de su reserva. Pasaron los tiempos de la intervención anglo-francesa en

el Plata ó en Méjico, y Europa podría, y esta vez con razón, variar la fórmula de Monroe, repitiendo: "Europe for the europeans!"

¿Qué significado actual, real, positivo, tiene hoy, pues, la famosa doctrina? Simplemente éste: la influencia norteamericana en vez de la influencia europea, el comercio americano en vez del europeo, la industria americana en vez de la de Europa. ¿Es ese un deseo legítimo? Indudablemente, pero es una simple aspiración nacional, egoísta en su patriotismo, exclusiva en su ambición, pero que no está revestida, como antes dije, de los caracteres de un principio de justicia, de derecho natural, que sea capaz de imponerse á la América entera. Que dentro de cinco años el desenvolvimiento pasmoso de la República Argentina, su industria desbordante, los inagotables recursos de su suelo, inspiren á nuestros hombres de Estado la resurrección de la doctrina Monroe en beneficio del pueblo argentino, nada más natural. Pero ¿qué contestarán entonces las nacionalidades americanas que no hayan alcanzado su grado de progreso, más aún, que la geografía coloque fuera de la órbita de influencia argentina? Precisamente lo que debemos contestar hoy á los Estados Unidos franca y abiertamente, sea en la mesa de un Congreso americano, sea por la discreta voz de las cancillerías y eso no sólo nosotros, sino todos los países desde Panamá á Buenos Ai-

res: "No debemos, no queremos, no nos conviene romper con Europa en beneficio de una teoría sin sentido político en el momento actual; de Europa nos viene la vida intelectual y la vida material. Ella y sólo ella puebla nuestros desiertos, compra y consume nuestros productos, reemplaza las deficiencias de nuestra industria, nos presta su dinero, su genio y su ciencia, es, en una palabra, el artífice de nuestro progreso. En cambio, ¿qué recibimos de ustedes, señores? La jurisprudencia institucional, que en medio de sus ventajas, nos trae la fuente de todos nuestros conflictos internacionales, porque imitamos sin discernimiento y el mal resultado, que allí se pierde bajo la imponente ponderación de la masa, nos desequilibra y nos arroja en sendas funestas. ¿Respecto á industria? Maderas de pino y balas de algodón. Venid á comprar nuestras lanas y nuestros cueros, vendednos á precios más bajos que Europa, tejidos y artefactos, abridnos vuestros mercados monetarios, ayudadnos á hacer ferrocarriles y canales, estableced, en una palabra, el intercambio comercial é intelectual que hoy mantenemos con el Viejo Mundo, desbancadlo, qué diablo! bajo las leyes que rigen la economía de las naciones, y entonces... oh! entonces no tendríamos, ni ustedes ni nosotros, la necesidad de desgañitarnos gritando: "América for the americans," sino que la fórmula sería un hecho indestructible por la

fuerza misma de las cosas. Tales son las ideas que impone la más ligera observación de nuestro estado actual; la más leve desviación sólo podrá ser momentánea y el retorno á la buena vía costará tal vez á nuestros hermanos de Méjico (vecinos, sin embargo) no pocos sacrificios.

Ahora bien, ¿cuál debe ser nuestra actitud sud-americana respecto á la cuestión de la garantía del Canal de Panamá? Se desprende claramente de las premisas anteriores, la preferencia indiscutible de la garantía colectiva de Europa y América sobre la garantía exclusiva de la Unión. Debo declarar, sin merecer á mi juicio el reproche de escéptico, que fundo hoy poca importancia en esta cuestión de garantías, tratados que se lleva el viento cuando hincha la vela de los intereses. Y en ese rumbo de positivismo marcha hoy el espíritu humano; los publicistas gritan, pero Europa se encoge de hombros cuando Wolseley echa mano del canal de Suez y en obsequio de una operación militar interrumpe el tránsito, no á la bandera insurreccional de Arabí, sino al comercio universal. Echar mano y luégo cambiar notas, hé ahí toda la política. ¿Es la buena, es la moral, es la justa? No lo sé, pero es la única que da resultados y por lo tanto todo hombre de Estado, gimiendo por la depravación de las ideas, la seguirá siempre que ame á su patria, tenga el corazón bien puesto y vea un poco claro.

Con todas las garantías de la tierra ó con la suya propia, los Estados Unidos, en el momento preciso, han de apoderarse del Canal de Panamá. Lo devolverán sin duda; sí, después de la paz y de mucho cambio de notas.

La importancia de la cuestión para los países sudamericanos radica por consiguiente en rechazar indirectamente, por medio de su adhesión á la garantía colectiva, toda solidaridad con la doctrina de Monroe, tal cual la entienden y practican los americanos. No habría razón, ni justicia, ni sentido común, en seguir estúpidamente á los Estados Unidos que pretenden dictar una nueva bula de Alejandro VI, dividiendo los dos mundos en provecho propio. Nuestro porvenir está en Europa y con ella debemos estrechar cada día nuestras relaciones, confundir, si es posible, nuestra vida con la suya, más aún, aspirar sus ideas de orden, de conservación, de pureza administrativa que han de fecundar nuestra democracia vigorosa....

Me he preguntado qué contestaría Inglaterra si los Estados Unidos le propusieran la sustitución de su garantía exclusiva por la garantía colectiva de todos los países de ambas Américas. Se reiría simplemente; ¿qué podríamos hacer nosotros en el caso probable de que á nuestro enorme aliado se le ocurriese hacer lo que se le diera la gana?

La verdadera política sudamericana, pues, en el caso de la convocación del Congreso proyecta-

do por los Estados Unidos, ó en toda ocasión propicia, es manifestar firmemente sus deseos de no apartarse de Europa, tratando al mismo tiempo de insinuarse en el concierto general, reclamando un modesto asiento en toda conferencia en que de intereses americanos se trate. El conde de Cavour metió quince mil hombres por una rendija en Crimea y luégo los maniobró tan bien que hizo la unidad italiana. Nuestros nacientes países no tienen hoy un propósito tan vital que perseguir; pero los resultados de una aproximación general y las ventajas de marchar en la misma línea de las grandes naciones, tan sólo sea una vez, pueden ser de incalculable importancia. . . .

Pido ahora perdón por estas últimas páginas; pero como el fin de la jornada se acerca y pronto vamos á separarnos, cuento con que serán leídas con aquella paciencia, llena de vagas esperanzas, con que se oye el último párrafo de un fastidioso que tiene el sombrero en una mano y la otra en el picaporte.

Cuando me dirigí al *Alene*, que debía partir á la mañana siguiente, encontré un sinnúmero de hombres y mujeres descargando cerca de cincuenta vagones que una locomotora acababa de dejar al costado del vapor, al que trasbordaban el contenido. ¿Sabéis lo que era? Plátanos! Jamás he visto una cantidad semejante de bananos. Mi-

llares, millones de racimos se apilaban en las vastas bodegas de tres vapores que cargaban simultáneamente. Ha tomado tal desenvolvimiento esa industria en el Istmo, que se han fundado compañías de vapores exclusivamente destinadas al transporte de plátanos. Más tarde, en Nueva York, me expliqué ese consumo extraordinario. Las calles están plagadas de vendedores de frutas y raro es el yanqui que al pasar no compra un par de bananos, que pela bravamente con los dientes y engulle sin disminuir su paso gimnástico. Ha llegado hasta tal punto la cosa, que ha sido necesario un edicto de policía penando con una fuerte multa á los que arrojan cáscaras de banano en la calle, suministrando así pretexto á más de un desgraciado para romperse la crisma.

Ahora, ¿sabéis á cuánto ha ascendido el valor de la exportación de plátanos por el puerto de Colón en el año de 1881? A un millón doscientos mil pesos fuertes, esto es, seis millones de francos ó sea treinta millones de pesos moneda corriente argentina. Doy la cifra en varios tipos monetarios para que su enormidad no se atribuya á error. Os figuráis la pirámide de racimos de plátanos que se necesita, pagados á ínfimo precio, para alcanzar esa suma? Y sin embargo, uno de los más fuertes exportadores, el iniciador de la idea, cuenta doblar la exportación en dos años más, habituando al banano toda la región central de los Estados Uni-

dos, que aún no ha mórvido la blandá fruta. Es bueno advertir que el plátano de Panamá, que es el mejor del mundo, se da todo el año. Pero como al principio las plantas existentes estaban lejos de bastar á las necesidades de la exportación, los propietarios han contratado inmensos plantíos y en el día no se ven sino bananeros repletos de frutas á lo largo del ferrocarril de Colón á Panamá. El plátano se embarca verde, empieza á dorarse á los cuatro ó cinco días y llega en completa sazón á Nueva York, donde pronto desaparece ante el formidable consumo.

Si como se espera los cincuenta millones de habitantes de los Estados Unidos se habitúan á comer bananos en la proporción en que hoy lo hacen los neoyorquinos y en general la gente del litoral, el porvenir de Panamá está asegurado. Dejando la savia tropical trepar gozosa á la planta é hinchar el dorado fruto, puede convertirse ese Estado en el más rico de Colombia.

INDICE

EN VENEZUELA

	Págs.
Prólogo.....	v
La despedida—Costa Firme—La Guaira—Detención forzosa—La cara de Venezuela—De la Guaira á Caracas—La Montaña—Una necesidad suprema—Ojeada sobre Venezuela—Su situación y productos—El coloniaje—La guerra de la independencia—El decreto de Trujillo—La anarquía—Gente de paz!—La lección del pasado—La ciudad de Caracas—Los temblores—El Calvario—Recuerdo de Buenos Aires—La plaza de toros—El pueblo soberano—La cultura venezolana.....	1 á 21

EN EL MAR CARIBE

Mal presagio—El Avila—De nuevo en la Guaira. El hotel <i>Neptuno</i> —Cómo se come y cómo se duerme—Cinco días mortales—La rada de la Guaira—El embarque—Macuto—Una compañía de ópera—El <i>Saint-Simon</i> —Impresiones de á bordo—Puerto Cabello—La fortaleza—Las bóvedas—El general Miranda—Una sombra sobre Bolívar—Las bocas del Magdalena—Salgar—La hospitalidad colombiana.....	23 á 38
--	---------

EN EL RÍO MAGDALENA

De Salgar á Barranquilla—La vegetación—El manzanillo—Cabras y yanquis—La fiebre—Barranquilla—La <i>brisa</i> —La atmósfera enervante—El fatal retardo—Preparativos—El río Magdalena. Su navegación—Regaderos y chorros—Los <i>champanes</i> —Cómo se navegaba en el pasado. El <i>Antioquia</i> — <i>Jupiter dementat</i>—Los vapores del Magdalena—La voluntad—Cómo se come y cómo se bebe—Los bogas del Magdalena—Samarios y cartageneros—El embarque de la leña—El <i>burro</i> —Las costas desiertas—Mompós—Magangué—Colombia y el Plata.	39 á 54
---	---------

CUADROS DE VIAJE

Una hipótesis filológica!—La vida del boga y sus peligros—Principio del viaje—Consejos é instrucciones—Los vapores—Las chozas—Aspecto de la naturaleza—Las tardes del Magdalena—Calma soberana—Los mosquitos—La confección del lecho—Baño ruso—El sondaje—Días horribles. Los compañeros de á bordo—Un vapor!—Decepción—Agonía lenta—Por fin!—El <i>Montoya</i> . Los caimanes—Sus costumbres—La plaga del Magdalena—Combate—Madres sensibles—Guerra al caimán.	55 á 70
---	---------

CUADROS DE VIAJE (*Continuación*)

Angostura—La naturaleza salvaje y espléndida. Los bosques vírgenes—Aves y micos—Nare. Aspectos—Los <i>chorros</i> —El <i>Guarinó</i> —Cómo se pasa un <i>chorro</i> —El capitán Maal—Su teoría.	
---	--

Págs.

El *Mesuno*—La cosa apura—Cabo á tierra—Pasamos—Bodegas de Bogotá—La cuestión mulas—Recepción afectuosa—Dificultades con que lucha Colombia—La aventura de M. André..... 71 á 82

LA NOCHE DE "EL CONSUELO"

En camino—El orden de la marcha—Mimi y Dizzy. Los compañeros—Little Georgy—They are gone! La noche cae—Los peligros—*El Consuelo*—El dormitorio común—El cuadro—Viena y París. El grillo—*La alpargata*—El gallo de mi vecino. La noche de *El Consuelo*—La mañana—La naturaleza—La temperatura—El *guarapo*—El valle de Guaduas—El café—Los indios portadores. El eterno piano—El porquero—Las indias viajeras—La chicha..... 83 á 94

LAS ÚLTIMAS JORNADAS

El *Hotel del Valle*—De Guaduas á Villeta—Ruda jornada—La mula—El hotel de Villeta—Hospitalidad cariñosa—Parlamento con un indio—Consigo un caballo—Chimbe—La eterna ascensión. Un recuerdo de Schiller—El frío avanza—Despedida—Un recuerdo al que partió—Agualarga. La calzada—El *Alto del Roble*—La Sabana de Bogotá—Manzanos—Facatativá—En Bogotá... 95 á 113

UNA OJEADA SOBRE COLOMBIA

El país—Su configuración—Ríos y montañas—Clima—División política—Plano intelectual—El Cauca—Porvenir de Colombia—Organización

política—La capital—La Constitución—Liber- tades absolutas—La prensa—La palabra—En el Senado—El elemento militar—Los conatos de dictadura—Bolívar—Melo—Los partidos—Con- servadores—Radicales—Independientes—Ideas extremas—El tiranicidio—La Asamblea consti- tuyente.....	115 á 133
---	-----------

BOGOTÁ

Primera impresión—La plazuela de San Victorino. El mercado de Bogotá—La España de Cervan- tes—El caño—La higiene—Las literas—Las se- renatas—Las plazas—Población—La elefantía- sis—El Dr. Vargas.—Las iglesias—Un cura colorista—El Capitolio—El pueblo es religioso. Las procesiones—El <i>altozano</i> —Los políticos. Algunos nombres—La crónica social—La nostal- gia del <i>altozano</i>	135 á 153
--	-----------

LA SOCIEDAD

Cordialidad—La primera comida—La juventud. Su corte intelectual—El <i>cachaco</i> bogotano—Las casas por fuera y por dentro—La vida social—Un <i>asalto</i> —Las mujeres americanas—Las bogota- nas— <i>Donde</i> el Sr. Suárez—La música—Las Sritas. de Caicedo Rojas y de Tanco—El <i>bam- buco</i> —Carácter del pueblo—El duelo en Amé- rica—Encuentros á mano armada—Lances de muerte—Virilidad—Ricardo Becerra y Carlos Holguín—Una respuesta de Holguín—Resu- men.....	155 á 174
--	-----------

EL SALTO DE TEQUENDAMA

La partida—Los compañeros—Los caballos de la Sabana—El traje de viaje—Bosa—Soacha—La hacienda de *San Benito*—Una noche toledana. La leyenda del Tequendama—El mito chibcha. Humboldt—El brazo de Nenquetheba—El río Funza—Formación del Salto—La hacienda de *Cincha*—Paisaje—La cascada vista de frente. Impresión serena—En busca de otro aspecto Cara á cara con el Salto—El torrente—Impresión violenta—La muerte bajo esa faz—La hazaña de Bolívar—La altura del Salto—Una opinión de Humboldt—Discusión—El Salto á pie—El Dr. Cuervo—Regreso—El puente de Icononzo—Descripción del barón Gros..... 175 á 206

LA INTELIGENCIA

Desarrollo intelectual—La tierra de la poesía—Gregorio Gutiérrez González—La facilidad—Improvisaciones—Rafael Pombo—Edda la bogotana. Impromptus—El tresillo—Un trance amargo. El volumen—Diego Fallon—Su charla—El verso fácil—*Clair de lune*—El canto *A la Luna*. D. José M. Marroquín—Carrasquilla—José M. Samper—Los mosaicos—Miguel A. Caro—Su traducción de Virgilio—El pasado—Rufino Cuervo—Su diccionario—Resumen..... 207 á 233

EL REGRESO

Simpatía de Colombia por la Argentina—Sus causas—Rivalidad de argentinos y colombianos en

el Perú—Carácter de los oficiales de la Independencia—La conferencia de Guayaquil—Bolívar y Sanmartín—Una hipótesis—El recuerdo recíproco—Analogías entre colombianos y argentinos—Caracteres y tipos—La partida—En Los Manzanos—Las mulas—Piquillo—El almuerzo. El tuerto sabanero—Una lluvia en los trópicos. En Guaduas—Encuentros—En busca de mi tuerto—Un entierro—Recuerdo de los Andes—Viajando en la montaña—El viajero de la armadura de oro—D. Salvador—Su historia—Su famosa aventura—Pobre D. Juan!—Una costumbre quichua.....	235 á 267
--	-----------

AGUAS ABAJO — COLÓN

El álbum de <i>El Consuelo</i> —Una ruda jornada—Los <i>patitos</i> del sabanero—La bajada del Magdalena—Otra vez los cuadros soberbios—Los caimanes—Las tardes—La música en la noche—En Barranquilla—Cambio de itinerario—La <i>Ville-de-Paris</i> —La travesía—Colón—Un puerto franco— <i>Bar-Rooms</i> y hoteles—Un día ingrato—Aspectos por la noche—El juego al aire libre—Bacanal—Resolución.....	269 á 289
---	-----------

EL CANAL DE PANAMÁ

Corinto, Suez y Panamá—Las viejas rutas—Importancia geográfica de Panamá—Resultados económicos del Canal—Dificultades de su ejecución—La mortalidad—El clima—Europeos, chinos y nativos—Fuerzas mecánicas—¿Se hará el Canal?—La oposición norteamericana—M.	
---	--

Blaine—Qué representa?—El tratado Clayton-Bulwer—La cuestión de la garantía—Opinión de Colombia—La doctrina Monroe—Qué significa en la actualidad—Las ideas de Europa—Cuál debe ser la política sudamericana—Eficacia de las garantías—La garantía colectiva de la América—Nuestro interés—Conclusión—El principal comercio de Panamá—Los plátanos—Cifra enorme—El porvenir.....	291 á 312
--	-----------





UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Los Angeles

...ed below.

University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
405 Hilgard Avenue, Los Angeles, CA 90024-1388

Return this material to the library
from which it was borrowed.

--	--

MAY

FEB

LD

LD
UR

orm

THE LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LOS ANGELES

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



A 000 848 269 7

PLEASE DO NOT REMOVE
THIS BOOK CARD



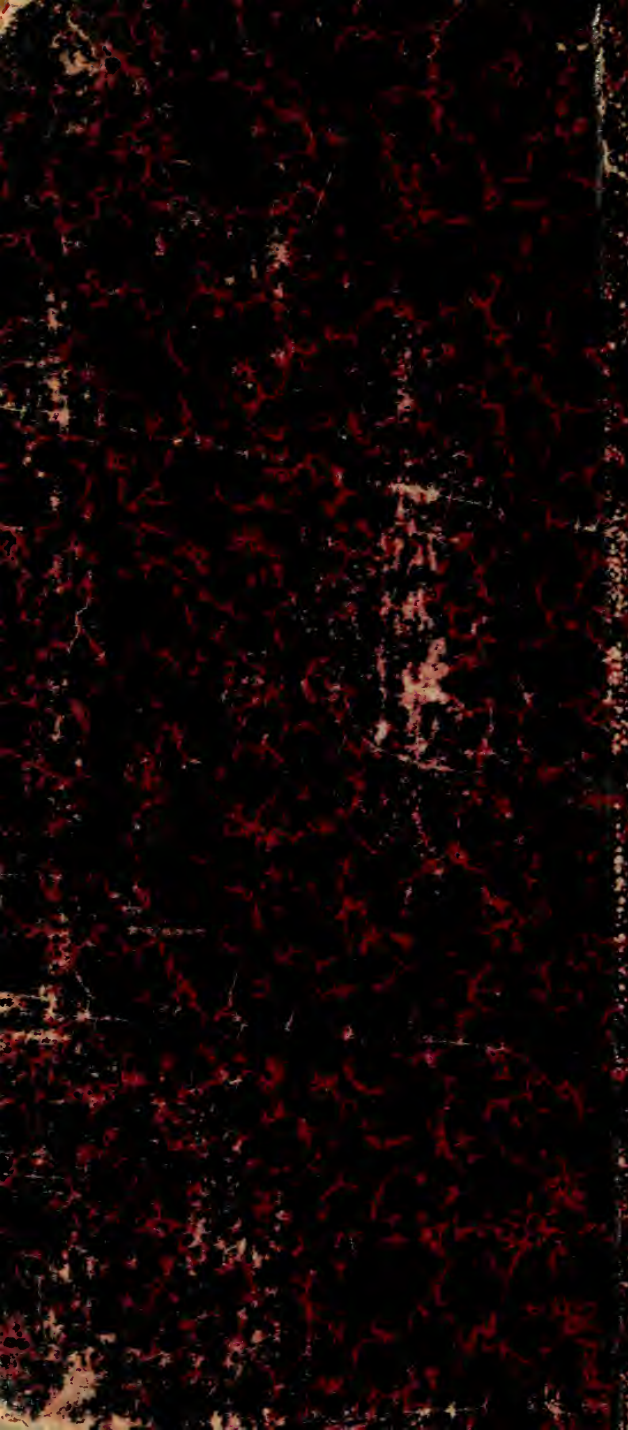
University Research Library

P07797, C164NB

CALL NUMBER

SER VOL

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27
JAN 13 2022



Univ
S
I